

# Cuerpo de Asalto Clon Vs Cuerpo de Asalto Clon



Lainier Sind

**Cuerpo de Asalto Clon**  
**Vs**  
**Cuerpo de Asalto Clon**

**Lainier Sind**

**Cuerpo de Asalto Clon Vs Cuerpo de Asalto Clon por Lainier Sind se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/).**

Ilustración de cubierta: © 2011 JonasDeRo, used under a Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 3.0 license: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>.

## **INTRODUCCIÓN DEL AUTOR**

Los siguientes personajes están basados en personas reales:

Lainier Sind, Berllerak, ElArtista, Tete, el Kapitán, Night Stalker, Nevuroy, SuNSeT, Olmaly, Wib, Valerian, Adve, Cesh, Artic, Wolfgang Shecknacklet, Helio, Sigfried.

## ÍNDICE

I. Un asunto turbio.....	6
II. Cae la noche.....	10
III. Que se haga justicia.....	37
IV. Choque de clones.....	82
V. Cabos sueltos.....	102

## I UN ASUNTO TURBIO

—Los de la científica han descubierto algo sobre Riin —dijo Berllerak acercándose a Lainier, que estaba sentado en su cubículo de la Comisaría Norte.

—Dime —dijo el jefe del Cuerpo de Asalto.

—Resulta que Riin llevaba encima un medallón con una foto de su hermana Riina. Pues resulta que tras la foto se ocultaba una tarjeta de memoria.

—¿Y qué contiene?

—Una foto —dijo Berllerak sacando de uno de los compartimentos de su cinturón un lápiz de memoria—. Inserta esto. Pero en el ordenador, que te conozco...

—Una foto ocultando una foto... —dijo Lainier mientras conectaba el dispositivo a su ordenador—. Qué interesante. El clon abrió la imagen, estudiándola durante unos segundos.

—¿Qué te parece? —preguntó Berllerak.

—Bueno, lo que veo aquí son dos tipos de negro y encapuchados, a los que no se les ve la cara ni los ojos. Los trajes de infiltración parecen militares, de alta calidad. Parece que uno de ellos acaba de disparar a una persona que está en el suelo, pero la víctima está de espaldas y casi fuera de plano. El arma parece una pistola de potencia media. Creo que tanto los verdugos como la víctima son humanoides. Parecen estar dentro de una casa. ¿Estamos presenciando el asesinato de la hermana de Riin?

—Eso pensaron los del laboratorio al principio. ¿Pero por qué Riin no presentó esta foto cuando se investigó el tema? El caso es que tenemos algunos datos molones sobre la foto.

—Sorpréndeme.

—No sabemos quién es la víctima, pero queda descartado que sea Riina. De hecho todo indica que es un hombre, probablemente de una especie bastante similar a la humana. Eso nos llevó a pensar que quizás la hermana de Riin no fuese asesinada por los thorn.

—De hecho nunca se encontraron pruebas al respecto. Era una teoría de Riin, aunque bastante plausible.

—Pues resulta que si comparamos los tamaños de los verdugos con el de la víctima, parecen ser demasiado pequeños como para ser thorns.

—A menos que la víctima también fuese thorn.

—¿No te he dicho que pertenece a una especie bastante similar a la humana?

—Los thorn son bastante similares a los humanos... Tienen dos brazos, dos piernas, dos ojos, nariz, boca...

—Vamos a ver, ¿te follarías a una mujer thorn? No, mejor no respondas, que eres un perverso. Preguntaré otra cosa: ¿crees que yo me follaría una mujer thorn?

—Uh... no.

—¡Pues entonces no son bastante similares a los humanos!

—Vale. ¿Algo más?

—La foto fue tomada unas horas antes de la muerte de Riina. La fecha viene en dos formatos: con el calendario unificado de la Asociación y con el calendario de Silkeria, donde la tipa residía.

—¿Entonces supones que la foto la tomó ella y por eso la mataron?

—Exacto. Sabían que había visto algo.

—¿Y qué ha visto? Si esos tipos van totalmente cubiertos para no ser identificados. ¿Hay algún otro dato en la foto que permita saber más?

—Pues... no. Los del labo siguen analizándola, pero yo no esperaré nada. Pero de todo esto podemos deducir algo muy preocupante...

—Mmm... ¿qué?

—Te daré una pista: el informe oficial dice que la hermana de Riin murió en accidente de coche, al parecer por exceso de velocidad.

—Mmm... Caben varias posibilidades: que realmente fuese un accidente, porque viajaba a toda hostia intentando alejarse de la ciudad, o bien que la asesinaran. Me inclino por esto último, claro.

—¿Y a qué nos conduce eso, Lai?

—Pues... si fue asesinada, el equipo de investigación debería haberlo descubierto, sobre todo si en vez de sacarla de la carretera la mataron de una forma menos discreta. Quizás la querrían viva para averiguar lo que sabía, por lo que probablemente estaba muerta antes del falso accidente. Por tanto, si los investigadores no descubrieron que se trataba de un crimen puede ser por dos razones: A) Porque los asesinos conocían los métodos de la poli científica y prepararon todo concienzudamente. B) La poli científica mintió en el informe. En ambos casos, esto apunta a la autoría de agentes nocturnos: mal rollo.

—Muy mal rollo. ¿Pero cabe la posibilidad de que los asesinos no fuesen agentes de Noctem y sobornasen a los investigadores?

—Buf, altamente dudoso. Lo más probable es que hubiesen sido descubiertos.

—Lo que pensaba. Así que tenemos caso...

—Tenemos caso, pero ojalá no lo tuviéramos.

—En fin, avisemos a VanderHall y reunamos a la peña para comenzar la investigación.

Los clones estaban reunidos en el despacho del comisario. Lainier estaba de pie y había puesto un largo texto en la televisión con los posibles hechos del crimen para que los clones los combinaran y elaboraran una hipótesis.

—¿Qué teoría os gusta más? —preguntó Lainier.

—Ninguna —dijo ElArtista.

—¿Ninguna?

—Ninguna. Falta la mía.

—¿Y cual es?

—Que la foto es un montaje de Riin: una especie de broma pesada póstuma. A saber en qué lío nos metemos si investigamos eso. Podría ser una trampa. Podríamos ser emboscados por unos terroristas o enzarzarnos en una pelea absurda con las fuerzas de Noctem.

—¡No somos tan fáciles de engañar!

—Luego dicen que soy yo el que tiene memoria de pez...

—Eres tú mismo el que dice que tiene memoria de pez...

—Ah sí, ya no me acordaba. Es que tengo memoria de pez...

—Al grano —ordenó VanderHall.

—Que la foto sea un truco de Riin es demasiado rebuscado —objetó Lainier—. En cualquier caso, no podemos ignorar lo que tenemos entre manos. Así que... ¿alguien tiene preferencia por alguna de las tesis mostradas aquí o tiene una que no sea tan absurda como la de ElArtista?

—Yo estoy de acuerdo con la tesis de los agentes de Noctem —dijo Tete—. Pero, ¿por qué matarla? En esa foto no es posible identificar a los asesinos.

—¿A alguien se le ocurre algo?

—A mí —intervino de nuevo ElArtista—. Se me ha ocurrido algo rebuscado pero pau.. plas..

—Plausible.

—Eso, coño. La tipa fue asesinada porque los agentes sabían que su hermano era terrorista. Una foto dudosa y el testimonio de una izquierdista no son suficientes en la justicia nocturna, y menos cuando hay funcionarios implicados en el crimen, pero es suficiente para convencer a su propio hermano y que decida escoger a las fuerzas de seguridad de Noctem como objetivo.

—De hecho escogieron a las fuerzas de seguridad de Noctem como objetivo, pero parece ser mera casualidad. Riin siempre había mantenido que los thorn eran los asesinos de su hermana. ¿Encontró la foto y cambió de parecer después? A mí no me dijo nada cuando me atrapó, pero francamente, a lo mejor quería guardarse la información. Si ya era inútil denunciar a los thorn, como para denunciar a uno de los planetas Asociados... ¡Y encima Noctem!

—No —objetó Berllerak—. Si sospechase que su hermana fue asesinada por agentes de Noctem, no habría enviado a un subordinado allí. Habría ido él personalmente y acompañado por varios hombres más.

—Mmm... Por tanto, o bien no descubrió la foto, como has dicho, o bien Riin tenía algún otro dato más que le indicaba que los asesinos no eran de Noctem. Pero parece claro que sí eran de Noctem.

—Además, el intento de atentado en la comisaría de Eclipse estaba diseñado para causar daño aleatorio, sin escoger un objetivo concreto. Si Riin sospechaba que su hermana fue asesinada por agentes eclipsados, creo que hubiera tratado de averiguar quiénes eran exactamente en vez de preparar un ataque indiscriminado que pondría a las autoridades alerta.

—¿Y qué sabemos sobre la víctima de la foto?

—He consultado la base de datos en busca de muertes violentas ocurridas durante el tiempo en que Riina estuvo allí y no he encontrado ningún candidato fiable. También he consultado las denuncias de desaparecidos, pero tampoco hay nada a lo que agarrarse.

—Bueno, al menos tenemos dos cosas que parecen claras: los asesinos son agentes nocturnos y Riin no sabía nada de la foto. Deberíamos investigar los movimientos de Riina.

—Parad el carro —dijo VanderHall—. Aún no se ha autorizado ninguna investigación. Te recuerdo que no tenéis jurisdicción para investigar delitos de otros planetas a menos que lo autorice la Audiencia de la Asociación.

—Hum, se me había olvidado. ¿Y nos pueden autorizar sin que se enteren los funcionarios de Noctem?

—¿Insinúas que obstaculizarían la investigación?

—Hasta que no tengamos claro quiénes están implicados exactamente, mejor que ningún nocturno esté al corriente de lo que hacemos.

—Técnicamente es posible que la Audiencia apruebe la investigación sin necesidad de que los representantes de Noctem estén al corriente.

—Y eso me recuerda otra cosa. ¿El gobierno no nos pondrá pegas a la hora de tramitar la petición? ¿O lo hacemos sin informar? Usted no es de los que opera a espaldas de los mandamases...

—Les ayudaste a llegar al poder, y fuisteis decisivos en ganar la guerra. Además, te temen. Autorizarán el trámite.

—¿No temen más a Noctem? —preguntó ElArtista.

—Nuestros políticos son bastante osados, para bien o para mal. Esta es una oportunidad para debilitar a Noctem, que es competidora nuestra en el desarrollo científico y armamentístico.

—¡Viva la fraternidad entre los planetas Asociados!

—Bueno —dijo Lainier—. Comience la mierda burocrática cuanto antes, que tardarán días en darnos respuesta.

—Teniendo en cuenta que tenemos que evitar a los nocturnos en todo el proceso, podrían ser semanas —señaló el comisario.

—Estupendo. ¿Nos da vacaciones mientras tanto?

—¿Perdón?

—Necesitamos mirar casas. No sé los demás, pero yo estoy hasta los cojones de estar en un hotel, por muy lujoso que sea.

—¡Ja! ¡Pringaos! —rió ElArtista, que tras regresar a La Tierra se había mudado al fin a casa de Olmaly.

Pasados quince días, el Cuerpo de Asalto consiguió la autorización y volvió a reunirse con VanderHall.

—Bueno, Lainier —dijo el comisario—. Cuéntanos tu estrategia.

—Comencemos por los movimientos de Riina —dijo el líder del Cuerpo de Asalto—. Si mal no recuerdo, visitó Eclipse, la capital de facto de Noctem, por algún evento, porque de lo contrario nunca habría pisado un lugar tan contrario a su ideología.

—Era veterinaria —dijo Berllerak, consultando su móvil—, y había acudido a una convención sobre nuevas especies animales.

—¿El acto se celebró antes o después de que la mataran?

—Después.

—Entonces supongo que no sacaremos nada en claro si hablamos con los asistentes al congreso.

—De todos modos yo no pienso interrogar a diez mil personas. Que envíen a otros a ese coñazo.

—Es una investigación encubierta —recordó VanderHall—. Me temo que estaréis solos en esto.

—Para empezar, propongo visitar el lugar del accidente —dijo Lainier—, aunque a estas alturas no sacaremos nada en claro.

—¿Crees que podríamos exhumar el cadáver? —preguntó Berllerak.

—Pues si no queremos llamar la atención, tendría que ser sin permiso...

—¡Profanación de tumbas! —exclamó ElArtista—. ¡¡Yeeehaaa!!

—El cadáver fue incinerado —dijo VanderHall, consultado su ordenador—. Es la costumbre.

—Va, nano...

—También me gustaría saber como llegó el medallón a manos de Riin —señaló Lainier—. Según el informe forense, no se encontró ningún medallón en el lugar del accidente.

—Al menos en eso dicen la verdad —dijo Berllerak.

—Sabemos que el Cuerpo de Asalto de Eclipse cogió al terrorista que intentó atentar contra su comisaría —intervino el Capitán, que presentaba un aspecto algo distinto al habitual: se estaba dejando el pelo largo y ya le empezaba a cubrir las orejas—. Se llama Alven. Podríamos buscar una excusa para hablar con ese tipo en persona. Le preguntaríamos por el medallón, a ver si sabe cómo llegó a manos de Riin.

—Mejor que no —objetó Lainier—. Podría sernos de gran ayuda, pero no me fío de interrogar a ese tipo en zona enemiga: podrían estar vigilándonos.

—¿Y si buscamos una excusa para sacarlo de Noctem?

—¿Como cual?

—No sé, yo no soy el de los planes chungos.

—Podemos pedir una orden de extradición —dijo Berllerak.

—No creo que ningún juez quiera inventarse cargos falsos para justificar esa orden —dijo Lainier—. Además, seguro que Noctem aplazaría la extradición hasta que cumplierse condena en su planeta.

—¿Entonces?

—Entonces la cosa está bastante limitada. Berllerak y yo nos piramos a Noctem en plan vacaciones a ver qué averiguamos. Llamaré a Stalker a ver si se une a nosotros. ElArtista pondrá patas arriba la casa de Riina en Silkeria, aunque seguro que los nocturnos ya la registraron a saco. Y que hable con los vecinos, amigos, etc. Tete y el...

—Un momento —interrumpió ElArtista—. ¿Por qué yo no voy en tu grupo? ¿Por qué no se encarga Stalker de ir a Silkeria?

—Porque vamos a fingir que estamos de vacaciones, y sería muy sospechoso que fueses sin Olmaly.

—¿Pero los de Noctem sabrán que tengo una relación estable con Olmaly?

—¿Te vas a arriesgar?

—Mmm, mejor no.

—Bueno, Tete y el Capitán contactarán con los asistentes al congreso de Noctem que venían de fuera a ver qué dicen.

—¿¿No habíamos quedado en que eso era un coñazo?? —preguntó el Capitán.

—Sí, pero no habíamos quedado en que no se investigaría.

—¡Pero si son diez mil!

—Haced una selección. Os sugiero que escojáis a posibles izquierdistas, a otros thorn y a silkerianos. Si alguno reside en la misma ciudad donde vivía Riina, que se encargue ElArtista de eso.

—En fin...

—No te quejes —dijo Tete—. Yo prefiero esto a ir a Noctem.

—¿Tan peligrosos son los nocturnos? ¿Soy el único que no los conoce?

—Yo he oído cosas bastante malas...

—Noctem tiene la mejor tecnología y armamento de la Asociación, junto con Silkeria —explicó Lainier—. Además, sus fuerzas de seguridad son las mejores. De hecho, el Cuerpo de Asalto de Eclipse es el mejor que existe.

—¿Mejor que nosotros? —preguntó Berllerak—. ¡No puede ser!

—Por nuestra conversación cuando trajiste la foto, pensaba que ya estabas al corriente del peligro.

—Sí, pero pensaba que ese peligro dimanaba de que tenían pocos escrúpulos, no de que realmente fuesen mejores.

—Pues que sepas que tienen una eficiencia superior a la nuestra enfrentándose a casos similares. De hecho no solo nosotros ayudamos a ganar la guerra. El Cuerpo de Asalto de Eclipse llevó a cabo varias acciones espectaculares...

—Menos mal que Noctem no nos traicionó —señaló ElArtista—. Yo siempre pensé que acabarían aliándose con nuestros enemigos. ¿Alguien puede explicarme qué coño pinta ese planeta en la Asociación?

—Si son demócratas... —dijo Lainier sonriendo sarcásticamente.

—Sí, sí... —murmuró ElArtista en tono burlón.

—La política es muy complicada, Artis.

—Ya. Por eso prefiero reventar gentuza. No te complicas la vida y encima relaja.

—Lai —dijo el Kapitán—. Entonces... ¿qué pasa si los asesinos son del Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse?

—Pues entonces... adivinad —dijo Lainier señalando a sus compañeros con ambos dedos índice.

—Que estamos jodidos —respondieron todos al unísono.

## II CAE LA NOCHE

Lainier, Berllerak y Stalker subieron a una nave de lujo de transporte interplanetario en el espaciopuerto de Valencia. Iban vestidos de civiles, aunque llevaban sus armas, y por supuesto Stalker transportaba su cuerpo militar en un enorme contenedor blindado y con ruedas que además de almacenar sus cuerpos, le permitía intercambiarlos. Como Noctem era miembro de la Asociación, tampoco tendrían problemas en llevar todo ese equipamiento en el planeta. El camarote de los clones era muy amplio, con paredes azul oscuro y amplios ventanales para contemplar el espacio. Los clones se sentaron en el salón, en un sofá curvo que rodeaba una mesa redonda sobre la que Berllerak había colocado su ordenador portátil. La nave acababa de entrar al hiperespacio. En un día llegarían a Noctem.

—Hagamos un repaso de lo que sabemos de Noctem —dijo Berllerak—. Noctem es el segundo planeta más rico de la Asociación, tras Silkeria, y la iguala en tecnología y armamento. Es algo mayor que La Tierra y su gravedad ligeramente superior: ganaremos casi medio kilo de peso. Tiene tres lunas. Los días son más cortos que las noches. El tiempo en que se vislumbra el sol es de unas cuatro horas terrestres. El tiempo en que es de noche es de unas dieciséis horas. En algunas zonas alternan cortas temporadas donde el sol no se pone con largas temporadas de continua oscuridad. Resumiendo: la luz no abunda en Noctem. La fauna y la flora están adaptados a esto. Los habitantes de Noctem son humanos, aunque no proceden de La Tierra. El nombre “Noctem” no es más que una traducción del nombre original de su planeta. Lo mismo pasa con los nombres de ciudades como “Eclipse” o “Medialuna”. Los nativos de Noctem reciben el nombre de nocturnos, y los de Eclipse, eclipsados. Existen dos etnias principales en el planeta. La mayoritaria son los grises, que conforman alrededor del 60% de la población. Tienen la piel gris claro. Sus ojos suelen ser azul claro, grises o blancos. El pelo suele ser blanco, aunque algunos son rubios y hasta morenos. Estos viven por lo general en las zonas con mayor predominancia de oscuridad. Esta etnia sí que es realmente nocturna: duermen por el día y están despiertos por la noche. Mmm... como los íberos cuando llega el finde... Debido a esto, sus ojos están adaptados a la oscuridad, aún mejor que los de los silkerianos. En el caso de las zonas donde la luz perdura durante varios días, prácticamente solo se mantienen despiertos el tiempo necesario para trabajar y comer, echando siestas entre las actividades imprescindibles, y tratando de salir de casa lo menos posible, pues no soportan la luz. Cuando llegan los largos períodos de oscuridad duermen algo menos que los nocturnos de otras zonas, ya que no hay luz que los agote. La otra etnia representa alrededor del 20% de la población, y se corresponden con los caucásicos terráqueos. Estos suelen vivir en zonas donde los ciclos de luz y oscuridad tienen menos diferencia de duración. Es muy corriente que según las estaciones, miembros de las dos etnias se cambien de región para no ver alterados sus biorritmos. Noctem tiene una sola moneda, el lunar. Su economía es fuertemente capitalista, y de hecho este sistema económico está protegido por muchas de las constituciones de sus Estados. A veces se acusa a algunos gobiernos de intervencionismo al estilo corporativo. Eclipse ya aprobó leyes de este tipo hace poco.

—Fascismo, vamos —dijo Lainier.

—Los Estados de Noctem tienen algunos rasgos fascistas pero oficialmente son democracias parlamentarias.

—Me gustaría conocer esos rasgos fascistas —dijo Night Stalker.

—Bien, lo que voy a leer ahora es común para la mayoría de Estados de Noctem. Para tener derecho al voto, has de pasar por un test de inteligencia y psicológico. Eso sí, evitan realizar preguntas directas sobre ideología política. De hecho los partidos de izquierda son legales, mientras no pongan en duda el sistema capitalista.

—Es decir, que son socialdemócratas de esos sosos.

—Exacto. Incluso así, apenas tienen representación. Los inmigrantes que no estén nacionalizados no tienen derecho a voto. La ley de inmigración de Noctem es la más dura de la Asociación. Estar residiendo ilegalmente en el planeta puede costarte la cárcel y una multa astronómica. El proceso para conseguir la residencia o la nacionalidad es largo y cansao. Casarte con un nativo de Noctem no te proporciona de forma automática el derecho de residencia. Noctem fue uno de los pocos planetas que se opuso a la libre circulación y residencia de personas Asociadas entre los planetas miembros. Pero claro, tuvieron que tragar. Eso sí, el turismo está muy bien visto, a menos que no seas de la Asociación. En tal caso eres sospechoso de ser inmigrante y querer residir ilegalmente en el planeta. Y si encima no eres humanoide ya ni te cuento. El turismo representa la mayor fuente de ingresos tras la tecnología y las armas. Noctem es un planeta interesante para visitar. Tiene tanto espléndidas zonas naturales como enormes ciudades con una amplia variedad de ofertas de ocio. Los nativos en cambio tienen menos posibilidad de disfrutar de todo eso porque los salarios de los currantes son bajos. Aún así los Estados procuran poner vías de escape, baratas pero efectivas, para que el nocturno medio esté distraído y no piense en tonterías de rojos.

—Pan y circo —dijo Lainier.

—Sexo y fútbol —dijo Stalker.

—Exacto —dijo Berllerak—. El folleto por mero placer está bien visto en Eclipse, y hay prostíbulos por todas partes. También están enganchados a un deporte que ni me he molestado en ver en qué consiste, pero hay pelotas de por medio, para variar. Con estas y otras actividades, la clase media-baja de Noctem, que es mayoría, soporta el día a día, o mejor dicho, la noche a noche. Y entre esas cosas a soportar tenemos las siguientes: el servicio militar es obligatorio y pueden llamar a los civiles para combatir cuando deseen. Durante la guerra varios miles de nocturnos se vieron afectados por esta ley. La mayoría de sindicatos son amarillos, en plan sindicato vertical. En algunos Estados, otro tipo de sindicatos están prohibidos porque se cree que pueden causar que sus afiliados desarrollen ideas anticapitalistas. En varios Estados no hay derecho de huelga. Por lo general, los empresarios tienen libertad de despido. La seguridad social no existe. Hay un rudimentario sistema de salud pública pero insuficiente para atender las necesidades de las clases más

pobres. Muchas veces esos pobres deben participar en experimentos médicos para tener derecho a la asistencia sanitaria. Existe un tipo de contrato laboral que prácticamente es un contrato de esclavitud en plan antiguos griegos: el trabajador debe realizar las tareas designadas a cambio de un techo, comida y una asignación. El trabajador no tiene derecho a dejar el trabajo a menos que pague una determinada suma de dinero. El trabajador debe estar en todo momento localizable y diversos aspectos de su vida personal deben estar sometidos a la aprobación del contratador: lugar de residencia, compañías que frecuenta, vestimenta... Un empleador puede vender el contrato a otra persona, que se convierte en el nuevo empleador. Un trabajador puede firmar voluntariamente este tipo de contrato o puede ser obligado por una resolución judicial. Por ejemplo, los ex-convictos suelen ser obligados.

—¿Por qué me está entrando una repentina furia asesina?

—Más vale que te controles en Eclipse o la liaremos...

—En fin...

—El sistema judicial de Noctem es muy duro, especialmente para casos de traición, terrorismo, subversión, etc. Todo lo que amenace al Estado o al capital, vaya. La reinserción social es prácticamente inexistente. Muchos Estados aún tienen pena de muerte, como Eclipse.

—¿Eclipse no era una ciudad?

—Es una ciudad-estado —señaló Lainier.

—Mira, también como los antiguos griegos. Pues nada, habrá que darles por el culo, como los antiguos griegos...

—Vamos a lo más preocupante: los procedimientos judiciales y policiales —dijo Berllerak—. En la mayoría de Estados, incluyendo Eclipse, los sospechosos de terrorismo pueden ser interrogados sin que un abogado esté presente, y además, si no pueden pagárselo, el Estado no les proporciona uno de oficio, aunque los presuntos terroristas son libres de hacer una petición a la Asociación para que envíen un abogado de fuera. Y lo más relevante en torno a todo esto: el puto Cuerpo de Asalto de Eclipse. Por supuesto, son todos clones. Hay otros Cuerpos de Asalto en otros Estados, pero este es el mejor del planeta... y el mejor de la galaxia. Son tan buenos en lo suyo que a pesar de todas sus acciones, se sigue sabiendo poco sobre ellos. Se conoce el rostro y nombre del líder, Jart Field. Otro es un cyborg. En realidad viene a ser una especie de miembro adjunto, porque al igual que nosotros, Eclipse no es partidaria de dejar cyborgs en el Cuerpo de Asalto. También sabemos que al menos un tercer miembro es una mujer. El número total de clones podría estar entre seis y diez. Al menos Field y el cyborg son mayores que nosotros: Noctem desarrolló la tecnología de mejoras genéticas algo antes que La Tierra. Eso sí: sus Cuerpos de Asalto se formaron después que el nuestro. Creo que tenían miedo de cómo resultaría formar un equipo solo de clones.

—Así que se aprovecharon de la imprudencia de Thuris para tomar nota —dijo Stalker.

—Pues sí.

—¡Pues entonces me parece sorprendente que dieran el visto bueno! —dijo Stalker riendo.

—Como nota final, señalar que Noctem es el único planeta de la Asociación donde se siguen creando clones. En algunos Estados pararon la producción, pero no porque la gente protestara, sino por motivos económicos o estratégicos. Eclipse es uno de los principales clonadores.

—Sí, ya sabía eso —dijo Lainier.

—Os mando a los móviles las fotos que tenemos de los tres clones conocidos del Cuerpo de Asalto de Eclipse.

—Bien. Cuando llegemos a Eclipse, dedicaremos un par de días a familiarizarnos con la ciudad, acostumbrarnos al cambio horario y a hacer lo que se supone que hemos venido a hacer: turismo.

—Tú lo que quieres es visitar los burdeles.

—Hay que guardar las apariencias. Es probable que en cuanto llegemos, los funcionarios del espaciopuerto informen de nuestra presencia a las autoridades, y eso podría llegar a oídos de los conspiradores. De hecho tendremos que estar alerta por si nos vigilan.

ElArtista llegó a la casa de la hermana de Riin. Tras la muerte de ésta, un silkeriano mejorado genéticamente se hizo con la propiedad. Se llamaba Jharperr, y era un ejecutivo de una empresa de automóviles. El policía estaba de pie frente a la puerta. La casa no tenía más de cien metros cuadrados, pero constaba de dos pisos. El exterior era de color morado. Al Artista le pareció horrible. Tocó al timbre y al cabo de unos segundos escuchó una voz por el portero automático:

—¿Quién es?

—Cuerpo de Asalto de Iberia, La Tierra —respondió ElArtista en silkeriano, colocando su cartera con una placa ante la mirilla de la puerta para que no hubiera dudas sobre su identidad—. Debo hablar con el señor Jharperr sobre la anterior propietaria del inmueble.

—Un segundo.

Al cabo de unos instantes, la puerta se abrió. Al otro lado apareció un silkeriano de unos treinta años, con el pelo castaño claro peinado hacia atrás y ligeramente engominado. ElArtista reprimió una mueca. El empresario vestía con una camisa blanca y pantalones grises.

—Soy Jharperr —respondió el silkeriano—. ¿En qué puedo ayudarle?

—He hablado con todos los vecinos sobre Riina, la mujer que vivía antes aquí, pero no he sacado nada en claro. Solo me queda hablar con usted.

—La verdad, no sabría que decirle.

—Lo suponía, por eso le dejé para el final.

—Nunca conocí a Riina. Solo sé que murió en accidente y que subastaron su casa porque al parecer su hermano no podía heredarla al tratarse de un criminal. La casa me gustó y logré ganar la puja.

—¿Cuando llegó a la casa encontró algo... raro?

—Mmm, pues no. De todos modos, si hubiera habido algo raro, la policía debería saberlo, que para algo el Estado fue quien vendió la casa.

—Ya he hablado con ellos y no encontraron nada de interés.

—Pues lo siento.

—¿Podría pasar? Puede que a la policía local se les pasase algo.

—¿Quiere ponerme la casa patas arriba?

—Solo usaré un escáner. Quiero buscar escondrijos, dobles fondos, huecos...

—Me tengo que ir fuera del planeta por negocios. Puede quedarse y registrar a placer mientras me deje todo como estaba.

—¿Me permite quedarme solo en su casa?

—No veo porqué no. Usted es un reputado clon.

—No lo sabe usted bien. Gracias.

ElArtista entró en la vivienda mientras el silkeriano cogía una chaqueta gris de una percha junto a la entrada. El policía comenzó a escrudiñar con desgana el lugar. “Vaya coñazo de misión”, pensó. Jharperr sacó unos zapatos negros de un pequeño mueble al lado de la percha y se calzó. Después entró en su despacho a la izquierda de la entrada, entornando la puerta tras él. ElArtista estaba escaneando con su móvil el salón principal, lujosamente amueblado. Al cabo de unos segundos, Jharperr salió del despacho portando un maletín negro. Se dirigió a la salida y se despidió de ElArtista:

—Bueno, espero que tenga suerte.

—Adiós —dijo ElArtista mientras el silkeriano cerraba la puerta tras de sí.

El policía pasó al despacho del empresario, donde encontró un ordenador. Probablemente lo habría comprado el silkeriano, pero cabía la posibilidad de que fuera de la hermana de Riin. ¿Podría haber algo dentro que se le escapara a los investigadores locales? En realidad ElArtista estaba aburrido y quería husmear en el ordenador por si encontraba vídeos chorra o algo por el estilo. ElArtista no era Berllerak, pero un clon estaba entrenado para todo: en unos minutos ya se había saltado la contraseña de acceso al sistema operativo. Gran decepción: un disco duro immaculado. Tan immaculado que hasta parecía sospechoso. Básicamente solo había fotos familiares y datos empresariales, que encima parecían en regla, aunque ElArtista no era un experto en esos temas. Sin embargo, algo le llamó la atención: había un calendario con las actividades del silkeriano, y para el día de hoy no estaba previsto ningún viaje fuera del planeta. En realidad podría haberle surgido a última hora, pero de nuevo, la proverbial paranoia clon se activó. ¿No era mucha casualidad que el hombre tuviese que largarse justo cuando ElArtista llegó? Y precisamente a otro planeta... ¿Y si...? ElArtista sacó su móvil e hizo una llamada.

—Espaciopuerto de Fariken —dijeron al otro lado—. ¿En qué podemos servirle?

—Soy del Cuerpo de Asalto Clon de Iberia, La Tierra —informó ElArtista—. Código de la Asociación 92820-AZ. Necesito que encuentren a un hombre...

Jharperr se abrió paso por el concurrido vuelo de transporte, que estaba abarrotado. Viajaba en clase turista, con lo cual su habitación solo constaba de cama, armario, mesita y baño, viéndose obligado a comer en el restaurante. Mientras buscaba una mesa libre en el amplio local, consultó un monitor sobre una pared: el vuelo llegaría a su destino previsto sin retrasos: en un día terrestre aterrizarían en Eclipse. Jharperr encontró al fin un lugar donde sentarse. Cogió la carta y echó un vistazo. ElArtista entró en el local en ese momento. Observó el lugar detenidamente. Aspecto metálico, diseño silkeriano, con las curvas predominando, y una comida sobre los platos que no tenía la más mínima idea de lo que era. Esperaba que tuviesen algo más... terráqueo. No tardó en localizar a Jharperr. Sigilosamente, se escurrió entre la gente, vigilando al objetivo para asegurarse de que no era visto. Se sentó tres mesas atrás del silkeriano y también se puso a leer la carta.

—¿Pero qué mierda es esta? —murmuró. No estaba seguro de qué era la carne o el pescado. Finalmente se decantó por un plato de pasta, el único cuyo nombre estaba claro, aunque no tenía claro de si se trataba de una especie de macarrones, tallarines, raviolis, o algo nunca visto.

Mientras esperaba a ser servido, continuó espionando al objetivo, mientras el policía cubría parcialmente su rostro con una hoja electrónica que mostraba un periódico silkeriano. En momentos como este deseaba tener unas gafas como las de Lainier para ocultar sus rasgos. De hecho podría haber comprado unas antes de embarcar, pero se le había pasado. “No me pagan por hacer seguimientos”, pensó, “sino por hacer asaltos, cagontó”.

Jharperr parecía estar comiendo una especie de pescado azul. ElArtista no cesaba de observarle. El camarero sirvió el plato del policía: finalmente la pasta resultó ser unas bolas de unos dos centímetros de diámetro, bañadas en algo parecido a nata. ElArtista mordisqueó una: la nata tenía un curioso sabor agrio. La bola parecía hecha de trigo o algo por el estilo. El relleno tenía un sabor a algo parecido al tomate. ElArtista partió con el cuchillo una de las bolas para examinar el interior: el presunto tomate no era rojo, sino azul.

—Acojonante —murmuró.

Llegó el momento esperado por el policía. Tras acabar el primer plato, el silkeriano bebió de su copa de vino. Si el camarero había seguido sus instrucciones, Jharperr debería sentirse indispuerto en breves instantes. Efectivamente, al cabo de un minuto, el objetivo se llevó la mano a la tripa. Rápidamente se levantó y fue al servicio. ElArtista se dirigió hacia la salida rápidamente. Al cruzarse con el camarero, le dijo:

—Si sale de aquí avísame inmediatamente.

—Sí, señor —respondió el hombre.

ElArtista tardó cinco minutos en llegar al pasillo donde estaba la habitación de Jharperr. Sacó las llaves que las autoridades del espaciopuerto le habían proporcionado y entró. Un lugar estrecho, ciertamente. El clon se puso guantes y cogió una maleta que había al lado de la cama. Pasó el escáner y tomó muestras de huellas. Abrir la maleta sin forzarla podría resultar complicado. Si estuviese Berllerak... Por suerte tenía otros métodos de investigación: colocó una microcámara oculta en el techo de la habitación y abandonó el lugar.

ElArtista estaba sentado en su habitación, también de clase turista, observando las imágenes de la cámara mediante su móvil. Jharperr había tardado una hora en regresar. De momento no había abierto la maleta. Se había limitado a leer el periódico, que había traído de fuera. Con suerte, pensó ElArtista, este hombre le llevaría directamente hasta los criminales. Resolvería el caso él solito. Pero necesitaba darles a las autoridades de Noctem una excusa para viajar al planeta. Lo más lógico sería decir que había ido para avisar a sus compañeros de algo importante. Pero se preguntó si eso no resultaría sospechoso. De todos modos, si daba pronto con los asesinos, no tendría ni que poner excusas. Y por otro lado, había algo que no le gustaba un pelo: ¿qué hacía un clon silkeriano metido en todo esto? ¿Había comprado la casa de Riina para destruir pruebas? No... no hacía falta comprar la casa para eso. Entonces quedaba otra opción: ¿la había comprado para estar allí por si algún día algún entrometido venía a investigar y así dar el aviso a sus compinches? Inquietante y rebuscado...

Lainier y sus acompañantes llegaron al espaciopuerto. Sus miles de luces brillaban de forma espectacular en la noche. Los clones pasaron por un control. Una mujer uniformada de azul claro los detuvo un momento.

—Veo que en su equipaje ha traído un cuerpo militar —dijo a Stalker—. Debo advertirle que en Eclipse está prohibido que los civiles usen ese tipo de cuerpos.

—¿La mera posesión está prohibida? —preguntó el cazarrecompensas.

—No, no lo está.

—Menos mal. Es que no me gusta alejarme de ese cuerpo, ¿sabe? Es carísimo.

—Bueno, eso es todo. Bienvenidos a Eclipse.

—Vaya cagada —murmuró Lainier mientras se alejaban—. Ahora seguro que advierten de nuestra presencia a las autoridades.

Al cabo de un rato, Jharperr dejó su chaqueta y zapatos en el armario. Era un mueble metálico con una puerta deslizante que se bajaba y alzaba al pulsar un botón en el lado derecho. El sonido que hacía al desplazarse parecía mínimo, pero ElArtista sabía que los silkerianos tenían buen oído. Ojalá este también tuviera un sueño profundo. Jharperr tecleó algo en su móvil, lo dejó sobre la mesita y se echó en la cama. ElArtista esperó un par de horas hasta asegurarse de que el sospechoso estaba profundamente dormido. Entonces salió de su habitación y se dirigió a la del silkeriano, descalzo para hacer el menor ruido posible. Abrió la puerta con sumo cuidado y sigilosamente se aproximó al durmiente mientras le apuntaba con su pistola. Echó un ojo al móvil de Jharperr: en la esquina superior derecha de la pantalla se apreciaba un icono de alarma. ElArtista supuso que el silkeriano no se fiaba del aviso de llegada de la nave a Noctem y había programado el despertador. Cogió el móvil y lo introdujo en su bolsillo. Ahora venía la parte arriesgada: abrir el armario. ElArtista, sin dejar de vigilar al sospechoso, pulsó el botón. El armario se abrió y Jharperr no pareció darse cuenta. Muy lentamente, el policía examinó la chaqueta. Sólo encontró una cartera en uno de los bolsillos; también se la guardó. Salió de la habitación, cerró la puerta y volvió a su camarote. Allí examinó el móvil. Para su desgracia, tenía un código de desbloqueo. De todos modos, ElArtista supuso que si Jharperr estaba implicado en algo sucio, no dejaría registros de llamadas o mensajes en su teléfono. El clon quitó la carcasa del móvil y colocó un micrófono diminuto junto al altavoz. Intentó buscar un hueco para introducir un localizador, pero no había más espacio. Volvió a colocar la carcasa.

—Esto lo tendría que hacer Berllerak —dijo hablando al móvil del silkeriano como si estuviese efectuando una llamada.

ElArtista consultó su móvil: su voz se había grabado. Reprodujo el archivo de sonido: “esto lo tendría que hacer Berllerak”, oyó con bastante nitidez. Perfecto. Ahora tocaba hurgar en la cartera. Parecía de piel, pero en color rojo. El clon examinó el contenido: algo de dinero en metálico, una tarjeta de crédito, otra de débito, un carné de socio de algún club pijo silkeriano y un carné de identidad. Todo parecía normal y no había nada raro. Tras vaciar toda el contenido, se quedó mirándola, durante un instante. En la cara interior había un símbolo bordado en negro: una circunferencia con dos triángulos isósceles en su interior, cruzados, apuntando hacia abajo, cuyas puntas se superponían sobre la circunferencia. La dejó caer sobre la mesita y se echó las manos a la cabeza, alterado.

—¡Menuda mierda! —dijo mientras golpeaba con la palma de la mano el mueble.

ElArtista volvió a poner sus manos en la cabeza mientras la agachaba y dejaba reposar sus codos sobre las rodillas. Tras unos segundos, se puso en pie, volvió a guardar los objetos en la cartera, y la devolvió junto con el móvil a su lugar original. Por un momento se preguntó dónde podría poner un localizador. La chaqueta era un lugar demasiado obvio, y hacerlo en uno de los zapatos podría ser también arriesgado: si lo metía dentro, el sospechoso podría notarlo al introducir el pie. Si lo ponía bajo la suela, podría encontrarlo si al calzarse se le ocurría mirar debajo. El riesgo no valía la pena: tenía el teléfono bajo escucha y por el momento podía seguir al objetivo, así que se marchó. Aparentemente, el silkeriano no se había enterado de nada.

Lainier Sind estaba de pie al lado de la carretera, que constaba de dos carriles para cada dirección, separados por una

valla de metal gris claro de un metro de altura. Habían pasado dos días desde que llegara a Eclipse. El clon miró en todas direcciones. No circulaban vehículos. Caminó hasta el punto exacto donde se había encontrado el coche de la hermana de Riin. La carretera trazaba una curva poco pronunciada en esa zona. Paralelamente al carril y a pocos metros, se extendían unos montículos rocosos de unos trescientos metros de altura. El coche de Riina se había estrellado prácticamente de frente contra ellos. Lainier estuvo una hora registrando y escaneando los alrededores, pero no encontró nada. Recogió un par de muestras de tierra y roca, pero estaba convencido de que no servirían de nada.

Entonces escuchó el motor. Un vehículo potente. El clon se dio la vuelta hacia la carretera. Desde dirección a Eclipse se aproximaba un coche de lujo gris oscuro, aerodinámico, con capacidad voladora, aunque ahora iba por tierra. Un coche del Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse, sin duda alguna. Por si las moscas, Lainier arrojó las muestras al suelo. Llevó su mano derecha a la pistola y se quedó esperando. Intentar escapar era inútil.

El vehículo se detuvo a un lado de la vía, a tres metros de Lainier. Dos personas bajaron de él. El conductor era un hombre de unos treinta años, de piel gris pálido. Su cabello era moreno y peinado hacia arriba. Sus ojos eran blancos. Vestía con un chaleco color negro sobre un mono de combate color beis. Lainier le reconoció como Jart Field. Por la puerta del copiloto apareció un cyborg enorme. Medía dos metros de alto. Sólo la cara era orgánica, o al menos lo parecía. La piel era rosada, como la de los caucásicos terráneos. El resto del cuerpo, incluyendo la cabeza, era metálico. Resplandecía con un color azul claro. Parecía un blindaje muy efectivo. Sin duda ese cyborg tenía una gran fuerza, aunque no parecía tan diestro como otros modelos. Lainier le reconoció como el miembro de reserva del Cuerpo de Asalto de Eclipse. Los dos hombres tenían cara de pocos amigos. Se acercaron al terráneo. El cyborg se mantuvo por detrás de su compañero, a su derecha.

—Bienvenido a Eclipse, señor Sind —saludó Field. Su voz era firme y grave.

—Me conoce —dijo Lainier.

—Por supuesto. Lainier Sind, jefe del Cuerpo de Asalto Clon de Thuris, y por extensión, de toda la Federación Ibérica.

—Y usted debe ser Jart Field, jefe del Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse.

—Así es. Y este de atrás es un compañero mío, Lorr Enkron.

—Miembro de reserva, ya que es un cyborg.

—Veo que está bien informado.

—En absoluto. Apenas sabemos más cosas sobre ustedes.

—Así nos gusta que sea. Dígame... ¿qué hace aquí?

—Vacaciones.

—No, me refiero a este lugar en concreto.

“Fantástico”, pensó Lainier. “Ahora tengo que contarle la verdad o mentirle como una perra”.

—¿No sabe lo que pasó aquí?

—Claro que sí. Aquí es donde murió la hermana de Guus Riin. ¿Ha venido por mera curiosidad o Riin le dijo algo? Su teoría thorn nunca pudo ser demostrada...

—Curiosidad. Riin sí que mencionó el supuesto crimen, pero por supuesto seguía sin tener prueba alguna. De todos modos, tenía que pasar por aquí camino a la ciudad, así que me detuve para mirar.

—¿Y ha encontrado algo que a nuestros brillantes forenses se les pasara en su día?

—Por supuesto que no. A estas alturas, ¿qué iba a encontrar?

—Yo siempre pensé que Riin había acusado a los thorn para que iniciásemos un conflicto diplomático con ellos. Mira tú por donde luego los thorn iniciaron una guerra.

—¿Cree que sería capaz de manipular la muerte de su hermana con fines políticos?

—¿Usted no? ¡Era un maldito terrorista! Tengo entendido que hasta pretendía matar a SuNSeT, que era de los suyos ¿no es así?

—Sí, así es.

En realidad, Lainier no estaba en absoluto de acuerdo con la frase “era de los suyos”, porque había sonado como si Riin y SuNSeT fuesen la misma mierda, pero prefirió no intentar corregir al eclipsado.

—Ya ve, Riin era un fanático idiota. A mí me da asco la gente como SuNSeT, pero lo que está claro es que su fuga tenía sentido estratégico. No tenía sentido mantener el trato: esas tierras no habrían salido adelante. Maldita sea, si el comunismo ya es un mal sistema, como para intentar implantarlo bajo condiciones adversas... Pero Riin no lo vio. Como he dicho, fanático e idiota. En fin... ¿puedo ayudarle en algo antes de irme?

—No, gracias.

—Pues que disfrute las vacaciones. ¿Planea quedarse mucho tiempo? ¡Aquí hay mucho que ver!

—Pues... —Lainier vaciló un instante. Bajo otras circunstancias, habría respondido “hasta que me llamen por trabajo; no tengo prisa”, pero era obvio que Field sospechaba algo, y que si Lainier alargaba su estancia indefinidamente, el eclipsado podría tramar algo—. Una semana.

—Bien. Salude a su compañero de mi parte.

—¿Compañero?

—Night Stalker, ese que ahora está ahí arriba, ¿verdad? —dijo Field sonriente, señalando con el dedo hacia las montañas, sin dejar de mirar a Lainier. Al acabar de hablar bajó el brazo. Lainier se quedó mudo—. El asesinato de agentes de la ley es un delito muy grave, ¿sabe?

—No sea ridículo. Está apostado para defenderme de posibles enemigos. Sólo eso.

—¡Claro, hombre! —dijo Field riendo—. Era una broma. Nunca se sabe cuándo le van a atacar a uno, ¿eh?

Nosotros, los clones, tenemos enemigos por todas partes.

—Ciertamente.

—En fin. Como le dije, disfruten de sus vacaciones.

Los eclipsados montaron en su vehículo y se fueron raudos. Night Stalker salió de detrás de las rocas conduciendo el coche. Lo detuvo al lado de Lainier.

—Se habrán dado cuenta de que tenías que haber dejado tu vehículo en algún lado —dijo el cazarrecompensas—, y han deducido que tenías a algún agente esperándote.

—Esperando no —objetó Lainier—. Han averiguado que eras tú y que los estabas apuntando.

—¿Suerte?

—O bien te han detectado con los sensores del coche o del cyborg. Aquí se gastan mucho dinero en tecnología.

—Hablando de eso, mis sensores indican que Field podría haber mentido.

—Y sin duda Enkron le habrá informado de que yo también he mentido. Tenemos un problema.

—Sin duda. Ahora pensará que sabes algo.

—¿Entonces asumimos que está implicado?

—Claro. ¿Cómo nos ha encontrado aquí? En cuanto se han enterado de que estábamos en el planeta, nos han seguido. ¡Y durante dos días! ¡Si se toman tantas molestias para vigilar a supuestos colegas, es que son culpables!

—¿Y se delatan de este modo?

—Es el Cuerpo de Asalto de Eclipse. Saben lo que se hacen. Creo que quieren meternos el miedo en el cuerpo.

—Pues anda que lo van a conseguir.

—Además, esta agresiva táctica les ha permitido sospechar, y se atreverán a tomar medidas. Sin embargo, nosotros no tenemos nada. Aunque no nos hubiesen abordado, les habríamos investigado de todos modos. Este encuentro ha sido más provechoso para ellos que para nosotros.

—Es hora de activar el plan de contingencia.

—¿El plan de contingencia?

—Field tratará de averiguar qué es lo que estamos haciendo aquí realmente. Si nos quedamos más de una semana, se convencerá de que no estamos de vacaciones. Es hora de darle otro motivo falso, uno lo suficientemente bueno como para que se crea que es verdadero, incluso si Enkron está cerca cuando eso ocurra y le informe de posibles señales de mentira.

—¿Y cual es el plan?

—Tengo autorización de inteligencia para contactar con nuestro enlace en Eclipse. Me proporcionará una comunicación segura para hablar con cierta persona.

La nave en la que viajaba ElArtista y Jharperr debía estar a punto de alcanzar su destino. La alarma del móvil del silkeriano sonó atronadoramente, despertándolo. Jharperr se vistió y se limitó a esperar sentado. Al cabo de diez minutos la nave salió del hiperespacio y comenzó su aproximación a Noctem. El silkeriano cogió su móvil y empezó a teclear. ElArtista seguía espiando a través de la microcámara, pero el ángulo no le permitía ver el número marcado, y la pantalla no hacía ruido al ser pulsada. Pero gracias a su infiltración nocturna, pudo escuchar y grabar la conversación.

—ElArtista se ha presentado en mi casa preguntando por Riina —dijo Jharperr en silkeriano.

—¿Qué sabe? —dijo una voz al otro lado. Aunque hablaba también en silkeriano, el acento era distinto. ElArtista supuso que sería nativo de Noctem.

—Nada. Solo quería echar un vistazo. Pero llevaba el símbolo. Sacó su cartera para mostrarme la placa y el símbolo estaba al lado, pero como me ordenaste, no le enseñé el mio.

—Perfecto.

—Se supone que estoy fuera por negocios. ¿Debo dirigirme a otro planeta o me quedo aquí?

—Cuanto más te muevas, peor. Si por algún casual descubren que viajaste a Noctem, será peor si luego se enteran de que volviste a cambiar de planeta. Aquí te podemos dar una coartada de negocio. Seguirán sospechando, pero a efectos prácticos, es más eficiente.

—¿Dónde me hospedo entonces?

—Tenemos un lugar seguro aquí en Eclipse. Ves a la calle Rehm, puerta 367. Es una planta baja. Podrás entrar mediante un código de seguridad que mandaré a tu móvil cuando cuelgue. Te aconsejo que no salgas a menos que sea necesario. Cuanta menos gente te vea, mejor. Tendrás que estar varios días encerrado. El lugar tiene comida y agua. Si algo sucediera, llámame.

—De acuerdo.

El interlocutor desconocido colgó. Rápidamente, ElArtista consultó su móvil, buscando la dirección donde el silkeriano iba a esconderse. El policía quería entrar allí antes que Jharperr, pero hacerlo sin tener el código sin duda sería inútil, porque ya no le cabía duda de que el asunto era algo gordísimo, quizá más de lo que sus compañeros imaginaban, y no podría burlar la tecnología de la puerta. Probablemente ni siquiera Berllerak podría. A menos que...

ElArtista activó el servicio de visualización de calles online de Eclipse. Se mostró la puerta del escondite: metálica y lisa. A su derecha había un panel con un objetivo de cámara. No había otro tipo de cerradura o sistema, así que el clon supuso que el dispositivo leería el código de entrada al poner el móvil delante. ElArtista tuvo una de sus ideas descabelladas: pasarse por una tienda de electrónica, comprar un dispositivo semejante, trcarlo y sustituir el original por el suyo. El problema era que probablemente no le daría tiempo a hacer todo eso antes de que el silkeriano llegase, por no mencionar que arrancar el sistema e instalar otro llamaría la atención de posibles testigos. El barrio parecía de

clase baja: quizá los vecinos pasarían de avisar a la policía, si es que llegaban a verle, pero aun así era muy arriesgado. ElArtista siempre había creído que cuando actuara solo por fin podría poner en práctica todos sus absurdos planes, esos que Lainier solía rechazar a menos que no tuviera otra opción. En este caso, ElArtista sí que tenía otra opción, y en contra de lo esperado, optó por ella en vez de por su rebuscado plan inicial. Y es que el asunto era demasiado serio.

No quedaba más que hacer por ahora. Mientras la nave descendía hasta el espaciopuerto de Eclipse, ElArtista se preguntó en qué hotel estarían hospedados sus compañeros. De momento prefería no llamarles por teléfono. Finalmente la nave se posó en tierra. ElArtista envió una señal al micrófono oculto en el móvil de Jharperr para que dejase de emitir, no fuera que detectasen la señal en la aduana. El silkeriano y el terráqueo pasaron los controles sin problemas, aunque ElArtista había usado una identidad falsa por si las moscas. La inteligencia de Silkeria le había preparado los documentos antes de subirse a la nave. Esperó que los agentes del espaciopuerto no lo hubieran reconocido. Habría pensado en teñirse de rubio, pero eso habría llamado aún más la atención. En vez de eso se había rapado el pelo y llevaba barba de varios días. El caso es que no le habían detenido, pero recordó el incidente de Corona cuando las autoridades les tendieron una trampa al pasar la frontera. ElArtista, procurando no ser visto, se adelantó a Jharperr y cogió un taxi, de color negro con franjas laterales amarillas. Tras arrancar, se aseguró de que no le hubieran adherido algún dispositivo espía. Estaba limpio.

El policía llegó hasta el refugio. Caminó hasta la próxima esquina a la derecha de la puerta, situada a treinta metros, y aguardó diez minutos hasta que llegó Jharperr. El silkeriano se bajó del taxi. ElArtista se aproximó entre sombras, sigiloso. Su objetivo cogió su móvil. El policía estaba tras él, a diez metros. Jharperr activó un programa y colocó el dispositivo frente al objetivo del sistema electrónico del refugio. ElArtista estaba preparado para atacarle en cuanto se abriera la puerta y así meterlo en el interior. Por desgracia, varias personas aparecieron caminando por la calle por su izquierda. El terráqueo se alejó mientras el silkeriano entraba al refugio. Al menos no se había dado cuenta de su presencia. Pero no pasaba nada. ElArtista aún tenía un plan C.

En algún cubículo del universo conocido, un hombre se sentaba frente a un ordenador. Estaba leyendo un correo.

“Órbita de Noctem. Dentro de tres días a las 16:30, horario unificado de la Asociación. Espera mi llamada”.

En el día y hora convenidos, el hombre volaba en un caza de infiltración cerca de Noctem, alejado del alcance del escudo de defensa orbital. De repente, su móvil sonó. Lo descolgó.

—¿La línea es segura, excremento de búfalo untado en semen? —espetó SuNSeT.

—Lo es, jodido batracio deshidratado —respondió Lainier.

—¿Seguro?

—No hay nada seguro cuando estás en Noctem. Pero estoy usando una infraestructura de comunicaciones propia.

¿Qué hay de tu teléfono?

—Es mío y nadie lo ha tocado jamás, así que no te preocupes por eso y dime qué coño quieres. Me has hecho venir a una de las zonas más peligrosas de la puta galaxia, y eso me da mal rollo. He estado a punto de no aparecer...

—Tengo una misioncilla para ti.

—No.

—Espera que te la explique, coño.

—Si te cuelgo volverás a inundarme el correo de mensajes, ¿verdad, hijodeputa? Jodeputa, jodeputa... —repitió SuNSeT con voz sarcástica.

—En otras circunstancias lo haría, pero necesito tu ayuda para ya, así que si rechazas la misión se cancelaría...

—Excelente. La rechazo.

—¡Escúchame, joder!

—¿Qué pasa, que no hubo bastante con lo de Guus Riin?

—Pues no. Ahora necesito que me eches una manita con el Cuerpo de Asalto de Eclipse.

—¿Qué tas fumao hoy, nano?

—Creo que el Cuerpo de Asalto de Eclipse asesinó a la hermana de Riin y al menos a otra persona. Es una larga historia.

—¿Y yo qué pinto en esto?

—Estábamos investigando de tapadillo, pero el jefe del Cuerpo nos ha interceptado antes de que tuviésemos una sola pista y no creo que se haya tragado que estábamos aquí de vacaciones. Puede sospechar que vamos a por él, a menos que le demos otra razón para quedarnos. Le dije que estaría una semana y me quedan un par de días para que se cumpla el plazo. Cada día que pase después de eso aumentará la paranoia del clon ese.

—Uui... Creo que esto no me va a gustar.

—Te vamos a coger en el planeta. Diremos que estabas planeando un golpe, que te seguíamos la pista y que mentimos a las autoridades porque... bueno, en eso no mentiremos... ¡porque tu integridad corría peligro si te trincaban ellos antes!

—¡Pierdo la señal, Lainier! ¡Voy a colgar!

—¡No, espera!

—¡Esto es una misión suicida!

—¡Sí! ¿¿No es genial??

—¡Incluso más genial que lo que hicimos durante la guerra! ¡Demasiada genialidad para mi!

—¿No te mola ver caer al fascista Cuerpo de Asalto de Eclipse y vete a saber a cuantos funcionarios del gobierno? De hecho... ¿el Cuerpo de Asalto de Eclipse no responde directamente ante el presidente? ¡Tiene muchas papeletas para

acabar siendo juzgado!

—Todo eso me parece muy bien, pero necesito un estímulo adicional...

—¿De índole sexual?

—De eso ya hablaremos luego. De momento me conformo con una fruslería. Un... indulto total.

—Ma que lo sabía...

—Y quiero el puto documento por anticipado o no hay nada de lo que hablar.

—Eso no es posible. Tardaríamos días en tramitarlo, y ya te he dicho que hay prisa.

—Ah... la lentitud de la justicia...

—Y que se tardan dos putos días en ir a La Tierra y volver.

—Al menos quiero un documento firmado por ti donde se detalle mi ciertamente interesada colaboración, para que luego lo presentes a las autoridades cuando esto termine.

—Inadmisibile también. Si los eclipsados encuentran ese documento...

—¿Te crees que lo pienso llevar encima? Lo primero que haré será sacarlo del planeta y enviarlo a un lugar seguro.

—Arriesgado: podrían interceptarlo. Te firmaré lo que sea cuando todo acabe.

—No mola.

—¿No te fías mi palabra? ¡Ya me conoces!

—De lo que no me fío es de que sigas vivo cuando todo esto acabe, y entonces a ver quién presenta un informe a mi favor.

—Si yo muero es probable que tú también, así que te va a dar igual.

—Te recuerdo que ya he probado que puedo resultar más astuto que los clones, así que no liganes mi destino al tuyo.

—Si te refieres a tu fuga de la cárcel, tuviste la ayuda de Sigfried.

—¡Pero el plan fue todo mío!

—El caso es que el documento te lo daré al acabar.

—Y yo digo que nanai. Mientras te enciegas, sigo en órbita —interrumpió SuNSeT—. Y cuanto más tiempo pase aquí, más posibilidades hay de que me pillen. ¿Quieres mi ayuda o no?

—¡Sí, joder, pero no te voy a dar ese documento!

—¿Y si lo metes en una caja de seguridad a la que yo pueda acceder cuando todo acabe? Así tendré el documento aunque palmes. Y los bancos de Noctem, como buenos capitalistas, son muy discretos con sus clientes. Seguro que no informan a las autoridades de quién eres, y eso suponiendo de que caigan en la cuenta.

—No informarán a menos que tengan órdenes de hacerlo por parte del Ministerio de Interior.

—¿Y por qué deberían tenerla? Aunque las autoridades crean que vas tras ellos, no se me ocurre razón por la que deberían alertar a los bancos de tu presencia.

—¿Y si los bancos también están implicados? Además, si voy a un banco a dejar el documento, algún cliente podría reconocerme y se hará preguntas.

—¡Joder, qué paranoia!

—Además, ¿cómo piensas retirar el documento? Aunque no me delaten a mí, sí que te delatarán a ti, que hay orden de busca y captura. Y no creo que una identidad falsa cuele...

—Tienes razón. Que vaya otra persona de confianza a introducir y retirar el documento. ¿No tenéis agentes secretos aquí?

—Uno solo, y ni de coña voy a exponerlo para este menester.

—¿Y para qué menesteres está, coño?

—¡Desde luego no está para procurarte un documento que puedo darte yo!

—¡Si sigues vivo!

—Creo que hemos caído en un bucle...

—¡Pues habrá que salir de él!

—¡Pues ya me dirás cómo!

—Sencillo: acepto la misión.

—¿Qué?

—Que acepto. Dame el documento cuando acabemos.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión en un segundo?

—Mi opinión es la misma que desde que me planteaste la misión. Solo estaba poniéndote a prueba. ¿Pensabas que un revolucionario como yo, que ha formado parte de un gobierno comunista, que ha asaltado naves capitalistas a diestro y siniestro, y que ha ido a una guerra contra las razas más peligrosas de la puta galaxia conocida, iba a rechazar la oportunidad de porculizar a los perros fascistas de Eclipse?

—¡La madre que te parió! ¿No decías que si tardabas mucho tiempo hablando te podrían encontrar?

—¿Tas de coña? ¡Yo he asaltado un cojón de naves de Noctem! Sé de sobra cómo moverme por los alrededores del planeta durante horas sin ser detectado.

—La madre que te parió...

—Te repites. Bueno, dime cómo vamos a hacer esto.

—Aléjate de aquí y vuelve dentro de dos horas. Te llamaré de nuevo y te daré los detalles para que puedas bajar al planeta y que nosotros te trinquemos antes que los eclipsados.

—Em, espera un momento... ¿Quiénes estáis ahí?

—Pues... tengo conmigo a Berllerak y Night Stalker. Ah... Berllerak me dice que te diga que eres un rojo de mierda.

—Cosa que es cierta, pero el que realmente me preocupa es ElArtista —explicó SuNSeT—. Ese no está, ¿verdad?

—De momento no.

—¿De momento?

—Está ocupado en otros menesteres en otro planeta. No vendrán más clones a menos que tengamos una buena excusa para ello.

—Bueno, pues eso era todo. Adiós, maldita zarrapastrosa del averno negro.

—Adiós, vehemente reptiloide de nauseabundos ademanes.

ElArtista estaba hasta los huevos de la vigilancia. Había alquilado un cuchitril en un quinto piso de un viejo edificio frente al refugio de Jharperr. En teoría el silkeriano no debería salir del escondrijo, pero ElArtista no se movía de su piso. No podía vigilar visualmente la entrada: estar todo el día con la vista fija en ella sería demasiado incluso para un clon, y encima llevaba allí varios días; pero había solucionado el tema fácilmente: había colocado un micro en la puerta. Si se abría, escucharía el ruido. Solo esperaba que no lo interrumpieran mientras dormía: no le gustaba nada que le jodieran el sueño. El problema es que aquel lugar tenía los días muy cortos. Los biorritmos de los clones se adaptaban bastante bien a este tipo de cambios, pero al Artista le costaba más que a otros. Realmente la ausencia de luz era un coñazo. Acababa de merendar y el sol ya se ocultaba, a pesar de ser primavera. ElArtista no había caído en la cuenta de coger un visor nocturno antes de salir de Silkeria, y encontrar uno en Noctem era muy difícil: los nativos apenas los necesitaban. Incluso la etnia más parecida a los caucásicos tenía cierto grado de adaptación a la oscuridad, y si lograba encontrar algún traficante, es probable que tuviera la mercancía.

El problema del plan C de ElArtista era que no sabía muy bien qué hacer aparte de vigilar el refugio, y el tiempo corría en su contra: no había forma de saber cuánto tiempo permanecería Jharperr en el planeta por sus falsos negocios. El terráqueo había intentado idear alguna forma de hacer que el silkeriano sintiese miedo y llamase a su contacto en busca de ayuda, pero no creyó que eso resultase efectivo. Si solicitaba auxilio era porque algo chungo pasaba, y por tanto su contacto actuaría con sumo cuidado por si alguien acechaba, como así era. Quizás debería dejarse de tonterías, bajar y entrar allí por las bravas, si es que conseguía derribar la puerta; trincar al tipo y llevárselo a un lugar apartado, aunque no conocía la ciudad y solo se le ocurrió las alcantarillas. Allí podría torturarlo para que hablase.

“Estoy encallao”, pensó el clon.

Estaba demasiado cansado para seguir pensando, al menos por el momento. Cogió su móvil y comenzó a jugar a un juego tras otro. Cuando llegó a un shooter, se le ocurrió una idea. Puede que no pudiera comprar un visor nocturno, pero había otra cosa que podía adquirir y que le resultaría mucho más útil...

—Háblame, pedazo de... —comenzó a decir SuNSeT por el móvil.

—Tenemos un punto de encuentro que nos permitirá... —empezó a decir Lainier al otro lado de la línea.

—Espera, cambio de planes.

—Vamos, hombre... pero no me jodas.

—No me voy a echar atrás. Es un plan mejor que el tuyo.

—¿Mejor?

—Tú querías hacer un paripé de detención, ¿no?

—Sí...

—Eso puede esperar de momento. Tengo un amigo en Eclipse. Os podría resultar muy útil. Hablo de dinero, contactos, información sobre la ciudad, rumores...

—La hostia puta, eso es más de lo que nos ofrece nuestro contacto de inteligencia. ¿Quién coño es tu amigo?

—Se llama Adve. Dirige la mayor empresa de robots industriales de Eclipse. Tiene pelás y recursos a porrillo.

—Espera, espera... ¿Un empresario?

—Podrido de millones —dijo SuNSeT alegremente.

—¿Tú tienes como amigo a un empresario nocturno podrido de millones? —Lainier estaba perplejo.

—¿A que soy una caja de sorpresas?

—Dame detalles, anda.

—Somos amigos de juventud. Estudiamos juntos en la Facultad de Economía de Eclipse.

—¿Tú estudiaste economía en Eclipse?

—Claro. Ya había estudiado economía en La Tierra y economía comunista por mi cuenta. Me faltaban por estudiar las versiones ultracapitalistas y corporativas, y Eclipse era el mejor candidato. Hay que conocer al enemigo. Por supuesto, por aquel entonces aún no había iniciado acciones calificadas como “ilegales” por los Estados capitalistas, pero ya era un activista.

—¿Y te radicalizaste tras estar en Eclipse?

—“Radicalizar” es un término muy feo, muchacho. Digamos que me di cuenta de que debía tomar medidas más efectivas. Debo admitir que los nocturnos son muy habilidosos en sus intentos de mantener el capitalismo, o más bien en sus intentos de lograr mantener una buena imagen del capitalismo; y ahora Eclipse está logrando vender la moto del corporativismo a otros Estados. El caso es que Adve siempre fue un firme defensor del liberalismo económico, y yo jamás le oculté mis tendencias socialistas.

—Me parece sorprendente que te arriesgases a decírselo.

—Confiaba en él, y por aquel entonces el comunismo no estaba perseguido. Simplemente no tenía aceptación. Además, hay factores ideológicos que Adve y yo tenemos en común. Adve no solo está a favor del liberalismo

económico, sino del liberalismo en general, y eso me parece bien. En anarcocapitalista. Está en contra de la existencia de Estados. Cree que el individuo debe ser totalmente libre. Por tanto, no soporta a la gente que intenta decir a los demás a qué Dios deben rezar o con quién pueden follarse.

—Por nuestra conversación en la Kúpula, no me dio la impresión de que tú fueses un amante de la libertad en general, y menos de la ausencia de Estado...

—Haré caso omiso a tal comentario con la desvergüenza que me caracteriza.

—Yo siempre había pensado que el anarcocapitalismo era una coartada ideológica, y que en realidad a esa gente lo único que les preocupaba de verdad era la libertad de mercado.

—En mi opinión, tienes razón, pero Adve realmente cree en ello. Y por eso no se lleva bien con la dirección corporativa de Eclipse. Durante la guerra, el gobierno le presionó para que en vez de robots industriales, fabricase robots militares. Adve dijo que no tenía capacidad para ello. Le fue bastante difícil fingirlo, porque la Inteligencia de Eclipse tenía pruebas de que sí era capaz de desarrollar dicha tecnología. El caso es que gracias a su posición como famoso empresario, a algunos contactos y mucha astucia, logró zafarse, pero ahora el gobierno le vigila de cerca.

—¿Entonces es prudente ir a verle?

—No me refiero a que tenga vigilancia física, sino que examinan con lupa sus acciones y movimientos. Adve ya tomó medidas para reforzar la seguridad y confidencialidad de sus operaciones y así evitar nuevas intrusiones por parte de Inteligencia.

—¿Pero seguro que nos ayudará? Aunque tenga problemas con la autoridad, sigue siendo un capitalista, y tú eres un comunista, o algo por el estilo...

—Pero esto no tiene que ver con el comunismo.

—En realidad no lo sabemos. No tenemos ni puta idea de lo que pasa aquí.

—Incluso si no nos ayuda, lo que es seguro es que no nos delatará. ¿Te acuerdas de Sigfried?

—Sí... Espera... ¿Sigfried no trabajaba en una empresa de robots industriales? ¿Era la de Adve?

—Exacto. Adve podría haber despedido a Sigfried porque estaba al tanto de que, al igual que yo, era comunista, pero no lo hizo porque le aseguré de que no representaba un peligro para su persona. Además, Adve es un tío justo. El caso es que, como sabes, ayudé a Sigfried a escapar cuando empezó a tocarle los cojones al gobierno. Pues Adve también nos echó una mano para huir. Por eso no nos cazaron.

—Interesante. ¿Y nadie sospechó de él?

—Claro que sí. Es otra de las razones por las cuales el gobierno desconfía de Adve.

—Muy bien, hablaremos con él. ¿Tienes algún saludo secreto o...?

—¿Lo qué?

—Una contraseña o algo, para que sepa que vamos de tu parte.

—¿Tas tonto? ¿Tú te crees que se fiará de vosotros? Tengo que ir yo.

—¿No podrías llamarle por teléfono?

—¿Y cómo sabe que soy yo realmente o si me están coaccionando? Estas cosas se piden cara a cara.

—Pensaba ahorrarnos el riesgo de que bajases al planeta.

—No pasa nada, te recuerdo que ya escapé de aquí una vez. Os daré una ruta para recogerme.

—De acuerdo.

ElArtista escuchó en su móvil. Era el momento que había estado esperando.

—Soy Jharperr —dijo el silkeriano—. Me vuelvo a casa, que ya he estado bastantes días aquí.

—Bien —respondió la misma voz de la otra vez.

—¿Qué pasa si la policía sigue allí?

—Quédate, qué remedio. Sería sospechoso si te ausentases de nuevo. Cíñete a la coartada que te enviamos pase lo que pase y no hables hasta que no llegue nuestro abogado.

—De acuerdo.

La conversación acabó. ElArtista supuso que la información sobre la coartada se la habrían mandado a Jharperr a través de un mensaje de móvil o correo. Podría volver a Silkeria y presionar a Jharperr allí, en un lugar seguro, pero ya se había gastado el dinero para llevar a cabo el plan, y maldita sea, no había tiempo para ir y volver tantas veces. Esto se tenía que resolver en Eclipse y cuanto más pronto mejor.

El policía abrió un vetusto armario de madera y sacó un rifle de dardos que había comprado el día anterior. O noche. No estaba seguro de qué significaban aquellos conceptos allí. La oscuridad era absoluta y la iluminación de la calle escasa, pero él era el mejor tirador después de Lainier. Asomó el arma por la ventana y apuntó hacia la entrada al refugio del silkeriano.

Al cabo de unos minutos, Jharperr salió al exterior. Antes de que pudiese cerrar la puerta, ElArtista disparó. Un dardo diminuto impactó en el pecho del silkeriano. Este se lo quitó y lo contempló. Se tambaleó y sacó su móvil mientras dejaba caer su maletín al suelo. Mientras tanto, ElArtista bajaba las escaleras a saltos.

Cuando llegó abajo, el silkeriano estaba tendido en el suelo. La puerta continuaba abierta, y el móvil seguía en su mano. ElArtista corrió hacia él. Si alguien le veía, no tendría más remedio que presentar su placa y fingir que iba a auxiliar a una pobre persona que se había desmayado en medio de la calle. No sabía si colaría. Desde luego, casi todo el mundo conocía a los Cuerpos de Asalto Clon y que podían ir de planeta en planeta, pero algún nativo podría decidir informar a las autoridades locales. Sin embargo, a estas alturas eso ya le daba igual. Era la única oportunidad que tenía de seguir la pista. Por suerte esta vez no había nadie en la calle, y tampoco parecía haber mirones observando desde los

edificios. El policía arrastró a Jharperr y su maletín hasta el interior del refugio y cerró la puerta tras él. Le quitó el móvil de la mano y lo examinó. No había llegado a llamar, pero había marcado cuatro números. ElArtista los apuntó en su móvil y los buscó en Internet, sin resultados. No figuraban en la guía. Puede que el contacto de Inteligencia terráqueo en la ciudad pudiese tener alguna idea, pero ElArtista aún no quería informar. El clon continuó inspeccionando el teléfono del silkeriano. Ni registro de llamadas, ni mensajes, ni siquiera los datos de la coartada. Los únicos números de la lista de contactos obviamente no le llevarían a ninguna parte: si Jharperr estaba tecleando antes de caer inconsciente, era porque no tenía el número de su contacto memorizado.

El refugio constaba de dos únicas habitaciones. ElArtista se encontraba en el salón-cocina, y una puerta a su derecha daba al dormitorio-baño. En el centro del salón reposaba una única silla hecha de metal negro. ElArtista esposó al hombre de pies y manos al asiento y procedió a inspeccionar el lugar, asegurándose de que no había dispositivos ocultos. El refugio no estaba demasiado sucio, pero no era idóneo para permanecer una larga temporada. El policía abrió un pequeño armario del salón, hecho del mismo metal que la silla, pero no había nada de interés aparte de un par de fajos de billetes nocturnos. ElArtista los cogió y los contó. Calculó que equivaldrían a cinco mil euros.

—Esto va a la saca —dijo guardándose el dinero en la chaqueta. Después abrió la nevera, pero sólo había comida y bebida. Finalmente echó un ojo al dormitorio, pero ni siquiera había una mesita de noche. Para no dejar cabos sueltos, registró la cama en busca de algo oculto, pero sin resultado. Una vez explorada la casa, colocó el maletín de Jharperr sobre la mesa y lo abrió con su cuchillo, pero dentro no había nada de interés.

Decepcionado, ElArtista se tumbó en la cama y esperó un rato hasta que el silkeriano despertó.

—¡Socorro! —gritó Jharperr.

—Tú grita, que esto está insonorizado —dijo ElArtista levantándose. Jharperr le miró, sorprendido y asustado. El policía se aproximó a él y se puso delante.— ¿Sabes quién soy?

Por supuesto, sabía que Jharperr estaba al corriente de su identidad, pero al Artista le gustaba este juego.

—El policía que estuvo en mi casa.

—Te enseñé mi placa. ¿No recuerdas mi nombre?

—No... me acuerdo.

—¿Ni siquiera te suena mi cara? He salido en la tele...

—Ahora mismo no caigo.

—¿Entonces no sabes lo que voy a hacerte?

—Eh...

—Deja de hacerte el tonto. Vas a hablar. Fíjate, no estás en forma —dijo ElArtista golpeando levemente con el puño el brazo derecho de Jharperr—. No eres un guerrero. Eres un tío mierda al que le han adjudicado el marrón de vigilar la casa de Riina. ¿Crees que vas a resistir mucho? Dime todo lo que sabes y no perderás partes corporales.

—Yo no sé nada...

—¡Ya estoy hasta los cojones! —aulló ElArtista mientras andaba rápidamente hacia un cuchillo sobre la cocina.

—¡Espera! —gritó el silkeriano cuando el policía ya tenía la hoja en la mano.

—¿Ya has decidido ser razonable? —ElArtista dejó el arma de nuevo en su sitio. Volvió a colocarse frente a Jharperr.

—A mí solo me contrataron para comprar la casa. Me dijeron de contactar con ellos si alguien preguntaba por la mujer esa...

—¿Quiénes?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —ElArtista volvió a coger el cuchillo.

—¡Contactaron conmigo por Internet! Yo pensaba que estaban de coña, pero pronto me dieron un anticipo mediante transferencia segura, y me dijeron que tendría más dinero si me trasladaba a esa casa. El dinero para comprarla lo pusieron ellos...

—No suena muy convincente.

—¡Es la ver...!

—¡Me cago en tu vida! —ElArtista se abalanzó sobre Jharperr y le realizó un corte en el brazo derecho.

—¡Yaaaaaaaarg!

—¡Tú te crees que soy tonto! ¿Pretendes que crea que trabajaste para unos tíos a los que nunca viste?

—¡La transferencia era correcta! ¡Era un buen negocio! ¡Por favor...!

ElArtista vaciló unos momentos. Finalmente vació la cartera del silkeriano y le mostró el símbolo bordado.

—No te identificaste, Hermano —dijo el policía.

Jharperr guardó silencio unos instantes.

—No es obligatorio —respondió Jharperr al fin, resignado.

—Por supuesto, pero cuando alguien no se identifica es por una buena razón. Así que me gustaría saber quién coño te da las órdenes.

—Si te cuento algo me matarán.

—Y si no hablas te torturaré y te mataré. Vaya nohecita, ¿eh?

—Me metí en la Hermandad hace mucho. Apenas recuerdo al tío que me introdujo. Tenía un aspecto vulgar.. pelo negro.. ojos amarillos... No me acuerdo de su nombre, pero era un alias, así que de poco te serviría. Durante mucho tiempo apenas hice nada, hasta que contactaron de nuevo conmigo. Eso fue por Internet, como te he dicho. Es la verdad. El mensaje venía acompañado del logo codificado. Así que compré la casa y tal. Y eso es todo.

—Todo no. ¿Y la coartada que te han preparado?

—Me enviaron un mensaje al móvil desde un servidor pirata con datos sobre una falsa reunión de negocios con un empresario del sector del automóvil en un hotel. El tipo corroboraría mi versión si alguien acudía a preguntarle. Memorice los datos y lo borré.

—¿Su nombre?

—Ranserd Gerterten.

—¿Entonces está metido en el ajo?

—He oído hablar del tipo ese. Es un clon.

—Vaya por Dios. Bien, solo falta una cosa: dame el número de teléfono de tu contacto.

—¿Te das cuenta de que te estás metiendo en un lío?

—De momento lo único hostil que he hecho es joderte un poquito, y no creo que se preocupen por un tío como tú. Por ahora sólo me interesa saber lo que ocurre. No hables como si fuese un traidor. Solo es que quiero que me den una explicación. Imagina que mi Cuerpo de Asalto descubre algo gordo y me relacionan por asociación. No quiero salpicarme por algo que no he hecho.

—Entonces sería mejor que llamase yo y les contase que exiges que se te ponga al corriente.

—Calla y dame el número de una puta vez o me volveré a poner nervioso otra vez.

—7398502098.

—¡¡Basta de gilipolleces!! —ElArtista clavó el cuchillo de cocina en la pierna derecha de Jharperr.

—¡¡Aaaaaaaaarg!!

—¡Tengo los primeros números marcados en tu teléfono y no coinciden! ¿Qué coño me estabas dando? ¿Un código trampa para que vinieran a por mí? ¿Eh?

—¡Diosss, te daré el número bueno!

—¡Vamos!

—8205384648.

—Excelente —ElArtista sacó el cuchillo y practicó un torniquete a la víctima—. Ahora voy a llamar a mi contacto de inteligencia para que te saque de aquí y te devuelva a tu puto planeta, y ya sabes, más vale que no le cuentes a nadie lo de la Hermandad, porque no se trata solo de mi culo, sino del tuyo. ¿Capicci?

—Qué remedio, no tengo ganas de morir. ¿Pero que me harán los tuyos?

—Bueno, no entiendo mucho de leyes. Yo soy más bien de arrancar escrotos. Pero en principio no creo que tengas muchos problemas. Compraste una casa y hablaste con unas personas, eso es todo. Puede que te pongan un multazo si no pagaste impuestos por la pasta recibida. Sin duda puedes pagarte un buen abogado, así que deja de quejarte.

Berllerak iba conduciendo un deportivo negro por una amplia autovía. A su derecha se sentaba Lainier. Detrás iban Night Stalker y SuNSeT, al que habían recogido sin problemas. No tenían forma de saber si las autoridades habían detectado su entrada ilegal en el planeta, pero al menos se habían asegurado de que nadie los seguía. El revolucionario vestía con cómodas ropas completamente negras, iba perfectamente afeitado y se había dejado el pelo corto. Había dejado su armadura en el maletero. A lo lejos, a derecha e izquierda, se alzaban urbanizaciones lujosas de enormes edificios negros, que resultarían prácticamente invisibles en aquella oscuridad si no fuera por las múltiples luces que surgían de las ventanas. Algunas de las construcciones sobrepasaban el kilómetro de altura, pero no eran los más altos de la ciudad. Una luna que parecía más del doble de grande que la de La Tierra asomaba en el cielo, a la derecha, en color blanco. Otra luna, mucho más pequeña, estaba situada lejos de la otra, quedando casi al frente del coche. Era de color azul.

El móvil de Lainier sonó. El clon contestó la llamada. Era ElArtista.

—¿Estás aquí? —preguntó Lainier.

—Claro que no —respondió ElArtista—. Helio acaba de descubrir un método fiable de transmisión de información por el hiperespacio y acabo de inaugurarlo. ¿Tú que coño crees?

—¡Es que me sorprende que estés aquí!

SuNSeT echó una mirada preocupada a Lainier.

—¿Quién es? —preguntó el revolucionario.

—ElArtista —dijo Lainier mientras tapaba el micrófono del teléfono y miraba de reojo al revolucionario.

—La madre que te parió...

—¡Yo no tengo la culpa de que esté aquí!

—¿Tas ahí, Lai? —preguntó ElArtista.

—Sí, dime —dijo Lainier volviendo a la conversación telefónica.

—Digo que tengo pistas. El puto silkeriano que vivía en casa de Riina está metido en el ajo. Alguien le dio dinero para que comprase la casa de la tipa y le pagó para que si alguien fuese a preguntar por ella, le informase. El tipo salió de Silkeria y lo seguí hasta aquí.

—¿Cómo te enteraste de eso?

—Fue tras seguirlo. Antes solo tenía una sospecha. Cuando llegué a su casa el tipo dijo que tenía que irse a un viaje de negocios justo en ese momento, y me pareció mucha casualidad, así que le seguí, me embarqué en la nave y le interviní el móvil.

—Me parece un fallo muy tonto por parte de ese tipo. Pirarse del planeta justo cuando llegas es muy cantoso. ¿Seguro que no te están tendiendo una trampa?

—Que no, cojones. El tipo no tiene ni media torta, es un pringao. Seguro que se acojonó al verme, y la gente acojonada comete errores. Y ya sabes que por algún motivo suelo acojonar a la gente. Tengo cierta fama. También podría ser la falta de tiempo. Probablemente querría informar lo antes posible.

—Bueno, ¿algo más?

—¡Mucho más! Tengo el número de teléfono de su contacto en este planeta. El contacto le había preparado una coartada en caso de que descubriéramos que había estado en Noctem. Se trata de una falsa reunión de negocios con un empresario del automóvil llamado Ranserd Gerternen. Es un clon. Como no sabía qué coño hacer con el silkeriano, he tenido que llamar a nuestro contacto de Inteligencia para que lo devuelva a Silkeria, así que de momento no tenemos contacto de Inteligencia hasta que regrese. Aunque para lo que sirve... Le pregunté por el teléfono del contacto del silkeriano y no tiene ni puta idea. Y sobre el empresario solo me dijo que es un importante hombre de negocios perteneciente a la etnia gris y que está montado en el lunar. Propongo dividir el trabajo. Yo intentaré averiguar a quién pertenece el teléfono y vosotros habláis con el empresario.

—Berllerak es el hombre de ciencia. Él se encargará del teléfono.

ElArtista hizo una pausa de un segundo.

—¿Entonces voy yo a ver al empresario? —preguntó al fin—. Al fin y al cabo, vosotros estáis de vacaciones. No tenéis excusa para ir a ver a este tipo.

—¿Y tú sí?

—Pues...

—Además, sí que tenemos excusa. Hemos logrado traer a SuNSeT al planeta y podemos usarlo como excusa para decirle al empresario que el rojillo planeaba sabotear su empresa.

—¿SuNSeT? ¿Está ahí?

—Pues sí.

—En fin... Id vosotros a ver al empresario. El teléfono es 8205384648. Yo también lo investigaré.

—¿Estás pensando en ir a ver a Field?

—Es posible.

—Es peligroso.

—Sabes que no me gusta correr riesgos innecesarios. Si veo que me pueden pillar, pasaré del tema.

—¿Algo más?

—Eso es todo.

—Estamos en el Hotel Internacional, si necesitas vernos. Me temo que sin duda el Cuerpo de Asalto de Eclipse sabe que estamos hospedados allí. Tuve una animada conversación con su líder al poco de llegar. Me pillaron hurgando donde se estrelló Riina y ahora sospechan. Por si acaso no me digas dónde te hospedas, por el momento.

—No tenía intención de decírtelo.

—Si las autoridades te reconocen, ¿qué excusa les darás para estar aquí?

—¿SuNSeT?

—Imposible. Se supone que SuNSeT ha llegado hace menos de una hora. No es posible que te hayamos avisado y hayas acudido tan pronto.

—De hecho he llegado aquí horas antes que SuNSeT.

—¿Por qué no tenías preparada una excusa?

—Pues... porque he estado ocupado pensando en otras cosas. Ya se me ocurrirá algo.

—Bueno, mientras no te dejes ver mucho, no pasa nada. ¿Tú como andabas en eso del sigilo?

—Soy el puto amo del sigilo.

—Pues eso, si ves que no hay algún rastro firme, mejor mantente en las sombras. Por el momento nosotros somos la mejor opción. Le echaremos un ojo al empresario ese y además hablaremos con un contacto que SuNSeT tiene en Eclipse.

—No te fíes de ese rojo...

—Es muy fiable. Mientras tenga algo que ganar.

—¿Y qué tiene que ganar?

—Quiere el indulto.

—Joder que cabrón.

—Es un hombre insistente.

—¿Qué habláis de mi? —preguntó SuNSeT con una sonrisa.

—Bueno, te dejo —dijo ElArtista—. Bafan culo.

—Adiós —dijo Lainier, cortando la comunicación. Después se giró hacia SuNSeT—. ¿Tú crees que Adve conocerá a un empresario llamado Ranserd Gerternen?

—¿Qué tipo de empresario? —preguntó el revolucionario.

—Fabrica coches o una mierda de esas.

—Entonces es bastante probable. El 70% de las industrias de Eclipse usa robots de Adve. En otras ciudades el porcentaje es bastante menor, pero aún así se forra.

—A ver si hay suerte. Nos ahorraremos decirle al Ranserd ese que querías joderle. Es mejor intentar que Adve hable con él.

—¿Y cómo nos ayudará eso exactamente?

—Ni zorra; improviso sobre la marcha.

—Genial.

—De momento Adve tendrá que hacer la llamada telefónica usando el número que nos ha dado ElArtista ante el tipo ese. Eso es fácil, pero poco concluyente si no suena. ¿Alguien tiene alguna idea? Estáis muy callados.

—Relax. Adve aún no ha aceptado.

—¿No te traemos con nosotros precisamente para que acepte?

—Veremos.

—Mmm... Bueno, como iba diciendo... ¿alguna idea?

—Estoy ocupado pensando en cómo localizar al propietario de ese número si lo de la llamada falla —dijo Berllerak—, pero nos albergues esperanzas.

—A mí me pagas por mis servomúsculos, no por mis consejos —señaló Stalker.

—Oins... —suspiró Lainier.

Adve estaba de pie al lado de la enorme mesa alargada que tenía en la sala de reuniones, perpendicular a la cristalera que ocupaba toda la cara que daba al exterior. La mesa era de color gris oscuro, de metal pulido. Las ergonómicas sillas, treinta en total, eran del mismo material. La sala tenía un techo alto, de más de cinco metros, recorrido por barras de neón, también perpendiculares a la cara exterior, que proporcionaban una tenue iluminación. Esto, unido a que aún era de noche, provocaba dificultad para ver. Adve era de la minoría blanca, pero llevaba años viviendo en Eclipse, y se había acostumbrado a la falta de luz. Su cabello corto y castaño tenía ligeras entradas en la frente, y su nariz tenía un puente pronunciado. Parecía unos años mayor que SuNSeT, pero aún así era joven: muchos empresarios de inmensa fortuna comenzaban a temprana edad con sus negocios y en poco tiempo consolidaban sus proyectos. Adve era uno de ellos. Vestía con traje gris, pero sin corbata o pajarita. Estaba contemplando los enormes edificios cercanos, pensativo, cuando escuchó pasos que se acercaban. Pulsó un botón de un ordenador portátil situado encima de la mesa, y un panel interior tapó la cristalera. El nivel de oscuridad se hizo aún mayor.

SuNSeT y Lainier entraron en la habitación. Stalker y Berllerak se habían quedado en el coche cerca del enorme recinto de la empresa, vigilando. Visto desde fuera, la sede principal de Adve Robotics ocupaba diez mil metros cuadrados y tenía cincuenta plantas. Como la mayoría de edificios de Eclipse, era negro.

—¡He vuelto a casa, cariño! —dijo SuNSeT abriendo los brazos como reclamando un achuchón.

—Hola de nuevo —contestó Adve con una sonrisa.

—Me cago en tu vida, SuNSeT —dijo Lainier mientras activaba el escáner de su móvil—. ¿Para qué hablas antes de que examine el lugar?

—La emoción —replicó el revolucionario.

—Examine, examine —dijo Adve.

El clon hizo un recorrido por la sala y volvió con SuNSeT.

—Todo en orden —dijo—. Espero.

—Vengo a pedirte un favor —dijo SuNSeT a Adve.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar cómo me va? —se quejó el empresario.

—Te lo pregunté hace poco...

—Seis meses.

—¡Eso es hace poco! ¡Ya sabes que me muevo mucho por la galaxia!

—Mmmpf...

—Vale, tío pesao... ¿cómo te va?

—A veces las autoridades de Eclipse vienen a tocarme los huevos. ¿Y tú que tal?

—Fatal. Lainier y yo somos incompatibles en la cama.

—¿Podemos ir al grano? —preguntó Lainier lanzando una mirada asesina al revolucionario.

—Adelante, adelante, muchacho...

—SuNSeT me dijo que usted se negó a fabricar robots militares durante la guerra a pesar de tener la tecnología necesaria —dijo Lainier dirigiéndose a Adve—. ¿Por qué? Los robots habrían sido muy útiles para la lucha contra los fascistas que amenazaban a la Asociación...

—No sabes estarte callado, ¿eh, SuNSeT? —recriminó Adve a su amigo.

—Lainier tenía que estar seguro de que no simpatizabas con las autoridades locales —explicó el revolucionario.

—Pero a lo peor ahora piensa detenerme por traición —señaló el empresario mirando de nuevo al clon—. Bastante tengo con los eclipsados.

—No puedo detenerle por eso —señaló Lainier—. Sólo puedo informar a Eclipse de que los engañó. Usted ha violado la ley de Eclipse, no las leyes asociativas. ¿Me va a dar una razón o no?

—¿Si la razón no le convence me delatará?

—No tengo pruebas y en estos momentos las autoridades de Eclipse me producen alergia. Sólo quiero saber con quién trato.

—Para empezar, nadie me dice lo que debo fabricar yo. Me meo en el intervencionismo del Estado. Pero no le quepa duda de que no soy amiguito de los neos o los thorn. No tenía interés alguno en que ganaran la guerra. Lo que pasa es que no me fio de mi gobierno. ¿Sabe qué tipo de regímenes suelen adoptar el corporativismo como sistema económico?

—Los fascistas.

—Exacto. ¿Pretende que proporcione tecnología militar a esas personas? Mire, con esos robots en su poder podrían haber acabado con las libertades en un abrir y cerrar de ojos. Y estaríamos igual que con los neos y thorns.

—Y a mi me llaman paranoico.

—Más vale prevenir que curar.

—Adve se queja mucho del sistema corporativo —dijo SuNSeT—, pero la verdad es que el fascismo, aunque se declare anticapitalista, es capitalismo disfrazado. Si no eliminas la propiedad privada y las intervenciones estatales en materia económica no tienen que ver con la eliminación de las desigualdades sociales, entonces sigue siendo capitalismo. El problema es que Adve quiere más capitalismo aún.

—Claro que quiero más capitalismo aún. Pero no por avaricia, sino porque creo en la libertad total del individuo. Esto no lo hago sólo por el derecho a llevar mi empresa como me de la gana, sino por llevar todos los aspectos de mi vida como me de la gana, y el rumbo que está tomando Eclipse amenaza con impedirme eso.

—Bueno, su respuesta me vale —dijo Lainier.

—¿¿Cómo?? —protestó SuNSeT, haciendo aspavientos con los brazos—. ¿¿Es que vas a confiar en este capitalista??

—¡Pero si me lo recomendaste tú!

—Que síiii, muchaachooo —dijo SuNSeT riendo y palmeando la espalda de Lainier—. Bueno, plantéale el tema.

—Bueno... —dijo Lainier dirigiéndose de nuevo a Adve—. Sospechamos que el Cuerpo de Asalto de Eclipse asesinó a dos personas. Una de ellas era una mujer llamada Riina que era hermana de un terrorista de extrema izquierda llamado Guus Riin. No tenemos ni idea de porqué se cometió el crimen, pero estamos investigando el tema.

—¡Ajá! —exclamó Adve— ¡Entonces no le parecen tan absurdas mis acusaciones de fascismo!

—Lo sabré cuando descubra porqué se cometió el crimen.

—Si esa mujer y la otra víctima eran activistas de izquierda, podrían haber sido asesinados por ello, sobre todo si el hermano era terrorista.

—No había ningún indicio de que Riina fuese terrorista. Ni siquiera ha sido activista de izquierdas.

—Nunca se sabe.

—En cualquier caso estoy aquí para investigarlo, pero como no puedo moverme abiertamente, mis recursos son limitados. Por eso necesito su ayuda.

—Dígame.

—Dinero, tecnología, algún contacto...

—Bueno, eso es fácil.

—...y otra cosita.

—¿Ahora es cuando me mete en un lío de verdad?

—No será peor que cuando me ayudaste a mí a y a Sig —señalo SuNSeT.

—No me lo recuerdes... Bueno, ¿qué es esa cosita?

—Creemos que el empresario Ranserd Gerternen podría estar implicado —explicó Lainier—. ¿Lo conoce?

—Pues sí. Me compra robots.

—Cojonudo. Necesito que encuentre una excusa para quedar con él y sonsacarle información.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—A decir verdad, aún no estoy seguro, pero tenemos una pista, un número de teléfono de un sospechoso que podría tratarse de Ranserd. Queremos que le haga una llamada perdida cuando esté con él, a ver si le suena el móvil.

—Un viejo truco.

—Pues sí.

—Que no suene no quiere decir que no esté implicado o incluso que no sea él.

—Por eso le digo que aún no estoy seguro del tema. Intentaré pensar en alguna táctica más mientras concierta una reunión con él.

—Bueno.

—El teléfono sospechoso es el 8205384648. ¿Le suena?

—No es el teléfono de Ranserd, pero supongo que si está implicado en asuntos turbios, tendrá varias líneas.

—Es lo más probable. Supongo que no sabrá como localizar al propietario de este teléfono, sin necesidad de quedar con Ranserd.

—Soy empresario e ingeniero, no investigador.

—¿Diseña sus propios robots?

—Participo activamente en el diseño de los robots principales y como poco superviso el diseño de la gama baja.

—Al menos es un capitalista que conoce lo que vende... —admitió SuNSeT.

—Y como buen capitalista, espero algo a cambio de mi ayuda.

—¡Quieres sacar tajada de esto!

—Como si tú no hubieras pedido nada a cambio...

—¡Lo hago por oposición al fascismo!

—Y por el indulto —añadió Lainier.

—Eso es secundario... —dijo SuNSeT sonriendo.

—Mira que lo sabía —dijo Adve—. Pues si a ti te han concedido algo, yo también quiero.

—¡No compares! ¡Pensaba que éramos amigos! ¡Yo te ayudaría gratis si las cosas fuesen al revés! ¡Cuando me fui de este planeta no eras así! ¿Se puede saber qué coño...?

—¡Basta, pesao! ¡Iba a ayudarte de todos modos, pero intentaba ver si podía sacar algo! ¡Gracias por joderme la negociación!

—Oh... —dijo SuNSeT calmándose y riendo—. De nada...

—Mmm... —murmuró Lainier con una mueca.

—No se enfade —dijo Adve al clon—. Tenía que intentarlo.

—En fin... concretemos los detalles de la ayuda. ¿Qué recursos me puede dar?

—Tengo tarjetas prepago con un saldo lo bastante alto para que puedan vivir a cuerpo de rey durante varios días. También tengo vehículos de tierra y aire, aunque para desplazarse por el aire necesitan permiso, claro. Y si necesitan refugio, tengo algún piso.

—Mis hombres y yo no necesitamos refugio. Nuestros potenciales enemigos sin duda saben dónde nos hospedamos, pero si nos largamos sospecharán. SuNSeT sí que necesita un refugio. Necesitamos una excusa para quedarnos en el planeta y se nos ha ocurrido que perseguir a SuNSeT es una buena idea. Por eso contactamos con él. Podemos fingir que intentó contactar con usted para pedirle dinero, que se negó a dárselo porque le metía en líos y que no le dejó opción más que llamar a la policía, pero como se enteró de que estábamos aquí, nos llamó a nosotros en vez de a las autoridades locales ya que pensó que seríamos menos violentos.

—Esa historia tiene lagunas. ¿Cómo sabía yo que ustedes estaban aquí?

—Sencillo. Porque yo le avisé a usted. Tendremos que decirle a los eclipsados que no vinimos de vacaciones sino siguiendo la pista de SuNSeT en misión secreta. Nos echarán la bronca, nos acusarán de no colaborar, nos diremos de todo, pero no llegará la sangre al río. Nos dejarán quedarnos a cambio de participar en la investigación, pero como todo es un paripé, no encontrarán a SuNSeT.

—¿Y si se enteran de la verdad?

—¡Que nos caerán veinte años de cárcel! O más...

—Santo cielo, está usted loco.

—Efectivamente.

—¿Se lo ha pegado SuNSeT?

—He sido así desde que he tenido uso de irraciocinio.

—Al menos ya estaba así cuando lo conocí —observó SuNSeT.

—Bien, voy a aceptar —dijo Adve—, pero como van a estar en contacto con los eclipsados, no quiero arriesgarme a que les saquen información, así que sólo yo sabré dónde se esconde SuNSeT, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

ElArtista estaba sentado al volante de su coche alquilado, un utilitario monoplaza diminuto en color negro, aparcado frente a la comisaría donde trabajaba el Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse. La comisaría era una torre de veinte plantas, negra, para variar. ElArtista calculó que tendría una base de mil metros cuadrados. Numerosas naves voladoras entraban y salían de distintas plantas, la mayoría con las luces de aviso encendidas, en color amarillo y azul. Pero eran naves de la policía. Cuando la jornada de los agentes acababa, se desplazaban en vehículos terrestres, como mandaba la ley. Por lo tanto, Jart Field tendría que salir andando por la puerta principal... a menos que tuviera un coche en el garaje, pero según el contacto de Inteligencia, no lo tenía. Lo único que podría fallar es que no estuviera en comisaría. Quizás estaba realizando un asalto o alguna operación ilegal. La mayor parte del tiempo los Cuerpos de Asalto estaban dentro de comisaría entrenando en el gimnasio, porque solo los empleaban en operaciones muy concretas, así que ElArtista confiaba en que Field apareciera. Si no, volvería la próxima noche.

Quedaba una hora para que el sol empezase a salir. Eso significaba que acababa la jornada laboral estándar. ElArtista esperó unos minutos más y allí estaba Field. Tras salir del edificio, giró a su izquierda y comenzó a andar. Estaba a unos cincuenta metros del vehículo de ElArtista. A esa distancia, el terráqueo podía ver perfectamente lo que hacía el eclipsado a pesar de la falta de luz, a menos que una horda de transeúntes se cruzase por el medio. Sin embargo ElArtista no tenía intención de acercarse a tan peligroso objetivo. Sacó su móvil, marcó el número del contacto de Jharperr e hizo una llamada.

Field se detuvo un momento y sacó su móvil del bolsillo izquierdo de su chaleco. ElArtista cortó la llamada. Field observó el teléfono, pero ElArtista había ocultado el número, así que el eclipsado continuó su camino como si nada. Otra persona no le habría dado importancia a la llamada, pero los clones solían ser paranoicos. ElArtista rezó para que Field no pidiese a la compañía telefónica que revelase el origen de la llamada. Por si las moscas, estaba usando un teléfono que le había dado el contacto de Inteligencia. En principio la llamada no podría conducir a Field hasta el terráqueo, pero sí podría dar al eclipsado datos sobre Inteligencia. El servicio de contraespionaje de Eclipse era bueno. Por suerte, el contacto de Inteligencia ahora estaba llevando a Jharperr a Silkeria, así que no había que preocuparse de eso de momento. En cualquier caso, el contacto sabía en lo que se metía, que para algo era su trabajo. Lo importante es que ahora ElArtista sabía que Field estaba metido en el ajo. Y ahora el terráqueo sí que los tenía por corbata.

—Field ha cogido el teléfono —dijo ElArtista hablando por el móvil con Lainier—. Estamos jodidos.

—Siempre estamos jodidos —dijo Lainier, que se dirigía de vuelta a su coche tras salir de la sede de Adve Robotics.

—Ahora más.

—¿Acaso te ha visto?

—No, pero esto es muy jodido.

—Ya suponíamos que Field estaba pringao.

—No es lo mismo suponerlo que saberlo.

—Te preocupas demasiado. Más peligrosa fue la guerra.

—Ya veremos.

—Bueno, te dejo.

Lainier entró en el coche y llamó a Adve por el móvil.

—¿Qué pasa? —preguntó el eclipsado, que aún estaba en la sala de reuniones con SuNSeT, ofreciéndole posibles refugios en el ordenador portátil.

—Cambio de planes. Ya no es necesario que haga la llamada perdida ante Ranserd, pero aun así me gustaría que se viesen para ver si averiguamos algo. El número pertenece a Jart Field, el líder del Cuerpo de Asalto Clon de..

—Sé quien es. ¿Entonces me está usted metiendo en un problema grave?

—¿Quiere abandonar?

Berllerak empezó a conducir, de vuelta al hotel.

—No, con suerte descubrimos algo turbio sobre el gobierno y los dejamos con el culo al aire.

—Excelente pues. Adiós.

—Adiós.

A la noche siguiente, Field estaba sentado en su cubículo, con Lainier y Berllerak de pie frente a él. Otros tantos cubículos rodeaban al del líder del Cuerpo de Asalto de Eclipse, la mayoría ocupados. Mientras Lainier trataba con Field, Berllerak trataba de disimular mientras observaba los alrededores y escaneaba el entorno cercano con su móvil, para descubrir si alguien más de los presentes era un clon. Podría haber aumentado la sensibilidad del aparato, pero tenía miedo a ser descubierto.

—Me ha mentido —dijo Field, molesto.

—Operación secreta —señaló Lainier—. Tengo autorización de la Asociación. Si quiere puedo...

—Déjelo, le creo —le cortó Field secamente—. Pero me molesta que no confíen en nosotros. Es más, me parece obsceno que la Asociación haya aprobado esto.

—No veo porqué.

—¿No lo ve? ¿Por qué no nos avisaron? SuNSeT también es nuestro problema.

En este caso la mejor baza de Lainier era ser claro y directo. Total, lo que iba a decir lo sabía todo el mundo:

—Si lo hubiera hecho, la integridad física de SuNSeT habría estado en peligro, perdone que se lo diga.

—¿Y a la Asociación le importa la integridad física de un criminal fugitivo?

—Cuestión de imagen. SuNSeT es muy famoso. Y después de los muertos que dejamos tras el caso Riin, era mejor ser cuidadoso.

—¡Usted lo ha dicho! ¡Esos muertos los dejaron ustedes! ¡Así que ahora no me vengan con que nosotros somos violentos!

—No he dicho que sean violentos...

—¡Basta de juegos! ¡No sé qué coño pasa aquí, pero me hago una idea!

—Pues si está harto de juegos, dígame qué idea es esa.

—Creo que SuNSeT y usted son amigos.

—Eso es una grave acusación.

—La amistad no es delito. Lo que se haga en favor de los amigos puede serlo.

—¿Insinúa que no he venido a detenerlo, sino a ayudarlo?

—Yo no sé nada, pero debe saber que aquí hacemos el mejor trabajo policial de esta zona de la galaxia, así que ándese con ojo.

—Tendríamos que estudiar a los planetas no asociados para estar seguros de que realmente ustedes son los mejores. Restrinjamos su valía a la Asociación.

—¡He dicho que basta de juegos! —dijo Field dando un puñetazo en la mesa. Varias personas se giraron, sobresaltadas—. ¿Qué relación tiene con SuNSeT?

“Homoerótica”, estuvo a punto de saltar Berllerak, pero tal y como estaba el tema, prefirió quedarse callado.

—He venido a detenerle —mintió Lainier—, y si mi intención fuese protegerle no habría venido a informarle, sino que me habría pirado del planeta, ya que quedarme aquí habría sido peor para SuNSeT porque usted sospecharía del alargamiento de mis vacaciones.

—A menos que esté colaborando con SuNSeT para tenderme una trampa.

—¿Cómo se atreve?

—Cálmese, solo estoy examinando sus reacciones. Tengo su historial y usted no es un terrorista.

—Por lo tanto debe admitir que el único motivo que tengo para contarle lo de SuNSeT es porque quiero detenerle.

—Quién sabe. La vida... es muy enrevesada. A usted se le escapó SuNSeT dos veces. Es sospechoso.

—SuNSeT es un hombre que estuvo años en el gobierno de un Estado secreto y que asaltaba naves, incluidas las de Noctem y Neo World. Creo que es un tipo de recursos.

—Sólo digo que es sospechoso.

“Si no cree que esté colaborando con SuNSeT para cometer actos terroristas, entonces sin duda piensa que estoy aquí por lo de Riina”, pensó Lainier. “Ya nos vio en el lugar de su muerte, así que ahora no debe tener dudas. Si aún no ha destruido cualquier prueba que pudiera quedar, lo hará ahora. Pero nadie hablará abiertamente del tema porque no nos conviene...”

—Piense lo que quiera —dijo Lainier seriamente—, pero el caso es que SuNSeT está aquí y quiero encontrarle, con o sin su ayuda.

Field echó un ojo al monitor de su mesa de trabajo. El ordenador reproducía un vídeo de seguridad donde se veía a SuNSeT en la sala de reuniones de Adve pidiendo al empresario dinero y refugio. Las actuaciones de los dos amigos parecían bastante convincentes. O al menos eso esperaba Lainier. Sin duda los expertos analizarían la grabación a conciencia en busca de señales corporales que desvelasen que estaban mintiendo.

—Iré a interrogar a Adve —dijo Field, deteniendo el vídeo.

—Ya lo interrogamos nosotros —replicó Lainier—. Tiene el informe completo.

—¡Ha dicho que quiere mi ayuda! ¿La quiere o no? De hecho, es irrelevante lo que quiera usted. Ahora puedo investigar lo que me salga de los cojones. A menos que quiera usted poner una reclamación en la Asociación para ver si le dan la competencia exclusiva. Tardará un par de días en ir y volver. Mientras tanto yo seguiré investigando por mi cuenta sin ustedes.

“Y sabe que eso no podemos permitirlo”, pensó Lainier.

—¿Puedo ir con usted a ver Adve? —preguntó el terráqueo.

—Usted mismo le interrogó ayer —dijo Field haciendo una mueca—. ¿Para qué quiere volver a verle?

—Supervisión.

—Ah, sí, no sea que se haga daño. ¿No se fía de mi? Seré bueno ahora que sé que le caigo mal a la Asociación...

—Tengo derecho a ir.

—Como quiera, pero yo también tengo derecho a pasarme por Adve Robotics cuando desee. Eso quiere decir que puedo ir cuando usted no lo sepa y no estará presente para... “supervisarme”. La ley de la Asociación no me obliga a informarle por anticipado de mis intenciones.

—Iré con usted de todos modos.

—Muy bien, vamos ya.

—¿Ahora?

—¿Tiene otra pista que seguir?

—No.

—Pues venga —Field se levantó de su silla y se dirigió a Berllerak—. ¿Usted también viene?

—Uh... —vaciló Berllerak.

—No es necesario que vengas, Berllerak —dijo Lainier. En el remoto caso de que Field intentase matarlo en el trayecto, llevar a Berllerak solo añadiría un cadáver más. Aunque en principio serían dos contra uno, sin duda ahora Field tenía la situación bajo control, y le resultaría fácil librarse de ambos.

Adve estaba sentado en la sala de reuniones, llamando por su móvil. Pasaba más tiempo allí que en su despacho. Le gustaba el amplio espacio, y contemplar el paisaje mientras meditaba.

—¿Ranser? —preguntó Adve.

—Dime, Adve —respondió una voz grave al otro lado.

—Me gustaría quedar para hablar contigo sobre una oferta de negocio.

—¿Qué oferta?

—Tengo un modelo experimental en el mercado y quiero saber si estarías interesado en precomprarlo.

—No sueles vender antes de tener el modelo listo.

—Quiero realizar una nueva inversión y necesito dinero inmediato. Si me espero a tener los robots acabados, la oportunidad puede que se escape. Si precompras, te haré un descuento.

—¡Si fueras otra persona pensaría que estás intentando timarme! —rió Ranser.

—Ya sabes que soy un tío serio, y espero convencerte cuando veas los diseños preliminares. ¿Podemos quedar lo antes posible? A partir de... —Un aviso, similar a un piloto rojo, apareció en la esquina superior derecha del portátil de Adve. Señal de que habían llegado agentes de la ley para hablar con él—. Oye, tengo visita, dime algo rápido. ¿Qué tal mañana?

—Puedo quedar tras la reunión diaria. Ven al restaurante de siempre.

—Bien, te dejo —Adve colgó mientras Field y Lainier entraban en la sala.

—Es usted un hombre muy ocupado —dijo Field mientras se acercaba al empresario. Aunque ambos eran eclipsados, Field hablaba en silkeriano para que Lainier se enterase—. Por eso he preferido venir a verle en vez de obligarlo a ir a declarar a comisaría.

—Es usted muy cortés —dijo Adve apenas disimulando su desprecio por Field—. ¿No le ha contado ya el señor Sind todo?

—Cuéntemelo de nuevo. Mientras tanto echaré un vistazo por aquí.

—SuNSeT me llamó y dijo que teníamos que vernos, así que accedí porque Sind me había informado de que SuNSeT estaba en el planeta y que si se ponía en contacto conmigo más me valdría colaborar.

—¿A qué hora le llamó?

—A las 3:45 aproximadamente.

—¿A qué hora se presentó?

—A las 4:00.

—¿Y a qué hora se marchó?

—A las 4:10. ¿Acaso no ha visto el vídeo?

—Cálmese. Solo he venido a evitar que un terrorista le meta en líos.

—No está procesado por terrorismo.

—Pero lo estará bajo nuestra ley, en cuanto lo cojamos. Usted cree que no es tan malo como parece porque fueron amigos en la facultad, pero precisamente usted que es un firme defensor del libre mercado, debería saber que SuNSeT es mala persona.

—Solo está... equivocado.

—Los socialistas son malvados, no se engañe. Saben que su sistema no funciona. Es humo y espejos para atraer a los trabajadores. Después los líderes revolucionarios toman el poder y las cosas quedan peor que antes.

—Y se pregunta porqué la Asociación prefirió dejarlo al margen... —dijo Lainier.

—La Asociación decidió dejar a todo el Ministerio del Interior al margen. Yo solo soy un agente más.

—Pero le habrían encargado el trabajo a usted, y tiene una predisposición negativa hacia SuNSeT.

—Es probable que me hubieran encargado el trabajo, pero la Asociación podría haber pedido que no se me permitiera indagar.

—Habría indagado por su cuenta.

—¿Cree que habría ignorado una orden de la Asociación?

—Usted cree que yo tramo algo con SuNSeT, y yo creo que usted habría actuado como juzgase conveniente.

—Y por lo que veo también logró convencer de eso a la Asociación.

—Me hacen bastante caso desde que tuvimos un papel decisivo en la guerra.

—Señor Sind, usted y sus amiguitos socialistas no fueron los únicos que contribuyeron a la victoria. Puede consultar las bases de datos para ver las operaciones que otras personas llevaron a cabo, entre ellas las fuerzas de Eclipse.

—No era mi intención poner en duda la valía de su trabajo. Lo único que la Asociación pone en duda es la idoneidad de sus métodos para esta investigación.

—Pero ahora ya estoy investigando. Dígame, señor Adve... ¿está ayudando a SuNSeT?

—¡No! —replicó el empresario.

—¿Le importaría someterse al detector de mentiras?

—Sí, me importaría. No estoy acusado de terrorismo, así que no tengo porqué pasar por tal tontería.

—Tal falta de colaboración es sospechosa.

—¡Creo que estoy colaborando mucho! ¡He avisado a la policía de que SuNSeT estuvo aquí! ¿Qué quería? ¿Que le detuviera yo mismo?

—¿No tiene agentes de seguridad?

—Si los hubiera hecho llamar, quizás SuNSeT me habría cogido de rehén. Además, no tengo obligación de hacerme el héroe, como no tengo obligación de someterme al detector de mentiras. Pocas personas aceptan de buen grado someterse a esa prueba, incluso si están imputadas, y ni siquiera constituye una prueba definitiva. No sé a que viene tanta suspicacia en este caso. Realmente su paranoia anticomunista es mayor que la mía.

—Ya se lo he dicho. El comunismo es la peor maldición que ha caído sobre la galaxia. Bueno, no se altere. Le dejo tranquilo... por ahora.

—Ale, adiós.

Los clones se retiraron. Lainier se preguntó si Field habría detectado las mentiras. Berllarak le había dicho a Adve cómo comportarse y controlar su lenguaje corporal si los eclipsados le interrogaban. Ojalá hubiera salido bien.

Field estaba de vuelta en comisaría, sentado en su cubículo, con los codos apoyados en la mesa y la barbilla sobre las manos. Estaba pensativo. Su compañero cyborg acudió para sacarle de su ensimismamiento.

—No es posible que sepan nada —dijo Enkron en voz baja.

—¿Ah, no? —replicó Field, también casi en susurros—. ¿Y entonces qué hacen aquí?

—Riin sostenía que su hermana fue asesinada por los thorn. No tiene sentido que los terráneos sospechen de nosotros.

—No seas ridículo. Claro que sospechan de nosotros. Si pensasen que ha sido un atentado thorn habrían enviado investigadores normales y nos habrían comunicado la operación. Si pudiera averiguar lo que saben...

—Quizás sería mejor dismantelar...

—¡Ni de coña! La operación es demasiado enorme para borrar su rastro en tan poco tiempo. Cometeríamos errores, se darían cuenta. Y aunque tuviésemos todo el tiempo del mundo para hacerlo bien, nos costaría mucho empezar a otra vez. Eso es el último recurso.

—Entonces sugiero usar al Artista.

—No me fio.

—¿Por qué no? Ha llevado a cabo misiones de clase B. Su psicología es favorable. No olvides que fue entrenado en Corona. Muchos de nuestros agentes de clase A cuentan con unos antecedentes más discretos.

—Tampoco me olvido de que lleva demasiado tiempo trabajando con los íberos.

—¿Crees que no los traicionaría?

—¿Te crees que me voy a arriesgar? ElArtista es un recurso de emergencia.

—Si no hace lo que le decimos, podemos tirar de la manta.

—Bueno, eso tiene un problema, y es que le saldría peor oponerse a sus compañeros si le descubren. Por no mencionar que si tiramos de la manta, nosotros también podríamos quedar expuestos.

—¿Por qué? Nada relaciona las actividades de ElArtista con nosotros. ElArtista jamás ha conocido a nadie por encima de la clase B. La cadena es tan larga que cualquier indicio que nos incriminase no tendría credibilidad.

—Idiota. Sus compañeros podrían dársela. Ya sospechan de nosotros.

—Mmm... realmente tenemos un problema. Tampoco podemos amenazar al Artista con eliminarlo si no nos obedece. Levantaría aún más sospechas y aunque no tuviesen pruebas reales contra nosotros, sus compañeros tratarían de vengarlo. Matarlos a todos sería de lo más arriesgado. Todo se iría al carajo.

—Tiene una amiguita. Pero es tontería intentar usarla para presionarlo. Como ya sospechan de nosotros, sin duda ElArtista se habrá asegurado de que esté a salvo durante la investigación. E incluso si lográsemos atraparla, ElArtista luego trataría de vengarse. Eso quiere decir que habría que matarlos a ambos... y entonces volvemos a la venganza de sus compañeros.

—En un caso de emergencia, podemos eliminarlo y escondernos para que los clones no nos encuentren.

—¡Majadero! —gritó Field. Echó un vistazo alrededor para ver si alguien estaba escuchando y después volvió a bajar la voz— Tendríamos que estar escondidos toda la puta vida. Además, el proyecto exige mi participación activa. He trabajado mucho para esto y nadie está más preparado que yo.

—Todos lo sabemos. Pero si no podemos usar al Artista, ¿qué hacemos?

—Estoy esperando el informe de los de la científica. A lo mejor tenemos suerte.

Pasada media hora, Field leyó el informe en su ordenador.

—Hay suerte —dijo sonriendo. Enkron echó un vistazo al monitor y también sonrió.

Alguien llamaba al timbre de la habitación. Berllerak se levantó de la cama. Dormía con el traje puesto, por si acaso, con la excepción de las botas y el peto. Miró el reloj de su móvil sobre la mesita de noche. Los rayos de sol habían desaparecido hace pocas horas, y apenas había dormido. Menos mal que era un clon. Anduvo sigilosamente hasta la puerta y contempló la pantalla de vigilancia situada a la derecha: Field y Enkron estaban al otro lado.

—Sabemos que está ahí —dijo Field, llamando sin cesar.

Lainier se había obligado a decirle a Field dónde se hospedaban, ya que en teoría ahora colaboraban en una investigación, pero sin duda el eclipsado ya conocía ese dato de mucho antes. Al menos los terráneos se habían asegurado de que no tenían vigilancia. Field no se había molestado ni en intentar montarla. Si hubieran descubierto a un espía, las sospechas de los terráneos serían demasiado grandes.

“Si quisieran ejecutarme no harían tanto ruido”, pensó Berllerak. Por si acaso, se puso el peto y cogió su arma. Abrió la puerta y salió afuera.

—¿¡Qué desean, agentes clones!?! —gritó Berllerak, con la intención de que los huéspedes cercanos lo oyeran— ¡Me han despertado!

—No hace falta gritar —dijo Field, sacando una hoja digital de su chaqueta.

—¿Qué coño es eso?

—Para usted —Field extendió la hoja a Berllerak, quien lo cogió—. Y sus amigos, claro.

—¿Pero qué coño...? —dijo Berllerak mientras leía la hoja.

—Como ve todo está en orden. También puede comprobar el documento online mediante los cauces de seguridad estándar. ¿Dónde están sus compañeros?

Berllerak hizo una pausa.

—Llámeles por teléfono —dijo al fin.

—Llámeme suspicaz, pero me da la sensación de que si les llamara, no se presentarían. Quiero verlos en persona.

Maldita somnolencia. Berllerak no había cogido el móvil. Siempre hay que llevar un canal de comunicación encima. Con una simple pulsación de voz o un comando clave de voz podría haber enviado una señal a sus compañeros.

—No sé donde están —mintió.

—En realidad solo le preguntaba por ponerle a prueba —dijo Field—. Las compañías telefónicas nos han dado sus números: los localizaremos por la señal de los móviles. Vámonos.

—Deme unos instantes para prepararme.

—Si está pensando en intentar coger su teléfono, ya no funciona. Lo hemos desactivado.

—Si mis compañeros me llaman y tengo el móvil desactivado, sabrán que algo me ocurre.

—A menos que se hayan largado de Eclipse, habremos llegado hasta ellos en unos minutos, así que es poco probable que se enteren de lo que ocurre. Le ayudaremos a prepararse y nos largaremos cuanto antes. No se haga el remolón.

Berllerak se puso las botas e hizo el petate mientras Enkron le vigilaba y Field esperaba afuera. Algunas personas ya estaban oteando por los pasillos.

—No se preocupen —les dijo Field—. No pasa nada.

Finalmente metieron a Berllerak en la parte trasera de un furgón azul. Unos agentes se lo llevaron. Enkron y Field volvieron a la habitación para registrarla por si acaso. Al cabo de unos segundos, Field recibió un mensaje en su móvil.

—Mierda —dijo—. Stalker está en el restaurante que suele frecuentar Ranserd. No puede ser casual. Debe estar vigilándolo.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Ni idea. Es posible que interceptaran la conversación que tuve con Jharrper cuando estuvo aquí.

—¿ElArtista?

—Eso no importa ahora. Ves al restaurante y que ningún otro poli esté presente.

El cyborg se dirigió hacia la salida, pulsando sobre una pantalla integrada en su brazo izquierdo.

—¿Qué haces? —preguntó Field.

—Avisar a Ranserd —dijo Enkron, deteniéndose.

—Ah, no, Stalker es muy astuto y no sabemos lo que está haciendo en este momento. Tu mejor opción es

aproximarte con mucho cuidado, tú solo. Si es posible, infórmame de lo que veas antes de actuar.

—Bien —el cyborg dio un paso adelante, pero volvió a detenerse—. ¿Tú no vienes?

—Aún tengo que registrar esta habitación. Lástima no poder registrar el material informático de Berllerak. Ese maldito juez, tan diplomático... Si hubiéramos podido acceder al registro de llamadas...

—Aún estamos a tiempo de...

—¡No me la jugaré! ¡Si le quito el material protestará y la liaremos! ¡Vete de una vez, coño! ¡Tienes una misión!

—Pero... si tú estás aquí... ¿qué pasa con Lainier?

—De Lainier se encarga Wib.

—¿Wib? ¿Es necesario?

—Absolutamente. ¿Quién si no va a detenerlo? Ya te he dicho que no voy a enviar un comando, que eso llama la atención.

—Tenemos otros clones...

—Inferiores. Hasta yo soy inferior, excepto en liderazgo, claro.

—Wib sólo suele participar en operaciones secretas. Que su fuerza pase inadvertida es una ventaja táctica...

—¿¿Te crees que no lo sé?? ¡Prefiero perder esa pequeña ventaja a que ese cabrón se nos escape! ¡Creo que te olvidas de lo que nos jugamos! ¡Y ahora lárgate de una puta vez; no lo volveré a repetir!

—Voy.

Tras quedarse solo, Field examinó el lugar. Tras buscar dispositivos espía, se paró frente al contenedor de cuerpos de Stalker, que estaba en posición vertical en su dormitorio. Field intentó abrirlo estirando del asa, pero no pudo. Al lado había un panel alfanumérico. Era obvio que la contraseña sería imposible de adivinar, así colocó una carga plástica explosiva, la única forma que tenía de forzar aquel contenedor blindado. Field se alejó unos metros y activó el explosivo desde su móvil. Los desperfectos no habían sido demasiado grandes, pero eran suficientes para poder abrir la puerta. El clon examinó el interior: el cuerpo encontrado era el civil. El eclipsado sonrió.

Lainier Sind caminaba por las calles de un barrio de clase baja, bastante estrechas, llenas de humo, y menos limpias que las arterias principales de Eclipse, pero con un encanto especial. Aquí había cosas que no podías encontrar en barrios de señoritos. Por ejemplo, garitos de música metal, prostíbulos con mujeres y hombres de razas no muy bien vistas en zonas más pudientes, y puestos de venta callejeros con cosas bastante curiosas. Aquí la noche era más auténtica y menos pija. Pero Lainier no estaba por turismo. Se supone que estaba investigando la presencia de SuNSeT en Noctem, y eso le obligaba a perder tiempo haciendo preguntas en este tipo de ambientes. Por fortuna Stalker estaba siguiendo una pista sobre el auténtico caso que traían entre manos, si bien la pista era débil. Lo que de verdad necesitaban era coger a Field y hacerlo hablar, o registrar su casa. Qué fácil resultaría si el maldito tipo no fuese el líder del Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse.

La oscuridad era ya total. El clon continuó andando por una callejuela, hasta que vio un coche de policía negro, que se paró cerca de la entrada. Lainier se apresuró en salir afuera, donde los transeúntes pudieran verle. Estaba a cinco metros del vehículo. Su mano se encontraba cerca del revólver. El coche detuvo el motor. No había duda: el modelo era aerodeslizador, de aspecto deportivo, blindado, muy moderno. Tenía que ser del Cuerpo de Asalto. El clon intentó enviar un mensaje por móvil a sus compañeros, pero no tenía cobertura.

La puerta se abrió hacia arriba. ¿Que podía hacer Lainier? Todo empezaba a resultar demasiado sospechoso. Quizás era una trampa. Había gente por la calle, en las ventanas y balcones. Algunos ya estaban curioseando, eso sí, desde distancias prudenciales y poniéndose a cubierto. Al menos el policía eclipsado no intentaría matarlo... delante de testigos. Pero no podía permitir que lo metiera en el coche. ¿Cómo iba a conseguirlo? ¿Atacándole? Los testigos también jugaban en su contra.

Sin embargo, esos pensamientos quedaron en plano secundario cuando el único ocupante del vehículo salió afuera.

Vestida totalmente de negro, con un traje ergonómico que incluía cinturón, guantes, botas, brazaletes y un peto, y que solo dejaba al descubierto su cabeza, la mujer era alta y esbelta. Sus ojos estaban ocultos bajo unas gafas negras parecidas a las de Lainier, pero más grandes. A pesar del artefacto óptico, se adivinaban unos hermosos rasgos faciales, enmarcados por una cabellera corta y negra como la noche de Eclipse. Su piel era rosada, lo que significaba que tenía genes de la etnia minoritaria de Noctem. Una pistola colgaba de su cadera derecha, y una porra tonfa de la izquierda. Ambas armas eran negras, igual que la placa policial de su peto, que la identificaba como miembro del Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse.

—¿Michael Smith Skanovich? —preguntó la mujer con un timbre de voz agradable pero firme.

—Yo soy —dijo el clon en silkeriano, tratando de no demostrar hostilidad alguna—. Pero debe odiarme mucho para llamarme así. Ni mis peores enemigos usan mi nombre de nacimiento.

—Lo siento —replicó la mujer en castellano, para sorpresa de Lainier, aunque se le notaba ligeramente el acento nocturno. Parecía sincera, pero su voz seguía demostrando la misma firmeza—. No sabía que prefería que le llamasen por su alias.

—Si no le es molestia... —solicitó Lainier, pasándose también al castellano—. ¿Cómo debo llamarla a usted?

—Wib.

—¿Es su nombre real o un alias?

—Un alias, por supuesto.

—¿Y prefiere su alias al nombre real?

—No realmente. Simplemente no tengo autorización para revelar mi nombre real.

—Eso me pone en desventaja.

—¿Con respecto a qué?

—Usted no ha venido a colaborar conmigo en la investigación sobre SuNSeT, ¿verdad?

—No, me temo que no. Traigo una orden judicial —explicó la mujer sacando una hoja digital de un bolsillo de su cinturón—. Puede consultar el documento online firmado digitalmente si le place.

—Dígame que pone en el documento —Lainier no se fiaba. Temía que si se acercaba, la clon podría sorprenderle con algún golpe.

—Se le ordena a usted y sus amigos abandonar el planeta inmediatamente.

—Espere... ¿por qué se nos expulsa?

—Han mentido u ocultado datos acerca de SuNSeT.

—¿Puedo conocer los detalles?

—Investigando el vídeo de Adve con SuNSeT, descubrimos que las cámaras de seguridad no registraron a ninguna persona andando por los pasillos minutos antes de que SuNSeT entrase en el edificio. Ni siquiera hay vigilantes.

—No veo el problema. Los vigilantes se retiraron para que SuNSeT se sintiese seguro y entrase a hablar con Adve.

—El problema es que los vigilantes se retiraron mucho antes de que SuNSeT llegase al edificio.

—Quizás llegase más tarde de lo previsto.

—Genera muchas dudas. Lo normal es que Adve retirase a los guardias cuando SuNSeT llegase al edificio, pero el lugar estuvo sin vigilancia desde unos veinte minutos terrícolas antes de que SuNSeT llegase.

—¿Eso le parece un gran margen de tiempo para que resulte sospechoso?

—No sé si conoce la trayectoria de Adve, pero tiene enemigos. Rivales empresariales, opositores ideológicos... Por no mencionar que es un paranoico y cree que el gobierno conspira contra él. No tiene sentido que cancelara la vigilancia durante tanto tiempo.

—¿Pero eso qué tiene que ver con nosotros? Deberíamos preguntarle a Adve.

—Pues que no nos creemos que no se dieran cuenta de ese lapso de tiempo, y ahora yo no me creo que no le de importancia. No sabemos qué se traen ustedes entre manos, pero para evitar un incidente, el juez ha decidido ser benévolo, en parte gracias al informe de mi superior Jart Field. Por eso en vez de acusarles de colaborar con SuNSeT, se les insta a abandonar el planeta por comprometer la investigación.

—Esas son las acusaciones más vagas que...

—Todo está conforme a la ley.

—Espere... —comenzó a decir Lainier, intentando pensar en alguna excusa—. Puedo explicarlo...

—¿Su explicación coincidirá con la que den sus compañeros? No tendrá ocasión de hablar con ellos antes de que lo hagamos nosotros.

—Vaya... —Lainier se mordió el labio, resignado.

—Ratificadas pues las sospechas, debo cumplir la orden inmediatamente. Puede seguir reclamando desde fuera del planeta, si quiere.

—Se me olvidaba lo mal que tratan a los extranjeros cuando no se dedican a dejarse los dineros aquí...

—Yo no hago la ley. Solo me limito a hacer que se cumpla.

—¿Y mis amigos?

—Douglas está siendo acompañado hacia el espaciopuerto. Aún no hemos dado con Stevic, por el momento. Sería mejor si le llamase y le dijera que...

—Jamás.

—No es muy colaborativo. Hemos encontrado el cuerpo civil de Stevic en su contenedor. Eso significa que lleva puesto el cuerpo militar, lo cual está prohibido aquí. Eso agrava su situación. Si hablase con él...

—¿Me va a detener si no le llamo?

—No. Pero le detendré si se niega a acompañarme hasta el espaciopuerto.

Lainier echó un vistazo a su alrededor. Los testigos seguían allí. Su mente volvió a bullir con diversas opciones, ninguna de ellas buena.

—¿Como procederá en caso de resistencia? —preguntó al fin.

—Proporcionalmente al tipo de resistencia. Le aconsejo que colabore. Mi coche tiene varias cámaras dispuestas a lo largo de la carrocería y ahora mismo está captando nuestra conversación. Además, la grabación se envía en streaming a la comisaría. Así no puede destruir la grabación. En caso de que fuese capaz de deshacerse de mí, claro.

—Voy a entregar mis armas. No dispare.

—De usted depende. Sé que tiene fama de desenfundar rápido, pero como le he dicho, sería mala idea.

Dejando aparte el factor de los testigos y de la grabación desde el coche, Lainier se preguntó si sería capaz de desenfundar antes que Wib. En realidad no tenía intención de disparar contra aquella mujer, ni siquiera para herirla: solo sentía curiosidad por sus capacidades. Había esperado que fuese Field quien viniese a por él, pero la había enviado a ella. Eso significaba que en algunos aspectos tenía que ser mejor que el líder del Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse, lo cual resultaba fascinante... y preocupante.

Lentamente, Lainier cogió su revólver, su cuchillo y cinco explosivos-botón y los dejó en el suelo.

—Retroceda veinte metros —ordenó Wib.

Lainier obedeció. La mujer se adelantó y recogió las armas del terráqueo, sin dejar de mirarle a la cara. Volvió al coche caminando hacia atrás y dejó el material en el asiento del conductor.

—Ahora acérquese y entre al coche —añadió la eclipsada.

Lainier se acercó al vehículo, pero cuando estuvo de nuevo cerca, se detuvo. Decidió forzar su suerte.

—Sé que los métodos expeditivos en la policía nocturna están aprobados en muchos casos —dijo Lainier—, pero si atacara a un hombre desarmado, sobre todo si ese hombre soy yo, sería perjudicial para la imagen de su Cuerpo de Asalto.

—Entre al coche de una vez —repitió Wib sin inmutarse.

—Me temo que no puedo hacerlo.

Wib cogió el móvil de su cinturón y pulsó en la pantalla.

—Ahora el coche ya no capta nada —dijo la mujer—. Entre de una vez.

—Aún hay gente mirando.

Wib acercó el móvil a sus labios. Sus palabras salieron amplificadas por los altavoces del coche:

—Por orden del Cuerpo de Asalto, todo el mundo debe abandonar la vía pública y mantenerse en el interior de las viviendas. Al que husmee se le aplicará la ley con todo el rigor.

En cuanto los testigos escucharon eso, reaccionaron con prontitud: los transeúntes echaron a correr, alejándose, y los mirones de ventanas y balcones regresaron al interior de sus hogares.

—Ahora estamos solos —dijo la mujer, guardando su móvil.

—Vaya fallo de cálculo —murmuró Lainier. ¿Podía intentar algo más? Ahora estaban solos. Si aquella mujer lo mataba, no habría pruebas contra ella, salvo circunstanciales. Pero sí, podía hacer algo más: comentárselo directamente —. ¿Ahora es cuando me pega un tiro?

—Ahora es cuando usted sube al coche.

—Me refería a si me resisto.

—Le dije que la respuesta sería proporcional.

—Sí, pero ahora no hay testigos.

—Es mi modus operandi. Que nadie vea mis habilidades.

—Eso no me tranquiliza.

—Si quisiese matarlo no estaría perdiendo el tiempo hablando con usted. Le habría hecho entrar en el coche a la fuerza y entonces le habría pegado el tiro. Intento ser razonable.

—Pues me temo que tendrá que usar la fuerza para hacerme entrar.

—Ahora me está dando motivos para pegarle un tiro, aunque sea en una pierna.

—¿Un tiro contra un hombre desarmado, aunque sea para herir?

—Teniendo en cuenta que solo estoy yo para hacerle frente, la ley me ampara.

Lainier vaciló un momento.

—Me voy a ir de aquí —dijo al fin—. Voy a empezar a caminar y si quiere detenerme, pues nada, pégueme un tiro. Pero no me joda el hueso, a ser posible...

—Tiene razón.

—Mejor, porque lo del hueso habría dolido...

—Me refería a que tiene razón en lo de que sería perjudicial para la imagen del Cuerpo que le pegase un tiro, incluso si la ley me lo permite.

—¿Entonces?

—Entonces simplemente le arrastraré hasta el coche.

—¿Habla de... una pelea?

—Usted pelea. Yo combato —Wib dejó su pistola junto a las armas de Lainier—. Esto lo dejo para que no tenga la tentación de intentar quitármela durante el combate.

—¿Y si le hace falta a usted?

—No me hace falta —A continuación, Wib también se deshizo de su porra.

—¿Y eso tampoco?

—No quiero dejarle marcas de porra en el cuerpo. No quiero que diga que mi respuesta es desproporcionada.

—Entonces vuelva a activar la grabación del coche para que quede constancia, ¿no le parece?

—Secreto de mi modus operandi. ¿Recuerda?

—¿No quiere que nadie vea cómo pelea?

—No quiero que nadie vea cualquier cosa que revele mis virtudes y carencias. Ni lo quiero yo ni lo quieren mis superiores.

—Por eso apenas sabíamos nada de su existencia... ¿A qué tipo de operaciones se dedica habitualmente?

—A encargarme de hombres como usted.

—¿Hombres que se ven acosados por absurdas acusaciones?

—Hombres peligrosos a los que hay que revelar los menos datos posibles.

—¿Cree que puede ganarme en combate desarmado?

Wib se quitó las gafas, revelando unos bellos ojos marrones. Su mirada parecía atravesar a Lainier, pero el clon no detectó hostilidad en ella, sino que parecía más bien como si le estudiase. La mujer dejó las gafas en el coche. Ahora que todos sus rasgos faciales habían quedado al descubierto, su belleza resultaba más evidente, así como su juventud: no sobrepasaba la edad de Lainier; puede que incluso tuviese un par de años menos.

—¿Cree que puede ganarme usted? —preguntó la policía—. Me he informado bien. Es el peor luchador de su Cuerpo de Asalto. Quizás debería haberme intentado atacar cuando dejaba mis cosas en el coche.

Lentamente, como imitando a Wib, Lainier se quitó sus gafas, dejando al descubierto sus ojos grandes y marrones,

que también intentaban escrutar a su oponente, y por lo poco que Lainier parecía haber descubierto, el combate iba a resultar bastante complicado.

—Estoy demasiado lejos como para intentar atacarla por sorpresa —dijo el terráqueo—. Además, eso es deshonorables.

—¿Está listo?

—Estoy listo —dijo Lainier guardando sus gafas en un compartimento de su cinturón.

—Comencemos —dijo la clon, poniéndose en posición de combate, con los brazos ligeramente flexionados frente al cuerpo y con los talones ligeramente levantados. Lainier ya había visto eso antes. Había muchas artes marciales con poses similares, pero él ya tenía bastante claro con qué clase de luchadora estaba tratando.

Lainier se puso en posición. En cuanto lo hizo, la mujer se abalanzó sobre él. El clon intentó mover el codo derecho hacia el rostro de su oponente, pero Wib se agachó y como un relámpago, su puño derecho impactó en la mejilla izquierda de Lainier, quien se tambaleó hacia atrás, retrocediendo varios pasos. La sangre le empezó a caer por la boca. El terráqueo tuvo la sensación de que si el golpe hubiera venido de alguien tan fuerte como el Kapitán, habría caído al suelo.

—¿Subirá al coche ahora? —preguntó Wib, poniéndose de nuevo en posición. Ahora dos metros la separaban de Lainier.

El clon escupió al suelo y se palpó la mejilla:

—Como usted dijo, tendrá que arrastrarme.

—Bien. Ya no habrá más avisos.

La mujer cargó de nuevo contra Lainier, intentando propinarle de nuevo un derechazo. Esta vez Lainier lo detuvo con su antebrazo izquierdo. Wib respondió con una patada con la pierna izquierda, que giró en el aire y golpeó el pecho de Lainier, derribándole. La muchacha intentó aplastarle con el pie derecho, pero el terráqueo se apartó e intentó hacerle un barrido; sin embargo Wib dio una voltereta hacia atrás, esquivando sin problemas. Lainier se puso en pie y esta vez decidió tomar la iniciativa a ver si le iba mejor: se precipitó contra la rival, intentando golpearla con el puño izquierdo, pero Wib le aferró la muñeca con su mano izquierda y antes de que el clon tuviese tiempo a usar su puño izquierdo, ella le golpeó tres veces en el estómago con la derecha. De todos modos, Lainier intentó alcanzarla con su mano libre, pero entonces Wib soltó la presa, dio otra voltereta hacia atrás, saltó hacia delante y pateó el plexo solar del clon, haciéndole morder el polvo de nuevo.

Lainier quedó tendido en el suelo durante unos segundos mientras Wib daba vueltas a su alrededor. Apoyándose con los brazos, se alzó de nuevo y volvió al duelo. Puñetazos, patadas, cabezazos... cualquier movimiento era inútil. La mujer se movía más rápido que cualquier otro clon que Lainier hubiera visto jamás, y detenía todos sus golpes. Cuando el policía empezó a bajar el ritmo, Wib contraatacó, fulminando con múltiples golpes certeros a su contrincante. Lainier siguió intentándolo, pero a Wib ya ni siquiera le hacía falta detener sus golpes: se limitaba a esquivarlos, hasta que con su pie izquierdo aplastó la cara exterior de la pierna derecha del clon, por abajo de la rodilla. Aunque hasta el momento Lainier no se había quejado, esta vez no pudo reprimir un leve gruñido de intenso dolor. Hincó la rodilla izquierda en tierra y Wib le golpeó con el canto de la mano en la clavícula izquierda. El clon quedó de nuevo tendido en el suelo. La sangre manaba de diversas partes de su cuerpo.

Wib se mantuvo quieta unos momentos, observando al clon, que intentaba levantarse, aunque no encontraba las fuerzas. Lainier se dio la vuelta, poniéndose boca abajo y clavando las manos en tierra para intentar levantarse. Wib se acercó y golpeó con su codo derecho los omóplatos del clon, quien quedó inerte en el suelo, aparentemente inconsciente.

Enkron, con sus prismáticos, observaba el restaurante desde su coche, aparcado en la acera de enfrente. El restaurante era un edificio de cincuenta plantas, con un exterior de cristal. A Ranserd le gustaba comer en la planta baja para no tener que subir y bajar, y tenía el suficiente dinero como para asegurarse de que no le faltaba nunca sitio. Estaba sentado frente a Adve en una mesa redonda, recubierta con su correspondiente mantel blanco, un color no muy habitual en Noctem. Estaban comiendo lo que en la tierra llamarían “macarrones”, con una salsa de color azul. El plato de Ranserd era el doble de grande que el de Adve. El sospechoso era un hombre corpulento, de unos cuarenta y pico años, de la etnia gris, con el largo pelo blanco recogido en una coleta y luciendo perilla. Vestía con un traje negro no muy distinto al de los ejecutivos terráqueos, aunque la corbata era muy ancha, casi como si llevase una servilleta colgando del cuello.

Enkron no localizó a Stalker en su interior, pero a menos que sus amigos le hubiesen avisado de alguna forma, debería estar aún dentro, ya que Ranserd seguía allí. La presencia de Adve se le hizo sospechosa, pero ya habría tiempo de investigar aquello. Llamó a Field e informó de la operación. Después entró en el restaurante, vistiendo con una amplia gabardina para ocultar su cuerpo metálico, aunque era imposible disimular su cabeza. Aún así se escurrió entre la gente teniendo cuidado de pasar por detrás de Adve. Si Stalker estaba cerca, no se le veía. Eso quiere decir que probablemente estaría en los lavabos, a menos que hubiese presionado a los dueños del local para ocultarse en otro lugar. ¿Pero cómo vigilaba a Ranserd desde allí? ¿A través de Adve? Enkron se dirigió a los servicios de caballeros. Abrió ligeramente la puerta y echó un vistazo. Aparentemente no había nadie. Pasó al interior y examinó las diversas puertas de los urinarios privados. Había cinco. La última, en el fondo, estaba cerrada. Enkron echó un vistazo por abajo: vio unas botas de cuero, el tipo de indumentaria que se pondría Night Stalker. El policía aporreó la puerta sin decir palabra.

—¡Ocupado, coño! —gritaron desde el otro lado. Enkron creyó reconocer la voz del cazarrecompensas. Salió del

lavabo y telefoneó a Field.

—Stalker está encerrado en los lavabos —informó Enkron—. Seguro que Adve tiene algún micro o algo. Como imaginábamos, está metido en el ajo.

—Bien —dijo Field—. Llamaré a Ranserd para advertirle.

—Ahora tenemos un buen motivo para evitar que el juez revoque la orden de expulsión cuando los terráneos protesten.

—Adve no dirá nada comprometedor a Ranserd. En cuanto Stalker detecte algo raro, abortará la misión.

—Pero el mero hecho de que esta operación exista es suficiente para afianzar la orden de expulsión.

—Pensaba en algo más permanente.

Stalker llevaba una media hora en el lavabo. Estaba sentado en la taza, vestido con ropa de cuerpo tratando de ocultar su cuerpo militar. Hasta se había maquillado la cara para ocultar su cicatriz. Llevaba unos auriculares conectados a su móvil, en la cual se reproducía lo que captaba una microcámara que Adve llevaba encima, oculta en la ropa. Por ahora la conversación no era demasiado interesante. En un momento dado, Ranserd había recibido una llamada telefónica, pero apenas había dicho nada aparte de “sí”, “de acuerdo”, “adiós”. El tedio se prolongó unos minutos más. La conversación pareció animarse un poco pero no demasiado:

—Espero que tu interés por cerrar este negocio anticipado no fuese para pagarle a SuNSeT —dijo Ranserd.

—Las noticias vuelan —dijo Adve.

—Hay un comunista terrorista entre nosotros; se ha dado la voz de alarma. Ya sabes cómo funciona esto. No me has contestado. Espero que todo esto no tenga nada que ver con SuNSeT...

—Ah... la paranoia de los corporativistas. ¿Crees que necesito tu dinero para ayudar a SuNSeT? Creo que tengo capital de sobra como para financiarle si quisiera.

—Por supuesto —dijo Ranserd con una sonrisa.

“Me aburro”, pensó Stalker. En ese momento un láser atravesó la puerta del lavabo. Dos ráfagas impactaron en el pecho del cyborg, sin provocar daños. Rápidamente, Stalker se protegió la cara con las manos mientras golpeaba la puerta con ambas piernas. El impacto echó hacia atrás a su atacante, un hombre de unos treinta años de la etnia gris con pelo casi rapado y rubio, que tenía una pistola de gran calibre en la mano: no lo suficiente potente como para perforar el blindaje del cuerpo, pero sí su cráneo. Stalker se echó hacia delante, cogiendo con su mano izquierda el arma del tipo, mientras que con la derecha le agarraba por la solapa de su chaqueta color marrón. El tipo se quitó la prenda y viéndose acorralado, corrió hacia la salida, pero Stalker no podía permitirlo. Rápidamente, disparó a su atacante con el arma que le había arrebatado. El hombre cayó de bruces al suelo, con una enorme herida atravesando su espalda y corazón. Stalker saltó por encima del cadáver y atrancó la puerta del lavabo con su puñal. Sacó su móvil para telefonar a Adve, pero no tenía cobertura, así que le envió un mensaje de corta distancia: “Sal cagando leches”.

Sin perder tiempo, el cazarrecompensas cogió el cadáver y lo introdujo en uno de los urinarios privados, el que estaba al lado del que había ocupado el cyborg. Registró el cuerpo en busca de documentación, pero ni siquiera llevaba cartera encima. Limpió la sangre del suelo usando la chaqueta del sujeto untada en agua y jabón, y al finalizar dejó la prenda junto al fiambre. Pensó que el arma del tipo ya no le servía para nada: él llevaba su propia arma y era mejor que la policía la encontrase junto a su dueño real, así que le echó un vistazo rápidamente, en busca de algún dato útil, pero obviamente carecía de número de serie, y tampoco tendría huellas, puesto que el frustrado asesino llevaba guantes, así que lo dejó correr y dejó el arma en el urinario de marras. Se metió dentro, lo cerró y trepó hasta el otro lado, saliendo del lavabo como si no pasase nada, pero temiendo que algún asesino menos discreto decidiese eliminarlo delante de testigos. Adve ya se había largado, pero Ranserd seguía devorando sus macarrones.

El cazarrecompensas abandonó el local... Solo para ver cómo frente a él estaba Enkron, y a derecha e izquierda, dos agentes uniformados de negro. No habían sacado sus armas, así que Stalker se contuvo. Además, contra tres oponentes, sería una lucha perdida.

—Orden de expulsión —dijo Enkron entregando el documento a Stalker—. Puede consultarla online.

—¿Pero qué mierda es esta? —se quejó Stalker mientras leía el documento, aunque en realidad estaba aliviado porque pensaba que venían a detenerle por lo del incidente en el restaurante. Pero entonces cayó en la cuenta de que cuanto más tiempo pasara allí, más posibilidades había de que se enteraran de que se acababa de cargar a un tío en los lavabos, así que decidió colaborar.

—Sus amigos ya están siendo escoltados al espaciopuerto. Le rogaríamos que nos acompañase hasta allí.

—Vamos pues.

Stalker confió en que no lo mataran por el camino, aunque con tantos testigos en la zona que lo habían visto irse con los agentes, parecía altamente improbable.

Lainier abrió los ojos. Estaba tumbado en una camilla en lo que parecía ser una ambulancia de color azul, lo cual le llamó la atención. Debía ser propiedad de la policía. O simplemente, que las ambulancias eran de ese color. La cabeza le dolía demasiado como para pensar en esas cosas. A su derecha se encontraba Wib, sentada. Seguía sin llevar sus gafas.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó Lainier.

—Al espaciopuerto —respondió la muchacha.

—No estoy atado... —advirtió Lainier, echándose un vistazo.

—¿Estás considerando escapar?

—Claro, sería una gran idea intentar enfrentarme a usted en este estado, cuando ni siquiera pude hacerle nada cu...

Un momento, ¿me has tuteado?

—Luchas fatal, pero no te rindes. Por eso, te has ganado mi respeto. Pero intenta entrenar, maldita sea.

—Esa técnica de lucha y ese código ético... ¿Eres del Clan Koyl?

—Como tu amigo Night Stalker.

—¿Conoces a Stalker?

—De oídas. No hemos coincidido en ningún dojo.

—Y supongo que no me podrás dar detalles...

—Lo único que puedo decir de Stalker es que, para nuestros estándares, su nivel es bajo. Parece mucho más de lo que es porque usa cuerpos cibernéticos.

—He de decir que otra persona les sacaría menos partido a esos cuerpos, porque él tiene cerebro de clon.

—Me cuesta creer que alguno de vosotros tenga cerebro.

—Todo esto tiene una explicación.

—Si se la hubieras dado a mis superiores ahora no estaría en una camilla rumbo al espaciopuerto.

Lainier hizo una pausa. Estaban a punto de enviarlo de vuelta a La Tierra y sería muy difícil convencer a los nocturnos de revocar la orden de expulsión. Incluso si lo conseguía, para cuando volviera es probable que los criminales hubieran borrado todo rastro de sus actividades. Llegados a este punto, solo se le ocurrió una cosa:

—Tus superiores son mala gente.

—Todos nosotros hemos hecho salvajadas, Lainier.

—Por supuesto, pero me refiero a algo gordo de verdad. Creo que tu Cuerpo de Asalto está involucrado en varios asesinatos injustificados. Eso es lo que realmente hemos venido a investigar.

—¿Y me lo dices a mí?

—Me he quedado sin opciones. Mi mejor baza es conseguir información desde dentro.

—Vaya. Así que no sólo me lo cuentas, sino que quieres que ejerza de espía.

—No sé que se traen entre manos, pero creo que al menos Enkron y Field participaron en el asesinato de Riina, la hermana de Guus Riin, el terrorista de extrema izquierda thorn, camuflando el crimen como un accidente, así como de otra persona no identificada. De hecho es probable que Riina fuese una víctima colateral, asesinada por ser testigo del otro crimen...

—Para el carro. ¿Tienes pruebas?

—Tengo indicios, pero nada que deba preocupar a los abogados de tu Cuerpo de Asalto, por no hablar ya del Estado.

—¡Del Estado...!

—¿Para quién trabajáis si no? Es sabido que los gobiernos de Noctem son chungos, y que aquí se están aprobando leyes cada vez más duras.

—¿Tienes un dossier encima?

—En mi móvil.

Berlllerak estaba en su camarote clase turista de la nave que debía devolverlo a La Tierra. La puerta estaba cerrada por fuera y vigilada. El clon esperaba pacientemente sentado en una silla, bebiendo ron. El ron de Noctem estaba bueno. Al menos se había llevado diez botellas. Salía más barato que comprarlas de importación en La Tierra. Estaba muy cabreado y pensaba emborracharse en el trayecto de vuelta, y teniendo en cuenta su resistencia al alcohol, probablemente tendría que beberse una botella entera. Mientras se servía un trago, la puerta se abrió, y Lainier pasó adentro cargado con la mochila con su equipaje, que Wib había tenido la amabilidad de recoger. El clon no se había cambiado de ropa, así que estaba hecho un asquito.

—¿Qué tal? —preguntó Berlllerak sin inmutarse.

—De puta madre, ¿no lo ves? —preguntó Lainier mientras dejaba su carga a un lado y la puerta se cerraba tras él—.

¿Y tú qué?

—¡Yo cojonudamente! —respondió Berlllerak mientras se tragaba un chupito de un solo trago—. ¿Ron?

—No, gracias, no bebo.

—Más para mí.

—Como VanderHall nos esté esperando a la vuelta...

—Dudo mucho que nos retengan hasta que venga a buscarnos.

—Al menos nos retendrán hasta que se aseguren de que nos prohíben tomar otra nave para Noctem, suficiente para que VanderHall llegue..

—Pues que llegue, me la suda —Berlllerak se sirvió otro trago—. Esto ha sido una mierda. No hemos hecho nada. Todos los planes que queríamos poner en marcha se han jodido.

—Falta Stalker. A lo mejor se ha escapado.

—Viendo la pinta que traes, casi mejor que se deje coger. Y yo no me fiaría de Stalker. Actuando solo puede ser un peligro. Además, es un matón, no un investigador.

—También queda SuNSeT...

—Eso si en estos momentos Adve no está siendo torturado en alguna celda inmundada, en cuyo caso revelará el paradero del rojo ese. Y si eso pasa, cantarán y entonces estaremos jodidos, porque no sólo se ratificará la orden de expulsión sino que Eclipse protestará por investigar a su Cuerpo de Asalto.

“Hay otra persona”, pensó Lainier, pero decidió guardarse la información.

El líder del Cuerpo de Asalto de Iberia se dejó caer en un sofá a la izquierda de Berlllerak. Al cabo de diez minutos,

Stalker entró en el camarote.

—Me han ocurrido cosas maravillosas —dijo—, pero os las contaré al llegar a casa.

—Me han dejado examinar la habitación —dijo Berllerak, que ya llevaba vaciada media botella—. No hay dispositivos espía.

—Bien. Pues resulta que Adve no sonsacó nada al tipo ese, pero un mamón intentó matarme en los lavabos, pero di cuenta de él.

—¿Quién era?

—Ni idea. Un tipo gris, pelo rubio, treinta años... Supongo que lo enviaría Field cuando supo dónde estaba.

—Me parece raro —dijo Berllerak—. A nosotros solamente nos condujeron hasta aquí. ¿Por qué intentar matarte?

—Yo que sé. Por si sabía algo.

—Pero si has dicho que Adve no sacó información.

—Pero ellos no tendrían forma de saberlo.

—Absurdo, podrían haberse enterado después. Me parece muy arriesgado un intento de asesinato. Lainier, ¿qué piensas de esto? Estás muy callado.

—Estoy cansado —dijo Lainier, que tenía la cabeza en otras cosas.

Stalker se acercó al clon y le observó las heridas. Después le arrancó la camisa.

—¿Vas a hacerme tocamientos? —preguntó Lainier.

—¡Espera que coja la cámara de vídeo! —rió Berllerak.

—Berllerak debería examinar esas heridas —dijo Stalker—. Y no hago tocamientos a la gente fea.

—Bah... tiquismiquis —murmuró Lainier.

—¿Quién te ha ahosiado?

Lainier se pensó la respuesta.

—Un agente.

—¿Así que te dieron una paliza?

—Es una larga historia.

—¿Te dio una paliza un artista marcial?

—Me cago en tu percepción anatómica...

—Impactos precisos dignos de un experto, y teniendo en cuenta el escaso número que hay, me sorprende que fuesen suficientes para dejarte tan hecho polvo, a menos que el atacante tuviese una gran fuerza. ¿Ha sido Enkron?

—¿Podemos dejarlo?

—¿Nos ocultas algo, Lai? —preguntó Berllerak, sirviéndose otro chupito.

—No ha sido Enkron. El atacante es miembro del Clan Koyl, así que apelo a esos códigos de honor que tenéis para no decir nada más...

—En fin... —murmuró Stalker.

—...excepto que me dijo que luchas muy mal.

—¡Pero mejor que tú! ¡Ja!

—Cagon tu vida...

Cuando llegaron a La Tierra, tuvieron que esperar en el camarote hasta que se tramitó en el espaciopuerto la orden de no dejar embarcar a los clones rumbo a Noctem. Como temía Lainier, VanderHall llegó a los diez minutos y se encontró a Berllerak alcoholizado, dormido sobre la mesa.

—Esto se merece un expediente disciplinario —señaló el comisario mientras despertaba a Berllerak a empujones.

—Disciplíneme el ano —murmuró Berllerak mientras abría los ojos.

### III QUE SE HAGA JUSTICIA

Al día siguiente de su regreso a Valencia, el Cuerpo de Asalto estaba reunido en el despacho de VanderHall. Tete y el Kapitán ya habrían regresado de sus viajes espaciales. El Artista seguía en Noctem.

—Así que no tenemos pistas —señaló el comisario.

—Bueno, podemos hablar con más asistentes al congreso... —dijo Tete.

—Ah, no —se quejó el Kapitán—. Si con los que hablamos no sabían nada, menos sabrán los demás. Además, me sorprende que quieras volver a pasarte el día entero viajando de un lado a otro.

—Es nuestro trabajo.

—Me temo que el Kapitán tiene razón —admitió VanderHall—. Esa línea de investigación no creo que nos conduzca a ningún lado. Solo serviría para teneros alejados de aquí, donde se os puede necesitar. Si acaso, enviaré agentes de la Comisaría Sur.

—Pobres... —murmuró Berllerak.

—Pues eso, que estamos sin pistas.

—Y SuNSEt está atrapado en Noctem... —añadió Lainier.

—Una pena —dijo con sarcasmo Berllerak, que ya estaba como nuevo. La resaca apenas afectaba a los clones.

—Menuda cagada —se quejó el comisario.

—Tenemos que volver —dijo Lainier—. Hay que preparar el recurso a...

—Un segundo —VanderHall había recibido algo en su móvil. Se pasó unos segundos leyendo, con rostro serio.

—¿Pasa algo?

—Nada, eso es todo.

Los clones se retiraron. En cuanto se fueron, el comisario marcó un número en su móvil.

Stalker estaba en el hotel, esperando a que sus compañeros regresasen. Se había levantado casi a la hora de comer, pero los clones aún tardarían mucho tiempo en regresar. Salvo quizás Lainier, que estaba demasiado hecho polvo como para entrenar. Sin embargo el tiempo pasaba y pasaba, así que supuso que Lainier estaría realizando papeleo, preparando excusas para el recurso contra la expulsión o investigando alguna mierda. En cualquier caso, cuando era casi la hora de merendar, su móvil sonó. Era VanderHall.

—Ven a comisaría inmediatamente —dijo el comisario.

El cazarrecompensas, con su cuerpo civil y ropa informal, se dirigió a la comisaría. VanderHall le esperaba en la entrada.

—Necesitamos que interrogues a un sospechoso que podría conocer al tipo que intentó matarte —dijo el comisario—. Vamos al área de interrogatorios.

—Ok —asintió el cazarrecompensas.

Los clones llegaron hasta una de las celdas especializadas. VanderHall abrió la puerta. Dentro no había nadie.

—Espera aquí —dijo—. Ahora lo traeremos.

Algo no iba bien. No había visto a ninguno de sus compañeros al llegar. ¿Y cómo era posible que hubiesen detenido a un sospechoso si no tenían pistas? Stalker estaba ya dentro de la celda, con la puerta cerrándose tras él, cuando se dio cuenta de que la cámara de seguridad estaba encendida. Jamás la dejaban encendida cuando entraba él, porque oficialmente no interrogaba a nadie. El cyborg se giró como un relámpago, sujetando la puerta un microsegundo antes de que se cerrase, y estiró con fuerza, abriéndola. Después empujó a VanderHall, echándolo a un lado. Corrió hacia la salida.

—¡Detenedlo! —gritó el comisario, pero era inútil. Stalker sabía como moverse por allí. Algunos disparos le alcanzaron, pero apenas le produjeron unos rasguños. Saltó por encima del escritorio de un cubículo y atravesó una ventana, cayendo al exterior. Se alejó de allí corriendo, pero un hombre le cortó el paso. Tenía el cabello negro y ligeramente rizado, y los ojos marrones. Debía tener la edad de Stalker. Vestía con uniforme policial negro y una gabardina del mismo color, y una placa relucía en su pecho: era del Cuerpo de Asalto Clon Germano. Sin embargo, el hombre tenía las manos alzadas y abiertas.

—Estoy desarmado —dijo con un fuerte acento alemán—. Por favor, no huya.

Stalker había estado tentado de sacar el arma y disparar, pero el hombre estaba desarmado y eso sólo complicaría las cosas, sobre todo si atacaba a un policía. Pero no estaba dispuesto a hacerle caso, ya que oía como varios agentes le pisaban los talones. Cruzar al otro lado de la calle no era una opción, porque podía atropellarle un coche. Simplemente corrió hacia delante, dispuesto a enfrentarse al clon.

—¡Será mejor que se aparte! —advirtió el cazarrecompensas. Aunque llevaba su cuerpo civil, un empujón del cyborg no era moco de pavo ni para un clon.

El policía obedeció: se apartó hacia la izquierda, pero llevó su mano a la cara de Stalker. De repente, una sacudida eléctrica recorrió el rostro del cyborg, que ni siquiera pudo gritar. Aturdido, cayó al suelo. Los policías que le seguían lo rodearon, apuntándole con sus armas.

—Wolfgang... —murmuró Stalker. Ahora se acordó. Natch lo había mencionado cuando capturó al Cuerpo de Asalto en su primera misión importante: Wolfgang Shecknacklet, el clon capaz de producir descargas eléctricas con su cuerpo.

—Efectivamente —respondió el alemán—. No se preocupe, pronto estará bien y su cuerpo cibernético no habrá sufrido daños: la descarga ha sido solo en la cara. Me llamaron porque VanderHall no se fiaba de sus amigos. Confiaba

en que no tuviera que intervenir, pero al final ha sido así. Casi me alegro; no me gusta salir de Alemania para nada.

Stalker esperaba en una celda blindada. Al cabo de unos minutos, Lainier entró.

—Estás jodido —dijo el líder del Cuerpo de Asalto.

—¿Qué está pasando? —preguntó Stalker.

—Un juez de Eclipse ha ordenado tu detención por lo del restaurante...

—Espera... ¿y nuestras autoridades han colaborado?

—Sí, al parecer los nocturnos tienen pruebas. Un fiscal se ha desplazado hasta aquí... acompañado por Jart Field. Te quieren extraditar. Ya he llamado a un abogado.

—¿Qué pruebas tienen?

—Un vídeo.

—No puede ser. Examiné el servicio al entrar.

—En fin, ya veremos. El abogado llegará aquí enseguida.

—Espera... ¿quién paga ese abogado?

—Yo. Los abogados del sindicato son una mierda.

—¿Y es un buen abogado?

—El mejor de Iberia.

—¡Te debo una!

—Como siempre.

Finalmente, el abogado entró en la celda. Era un hombre bajito y rechoncho, de unos treinta años, con el pelo negro, corto y ligeramente de punta. Vestía con traje negro y llevaba un maletín del mismo color.

—Muy buenas —dijo, colocando el maletín sobre la mesa—. Soy Valerian, su defensor.

—Un momento, yo le conozco —dijo Stalker—. ¿Usted no es de derechas?

—¿Tiene algún prejuicio ideológico? —preguntó el abogado mientras tomaba asiento. Lainier permanecía de pie a la derecha de Stalker.

—¿Usted no defendió al general Kishwox?

—Entre otros, y logramos que se retiraran la mayoría de los cargos.

—El general Kishwox era un fascista que invadió varios planetas...

—Todo el mundo tiene derecho a un juicio justo.

—¿Fue un juicio justo?

—Fue juzgado por sus propios enemigos y aún así le fue bien. ¿Qué le parece?

—Creo que se le perdonó casi todo para no cabrear más al humillado pueblo thorn y así que Kishwox ejerciera de mediador con la Asociación en el futuro, reemplazando a la vieja guardia...

—El juicio fue justo. No había pruebas concluyentes. Es sencillo.

—Valerian es un excelente abogado —dijo Lainier—. Berllerak le contrató para que lo representase cuando fue sospechoso del atraco al Banco de Inversión de Thuris. Entonces Valerian era un novato, pero Berllerak no podía permitirse nada mejor.

—Y yo que pensaba que por aquel entonces teníais mucho dinero... —dijo Stalker sonriendo.

—Si hubiéramos atracado el banco tampoco habríamos contratado a un abogado caro: eso sería sospechoso. En cualquier caso a mí no me mires, que el único que fue investigado fue Berllerak.

—Centrémonos en el caso —dijo Valerian—. He hablado con el fiscal nocturno. Lo tiene crudo, señor Espetec.

—Stevic —le corrigió Stalker.

—Lo que sea. Se le acusa de homicidio. Hay una grabación de audio y vídeo en alta definición donde se le ve disparando por la espalda a un hombre que...

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabe?

—Me temo que el vídeo es real. No sé cuándo me colaron la cámara, pero tiene que ser real.

Valerian se quedó de piedra.

—Gñ... —murmuró—. ¿Es consciente de que acaba de confesar a su abogado que es culpable?

—Pensaba que los abogados defendían a sus clientes aunque supiesen que son culpables...

—En realidad los clientes no suelen decir al abogado que son culpables, a menos que quieran admitir su culpabilidad en el juicio. ¿Quiere hacer eso?

—No. ¿Entonces no me va a defender? ¿Acaso Lainier ha dado con el único abogado honrado de la galaxia? Si es que no conoce a nadie normal...

—Grmpf... —gruñó de nuevo Valerian—. Lainier me ha hablado de la misión que realizaban. De lo contrario no podría preparar la mejor defensa. Entiendo lo que se jugaban y entiendo el carácter que usted tiene, así que le defenderé pase lo que pase.

—¡Bien! ¡Sabía que la derecha carecía de moral!

—¡Oiga, tío cínico, respéteme o abandono el caso!

—¡Si me acaba de llamar cínico! ¿Qué hay de su respeto?

—Compórtate, Stalker —dijo Lainier—. Te estás jugando el culo.

—Perdón...

—El fiscal podría solicitar la pena de muerte —explicó Valerian.

—¿¿QUÉ?? —gritó Stalker. El corazón pareció estallarle, y eso que era mecánico.

—Si no se declara culpable, teniendo en cuenta las pruebas, el fiscal será duro con usted y entonces puede pedir la pena de muerte. Sin embargo voy a batallar para que se le extradite solamente con la condición de que no se solicite la pena capital, con lo cual, en el peor de los casos sería cadena perpetua. ¿Seguro que no quiere declararse culpable? Podemos buscar atenuantes.

—¿Cómo? Nuestra misión era secreta. Si la hacemos pública, tendremos un conflicto diplomático. Casi podría ser peor.

—Podríamos buscar alguna excusa que no tenga que ver con la misión. Puedo solicitar un examen psicológico para determinar que usted tiene pro...

—Olvidelo, estoy perfectamente.

—Los locos no admiten que lo están. Y hoy en día ya hay psicólogos especializados en clones...

—Déjelo —señaló Lainier—. La horrenda verdad es que está en pleno uso de sus facultades mentales. Ese es precisamente el problema, supongo...

—Bien, descartamos la locura... Y me temo que habrá que descartar el pánico. Usted tiene un entrenamiento, y el tipo huía desarmado...

—Supongo que el cambio horario no produce enajenación temporal —dijo Stalker—, ¿Verdad?

—No, me temo que no.

—Qué pena, se me acababa de ocurrir.

—El único atenuante sería que actuó bajo el amparo de la Ley Antiterrorista de Eclipse. Usted estaba en una misión, y si consigue demostrar que era necesario acabar con esa persona para no destapar el operativo antiterrorista... No se librará de una corta temporada en prisión, porque a pesar de la ley, usted le disparó por la espalda y además no es policía, sino cazarrecompensas, y encima ni siquiera eclipsado, lo que limita sus atribuciones, pero él le atacó previamente: eso aparece en el vídeo. Por tanto, podemos ceñirnos a eso. Si el juez es flexible... A Eclipse no les gustan los terroristas.

—Pero hemos quedado en que si revelamos la misión, estamos jodidos.

—No hablo de su misión contra el Cuerpo de Asalto de Eclipse. El terrorismo de Estado probablemente sí que sea tolerado por los jueces... Me temo que tendrían que... inventarse otra misión.

—¿Lo de SuNSeT?

—El peligro comunista acojona.

—Si tenemos que inventarnos una mierda, hay que resolver también las contradicciones —dijo Lainier—, que os recuerdo que fuimos expulsados de Eclipse. Además, ¿sabemos quién es la víctima? Como sea un policía...

—Parece ser que era un asesino a sueldo.

—Mmm... Para mí que fue carne de cañón. Creo que tendieron una trampa a Stalker. El objetivo era que montara un pollo en el restaurante para que jamás pudiésemos regresar a Noctem.

—Pues les ha salido de puta madre.

—¿Entonces colaron la cámara cuando ya estaba en el servicio y entonces enviaron al pringao ese? —preguntó Stalker.

—Es lo más probable —explicó Lainier—. Mientras tú estabas allí, a nosotros nos estaban deteniendo. Creo que nos localizaron por la señal de móvil.

—Cojonudo. ¿Y es legal poner cámaras en los lavabos? Podemos declarar que la grabación es ilegal.

—Por desgracia, sí es legal —señaló Valerian—. Se pueden poner cámaras en los lavabos pero no dentro de los urinarios privados.

—Me cago en las leyes de Noctem. No puede uno ni matar en paz.

—Tengo una copia del vídeo. ¿Quiere revisarla?

—Seguro que no han manipulado nada, pero bueno.

Valerian sacó un ordenador tableta del maletín y reprodujo el vídeo.

—Pues sí, es tal y como sucedió —admitió Stalker—. ¿Los peritos ya han examinado el vídeo?

—No —dijo Valerian—. El fiscal ha propuesto a un perito y me ha dado su nombre para que lo apruebe. Su trayectoria me parece intachable. Ni siquiera es de Noctem. Es de Silkeria y trabaja para la Asociación. Pero no quería dar mi visto bueno hasta hablar con usted. Tengo hasta la noche para responder. Si no propongo una alternativa, llamarán al silkeriano.

—Bah... El vídeo es auténtico, así que me la suda.

—Entonces voto por intentar retorcer la ley antiterrorista de Eclipse para que le caiga una pena baja.

—Inadmisibile —se opuso Lainier—. Stalker no puede pasar ni un solo día entre rejas. Lo matarían. El Cuerpo de Asalto de Eclipse es peligroso.

—Podría intentar que la pena la cumpliera en una cárcel terrestre.

—Pueden sobornar a alguien. Stalker no puede pisar la cárcel.

—Pues con ese vídeo la cosa está chungueta.

—¿Y si el perito encuentra que el vídeo está manipulado?

—Pero es que no lo está... —dijo Stalker.

—¿Cuánto tardará el perito en llegar aquí?

—Aquí no —dijo Valerian—. A Eclipse, donde guardan el original.

—¿Pero cuánto tardará en llegar?

—Pues lo llamarán hoy mismo. Un día para ir a buscarlo y otro para viajar a Noctem... Dos días en total. Llegará pasado mañana, lo que no sé es a qué hora exacta. A medianoche, supongo.

—Joder, entonces tenemos un día aproximadamente.

—¿Para qué?

—¿Se te ocurre algún perito más cualificado que ese silkeriano, y que viva muuuy lejos de Noctem?

—Conozco a uno. Como es un caso serio y mi cliente necesita la mejor defensa, supongo que el juez no se opondrá.

—¿Cuánto tardaría el tuyo?

—Pues... Tres días.

—Eso nos deja dos...

—¿De qué estás hablando?

—Cosas mías. Tú espera hasta el último segundo para proponer a ese tío al juez.

—Espero que el fiscal acepte.

—¿Y si no acepta?

—El juez decide a qué perito se llama.

—¡Pues imponte!

—Eso intentaré.

—Lainier —dijo Stalker—. ¿Qué tramas?

—Cosas mías. En cualquier caso, evitad hacer declaraciones sobre el vídeo antes de que el perito lo examine.

—Por supuesto —dijo Valerian—. Pero dime... ¿no estarás tramando lo que pienso?

—No sé lo que piensas y es mejor que siga así. Por cierto, ¿qué hay del tema de nuestra expulsión?

—Que con lo de Stalker, el juez está liado y puede tardar. Y más vale que el fiscal no os llame a declarar en el juicio contra Steve.

—Stevic, coño —se quejó Stalker.

—¿Y si me llamas tú? —preguntó Lainier a Valerian.

—¿Quieres que te llame? —preguntó Valerian.

—Aún no lo tengo claro.

A la mañana siguiente, el Cuerpo de Asalto estaba reunido en la comisaría. Lainier estaba de pie en la sala de reuniones y los demás sentados alrededor.

—O espabilamos o esto se va a tomar por culo —dijo Lainier—. La vista previa de Stalker puede durar días, así que puede pasar aún más tiempo hasta que se nos permita regresar a Noctem, a menos que se nos ocurra alguna buena excusa. De momento la investigación la llevará Tete y el Kapitán, ya que Valerian ha conseguido que la orden de expulsión no se extendiera a todos los miembros del Cuerpo de Asalto.

—¿Y qué vamos a investigar exactamente? —preguntó Tete.

—Pues... —de repente el móvil de Lainier emitió un zumbido continuo. El clon desactivó la alarma—. Ya ha llegado Field. Esperad aquí —Lainier no quería que Field se diera cuenta de que sólo faltaba ElArtista.

El clon salió de la estancia y se dirigió hacia los cubículos. El eclipsado acababa de entrar y caminaba en dirección a su homólogo terráqueo, mientras se guardaba unas gafas de sol en un compartimento de su chaleco.

—Buenos días —dijo Field, sonriendo.

—No son buenos —replicó Lainier.

—Entiendo que le disguste ver a un amigo detenido, pero la ley es la ley. ¿Puedo interrogar al prisionero?

—El abogado aún no ha llegado, pero debe estar al caer.

—Quizás podría enseñarme esto mientras espero.

—Lo siento, tengo asuntos que atender.

—Lo comprendo.

—Si se da una vuelta por los alrededores, podrá entretenerse en uno de los innumerables bares.

—No bebo.

—Ni yo. Pero puede almorzar. Es temprano.

—Parece que no quiere que espere aquí.

—Nos gusta mantener nuestro modus operandi en secreto. Ya sabe.. como su as en la manga, Wib.

—Se llevó una sorpresa, ¿eh? —dijo Field sonriendo sarcásticamente.

—Desde luego —Lainier devolvió la sonrisa. Los músculos de la cara le dolieron allí donde la clon le había golpeado.

—Bien, volveré en media hora.

—Perfecto.

Field se dirigió a la salida. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, se giró y dijo:

—Ah, guardo más ases en la manga, señor Sind.

—Estoy seguro de ello —respondió Lainier.

Field se puso las gafas de sol y se largó.

—Así cojas una salmonelosis, desgraciao —murmuró Lainier.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Lainier mientras entraba de nuevo en la sala de reuniones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tete.

—Nada, hemos tenido una conversación incómoda y estúpida. Vamos a lo nuestro. Necesitamos sacar a SuNSeT del planeta. Ahora corre peligro. Solo espero que Adve no haya largado la verdad. Hoy deberíamos tener su declaración.

—Sacar a SuNSeT de Eclipse es una locura.

—Confíaba en que con los dineros y contactos de Adve, podría colarlo en una de sus naves comerciales. Creo que vende a otros planetas.

—Pero si Adve está bajo sospecha, escudriñarán su nave antes de partir. Y no creo que pueda sobornar a los aduaneros en un asunto tan grave. Nadie se la juega con el Cuerpo de Asalto detrás.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos. Primero tendréis que ver como está el tema. Espero que ElArtista os pueda ayudar. Dejo en vuestras manos todas las decisiones.

—¿Cómo contactamos con ElArtista? ¿Es prudente usar los móviles?

—No creo que estén intervenidos. La actuación de los eclipsados, si bien es deleznable, es asquerosamente ajustada a la ley.

—Al menos hasta que descubramos algo gordo...

—¿Y qué pasa con Stalker? —intervino el Kapitán.

—¿Qué pasa de qué? —pregunto Lainier.

—¿Cómo vamos a ayudarlo?

—¿Tenemos que ayudarlo? —se preguntó Berllerak.

—La investigación le ayuda —dijo Lainier. Entonces hizo una pausa de dos segundos—. Y puede que algo más...

—¿El qué? —preguntó el Kapitán.

—Em... Los que no quieran escuchar algo que podría comprometer sus carreras, que salgan de la sala —nadie se movió—. Perfecto. Ayer estuve dándole vueltas al tema y no se me ocurre nada más, y no podemos perder más tiempo, así que esto es lo que se me ha ocurrido: tengo dos planes. El plan arriesgado y el plan de emergencia.

—Eso suena como al Artista —señaló Berllerak—. ¿Puedo abandonar la sala ahora?

—No, te jodes. El plan de emergencia es liberar a Stalker por la fuerza si lo declaran culpable.

—Maaal plan...

—Por eso es el de emergencia.

—¿Esperas que te secundemos en eso?

—Pues... francamente no. Pero ahora viene el plan arriesgado. Como sabéis, un miembro del Clan Koyl me crujió vivo. Se trata de una agente del Cuerpo de Asalto de Eclipse llamada Wib.

—¿Te crujió una mujer...?

—¡Estaba más entrenada que yo!

—¡Pues entrena más, coño!

—Sí, lo mismo me dijo ella... ¿Podemos seguir con el tema?

—Prosigue, prosigue...

—Como me pareció de fiar, le conté la verdad.

—Ahora quien te va a crujiir soy yo... —murmuró Berllerak echándose hacia delante—. ¿¿Le has contado todo a un miembro del Cuerpo de Asalto de Eclipse??

—Suponiendo que esté en el ajo, ahora sólo saben que nosotros apenas sabemos nada. Pero como digo, creo que es de fiar.

—¿Tienes una foto?

—Pude sacarle una con la microcámara de mis gafas antes de quitármelas —Lainier tecleó en su móvil—. Ahora os la mando.

—¿¿Te quitaste las gafas??

—Adiviné que era más fuerte que yo. No quería que me las rompiera. Son caras.

—¡Tú jamás te quitas las gafas cuando estás de servicio! ¡Y a veces ni siquiera cuando no estás de servicio!

—Tienen visión nocturna y si me las hubiera roto me habría costado mucho tiempo y dinero encontrar unas en Eclipse. Bueno, ya he mandado la foto.

Los clones contemplaron la imagen. No se veía demasiado bien, pero al menos era un plano medio.

—Ahora entiendo porqué confías en ella... —dijo Berllerak—. Pero eres tonto...

—¡No es eso! ¡Es que es del Clan Koyl!

—Lo que tú digas, Lai...

—En ese clan no admiten gentuza, y por eso creo que es de fiar.

—¿Y si es una buena actriz?

—¿Como para engañar al clan? Algunos de sus miembros hasta son capaces de oler las emociones...

—Eso es relativo...

—Bueno, el caso es que lo hecho, hecho está. Lo sabe todo y con suerte habrá descubierto algo, así que Tete contactará con ella para comprobarlo, y de paso pedirle un favor sobre Stalker, pero sólo si parece realmente de fiar.

—¿Qué favor? —preguntó Tete.

—La única prueba real contra Stalker es un vídeo. Espero que Wib cambie la grabación por otra editada. Cuando el perito la examine dictaminará que está alterada y por tanto no es admisible como prueba.

—¡Eso es genialmente estúpido! —aulló Berllerak—. ¡Realmente ha sonado como al Artista! ¿¿Realmente esperas que Wib arriesgue su carrera, su libertad y puede que hasta su vida por un tío al que no conoce y que además es un

asesino??

—Punto uno. Sí lo conoce, porque Stalker es del clan Koyl. Lo conoce... de oídas. Punto dos. Stalker no es un asesino. Es un homicida.

—¡Vaya, entonces seguro que Wib acepta!

—¡No sé si aceptará! ¡Y por eso dejo a discreción de Tete el decidir si se lo pide o no!

—¿Y yo qué? —preguntó el Capitán.

—¿Qué de qué?

—¿Por qué sólo hablas de Tete? ¿Yo no iba a participar?

—Sí, pero he pensado en dividir el trabajo. Tú irás a ver cómo está el tema de SuNSeT y Tete irá a hablar con Wib.

—Sería mejor al revés.

Lainier quedó en silencio dos segundos y al fin habló:

—¿Por qué?

—Porque yo tengo más posibilidades de convencerla. Esa mujer es una luchadora del clan Koyl, lo que quiere decir que respeta la habilidad con las artes marciales, y, con ánimo de ofender a los presentes, aquí el que mejor lucha soy yo.

—Sí, pero tú tienes mayor resistencia física y manejas mejor las armas anticyborg, y eso te da ventaja si la operación con SuNSeT se vuelve violenta.

—Dejemos las cosas claras. Ni yo ni Tete vamos a intentar sacar a SuNSeT, o siquiera hablar con él, si no estamos totalmente seguros de que el peligro es mínimo.

—Eso es cierto —señaló Tete.

—Por tanto, importa poco quién vaya a por SuNSeT. Lo importante es convencer a esa mujer de que nos ayude, porque nos jugamos la vida de Stalker.

—Está bien —dijo Lainier—. Ahora solo fal... —de repente, alguien golpeó la puerta con los nudillos. Lainier se levantó y la abrió.

—Buenos días —dijo Valerian, sonriente—. Ya estoy aquí.

—El puto Field está almorzando o algo así —explicó Lainier, volviendo a su asiento. Valerian se quedó de pie en la puerta—. Tardará algo en llegar, así que si quieres dar directrices a Stalker...

—Hay poco de lo que hablar. De hecho, lo más relevante os concierne a vosotros, los expulsados. Tengo la declaración de Adve.

—¿Qué ha dicho?

—Que se reunió con el empresario ese por negocios, que no sabía que Stephan estaba allí...

—Stevic...

—Eso... Y que los guardias abandonaron el recinto mucho antes de la llegada de SuNSeT por exigencia de este último. El juez está dubitativo. He tenido que recordarle vuestra hoja de servicios...

—Genial...

—...mientras el fiscal le recordaba todas las sospechas que recaen sobre vuestro Cuerpo de Asalto...

—Mierda...

—Así que de momento no va a levantar la expulsión, pero...

—Peero...

—Como veo que tenéis prisa por volver, puedo usar una argucia legal.

—¡Bien! —dijo Lainier alzando los puños— ¡Por eso te contraté!

—Lo que me lleva a una cosa... ¿por qué le pagas el abogado a Esteroides? No es que me queje, pero...

—Stevic, cojones.

—Eso. ¿Pero por qué le pagas?

—Porque durante nuestra segunda misión importante, intentó rescatarnos de una posible muerte, y eso le costó el cuerpo.

—No parece muy angustiado por eso...

—¿Podemos volver a lo de la argucia legal, caballero?

—Ah, sí. El policía eclipsado ese irá a ver al juez tras interrogar a Stalker, y después de que el juez revise la declaración, volverá a Eclipse, llevándose a... a...

—¡Stevic!

—Al detenido. Continuarán el proceso allí, donde se produjo el crimen. Es normal.

—Es decir, que Stalker va a territorio enemigo.

—Pero eso es bueno, porque vosotros podréis ir con él.

—¿Podremos?

—Tanto el fiscal como yo hemos barajado la opción de llamaros a declarar, y para ahorrar el tiempo que tardaríais en viajar hasta Eclipse, el juez ha autorizado que os desplazéis ya si queréis, por si acaso. Así que temporalmente y mientras dure el proceso, podréis permanecer en Eclipse, con una serie de condiciones.

—¿Cuáles?

—Nada de armas, nada de investigaciones, y estar siempre localizable. No os van a poner un localizador, pero como no contestéis a una llamada del juez, os volverá a dar caza.

—Bueno, en peores situaciones nos hemos visto.

—De hecho has tenido suerte. El fiscal quería teneros confinados en un recinto, pero le he dicho al juez que eso sería como teneros detenidos. Entonces el fiscal ha replicado que entonces sería mejor que os quedaseis en La Tierra

hasta ser llamados a declarar, pero final...

—No necesito que me lo expliques todo.

—Pues lo último que me queda por decir es que el juez ha aceptado la propuesta de mi perito.

—Estupendo.

—Bueno, voy a informar a Stalker.

Valerian cerró la puerta y se dirigió a la sala de interrogatorios.

—Bueno —dijo Lainier mirando a Tete y el Kapitán—. En cuanto entre Field saldréis de aquí y os dirigiréis a Eclipse. Ah sí, Kapitán... necesito que le pidas a Wib algo más..

—¿El qué? —preguntó el Kapitán.

—Armas, trajes y equipo de infiltración... Todo con lo que trabajamos habitualmente.

—La orden del juez es solo para armas —murmuró Berllerak—. No habrá problemas para llevar equipo de infiltración.

—Queda aún editar el vídeo. Berllerak, necesito que te encargues de ello.

—Mi habilidad audiovisual es limitada. Se lo podría encargar a otra persona.

—Mejor se lo das a Nevuroy. Sé que sabe editar vídeos. Pero tendrás que estar supervisando el proceso. No quiero que se guarde el auténtico. Si tú le proporcionas el material informático, me quedará más tranquilo.

—Pero tengo que viajar a Eclipse...

—No. Tienes permiso para viajar a Eclipse, que es distinto. En cualquier caso, los demás te esperaremos para viajar contigo, que quiero ese vídeo bien protegido. Dile a Nevu que lo quiero para mañana por la mañana a más tardar.

—¿Cuánto he de ofrecerle por el trabajo?

—5.000 euros. No le ofrezcas un duro más y si se pone pesado, recuérdale que Stalker estaría muy enfadado si no se muestra colaborativo.

—Suena bien.

—Vale, vete ya a ver a Nevu.

—¿No decías que no saliésemos de la habitación hasta que llegue Field?

—El problema es salir todos juntos y que eche en falta al Artista. Tú vete ya.

—¿No deberías llamar a Nevuroy primero? —preguntó el Kapitán a Berllerak.

—Cuantas menos llamadas más a Nevu queden registradas, mejor —respondió Berllerak, mientras se levantaba del asiento.

—Eso nos da confianza en vuestros contactos...

—¿A que sí? —dijo Berllerak mientras abandonaba la sala. Se dirigió hacia la salida y se cruzó con Field, que iba hacia la sala de interrogatorios.

—Buenos días —dijo Field sin dejar de caminar.

—Pensaba que para los eclipsados, los días eran malos —señaló Berllerak, acelerando el paso.

Field estaba sentado frente a Stalker. Valerian estaba a la derecha del cazarrecompensas, al que habían esposado de pies y manos por si las moscas.

—¿Entonces no va a decir nada? —preguntó el eclipsado.

—Ya se lo he dicho —replicó Stalker con desgana—. Mi abogado me recomienda no declarar...

—Ya he oído a su abogado.

—Y también me ha oído a mí.

—Al juez no le va a gustar.

—Qué penita.

—Le trasladaremos a Eclipse mañana por la mañana. Allí continuaremos con la vista previa.

—¿Quién custodiará a mi cliente? —preguntó Valerian.

—Asignaré a dos personas de mi confianza, por supuesto.

—Eso es discutible. Hablaré con el juez.

—¿Para qué?

—Para que la custodia sea compartida con agentes terráqueos, por supuesto.

—¿Qué les pasa a nuestros agentes? ¿Se olvida de que el crimen ha sido cometido en Eclipse?

—Con usted no tengo nada de qué hablar. ¿Ha terminado ya? Mi cliente ha de prepararse para el viaje y yo tengo cosas que hacer...

—Sí, he terminado —dijo Field con una sonrisa despectiva.

Al cabo de diez minutos, Valerian estaba reunido con el juez y fiscal eclipsados en un amplio despacho en una sala de los juzgados reservada para visitas foráneas. El juez estaba sentado tras una gran mesa de roble. Era un hombre de unos cincuenta años de la etnia gris, con el pelo totalmente blanco, y algo pasadito de peso. Vestía con un sencillo traje marrón claro, el uniforme judicial de Eclipse. Valerian estaba de pie frente a él, y a su derecha estaba el fiscal, un hombre que no llegaba a los treinta años pero que estaba especializado en delitos cometidos por extranjeros y que, al igual que el juez, sabía hablar el castellano, lo que garantizaba un proceso comprensible para el acusado. Aunque el fiscal pertenecía a la etnia gris, su pelo y ojos eran castaños. Era un hombre delgado y llevaba el cabello peinado hacia atrás. Vestía con un traje azul oscuro.

—La vigilancia debe ser llevada a cabo por un miembro del Cuerpo de Asalto —señaló el fiscal. Hablaba

lentamente, con una voz grave y desprovista de hostilidad. Parecía respetar a Valerian—. Puede escoger el que usted guste, excepto a Jart Field. Necesitamos al líder disponible.

—Escojo a Wib —dijo Valerian.

—Wib es una pieza clave en el Cuerpo de Asalto... Debería estar disponible para realizar misiones...

—Dijo que escogiera al que yo gustara.

—Ya, ¿pero no puede ser otro?

—Es que conocemos a pocos miembros de su Cuerpo de Asalto. Y si surge alguna misión, sustitúyala.

—Eso lleva algún tiempo.

—Lo siento, pero quiero a Wib. La elección será bien vista por los terráneos, y a ustedes también les viene bien. La agente Wib ha demostrado ser capaz de detener clones con facilidad. ¿No cree que es también capaz de detener cyborgs?

El fiscal fue a decir algo pero cerró la boca. No quería desvelar datos sobre Wib.

—Dígame primero a quién propone usted y ya veremos —dijo al fin.

—Como sé que va a rechazar a todos los miembros del Cuerpo de Asalto de Iberia, tengo tres candidatos alternativos: la líder del Cuerpo de Asalto Ruso Occidental, la líder del Cuerpo de Asalto Chino Sur, y el líder del Cuerpo de Asalto Germano.

—¿Cómo se llaman?

—Eh... lo tengo apuntado...

—Déjelo, me basta con consultar mi móvil. Solo se lo he preguntado para ver si era capaz de pronunciarlos.

—Sí, tengo problemas con los nombres, ¿pasa algo?

—No se enfade, hombre, lo he hecho sin maldad —dijo el fiscal riendo.

—Señor Cesh, vaya al grano —dijo el juez, dirigiéndose al fiscal.

—Perdón. Bueno, tengo entendido que el alemán contribuyó con éxito a impedir la huida de Stalker, así que me parece una buena elección.

—¿Entonces serán el alemán y Wib?

—Si el juez no se opone, a mí me parece bien.

—No tengo nada que objetar —señaló el magistrado—. Si nadie tiene inconvenientes, procederemos a trasladar al acusado a Eclipse mañana a primera hora.

—Bien, Señoría —contestó Cesh.

—No hay problema —dijo Valerian.

Ya en Eclipse, el Kapitán avanzó por las oscuras calles del mismo barrio donde Lainier había sido apaleado por Wib. Llegó hasta un viejo edificio de cien plantas, con una fachada negra pero adornada con diversos y coloridos motivos de diferentes culturas planetarias. La puerta doble de entrada, de metal, estaba adornada por una especie de dragón sin alas. El Kapitán llamó al timbre, situado al lado de una cámara de vigilancia. Al cabo de unos segundos, escuchó una voz en eclipsado.

—Solicito audiencia en nombre de Night Stalker, miembro del clan Koyl —dijo el clon en silkeriano mientras ponía su móvil frente a la cámara: mostraba una foto del Kapitán junto a Stalker en la sala de interrogatorios, y venía acompañada de un código visual en la parte de abajo.

Al cabo de unos segundos las puertas se abrieron. Al otro lado apareció un hombre de unos cuarenta años, calvo y con perilla, vestido con una camiseta blanca y pantalones y botas militares. Parecía bastante fuerte.

—¿Con quién quiere hablar? —preguntó.

—Con Wib.

—He de examinarle.

—Por supuesto.

El hombre cacheó al Kapitán y le escaneó. Parecía limpio.

—Adelante —dijo—. Avance hasta llegar al dojo. Allí la encontrará.

El clon comenzó a caminar, seguido a pocos metros por el hombre calvo. Stalker había acertado en que Wib se encontraría allí a menos que estuviera de misión. El entrenamiento en artes marciales de la policía era menos eficaz que el que ofrecía el Clan Koyl y por eso la muchacha tenía permiso para entrenar en aquel dojo en vez de en comisaría.

El lugar estaba francamente oscuro. Unas tenues luces colgaban del techo, pero eso era todo. El Kapitán anduvo unos cien metros, dejando atrás diversas puertas, todas cerradas, hasta que llegó hasta el dojo. Por fortuna, allí la iluminación era buena. La sala constaba con cuatro tatamis, dispuestos alrededor de lo que parecía un amplio ring de lucha libre, lo cual le llamó al Kapitán la atención, pero supuso que arrojar a la gente desde lo alto y saber caer era parte del entrenamiento. De hecho Wib se encontraba allí arriba, vestida con su uniforme negro, pero sin las gafas, ni placa ni armas.

—El Kapitán, supongo —dijo, apoyada sobre las cuerdas.

—Supone bien —dijo el Kapitán, haciendo una leve reverencia. Wib se la devolvió.

—Un hombre educado.

—Soy muy educado, aunque ha sido Stalker quien me ha soplado las normas de comportamiento.

—¿Cómo está él?

—¿Le preocupa?

—Nos preocupan todos nuestros compañeros. Además, este juicio podría empañar la imagen del clan.

—Entonces mejor que lo declaren inocente.

—Ya veremos. Parece culpable. Bueno, ¿qué ha venido a hacer aquí? —preguntó la mujer mientras bajaba del cuadrilátero.

—¿Es seguro hablar aquí? —preguntó el Kapitán mientras echaba un vistazo alrededor. Varios luchadores peleaban en los tatami.

—Están a lo suyo.

—Confiaré en su buena fe porque Stalker ha dicho que lo haga.

—Debería formarse su propio criterio en vez de hacer caso a lo que digan otros.

—¿Y si el criterio de los otros es mejor que el mío?

—¿Lo es?

—Francamente, no lo sé, pero en cuanto tratemos el tema que me ha traído aquí, puede que tenga las ideas más claras.

—¿Y el tema era...?

—Lo de la investigación. Lainier nos dijo que le dio todos los datos. Queremos saber qué opina y si tiene más información al respecto.

—La tengo.

—¿Y no se ha puesto en contacto con nosotros para decírnoslo?

—¿Cree que puedo irme del planeta cuando quiera? Son dos días entre ida y vuelta, y no pensaba mandar un recadero, que no es seguro. Además, suponía que vendrían a verme por lo del juicio.

—Bueno, díganos lo que tiene.

—Para empezar, os habéis centrado demasiado en el lugar del accidente y en Eclipse.

—¿Ein?

—Creéis que la mujer escapaba de Eclipse, pero cabe la posibilidad de que no fuera así.

—Pero asistía a una convención en Eclipse... y la carretera lleva hasta allí.

—Pero me he molestado en investigar, y esa mujer no se hospedó en ningún hotel de Eclipse.

—¿Entonces?

—La carretera donde sucedió el accidente también conduce hasta una reserva natural, a una hora de Eclipse si vas en un vehículo normal. Dentro de la reserva hay una comunidad que quiere vivir en armonía con la naturaleza.

—¿Jipis?

—¿El qué?

—Uh... tipos que visten hortera, toman droga para “expandir” sus mentes, son vegetarianos, pacifistas y suelen tener empleos estúpidos como hacer ropa hortera o figuritas de aspecto inenarrable.

—Bueno, salvo en lo de pacifistas, esta comunidad no encaja en la descripción. La mayoría son científicos. Hay botánicos, geólogos, biólogos... Velan por la conservación de la reserva natural y no son más de mil personas. Su aldea, aunque moderna, es totalmente ecológica e integrada en el bosque. Llegar a ella es bastante complicado si no es volando. Atravesando la selva, se puede tardar dos horas.

—¿Entonces crees que la víctima podría haber estado allí, ya que era veterinaria?

—Es posible. No he podido comprobarlo porque no he podido llamar allí: no tienen conexión telemática con otras ciudades. Solo sé que hay un hotel para turistas, así que es un buen lugar para que se hospedara. Pero hay otro factor que indica que estuvo allí.

—¿Cuál?

—Para averiguar la identidad de la víctima de la foto, consultasteis las desapariciones y las muertes provocadas por criminales por aquellas fechas, pero no consultasteis las muertes provocadas por la policía.

—No habríamos podido de todos modos. No tenemos acceso a vuestra base de datos.

—Pero yo sí. La misma noche en que la thornia murió, se realizó una operación policial en la aldea de la reserva natural. Los nombres de los participantes están codificados y no puedo decodificarlos. Fueron llamados por un aviso de un importante médico local. Al parecer un hombre había intentado matarlo, pero el médico había logrado encerrar al agresor en su clínica. Según el informe, cuando los agentes llegaron, el hombre ofreció resistencia y fue abatido. No tengo más datos porque mi nivel de seguridad no me permite acceder al informe completo.

—¿Así que ocultaron un asesinato como una operación legal?

—Lo siento, pero esto sigue sin probar nada...

—¿Cómo que no? ¿No es mucha casualidad que esa mujer muriera esa misma noche?

—Se realizan muchas operaciones policiales cada noche.

—¡Pero ha dicho que es probable que Riina se alojase allí!

—Y también le he dicho que no he podido comprobarlo. Piénselo bien. En su foto no se ve nada sospechoso. Si es una foto de la operación policial en la aldea, no desmiente la versión oficial. Nada en la foto indica que el sospechoso fuese asesinado.

—Pero los asesinos no podían estar seguros de lo que sabía Riina. Si tomó la foto, pudo además ver algo más, y por eso la mataron.

—¿Y no cree que también es posible que al tratarse de la hermana de un terrorista, sufriese un ataque de pánico al ver la operación policial, creyera que luego la detendrían a ella y salió corriendo para evitar a las autoridades, y entonces tuvo un accidente debido a su nerviosismo?

—No, porque el Cuerpo de Asalto de Eclipse ha jugado sucio. Lo de Stalker es una trampa.

—Y eso nos lleva a la verdadera razón por la que está aquí.

—¿Ein?

—No hacía falta entrar al dojo para preguntarme por la investigación. Yo les habría enviado un mensaje al llegar a Noctem. Si ha venido hasta aquí es porque Stalker le ha dado instrucciones, y eso significa que esto tiene que ver con Stalker.

El Kapitán guardó unos instantes de silencio. ¿Realmente la mujer consideraba absurda la idea de un crimen por parte de sus compañeros, o sólo estaba comprobando la reacción del Kapitán? Stalker ya le había advertido sobre cómo las gastaban en el clan Koyl... Pero si hablaba en serio, esto podría significar el fin para el Cuerpo de Asalto Clon Íbero. Por fin el Kapitán habló:

—¿No le parece mucha casualidad que Stalker fuese grabado por una cámara que no debía estar allí?

—La cámara es legal.

—Pero Stalker dice que no había cámara cuando entró.

—Entonces Stalker es culpable, puesto que él mismo admite que estaba en el lavabo.

—Sólo admite que estaba en el lavabo... —de repente, el Kapitán guardó silencio. Volvió a recordar lo que le había dicho Stalker sobre el clan Koyl. Decidió que ya había llegado el momento de hablar claramente—. Mire, sí, es culpable. Pero la cámara la pusieron cuando estaba allí, así que era una encerrona. Esperaban que agrediera a ese matón.

—¿Ha venido a pedirme que ayude a un asesino?

—Es de su clan.

—¿Eso es suficiente para ayudarlo?

—Stalker dice que aquí ya le conocen... Y aún así nunca le han expulsado del clan.

—Pero nunca se le juzgó por asesinato.

—En realidad su abogado intenta rebajarlo a homicidio... Pero el caso es que seguro que el clan Koyl sabía que Stalker era capaz de estas cosas y que probablemente ya las había hecho en alguna ocasión. Que ahora sea público no cambia nada.

—Le recuerdo lo de la imagen del clan...

—Nadie tiene que saber que usted nos ha ayudado. La imagen del clan no se verá perjudicada. Como he dicho antes, sí que lo será si lo encuentran culpable.

—Es también una cuestión ética. Tenemos un código de honor. Puede que tolerásemos el carácter de Stalker, pero ahora se trataría de ayudarlo, a un asesino, u homicida, como quiera llamarlo. ¿Sabe que Stalker jamás fue admitido en los niveles superiores, precisamente porque su comportamiento era dudoso? Se consideró peligroso enseñarle las mejores técnicas para matar.

—Stalker es un hombre violento e incluso sádico, pero sólo daña a gentuza.

—Y por eso seguía en el clan.

—Mírelo de este modo: si Stalker es culpable, lo matarán en la cárcel, y los que están detrás de esto se saldrán con la suya, sea lo que sea lo que se traen entre manos, pero desde luego lo que han hecho hasta ahora es peor que cargarse a un matón que encima atacó primero.

—Todo eso suponiendo que su teoría de la conspiración sea cierta.

—En el fondo sé que usted también tiene sospechas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque es inteligente.

—Hagamos una cosa: sé que usted es el mejor artista marcial del Cuerpo de Asalto. Luche contra mí y si considero que hace un buen papel, le ayudaré.

—Ni siquiera sabe lo que le voy a pedir.

—Algo grave, o ya lo habría soltado. Que yo no lo sepa sólo añada emoción al reto. ¿Luchará contra mí?

El Kapitán hizo una pausa.

—No —dijo firmemente.

—¿Tiene miedo a quedar en ridículo?

—Por la vida de un compañero me pongo en ridículo si hace falta, pero no voy a jugarme dicha vida mediante un combate, porque es injusto, y eso no me da confianza en us...

—¡Ja ja ja! —rió la mujer.

—¿He dicho algo gracioso?

—¿Esa respuesta ha sido sincera o sigues indicaciones de Stalker?

—Ciertamente he recibido instrucciones, pero hablo en se... ¿me has tuteado?

—Tienes mi aprobación. Lo de la lucha era para ponerte a prueba. Decidiré si te ayudo cuanto oiga lo que quieres que haga.

—¡Ah! ¡Luego yo tenía razón! ¡Sospechas que algo turbio pasa aquí!

—O a lo mejor te estoy engañando para haceros caer en una trampa —Wib sonrió.

—Err... No, creo que eres sincera.

—¿Porque Stalker te lo dijo o porque así lo crees?

—Llegados a este punto, ya tengo mi propio criterio, aunque sinceramente, sigo sin saber si es mejor que el de los demás. Toda esta charla me ha dado dolor de cabeza.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o qué?

—Como sabrás, la única prueba contra Stalker, que nosotros sepamos, es el vídeo de marras. Queremos que cambies

el vídeo por otro ligeramente modificado. Así cuando el perito lo analice, tendrá que dictaminar que el contenido no es fiable.

—Colarme en la sala de pruebas es factible, pero si mis compañeros me descubren, me procesarán por traición.

—Nosotros también tendremos problemas.

—A decir verdad, me preocupa más mi destino que el vuestro...

—¿Entonces...?

—Estoy meditando.

—¿Puedo ofrecerte algún incentivo para que aceptes?

—¿Por ejemplo?

—Mmm... Si aceptas, te daré ese combate que querías.

—Eso era para ponerte a prueba... ¿No decías que no te gustaba la idea?

—Em... No es lo mismo, porque tú querías considerar ayudarnos tras combatir. Yo te ofrezco el combate después de que aceptes. Tu proposición inicial sonaba rara... Ahora sé que realmente valoras ayudarnos. Mi oferta es solo un empujoncito. O dicho de otro modo: mi petición inicial exige demasiado altruismo, mientras que tu oferta de combate parecía egoísta. Ahora estamos en un término medio. ¿Tiene sentido algo de lo que estoy diciendo?

—No demasiado. ¿No será que en el fondo quieres luchar?

—Y tú también. Eso es lo que haces: luchar. Y yo soy el mejor luchador de mi Cuerpo de Asalto.

—Lo sé, he visto los informes y el vídeo.

—¿Qué vídeo?

—El de tu combate en La Kúpula. Bueno, el del torneo entero, en realidad.

—¿Hay un vídeo de eso? —El Kapitán estaba atónito.

—Claro. SuNSeT no los vendió hace tiempo. Nos costó una fortuna, pero como tú mismo has dicho, nos gusta el combate.

—¿Me... disculpas un momento? —dijo el Kapitán mientras sacaba su móvil. Se apartó unos metros dando la espalda a Wib y telefonó a Tete.

—Dime —dijo Tete.

—¿Ya has sacado a SuNSeT?

—¿Estás de coña? Solo he hablado con Adve. Ahora me dirijo hacia el refugio de SuNSeT.

—Pues cuando lo veas, pégale una hostia de mi parte y dile que es por lo del vídeo.

—¿Qué vídeo?

—Que te lo explique él si quiere, yo tengo que hacer un combate.

—¿Combate?

—Ya nos veremos.

El Kapitán colgó y regresó con Wib.

—Em... ¿Seguimos? —preguntó el clon.

—Sobre lo del vídeo de La Kúpula... —prosiguió Wib.— Tienes potencial. ¿Has pensado en entrar en el clan Koyl?

—Paso demasiado tiempo dedicándome al triatlón. Es mi hobby deportivo. Bueno, más que un hobby, de hecho. Me lo tomo profesionalmente.

—Lo suponía, también venía en el informe.

—Joder con vuestro servicio de inteligencia...

—Bueno, acepto ayudaros con Stalker.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Tienes el vídeo editado?

—Lo tendrás mañana, espero... Tendrás que dar el cambiazco antes de tres días, digo... noches, que es cuando llega el perito.

—Genial —se resignó la mujer—. Ahora sube al ring.

—Ah, sí... casi se me olvida... —murmuró el Kapitán mientras se agarraba a las cuerdas—. Tengo otra petición...

—¿Qué petición?

—Unas armas de nada...

Wib arqueó una ceja.

Tete se dirigía hacia el lugar indicado por Adve. Las únicas armas que llevaba eran una pistola y un cuchillo proporcionados por el empresario. El clon conducía un coche negro de alquiler, también propiedad de Adve, que había sido sumamente generoso teniendo en cuenta el lío en que le habían metido. Pero parecía dispuesto a colaborar para salvar a SuNSeT.

Tete aparcó en un callejón de mala muerte, bajó del vehículo y se acercó a una vieja puerta metálica. Llamó cuatro veces con los nudillos.

—Estoy aquí —SuNSeT surgió desde la oscuridad del callejón.

—¿Qué coño haces ahí? —preguntó Tete.

—Adve dijo que venías, pero... ¿y si era una trampa? Mejor esperar fuera...

—Em... he venido a ver si te puedo sacar del planeta.

—Eso no mola. Adve dijo que venías a sacarme del planeta.

—Es lo que he dicho.

—No señor. Has dicho que vienes a ver si me puedes sacar del planeta. No pareces muy convencido.

—¿Podemos seguir esta estúpida conversación en el coche, antes de que alguien nos vea?

—Podemos, muchacho.

Tete volvió al volante y SuNSeT se sentó en el asiento del copiloto.

—Ponte el cinturón, que como nos paren la jodemos —señaló Tete.

—Siempre me pongo el cinturón —replicó SuNSeT mientras obedecía.

—Ah sí, antes de irnos... te voy a dar algo de parte del Kapitán.

—¿El qué?

—¡Esto! —dijo Tete, propinando un puñetazo en la cara de SuNSeT—. ¡Por lo del vídeo!

—¿¿Qué vid...?? Ah... el vídeo... —se acordó SuNSeT, mientras se llevaba la mano a la mejilla.

—Así que era cierto que había un vídeo... —murmuró Tete mientras ponía el coche en marcha.

—Pues sí.

—¿Puedo saber qué contiene? —preguntó Tete mientras se alejaban de allí.

—Deberías haber dicho “¿es de zoofilia?”.

—No me gustan las conversaciones absurdas.

—Vaya por Dios, me han enviado a un tío sin sentido del humor.

—Tengo sentido del humor, pero al contrario que otros de mis compañeros, mi mente no está tan enferma.

—Es todo un logro teniendo en cuenta el tiempo que llevas en el grupo.

—¿Me vas a decir qué hay en el vídeo? Si no, seguro que me lo dice el Kapitán...

—Pues que te lo diga él...

—Sospechoso... Tengo entendido que te encanta hablar. Eso y lo del puñetazo me lleva a pensar que no me gustará lo del vídeo.

SuNSeT sonrió.

—Bueno, te lo voy a decir —dijo al fin—. Si prometes no agredirme.

—No soy un hombre violento.

—¡Pero si me has golpeado!

—Era un recado del Kapitán. Puro compañerismo.

—Bueno... es un vídeo del combate en La Kúpula.

—¡Hijo de perra! ¡Debería pegarte!

—¡No eres violento! ¡Tú lo has dicho!

—¿¿Cómo se te ocurre vender información nuestra??

—¡No es como si se lo hubiera entregado a unos terroristas! ¡Es el clan Koyl!

—¡Ah, vamos!

—¡Tampoco es que sea información vital para acabar con vosotros! ¿Soléis luchar mucho con armaduras...?

—¡Calla! ¡El caso es que lo has vendido!

—¡Me quedé arruinado al petar La Kúpula! ¡Necesitaba dinero! De hecho aún necesito... ¿Llevas algo encima?

—¿Quieres que te deje tirado?

—¡Eso es probablemente lo que acabe ocurriendo, puesto que no sabes cómo sacarme de aquí!

—Esperaba que tuvieras alguna idea.

—Adve podría colarme en una nave...

—Eso ya lo pensamos, pero teniendo en cuenta cómo está el percal, creo que te descubrirían.

—Algo he oído. ¿Qué ha pasado exactamente con Stalker?

—Provocaron que se peleara con un asesino a sueldo. Stalker se lo cargó de forma poco elegante y el homicidio quedó registrado en vídeo. Mañana lo traen a Eclipse para la vista previa del juicio.

—Jiorl...

—Pues eso.

—Un momento, un momento... —SuNSeT empezó a sonreír.

—Ay...

—¿Viene custodiado por agentes nocturnos o terráqueos?

—El abogado pretendía que hubieran agentes terráqueos custodiándolo.

—Es decir, que al menos uno de los nuestros está a bordo de esa nave...

—¿Estás pensando en que ese tío te cuele en la nave y escapar a La Tierra en ella?

—Pues sí...

—Un plan cojonudo si no fuera por dos factores. Primero: dudo mucho que el agente sea de confianza, así que no se jugará el culo por ti. Segundo: la nave no va a regresar, porque no es terráquea, sino eclipsada, así que se quedará en el planeta hasta vete a saber cuándo.

—Vaya chusta... ¿Y si no me voy?

—¿Cómo que si no te vas?

—Pues eso. Al fin y al cabo vine a acabar con los fascistas, y lo único que he hecho es esconderme, y para nada...

—Nos has puesto en contacto con Adve, y parece un contacto útil.

—¡Ah no! ¡Me niego a que un capitalista os sea más útil que yo! ¡Por eso he de quedarme!

—¡Las autoridades te buscan y al final te encontrarán!

—¡No señor, porque ya me has movido de sitio! ¡Llévame a un lugar que no conozca Adve!

—Otro plan genial si no fuera por otros dos factores. Primero: a mí también pueden cazarme e interrogarme. Segundo: ¿a dónde cojones quieres que te lleve? ¡No conozco lugares seguros!

—El caso es poner pegas...

—A lo mejor... podríamos pedirle ayuda al clan Koyl. Para sacarte de aquí, me refiero. Olvida lo de quedarte.

—Solo les vendí un vídeo...

—Pero conocemos a alguien en el clan que quizás nos ayude...

—¿Es que es amigo de Stalker?

—¿Sabes que Stalker es del clan?

—No es que lo oculte... De todos modos, no quiero deberle favores al clan Koyl.

—Bueno, probablemente nuestro contacto se habría negado.

—Se lo podemos pedir como último recurso, pero será mejor que pensemos en otra cosa. Por cierto, ¿a dónde vamos?

—A ningún lugar en concreto. Pienso dar vueltas hasta que tengamos algo en claro.

—Mmm...

—No pienso estar hasta que amanezca conduciendo. Piensa en algo.

—¡Y tú también!

—¡Claro que pienso! ¡Pero tú conoces el planeta mejor que yo!

—¿No puedes detenerme y sacarme del planeta oficialmente?

—Nos han prohibido investigar. ¿Cómo justifico el que te atrape?

—Sencillo. Preferí entregarme a ti antes que a ellos.

—Aún así, si aparezco contigo, los eclipsados se cabrearán por no avisarles.

—¿Pondrían pegas a mi detención?

—Se alegrarían de que estuvieras detenido y después me abrirían un expediente o algo así, y lo que es peor, a lo mejor tendrías que quedarte con ellos.

—Mal rollo. Pues sólo queda una cosa por hacer. Escapar en una nave pequeña sin usar el espaciopuerto, burlando el escudo orbital.

—La nave en la que llegaste se la quedó la poli.

—Pues habrá que conseguir otra.

—¿De Adve?

—Uf... El problema es que salir es más difícil que entrar. Si localizan la nave y descubren que es de Adve...

—¿No tiene naves pirata? —Tete se refería a una nave sin ningún identificador que la relacionara con un dueño.

—Claro que no. ¿No te comentó Lainier que la poli vigila sus actividades desde que se negó a bajarse los pantalones de marca ante el gobierno?

—¿Y si construyera la nave?

—Adve no construye naves.

—¿Pero tiene los materiales necesarios?

—Supongo. O al menos los puede comprar sin levantar sospechas.

—Entonces sólo tiene que contratar ingenieros que la construyan.

—No creo que conozca a ingenieros dispuestos a jugársela con el Cuerpo de Asalto.

—Entonces tendremos que traerlos nosotros.

—Incluso así, construir una nave lleva tiempo. ¿Por qué no traéis una y punto?

—¿No hemos hablado ya de eso? La registrarán en el espaciopuerto.

—No uses el espaciopuerto, joder.

—Ah, que pretendes que una nave aterrice ilegalmente en el planeta, te recoja, y te saque.

—Pues sí.

—Arriesgadísimo. Detectarán que ha entrado, como sucedió con la tuya, y antes de que puedas salir de la atmósfera te habrán localizado y te derribarán.

—¿Y si pilota Berlllerak?

—Eso sería genial si no fuera por dos factores...

—¡Joder!

—Primero: Berlllerak llega aquí mañana para estar disponible para declarar, así que le resultaría difícil volver a salir del planeta y volver con la nave, a menos que te esperes a saber cuántos días. Segundo: Berlllerak no se va a jugar el culo por ti, ni aunque reciba una orden o le pagues dinero.

—Dinero que no tengo de todos modos...

—Pues eso...

—Que pilote Artic.

—¿Quién?

—El piloto que os llevó hasta La Kúpula. El mejor que teníamos, probablemente casi tan bueno como Berlllerak.

—Ah, ya me acuerdo. ¿Y aceptará?

—Es un hombre con ideales, pero si se hace el remolón, ofrécele un incentivo monetario.

—¿No has dicho que no tienes dinero?

—¿Acaso he dicho algo de pagar yo?

—Hay que joderse...

—Bueno, te diré cómo ponerte en contacto con Artic.  
—¿Tardaría mucho en llegar?  
—Si sigue donde la última vez, entre que le avisas y viene, pasará un día como mucho.  
—Lamentablemente, el caza de infiltración tardará dos noches en llegar.  
—¿Tienes que pedirlo a La Tierra?  
—No queremos llamar la atención con esta investigación.  
—Así que tendré que aguantar dos noches escondido. Eso significa que... tienes que llevarme de vuelta al refugio.  
—Joder, que viajecito en coche más estúpido.  
—No te ofendas, pero toda esta operación vuestra ha sido una cagada monumental.  
—¿Por qué seguimos tratando contigo?  
—Porque soy la hostia, muchacho.

Stalker llegó a Eclipse a la noche siguiente. Un par de psiquiatras se dispusieron a examinarle. El resto del Cuerpo de Asalto Clon llegó un par de horas después, ya que tuvieron que esperar a que Nevuroy les entregara el vídeo. Todo el Cuerpo, salvo ElArtista, estaba reunido en un hotel situado cerca de los juzgados. Se encontraban sentados alrededor de una gran mesa de madera oscura en el salón de una gran suite.

—¿Cuando le damos el vídeo? —preguntó Berllerak.

—Wib está ya custodiando a Stalker —respondió Lainier—. Cuando haga el cambio de turno con Wolfgang, le entregas la tarjeta. ¿Qué pasa con ElArtista?

—Su móvil sigue apagado o fuera de cobertura. —explicó Tete, con el teléfono en la mano. Habían intentado contactar con su compañero desde que entraran en la atmósfera de Noctem, sin éxito.

—Vamos a ver las armas y después intentaremos contactar con él de nuevo —dijo Lainier poniendo sobre la mesa una gran bolsa de deportes azul con el logo del Clan Koyl: un círculo con extrañas runas con un dragón sin alas en el interior. Lainier rebuscó y sacó una Magnum plateada—. No me lo puedo creer.

—Una Magnum es un arma bastante común.

—¡No! ¡Me refiero a que es plateada y no negra! ¡El negro es el color predominante en este puto planeta y voy a tener que usar una Magnum plateada! ¡Indignante!

—A todo esto, doy por sentado que todas estas armas no pertenecían a Wib, sino al dojo —dijo Berllerak—. ¿Eso quiere decir que tenemos que devolverlas?

—Ni idea —dijo el Kapitán, que estaba hecho una piltrafa sobre la silla—. Pero le debemos un favor al clan.

—Un momento... ¿eso quiere decir que el clan sabe lo que va a hacer Wib?

—Tienen un código de honor o algo así. Wib no puede meterse en esta operación sin solicitar permiso al clan.

—Pues Stalker no pide permiso para hacer salvajadas... Como lo de los lavabos...

—Y por eso no progresa en el clan... —murmuró el Kapitán mientras se tomaba una pastilla analgésica.

—Te ha zurrado una mujer...

—Aguanté en pie cinco minutos. Si crees que puedes hacerlo mejor, rétala...

—¿Estás de coña? ¡No quiero que me zurre una mujer!

—Bueno, voy a llamar de nuevo al Artista —dijo Lainier tecleando en su móvil.

—Diga —dijo ElArtista.

—¿Dónde coño estabas?

—No hablemos por teléfono. Estaré en el hotel en cinco minutos.

ElArtista colgó, y en el tiempo prometido ya estaba sentado junto a sus compañeros.

—¿Puedes explicarte? —solicitó Lainier.

—¿Explicar el qué? —preguntó ElArtista.

—El Kapitán y Tete llevan telefoneándote desde hace horas y no contestabas.

—Pues claro. En cuanto vi que no podía llamar a nadie, apagué el móvil para evitar ser detectado. Y tras enterarme de vuestra expulsión, mi paranoia aumentó.

—Nuestros móviles estaban intervenidos temporalmente por una orden judicial que no te afectaba a ti...

—Sí, sí, como para fiarse.

—De todos modos no vuelvas a hacer eso. Pensábamos que te había ocurrido algo y ya habíamos encargado champán.

—Serás mamón...

—Bueno, ¿qué has averiguado?

—¿Averiguar?

—¿Quieres decir que no has hecho nada mientras estabas aquí?

—¿Te parece poco lo que te conté del silkeriano y el empresario ese?

—No es que haya sido de demasiada ayuda... ¿No tienes nada más?

—¡Lainier! ¡Os fuisteis hace un par de días! ¡No tengo nada!

—No pasa nada, porque nuestro contacto sí.

—¿Qué contacto?

—Wib, un miembro del Cuerpo de Asalto Clon de Eclipse.

—¿Lo qué?

—¡Es de fiar!

—¡Le dio una paliza a Lai y al Kapi! —señaló Berllerak.  
—Te folle un pez espada —murmuro el Kapitán desde su estado de semiconsciencia.  
—¿Lo qué? —repitió ElArtista, que no se enteraba de nada.  
—Es de fiar...  
—¿Lo qué?  
—¡Y Night Stalker también dice que es de fiar! —añadió Lainier—. Así que la mitad del grupo está de acuerdo en recurrir a ella.  
—Eso significa que no hay mayoría absoluta. Hay que desempatar.  
—En realidad, Berllerak y Tete se abstienen.  
—¿Lo hacemos? —se preguntó Tete.  
—Creo que deberíamos conocerla para poder opinar —señaló Berllerak.  
—¡Ahí lo tienes! —exclamó ElArtista.  
—Lástima que no haya tiempo para eso —señaló Lainier.  
—¡Un momento! ¡El voto de Stalker no cuenta! ¡Ni siquiera forma parte del Cuerpo de Asalto! ¡Es un mercenario!  
—Cazarrecompensas...  
—Es lo mismo...  
—¡Basta de discusiones estúpidas! ¡Centrémonos en la misión!  
—¿Hay una misión?  
—¿No te he dicho que Wib nos ha dado información?  
—Ah sí, la tipa esa que nos va a apuñalar por la espalda...  
—¡He dicho que basta de tonterías!  
—Lamento insistir... Bueno, no lo lamento, pero... ahora en serio... ¿cómo os fiáis de una mujer que apenas conocéis? ¿Cuántas palabras habéis intercambiado con ella?  
—Palabras, pocas. Golpes, muchos.  
—Para ser exactos... yo intercambié golpes con ella.—murmuró el Kapitán—. Lainier sólo los recibió.  
—¡Dios! ¡No entiendo nada! —gritó ElArtista.  
—Wib es del clan Koyl —dijo Lainier—. Por eso creemos que es de fiar.  
—Ah... haber empezado por ahí... ¿Qué coño es el clan Koyl?  
—Santo Dios... ¡Es la mayor asociación de artes marciales de la galaxia conocida!  
—Ah, ¿se llamaba así? Fascinante. Pero mi paranoia sigue activa.  
—Pues relájate un poco, que parece que te va a dar un ataque.  
—Muy bien, estoy en la misión mayormente porque no quiero que me despidan, pero te lo advierto, Lai: hay gente que no es lo que parece.  
—Como no tenemos más pistas, nos arriesgaremos. Bien, según Wib, el tipo que aparece en la foto tomada por Riina fue abatido por la policía en una operación aparentemente legal en una aldea en un parque natural cercano a Eclipse. No tiene más datos porque no ha podido acceder al expediente completo.  
—Sospechoso.  
—¿El qué?  
—¿Sólo ha tenido acceso a parte del informe? O se tiene acceso a un informe o no se tiene, ¿no? Suena a trampa...  
—No sé como se produjo exactamente su investigación ni cómo trabajan en la sección de archivos de la policía local, así que es factible.  
—Es una trampa...  
—Es una pista, y muy buena.  
—¿Y cómo es que aún no habéis ido al parque ese?  
—Porque hemos llegado hace media hora...  
—No, me has dicho que el Kapitán y Tete me han estado llamando durante horas...  
—Ellos están aquí desde ayer. Los demás llegamos hace media hora.  
—Pues lo que yo decía... ¿por qué no fueron Tete y el Kapitán?  
—No consideramos adecuado ir a un lugar que podría ser clave —explicó Tete—. No sabíamos si estaríamos preparados, así que decidimos esperar a los demás.  
—Oh... Siento haberos hecho esperar pero ahora ya estoy aquí para meterme de lleno en la trampa de esa mujer.  
—En realidad esperamos mayormente por Berllerak. Si hay que investigar, es necesario un técnico...  
—De todos modos, aquí mi habilidad es limitada —advirtió Berllerak—. Muchas veces Noctem se pasa por el forro los estándares informáticos de la Asociación. Suelen usar su propio hardware y software, y solo los entiendo a nivel básico.  
—Menos entendemos nosotros —dijo Lainier—. Así que tendrás que ir.  
—¿Y los demás?  
—Cuanto más seamos, más sospechoso será, sobre todo si las autoridades ven que todos salimos de la ciudad. Así que sólo te acompañaré... Mmm...  
—Yo estoy baldao... —murmuró el Kapitán, que estaba echado sobre la mesa.  
—Me gustaría ir —dijo ElArtista.  
—Realmente estás deseoso de caer en la trampa —dijo Lainier.  
—Estoy deseoso por evitar que Berllerak caiga en la trampa, y luego restregárselo a todos por la cara.

—Bien. Irás tú. Te quedarás en la entrada de la aldea, oculto, vigilando...

—Para el carro. Debería entrar con Berllerak.

—No, joder, un tipo siempre debe vigilar las entradas y salidas.

—Hay que joderse...

—Como el pueblo parece pequeño, creo que no tendréis problemas de alcance con los intercomunicadores aunque Berllerak se desplace a la otra punta. Ale, largaos de aquí y volved antes de mañana, al menos Berllerak, por si le llaman a declarar. Os recuerdo que los móviles no tienen cobertura en el parque.

—A mí no me lo puedes recordar porque me he enterado ahora.

—Te recuerdo que los móviles no tienen cobertura en el parque.

—¡Ahora he recordado!

—Berllerak, acuérdate de entregarle el vídeo a Wib antes de iros.

—¿Puedo acompañarle para estudiar a la tipa esa? —preguntó ElArtista.

—¡No! ¡Tú espera en el coche escaneándolo por si hay dispositivos ocultos!

—¡Berllerak es el experto en escanear! Yo soy más bien de inspección de cavidades...

—Largo de aquí...

—Me encantaría ver la cara que pone el perito cuando vea el porno zoofílico... —dijo Berllerak sonriente mientras sostenía la tarjeta de memoria.

—¿Qué?

—¡Has picao! Solo es una ligera edición del vídeo original...

—Mppf... —gruñó Lainier.

—El porno zoofílico era mejor idea... —murmuró ElArtista a Berllerak.

—A las buenas —dijo Berllerak entrando en la celda de Stalker, que estaba sobre la cama. El cazarrecompensas llegó a atisbar a Wib al otro lado de la puerta. Era una estancia de muros metálicos, no de barrotes—. ¿Qué tal el examen psiquiátrico?

—Aún me tienen que seguir haciendo pruebas —respondió Stalker mientras la eclipsada cerraba la puerta—, pero creo que dirán que estoy sano.

—Lo que nos temíamos. Bueno, todo está listo.

—¿Sí?

—Bueno... falta el último paso... Pero debería salir bien. Espero. Lo sabremos pasado mañana, si la declaración del perito no se retrasa.

—En fin... confío en vosotros.

—¡Jo jo jo! —rió Berllerak sarcásticamente mientras golpeaba con los nudillos la puerta.

—La madre que te parió... —murmuró Stalker mientras su compañero abandonaba la celda.

El coche, un deportivo negro, se detuvo a quinientos metros de la entrada a la aldea, que estaba rodeada de una reja metálica de cinco metros de altura para evitar a las fieras. La vegetación era extraña. Los árboles, altos y de variadas formas, estaban coronados por hojas enormes que formaban discos mirando al cielo para aprovechar los escasos rayos diurnos. Sin duda las plantas de Noctem eran las que menos energía solar consumían en la galaxia conocida. Por supuesto, también generaban menos oxígeno, y por eso el gobierno protegía todos los espacios naturales, a pesar de que en el capitalismo lo habitual era no preocuparse por la conservación del medio ambiente. Pero talar árboles en Noctem era un suicidio rápido.

Berllerak y ElArtista vestían de forma informal pero totalmente de negro. Portaban armas ocultas, y Berllerak cargaba con una mochila con diverso material técnico.

—Si no contacto contigo cada hora, uh... —comenzó a decir Berllerak bajándose del vehículo—. Ven a por mí.

—¿Para que me maten también? —preguntó ElArtista.

—Precisamente —dijo Berllerak guiñando un ojo a su compañero.

Berllerak caminó hasta la entrada. Según la información de Internet, el acceso no estaba restringido, pero tenía una lista de excusas ensayadas por si le paraban, incluyendo la tenencia de armas. “Dicen que hay fieras por aquí”, repasó mentalmente Berllerak. Sin embargo, no hizo falta. Al aproximarse, una puerta en las rejas se abrió, y el clon cruzó al otro lado. Siguió avanzando y echó un ojo a los edificios cercanos, de apenas dos o tres plantas de altura, recubiertos de vegetación. Tenían paneles solares, pero por supuesto no servían de mucho. La energía eólica parecía ser la predominante. Berllerak se preguntó si también usaban hidráulica y geotérmica. El clon llegó al único hotel existente, un local de diez pisos de altura, de lejos el más alto del lugar. La fachada era blanca, pero por las enredaderas que la envolvían, el verde era el color predominante. Berllerak pasó al interior. El hall era pequeño, con paredes blancas decoradas con cuadros de animales locales. A la derecha estaba el mostrador, con un recepcionista de cabellos y bigote negros, de la etnia gris, vestido con una camisa blanca.

—Buenas noches —dijo Berllerak en silkeriano—. ¿Habla mi idioma?

—Claro —contestó el recepcionista—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría saber si una mujer thornia llamada Riina se hospedó aquí durante el congreso veterinario que hubo poco antes de la guerra.

—¿Quién lo pregunta?

—Cuerpo de Asalto Clon de Iberia, La Tierra —dijo Berllerak mostrando su placa. Decidió que recurrir a argucias

era una estupidez, considerando que la mitad de la galaxia ya conocía su cara.

—Sí, estuvo aquí. Me acuerdo porque se marchó de repente, en la misma noche del incidente en la clínica. Además, luego nos enteramos de que murió en accidente...

—Cuéntemelo todo.

—Verá, ella se hospedaba aquí. La noche en que murió hubo un incidente en un centro médico. Vimos a la policía llegar y algunos nos acercamos a curiosar. Sacaron un cuerpo de la clínica... Luego el médico nos contó que Argur Norr había intentado agredirle, que lo había logrado encerrar en su clínica y que cuando la poli vino a por él, se resistió y tuvieron que matarlo. El caso es que esa misma noche Riina desapareció del hotel, sin pagar, y luego me enteré de que se había matado en un accidente de tráfico esa misma noche. Yo creo que se acojonó y por eso salió huyendo.

—Um... vamos por partes. ¿Por qué se acojonaría?

—Yo no lo sabía entonces, pero tras denunciar que se fue sin pagar, me dijeron que era la hermana de un terrorista. Supongo que sabrá que las leyes antiterroristas son duras. Creo que Riina vio a la poli llegar. Quizás supuso que la buscaban a ella, así que se largó, y con las prisas al volante, pues eso...

—¿Y quién me ha dicho que fue abatido en la clínica...?

—Argur Norr. No era un tipo amable. Su esposa era científica, pero él no. No le gustaba estar aquí y se notaba, pero tenía que resignarse porque era ella quien traía el dinero a casa. Es botánica, experta en plantas medicinales, y eso está muy bien pagado... Bueno, se rumorea que la pareja discutía con frecuencia, sobre todo después de que ella quedase embarazada. Y al poco de nacer el niño, Norr visitó al médico en varias ocasiones, hasta que se puso violento y la policía lo abatió.

—¿Cómo se llama la esposa de Norr y dónde vive?

—Sarkia Lerr. ¿Tiene un ordenador con un mapa local? Se lo mostraré.

—Adelante —dijo Berllerak colocando su móvil sobre el mostrador y cargando el mapa de la zona.

—Aquí —dijo el recepcionista marcando el lugar con el dedo—. Aunque a esta hora estará por la selva, recogiendo plantas y tal.

—¿Y el médico?

—Se llama Proust Farenberg. Su clínica estará marcada en su mapa. El doctor vive en el piso de arriba.

—¿Vio la cara de los agentes?

—Pues no, iban con capuchas.

—¿Llevaban estos uniformes? —Berllerak mostró en el móvil la foto supuestamente tomada por Riina.

—Creo que sí. Yo no me acerqué, los vi de lejos; pero veo bien de noche.

—¿Y el que está en el suelo podría ser Norr?

—Parece él. Tampoco lo podría jurar, porque no se le ve la cara. Lo que sí puedo decirle es que el lugar donde está tomada la foto parece la consulta del doctor.

—¿Seguro?

—Las paredes parecen las de una de las habitaciones de su consulta.

—¿Vio a Riina entrar en la casa?

—No. Pero es que cuando yo llegué a la clínica, la policía ya estaba dentro. Sólo había un agente fuera, esperando en el coche. Al poco tiempo salieron otros dos con el cadáver, tapado con una manta.

—¿Riina podría haber tomado la foto desde fuera? ¿La vio por los alrededores?

—No, no la vi, pero desde mi posición no podía ver la zona desde donde se tomó esa foto. La habitación tiene una ventana con rejas. De hecho todas las ventanas tienen rejas. Por eso Norr no pudo escapar.

—¿El médico tiene barrotes en las ventanas?

—Y cristales blindados. Verá, el médico guarda drogas, así que hay que evitar a los cacos.

—No parece que haya muchos yonquis por aquí.

—¿Muchos qué?

—Eh... drogodependientes.

—Ah, amigo. Hay mucho golfo dispuesto a venir aquí para intentar robar. En la ciudad es más difícil. La policía es implacable. Aquí tenemos unos cuantos agentes y eso es todo.

—De hecho no me he cruzado con ninguno aún...

—Pues eso.

—¿Algo más de interés?

—Mmm... ah sí, el doctor es como usted, un clon.

—¿Un clon? —Berllerak empezó a preocuparse.

—Sí.

—Y... ¿hay más clones por aquí?

—Alguno que otro, sí.

—Los... ¿agentes de seguridad, quizás?

—Pues alguno lo es.

—He de irme —dijo Berllerak guardando su móvil—. Por cierto, yo no he estado aquí.

—Que tenga suerte.

—¿Has escuchado? —preguntó Berllerak tras salir del hotel. Había dejado el intercomunicador activado durante su conversación con el recepcionista.

—Sí —dijo ElArtista en tono grave.

—Ahora sí que me estoy emparanoyando como tú. Primero iré a ver a la mujer de Norr y supongo que después me pasará por la clínica.

—Yo iré a ver al doctor mientras tú...

—¡No! ¡Tú te quedas donde estás!

—¿Y si el dependiente está avisando al doctor en estos momentos?

—¡Creo que si estuviera compinchado, no me habría contado nada! ¡Más bien me habría liquidado!

—¡Debería ir para ahorrar tiempo!

—¡No! ¡La puedes cagar! ¡Es mejor hablar primero con la mujer para ver lo que nos dice, no sea que metamos la pata con el médico! ¡Además, la clínica parece tener una fuerte seguridad, y para eso he venido, para joder la seguridad!

—¡Pero...!

—¡La orden es que te quedes vigilando! Así, si ves al doctor pasar, pues le detienes...

—¡Eso si lo reconozco! ¡Sería más útil den...!

—¡Corto la comunicación!

—¡Me cago en...!

Berllerak apagó su intercomunicador y caminó hacia la casa de Sarkia Lerr. ElArtista se había bajado del coche y daba vueltas de un lado a otro como un tigre enjaulado. Se decidió a desobedecer la orden. Como había dicho el dependiente del hotel, la clínica estaba marcada en el mapa, así que ElArtista lo cargó en su móvil, pero en ese momento Berllerak le llamó por el intercomunicador.

—He descubierto algo raro y he sacado una foto —dijo Berllerak—. Te la estoy mandando. Si no contacto en una hora, es mejor que salgas pitando y entregues el archivo a Lainier.

—Lo estoy recibiendo —dijo ElArtista, observando la descarga. Aunque allí los móviles no tenían conexión de datos, estaban conectados a los intercomunicadores, usándolos de puente para intercambiar información cuando el envío de corto alcance de los teléfonos no era suficiente.

—¿Te ha llegado bien?

—A ver... —ElArtista abrió la imagen, pero sólo apareció un mensaje en pantalla: “archivo borrado”—. Esto... aquí pone que se me ha borrado el archivo.

—Sí, pero no el que tú crees.

—¿Eh? —entonces ElArtista se fijó: el mapa del pueblo había desaparecido de la pantalla—. ¡Hijo de perra!

—Ah, veo que he llegado a tiempo —rió Berllerak—. ¡Hablamos luego, novato!

Berllerak llegó a casa de Sarkia, una vivienda de un solo piso de paredes blancas, también recubierta de vegetación. Llamó al timbre varias veces pero nadie contestó. A Berllerak no le extrañó, puesto que la jornada laboral aún no había acabado. Aún faltaban dos horas.

“¿Y a quién interrogo yo ahora?”, pensó. Como no se le ocurría nada, y no era cuestión de quedarse paseando por la calle sin rumbo por si un vigilante sospechaba, tomó la única opción sensata: “Habrà que buscar un bar”.

Así que Berllerak buscó un bar, y tardó cinco minutos en encontrarlo, a pesar de lo pequeño del lugar. Le pareció un atrevido. En un lugar civilizado como Thuris, ya se habría topado con más de cinco bares.

Fue incapaz de leer el letrero de la entrada, pero el lugar tenía forma circular, de color azul oscuro, rodeado de una banda de neón e imágenes de vasos y copas, así que no había duda. Solo esperó que sirvieran alcohol y no zumos, batidos u otros venenos naturistas. Ciertamente, estaba de servicio, y ciertamente, tampoco le importaba. Berllerak tenía la teoría de que su concentración aumentaba con algo de alcohol en las venas.

Pasó al interior, todo repleto de mesas circulares y taburetes. Como de costumbre, la iluminación era tenue. Se fijó en la barra. Una chica de la etnia gris de poco más de veinte años, con cabello rubio, largo y ligeramente ondulado, estaba sentada tomando un trago. Tenía un cuerpo perfecto y vestía con un traje verde gris ceñido. Había otras mujeres sin compañía en el local, pero ni de lejos como esa. Bajo otras circunstancias, Berllerak habría pensado que se trataba de una prostituta, pero sabía que la prostitución sólo estaba permitida en el burdel local. Tenía dos horas hasta que Sarkia volviese del trabajo. Quizás más si hacía horas extra, pero eso no podía saberlo, y a pesar de su habitual lascivia, Berllerak quería interrogar a la científica lo antes posible. Pero también quería dedicar una hora al sexo con la chica de la barra, puesto que emplear menos tiempo lo consideraba poco adecuado para cimentar su fama como amante. Eso le dejaba una hora para seducir al objetivo. Muy complicado. Pero al menos tenía una excusa para entablar conversación.

—Disculpa —dijo con una sonrisa mientras se sentaba a la derecha de la chica—. ¿Hablas silkeriano?

—Un poco —respondió ella con una sonrisa que mostraba unos dientes perfectos.

“Empezamos bien”, pensó Berllerak.

—Soy del Cuerpo de Asalto de Iberia, La Tierra —dijo mostrando la placa—. No te preocupes, no estás metida en problemas. Solo quiero preguntarte algo sobre unos vecinos.

—¡Ah, tú ser clon! —rió la chica.

—Um... sí.

—¡Yo ser clon! —afirmó la muchacha en tono jovial.

—¿Ah... sí? —dijo Berllerak, sorprendido y algo alterado.

Ahora que la examinaba de cerca, la perfección física era evidente. El rostro era lo de menos, puesto que los clonadores pocas veces se molestaban en perfeccionar los rasgos faciales, pero el cuerpo era una maravilla. Por supuesto, las mujeres normales también podían tener cuerpos maravillosos, así que Berllerak tendría que hacer un examen más a fondo desnudando a la chica. El problema era saber si era seguro realizar tal examen. Le dio la sensación

de que había muchos clones involucrados en la conspiración, y se encontraba en el pueblo donde estuvo Riina, por lo que tenía que andarse con cuidado. Sin embargo, si la chica de la barra estaba implicada, resultaba raro que le desvelase que era un clon... a menos que pensase que Berllerak se enteraría de todos modos y por eso se lo había dicho, para hacerle confiar en ella. Retorcido, ¿pero no estaba siendo muy retorcido todo esto?

“Mierda”, pensó Berllerak, “realmente el puto Artista me ha pegado su paranoia”.

Resultaba evidente que la chica no guardaba ningún arma en aquel vestido, a menos que fuera alguna lámina untada en veneno... o quizás algún dispositivo diminuto dentro de su vagina... ¿Y si el pene se le caía a cachos tras meterla?

“Realmente trabajar tanto tiempo con ElArtista me está jodiendo”, reflexionó.

—¿Tú bien? —preguntó la muchacha, aparentemente preocupada.

—¡Yo perfecto! —sonrió Berllerak, volviendo en sí—. Es que estaba pensando en... cómo formular las preguntas para que las entiendas sin problemas...

“A la mierda”, pensó Berllerak, “la examinaré a conciencia antes de tirármela”.

—Tú dirás —dijo la chica sonriendo de nuevo.

—¿Conoces a Sarkia Lerr, la botánica? Su marido fue abatido por la policía en la clínica del doctor Proust.

—Yo saber quién esa porque esto ciudad pequeña, pero no trato con ella.

—¿Viste algo la noche del suceso? Tengo entendido que varios vecinos acudieron a observar...

—No, yo vivir lejos de clínica. Enterarme noche siguiente.

—¿Conoces al doctor?

—De la consulta.

—Mmm... ¿y en la época del suceso, viste por aquí a una mujer thorn que vino a un congreso de veterinaria? Se hospedaba en el hotel local.

—Yo creo ve mujer thorn paseando por aquí noches antes pero no saber nombre.

—¿Y ya no la viste después de la noche del suceso?

—Eso ser.

—Es suficiente, me has sido de gran ayuda —mintió Berllerak—. ¿Qué estas tomando?

—Ser... em... alcohol de miel.

—¡Hidromiel! ¡Eso es genial! En mi planeta se prepara desde hace siglos —Berllerak buscó al barman, un gris de pelo rubio tras la barra—. Oye, sírveme lo mismo que a ella.

Como era de esperar, el barman entendió el silkeriano. Sirvió una jarra a Berllerak. El clon bebió un trago. Sin duda estaba hecho de miel, aunque con un sabor diferente a lo que había probado en La Tierra.

—¿Tú beber de servicio? —preguntó la chica arqueando una ceja.

—No... estoy exactamente de servicio. Digamos que estoy haciendo horas extra. Debería estar en casita ya. Pero creo que aquí se está mejor.

—En mi casa estar mejor —a la habitual sonrisa de la fémina, se sumó un leve juguetero de su mano izquierda con sus cabellos.

—Glup... —Berllerak tragó a duras penas el hidromiel.

“¿Y si quiere llevarme para matarme?”, reflexionó, “no, no puede ser, no tiene motivos, aún no he descubierto nada. Pero eso ella no lo sabe... Pero si no lo sabe, no debería arriesgarse. Los conspiradores parecen andarse con mucho cuidado... Pero es que ahora estoy en el lugar del crimen original... Y no es normal que me invite a su casa tan deprisa... Claro que los clones somos gente desinhibida... ¿pero tanto? Bueno, quizás le molen los extranjeros, por el factor exótico. Eso o me corta el pene cuando... Oh, basta ya, no puedo pensar, me falta riego en la cabeza.”

—¿Quieres... que te acompañe a casa? —preguntó al fin Berllerak.

—No estar de servicio, ¿no? —dijo la mujer.

—¡Estoy libre! Al menos durante dos horas. Después me gustaría seguir preguntando por ahí... pero por ahora... estoy disponible.

La mujer apuró su copa y Berllerak su jarra. Pagaron las bebidas y se levantaron de los asientos.

—Em... voy un segundo al servicio —dijo Berllerak—. Ahora vengo.

El clon entró al lavabo. No había nadie, pero se encerró en un retrete y susurró por el intercomunicador.

—¿Tas ahí, Artis? —preguntó.

—Me aburro —respondió ElArtista, sentado sobre la parte delantera del coche, con las piernas cruzadas.

—Voy a estar unas dos horas sin poder contactar. Te lo digo para que no te impacientes.

—Espera, ¿por qué?

—Porque... voy a estar en un lugar que aísla la emisión de los intercomunicadores.

—¿Dónde? Tengo que saberlo por si tardas más de dos horas...

—Em... En... Oh, a la mierda. Voy a follar.

—¿Qué?

—La mujer del tipo que palmó en la clínica aún tardará en regresar de la selva, así que me he pasado por el bar y me he ligado a una chica. Me voy a su casa a tirármela. Es simple.

—¿Cómo eres tan miserable?

—Algo he de hacer mientras espero.

—¡Pero yo me aburro aquí!

—Tú seguirás ahí independientemente de si yo estoy follando, bebiendo, comiendo o cagando, así que no importa un carajo.

—Espero que no hayas sido seducido por un enemigo.  
—¿Qué... te hace pensar eso?  
—Lo deprisa que has ligado.  
—Soy un dios erótico-festivo. Es así de simple. Atraigo a las mujeres. Qué le vamos a hacer.  
—De todos modos me parece muy rápido. Ten cuidado.  
—Lo tendré. Ale, desconecto esto hasta dentro de dos horas.

La chica del bar abrió la puerta de su casa, de dos plantas. Pasó al interior, seguida de Berllerak. La entrada daba directamente a un gran salón con un sofá mirando hacia una enorme televisión que parecía mostrar una película.

Entonces, cuando se acercaron, Berllerak se fijó que otra fémica estaba tumbada boca abajo en el sofá con la cabeza en dirección a la entrada. Era otra eclipsada gris, algo mayor que la acompañante de Berllerak, con el pelo blanco y liso cubriéndole las orejas. Iba vestida únicamente con una camiseta blanca sin mangas y unas bragas del mismo color. A Berllerak le pareció que estaba tan buena como la primera chica.

La muchacha del sofá dijo algo en eclipsado.

—Ser policía clon de La Tierra —explicó la primera chica—. Ser héroe de guerra.

—¡Lo soy! —afirmó Berllerak.

—Esta ser compañera piso. También clon.

—Qué interesante... —Berllerak volvió a preocuparse de nuevo. Pero de momento, no había pasado nada raro. Había activado un escáner de amplia potencia que llevaba su bolsa, conectado inalámbricamente al móvil, y no detectaba dispositivos de vigilancia. Ni siquiera redes WiFi.

Berllerak siguió considerando la situación por si acaso. Si lo quisieran muerto, la mujer del sofá le habría estado esperando armada y le habría volado los sesos al entrar, a menos que pensase que Berllerak estaba preparado, y francamente, lo estaba. Quizás esperaba a que estuviera liado con la compañera del bar para luego matarlo por la espalda, o algo así. Entonces se le ocurrió algo.

—He venido aquí con un compañero... —explicó Berllerak—. Voy a avisarle de dónde estoy para que no se preocupe —pensó que así no se arriesgarían a matarlo. Berllerak se mantuvo alerta por si las mujeres se abalanzaban sobre él para impedir que llamara, pero en vez de eso...

—¿Ser guapo como tú? —preguntó la primera muchacha.

—Es feo, tiene novia, le es fiel, y además está muy cansado —se apresuró a decir Berllerak. Después envió un mensaje con su móvil al Artista, de nuevo usando el intercomunicador como puente.

El Artista leyó el mensaje: “Estoy en casa de las chicas de las fotos adjuntas”. Berllerak les había sacado unas fotos disimuladamente con el móvil. “Pero no te doy la dirección para que no se te ocurra venir a joderme la noche.” Con que las chicas pensasen que alguien sabía dónde estaba Berllerak, era suficiente.

—Así te peguen un herpes —murmuró El Artista.

Por supuesto, a Berllerak se le pasó por la cabeza la eterna fantasía de un trío. Pero sería muy raro, rarísimo... Y sin embargo, cuando se guardó el móvil, se fijó en que la chica del sofá le estaba sonriendo y jugando con el tirante derecho de su camiseta. “No. Sería MUY raro”, pensó el clon. Cinco minutos más tarde, El Artista recibió otro mensaje:

“¡TRÍO! ¡ME VIA TIRAR A DOS DIOSAS Y TÚ ESTÁS MUERTO DE ASCO EN MEDIO DE UNA SELVA LLENA DE ANIMALES SALVAJES! ¿NO ES GENIAL?”

—Así las dejes preñadas a ambas y te reclamen la paternidad —murmuró El Artista.

El timbre de la casa de Sarkia sonó. La mujer se levantó del sofá del pequeño salón de su casa y miró a través de la mirilla de la puerta de entrada. Berllerak estaba al otro lado, mostrando la placa. Había estado dos horas con las clones y estaba reventado. La eclipsada abrió la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó en silkeriano. Sarkia era una mujer de unos cuarenta años, de la etnia gris, con pelo blanco que le caía hasta los hombros. Vestía con ropas austeras de color gris.

—Cuerpo de Asalto Clon de Iberia, La Tierra —respondió Berllerak, guardando la placa—. ¿Cómo sabía que sé hablar silkeriano?

—He reconocido su placa como extranjera y he supuesto que hablaría silkeriano.

—Vaya, pensaba que me había reconocido por los medios de comunicación...

—Estamos bastante aislados aquí.

—Eso parece. ¿Puedo pasar para hacerle unas preguntas sobre su esposo?

—¿Qué le ha pasado?

—Er... ¿Usted es Sarkia Lerr y su esposo era Argur Norr?

—Ah... ese era mi primer marido. Me casé de nuevo.

—Ah, perdone. Era de Norr de quien quería hablar.

—Adelante.

Berllerak se sentó en una silla, y la mujer volvió al sofá.

—Cuénteme todo lo relacionado con la muerte de su primer esposo, por favor —requirió Berllerak, mientras activaba su intercomunicador.

—Pues... al principio Norr era un marido normal, pero cuando yo empecé a ganar más dinero que él, eso le empezó a molestar. Al final nos desplazamos aquí hace años y a él no le sentó bien. Empezaron las discusiones... Entonces... me busqué un amante. Estábamos enamorados. De hecho me casé con él tras la muerte de Norr.

—¿Su marido está ahora en casa?

—No. Está en la espesura, trabajando. Es biólogo y estudia las raras especies diurnas. Quedan unas pocas horas para que amanezca. Mi jornada en cambio ha acabado.

—Así que mantenía una relación secreta con su actual marido...

—Sí. Y Norr empezó a sospechar. Todo fue a peor cuando me quedé embarazada. Norr sospechaba que a lo mejor él no era el padre.

—¿Y tenía razón?

—No. Mi futuro marido y yo tomábamos muchas precauciones. El hijo era de Norr.

—Así que a pesar de no amarle, no le negaba el... bueno, ya sabe. Perdón si le parezco maleducado.

—No se preocupe. Verá, si le hubiese negado el sexo, habría sido aún más sospechoso. El problema era que mi marido se negaba a usar protección y tampoco quería que yo lo hiciera. Supongo que quería que me quedase embarazada de él para retenerme, pero yo seguía tomando anticonceptivos. Sin embargo me quedé embarazada y descubrí que mi marido me había cambiado la medicación.

—Aún así su marido sospechaba que el niño no era suyo.

—Claro, porque él no sabía si usaba protección con mi amante. Así que dijo que quería una prueba de paternidad.

—¿Y usted aceptó?

—Sí, porque yo sabía que el niño era suyo. Así que acudimos al doctor Farenberg e hizo la prueba, que demostró que Norr era el padre.

—¿Y luego qué pasó?

—Pues que sus celos no cesaron. Como yo tenía mucho dinero, pensó que había sobornado al médico para que mintiera. Me dijo que quería una segunda opinión. Me negué. Entonces se fue a ver de nuevo al doctor... Y entonces...

—Intentó agredir al doctor, el doctor logró encerrarlo en la clínica y al llegar la policía le abatieron.

—Sí.

—¿Todo esto sucedió antes de nacer su hijo?

—Sí. Para mi hijo mi segundo esposo es su padre. Mi marido quiere a Lem como su fuese suyo.

—¿Su hijo se llama Lem?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

—Está en su cuarto. Sígame.

La mujer y Berllerak entraron en un amplio cuarto de juegos acolchado. El niño, de aproximadamente tres años de edad, jugaba en el suelo. Tenía la piel gris pálido y el pelo blanco. Pareció ajeno a la presencia de los adultos.

—Em... —murmuró Berllerak—. ¿Tiene una foto de su marido?

—Quiere saber si mi hijo se parece a él, ¿no? —dijo la mujer sacando un móvil de su bolsillo.

—Lo siento, cosas de la investigación.

—Solo conservo esta foto —Berllerak miró la pantalla del teléfono. Aparecía un hombre moreno, de piel gris, de unos cuarenta años.

—Lamento decirle que su hijo no se parece a ninguno de los dos —observó Berllerak—. Bueno, la etnia coincide, pero los rasgos.... Ya me entiende.

—Pero tampoco se parece a mi segundo esposo —dijo la mujer guardando el móvil.

—¿Y... al médico?

—El médico es de la etnia blanca, con el pelo negro.

—Disculpe. Es rutina. En realidad muchos hijos no se parecen a sus padres.

Berllerak se fijó en que el niño había dejado el juguete y ahora había cogido un libro para niños. Lo abrió y lo ojeó.

—¿Está leyendo? —preguntó Berllerak.

—El doctor dice que mi hijo es superdotado —contestó la mujer, con evidente orgullo de madre.

—¿Qué edad tiene?

—Tres años, pero empezó a leer a los dos y medio.

—Eso parece excepcional incluso para un niño superdotado.

—Sí, eso me dijo el doctor. Al parecer es por la influencia de este entorno natural. ¿No es maravilloso?

“Puede que no tanto”, pensó Berllerak con rostro sombrío.

—¿Le importa si echo una ojeada a su hijo? —preguntó Berllerak mientras dejaba la mochila en el suelo—. Soy médico.

—No importa.

—También me gustaría tomarle una muestra de ADN. Será solo un instante.

—¿Acaso cree que no es mi hijo?

—Señora Lerr, me gustaría decirle que esto es rutina pero lo cierto es que no. Puede que pase algo aquí.

—Pero no guardo ADN de mi esposo, y el cadáver fue incinerado.

—¿El doctor puede guardar la información del ADN de su primer esposo?

—Ni idea.

—Usted y su segundo marido no son clones, ¿verdad?

—No.

—De todos modos, también necesito una muestra de ADN de usted.

—¿Por qué? El niño es mío.

—Ya le digo que pasa algo aquí.  
 —Pues explíquemelo.  
 —Antes voy a avisar a un compañero para que venga aquí —dijo Berllerak activando su intercomunicador.  
 —¿Para qué?  
 —Para que los lleven a un lugar seguro.  
 —¿Y eso? —el rostro de la mujer reflejaba una gran preocupación.  
 —Señora, es posible que su hijo sea la única prueba tangible en un caso de corrupción policial eclipsada. Por eso yo soy de La Tierra. Creemos que el incidente donde murió su marido podría esconder algo peor.  
 —¡Espere! ¿Y mi marido?  
 —¿Puede llamarle para que venga?  
 —Está demasiado lejos.  
 —Es igual —dijo Berllerak mientras enviaba la dirección al móvil de ElArtista—. Mi compañero también lo recogerá.  
 —¡Voy hacia allá! —avisó ElArtista por el intercomunicador.  
 —Señora Lerr... ¿cómo se desarrolló su embarazo? —preguntó Berllerak mientras sacaba instrumental médico de su bolsa—. ¿Hubo algo inusual?  
 —No —respondió la mujer.  
 —¿Quién lo supervisó?  
 —Pues el doctor Proust. Es experto en obstetricia.  
 —Debe ser un crack. Me han dicho que es un clon.  
 —Lo es.  
 —¿No recuerda... nada raro de cuando dio a luz?  
 —Pues lo único que pasó es que me desmayé nada más nacer mi hijo.  
 —¿Se desmayó? —Berllerak se sobresaltó.  
 —Fue unos instantes... Según el doctor, por los dolores del parto.  
 —¿No usan anestesia?  
 —Somos naturistas. Usamos los menos medicamentos artificiales posibles.  
 —Mmm...

Después de que ElArtista se fuese con la familia, Berllerak se dirigió a la clínica. Era un edificio blanco de dos plantas, de unos quinientos metros cuadrados de base. El clon lo rodeó. Encontró la ventana desde donde presuntamente Riina tomó la foto. Estaba cerrada, pero se veía luz dentro. En cambio las ventanas del piso superior estaban a oscuras. Eso quería decir que el doctor aún no había acabado su jornada.

Berllerak tocó el timbre de la entrada. La puerta se abrió. Pasó al interior. Era igual de blanco que el exterior. En el mostrador atendía una enfermera morena de unos veinticinco años, con el pelo largo recogido en una coleta. “Otra tía buena”, pensó Berllerak, echando un vistazo al escote que dejaba ver el uniforme. “Talla 95 por lo menos”, pensó el policía.

—¿Habla silkeriano? —preguntó Berllerak mientras dejaba la bolsa en el suelo y se apoyaba sobre el mostrador.

—Sí —dijo la enfermera sonriendo—. ¿En qué puedo ayudarte?

“¿Soy yo o intenta seducirme?”, se preguntó Berllerak, “me está tuteando...”

—Em... ¿Puedo ver al doctor Proust Farenberg? —preguntó Berllerak intentando que no se le notara la inquietud en la voz.

—Está con un paciente —la enfermera comenzó a jugar con un lápiz óptico—. No creo que tarde.

“No puede ser...”, se sorprendió Berllerak, “¿todas las mujeres de este pueblo están salidas? Bueno, Sarkia no me ha echado los...”. Entonces a Berllerak se le ocurrió algo.

—¿Eres un clon? —preguntó.

—Pues sí. ¿Cómo lo has sabido?

“Este lugar es fantástico y chunguísimo al mismo tiempo”, pensó el policía.

—Em... Es que yo también soy un clon —contestó Berllerak mostrando la placa—. Soy del Cuerpo de Asalto de Iberia, La Tierra.

—Ah... por eso pareces un hombre fuerte.

—Y eso que ahora estoy agota... Em... ¿Todas las mujeres de esta ciudad sois tan lanzadas?

—No conozco a todas las mujeres de la ciudad. Prefiero conocer hombres.

—Eso parece...

—Cuando el doctor acabe con el paciente, cerraremos la clínica, así que podemos quedar...

—Em... bien, pero... ¿Hay alguna tienda abierta por el día donde pueda comprar bebidas energéticas?

—Hay una en... —En ese momento, un hombre de unos cincuenta años salió desde el fondo de un pasillo al otro lado de la sala—. Ah, el doctor ya ha acabado.

—Adiós —dijo el hombre saliendo por la puerta.

—Adiós —dijo la enfermera.

—El doctor es un clon, ¿no? —preguntó Berllerak.

—Sí.

—¿Estabas aquí cuando la policía asaltó la clínica hace años?

—No... Bueno, estaba cuando llegó ese hombre... No me acuerdo el nombre... Era un tipo cabreado. No era la primera vez que venía. Estaba muy nervioso. Entró en la consulta y escuché una fuerte discusión. Me levanté a ver qué pasaba, pero entonces el doctor salió de allí y cerró la puerta de la consulta con llave. Me dijo que llamase a los guardias locales y que fuera a la ciudad a avisar a la policía. Así que lo hice.

—¿Y los guardias locales no entraron?

—Verás, no es que sean muy efectivos. Esperaron vigilando la casa hasta que llegaron los policías de Eclipse.

—Un comando que llevaba el rostro oculto.

—Eso dicen. Yo no les vi.

—¿Entonces no regresaste con ellos desde Eclipse?

—No; ellos vinieron en un vehículo volador muy rápido. Cuando regresé ya habían acabado con ese tipo y se habían lar... —la enfermera miró hacia el pasillo—. Ah, aquí está el doctor.

—Buenas noches, aunque casi debería decir buenos días —saludó Farenberg. Era un hombre de unos treinta años, de la etnia blanca, con bigote y pelo negro y rizado. Vestía con una bata blanca típica.

—Soy del Cuerpo de Asalto Clon de Iberia, La Tierra —dijo Berllerak mostrando la placa—. Sé que es tarde, pero, ¿puedo hablar con usted un rato?

—Por supuesto —el doctor se giró hacia la enfermera—. Puedes irte a casa, no te preocupes.

—Bien, doctor —dijo la mujer levantándose del asiento.

“¿No querrá testigos?”, pensó Berllerak.

—¿Quiere pasar adentro? —preguntó Farenberg al policía—. Tengo que apagar los cacharros.

—Claro —respondió Berllerak, mosqueado—. Pero deje el ordenador encendido. Puede que lo tenga que consultar.

—Como quiera.

La enfermera abandonó la clínica y Berllerak acompañó al doctor al interior de la consulta. Era un amplio espacio con diverso instrumental médico, aunque había dos puertas más, una cerrada y otra abierta. El policía echó un ojo a la que estaba abierta: daba a la estancia donde murió el presunto agresor. Dentro había cajas de medicamentos.

—¿Qué desea? —preguntó Farenberg mientras se quitaba la bata y la dejaba en una percha junto a la puerta. Berllerak vigilaba cada uno de sus movimientos por si intentaba coger un arma. El doctor iba vestido de negro y el policía se dio cuenta de que estaba en forma, demasiado en forma para ser sólo un doctor, por muy clon que fuera.

—Es sobre el incidente con el primer marido de Sarkia Lerr, el señor Argur Norr.

—Usted dirá.

—¿Por que intentó agredirle?

—Pues porque pensó que había falsificado sus pruebas de paternidad. El hombre no estaba convencido de que el hijo fuese suyo, pero lo era. Vino a verme varias veces. Al principio me dijo que su mujer me había sobornado. La última, llegó a decirme que yo era el amante de su mujer, y eso que mis horarios hacían bastante difícil coincidir con ella... Pero el tipo era un paranoico. Intentó apuñalarme con un bisturí. Logré encerrarlo. Mi enfermera avisó a los vigilantes. Pero les dije que el hombre podría haber preparado alguna trampa o incluso una bomba. Aquí tengo mucho material técnico avanzado. Así que esperaron a que viniera la policía a sacarlo. Y por lo visto hasta ellos tuvieron problemas, porque se vieron obligados a disparar al pobre diablo. Acabó muerto.

—Ya veo.

—¿Algo más? —preguntó el doctor mientras apagaba una lámpara junto a una camilla. Berllerak no le quitaba ojo de encima.

—¿Tiene la muestra de ADN del finado?

—Claro que no.

—¿Y no guarda la información completa del ADN en sus ficheros?

—¿Información completa? Era solo una prueba de paternidad.

—Lo que sea.

—Guardo solo el documento que certifica la paternidad. ¿Le sirve?

—No de mucho.

—Pues lo siento pero no hay más.

—Sarkia me ha dicho que sufrió un desmayo tras dar a luz.

—Sí, pero no fue nada grave. Se recuperó en segundos.

—¿Puedo ver el informe médico?

—Claro, está en el ordenador —el doctor, seguido por Berllerak, se acercó a una mesa negra en un rincón de la estancia, cerca de la entrada a la habitación de los medicamentos. Sobre el mueble reposaba un monitor. Pulsó con el dedo en la pantalla ante la atenta mirada del policía. El sistema operativo comenzó a realizar una búsqueda. Transcurrieron un par de segundos. ¿No estaba tardando demasiado? En esta ciudad apenas había pacientes, y el ordenador debería encontrar el archivo en un instante. De hecho era raro que el doctor no hubiera ido directamente al archivo. Aquel hombre le estaba haciendo el mismo truco que Berllerak le había hecho al Artista hace unas horas.

—¡Hijo de perra! —gritó el policía, golpeando al médico en el rostro. Farenberg cayó a un lado mientras Berllerak pulsaba el botón de arranque del ordenador, situado bajo la mesa, pero no se apagaba. Desenchufó el cable de energía y se giró hacia el doctor desenfundando su arma, justo a tiempo, porque su enemigo estaba cogiendo una pistola de una estantería. El policía le disparó en el pecho. Farenberg se desplomó.

—¡Mierda! —Berllerak se arrodilló sobre el médico. La herida estaba demasiado cerca del corazón, pero aún estaba vivo.

Berllerak no se arriesgaba a usar medicamentos terráqueos con un eclipsado, así que entró en la habitación de los medicamentos y comenzó a buscar de forma frenética. Para su desgracia, las etiquetas estaban en el idioma local.

—¡Esto es increíble! —aulló mientras apuntaba con la cámara del móvil a las etiquetas.

Tras unos minutos, el software dio con el medicamento correcto. Berllerak cogió una dosis y llenó su jeringa, pero cuando regresó junto al doctor, estaba muerto.

—Mierda —murmuró.

Sólo quedaba registrar el lugar de arriba a abajo, pero antes de eso, extrajo la muestra de ADN del hijo de Sarkia de la bolsa de deportes y la introdujo en el analizador de la consulta, una pequeño apartado no más grande que una caja de zapatos situado en un rincón. Supuso que el análisis habría sido completado para cuando hubiera registrado los dos pisos, pero si era necesario, estaba dispuesto a esperar. Aún quedaban algunas horas para regresar junto a sus compañeros. No encontró dispositivos de vigilancia que pudieran haber grabado la muerte del doctor, así que no tenía que preocuparse de que le tendiesen una trampa como a Stalker. Sin embargo lo único de interés que encontró fue el disco duro del ordenador, y quizás no pudiera recuperar la información. El registro del cadáver había sido infructuoso: el doctor llevaba un móvil encima pero el contenido estaba borrado. Sin duda lo había hecho en cuanto Berllerak le dijo que era un clon. En la cartera no llevaba nada excepto la documentación y algo de dinero, pero Berllerak se la guardó. También encontró las llaves del coche, y decidió usarlo para volver a Eclipse, pero antes de eso quedaba una última cosa: recoger los resultados del análisis del ADN. Ya había acabado. Berllerak lo comprobó y copió el informe completo en su móvil.

—¿Cómo está el tema? —preguntó Berllerak entrando apresuradamente en la habitación de los clones.

—He llevado a la familia a la embajada terráquea —dijo ElArtista—. No creo que nadie nos viera.

—Bueno, escuchadme atentamente; y tú, Artista, por el amor de Dios, no me interrumpas para gilipollices porque el tiempo apremia.

—Un momento —dijo Lainier—. Si tanta prisa tienes, ¿no habría sido mejor llamar por teléfono de camino aquí?

—Em... estaba tan nervioso que ni se me ha ocurrido.

—¿Qué?

—¡Esto es gordo! ¡Hay que hablarlo en persona!

—Bueno, escupe.

—Antes de empezar, ¿ElArtista os ha contado todo?

—Sí, habla.

—El crío es un clon. Bueno, un eclipsado mejorado genéticamente.

—¿Los padres son clones?

—Según la madre, no. Aún no he analizado el ADN de ambos, pero lo normal es que sean humanos normales. Pocos clones han tenido hijos aún, y menos con otros clones. Por lo que sabemos, los hijos de clones no son tan perfectos como sus progenitores. Los rasgos del niño indican que está por encima del nivel de un superdotado normal, así que ha sido creado en un laboratorio. No tiene padres.

—Sigue.

—La madre sufrió un desmayo tras dar a luz. Creo que fue provocado por el doctor, mayormente porque intentó borrar los datos de su ordenador y tuve que matarlo.

—Dime que nadie grabó eso...

—Tranquilo. Tampoco hay testigos. La enfermera se había ido a su casa al finalizar su turno, y no volverá a la clínica hasta mañana...

—A menos que alguien sufra una urgencia médica. Si no contactan con el médico, lo harán con la enfermera.

—Es un riesgo...

—Lo cual me lleva a otra cosa: ¿y si la enfermera no es capaz de hacer frente a una urgencia? No quiero que alguien palme porque te cargaste al médico...

—Hay más doctores en el pueblo, coño. ¿Puedo seguir?

—Sí.

—Aunque la enfermera o quien sea acuda a la clínica, puede que no descubra el cadáver porque puse un sello policial en la puerta para que nadie entre, diciendo que contacten con Wib por si alguien tiene la idea de llamar a la poli para obtener explicaciones.

—Wib está de vigilancia...

—No todo el tiempo.

—Sí para cuando comience la jornada laboral. Te recuerdo que Wolfgang hace el turno de día...

—Bueno, pero estar vigilando no le impide recibir llamadas o enviar agentes de confianza al pueblo.

—¿Has hablado con ella de esto?

—Sí, he ido a verla antes de subir aquí. Se ha cabreado un poco pero no tiene problemas con el tema.

—Pero no podemos confiar en que su intervención evite que los conspiradores se enteren de lo que has hecho.

—Lo sé. La enfermera es un clon. Podría estar aliada con el doctor. Es poco probable porque la envié a casa cuando fui a interrogarlo. Si fuese una conspiradora se habría quedado por si acaso intentaba detener a su jefe... a menos que la tipa fuese a avisar a otros conspiradores, claro. Sin embargo estuve un par de horas registrando la casa y no vino nadie, ni vi a nadie vigilando por los alrededores. Aún así no podemos fiarnos y de ahí la prisa. Creo que el doctor hizo que la mujer se desmayara para poder sustituir a su hijo por el clon. Los intercambiaron.

—¿Estamos ante un caso de robo de niños?

—Sí, pero con algún propósito chungo más allá de sacar dinero con la venta del niño. No es que le dijeran que su hijo había muerto al dar a luz. ¡Es que lo sustituyeron por un clon!

—¿Entonces el Cuerpo de Asalto de Eclipse estaba implicado en la trama y mataron al marido de la mujer esa porque pensaba que el niño no era suyo?

—¡Precisamente! ¡El tipo quería unos nuevos análisis porque no se fiaba del doctor! Eso habría desvelado que no era el padre, y podría haber derivado en un análisis de ADN completo que desvelase la naturaleza del crío.

—Entonces Riina contempló cómo asesinaban al marido, y para evitar que hablara, la mataron.

—Eso debió ser.

—¿Pero por qué se acercó a mirar?

—Por paranoia. Quizás pensó que la policía la buscaba a ella debido a su hermano, así que se acercó a husmear a ver si estaban preguntando al doctor por ella. Y se encontró con el crimen. La policía pudo haberla asesinado también argumentando que se resistió, pero eso los convertiría en blanco de su hermano, así que simularon un accidente y Guus Riin pensó que habían sido los thorn.

—¿No es mucha casualidad que el asesinato del marido fuera presenciado por una persona que sólo iba a estar unos días en esa ciudad? Es como estar en el lugar adecuado en el momento adecuado. Bueno, no tan adecuado porque acabó muerta, pero ya me entiendes.

—En realidad —intervino ElArtista—. Creo que yo tengo la respuesta a eso. Como tuve una hora para hablar con la mujer mientras la traía desde la ciudad, me estuvo dando más detalles sobre la discusión con su marido. Su amante por aquel entonces era biólogo e iba a acudir a la misma convención que Riina. La mujer quería buscarse una excusa para estar con él, así que le dijo al marido que iba a acompañar a unas amigas a la convención. El problema es que el tipo no se lo tragó a pesar de que las amigas respaldaron la versión de Sarkia, así que le entró la paranoia, volvió a decir que el hijo no era suyo, y se largó a ver al doctor, acabando muerto. Así que el nexo común de todo esto es la convención.

—Vaya chorrada. Aún así es mucha casualidad que la persona que presenciase el crimen fuese la única que iba a pasar unos pocos días en el planeta.

—En realidad —explicó Berllerak—, para hacernos una idea de la probabilidad estadística, tendríamos que conocer el número de intercambio de niños, y otras posibles actividades delictivas. Si la cantidad es muy elevada, no sería raro que alguna vez se produzcan incidentes que pongan en peligro el secretismo de las operaciones. Este simplemente podría ser el primero del que hemos tenido noticia.

—Mala perspectiva. Y eso me lleva a otra cosa: ¿no habrá más niños clones en el parque? ¿No deberíamos buscarlos y sacarlos?

—Me temo, Lai, que eso sería demasiado. Tal operación llamaría demasiado la atención. En estos momentos, esos clones y sus familias corren menos peligro si no volvemos por allí y dejamos que Wib se encargue. Nosotros tenemos otros asuntos que tratar. ¡Tenemos una prueba viviente!

—Pero el doctor está muerto y... ¿hay algo que lo relacione con la policía?

—Pues... no. Tengo un disco duro. Espero poder examinarlo, aunque ya ha perdido datos. Me pondré a ello cuanto antes.

—Tendremos que dar explicaciones sobre lo que ha pasado y porqué no avisamos inmediatamente a las autoridades.

—¡Creo que nadie me ha visto volver! Puedo analizar los discos y, según lo que encuentre, acudir a la policía local e informar. Si me preguntan porqué he tardado tanto en regresar, diré que tuve un accidente con alguna fiera.

—Vamos a ver... ¿alguien ve sentido a esto? ¿Para qué sustituir niños normales por clones?

—Para sobrepasar los límites de producción establecidos por la Asociación de Planetas —señaló Tete.

—Entonces la teoría de que se han producido más intercambios cobra fuerza.

—A mí me parece lo más lógico.

—¿Y... qué habrán hecho con los hijos reales? ¿Estarán muertos?

—Por desgracia es una opción, pero quizás los hayan vendido, y así financian la operación. La clonación es cara y así evitan falsear los presupuestos del Estado.

—¿Y por qué no venden los niños clones? —preguntó el Kapitán—. ¿No pagarían más por un niño excepcional?

—Porque —explicó Lainier—, la clave, como ha dicho Tete, es que esto es una operación para tener más clones, financiada con la venta de niños normales. El gobierno quiere tener a los clones cerca. Lugares como el parque natural deben ser como centros de experimentación donde controlan a los clones. Si se los venden a familias adineradas, a saber a dónde se los llevan. Además, me parece poco prudente vender clones. Eso probablemente repela a algunos compradores. No es que la clonación híbrida superior esté al alcance de cualquiera. No se me ocurre nada más.

—Hablando de experimentación —dijo Berllerak—. Las mujeres clon de ese pueblo están salidas.

—¿No querías aprovechar el tiempo en vez de hablar de chorradas?

—Hablo en serio. No es normal. Tres mujeres me entraron asaco.

—¿Tres? —preguntó ElArtista—. ¿No eran dos?

—Al final fueron tres. ¿No te he dicho que no interrumpieras?

—¡El tema lo has sacado tú!

—Bueno, el caso es que mientras esperaba a que Sarkia volviese a casa del trabajo, me cepillé a dos tías al mismo tiempo, algo inusual incluso para mí. Luego la enfermera del doctor también me echó los tejos. El caso es que tras acabar en la clínica volví a casa de las tías del trío y tomé muestras de ADN y de la comida, bebida y medicamentos que toman.

—¿Insinúas que están salidas artificialmente? —preguntó Lainier.  
—Es factible.  
—A lo mejor los conspiradores intentan que se queden embarazadas para ver si los hijos pueden heredar los rasgos superiores de sus progenitores, o para sustituir a los hijos después.  
—Lo que no me queda claro es para qué querría el gobierno saltarse el límite de clones.  
—Los clones molamos. Somos útiles.  
—Es una operación muy salvaje. Me parece sorprendente.  
—¿Dónde los clonarán? —preguntó Tete.  
—¿Ein?  
—No puede ser en instalaciones gubernamentales. Pasan fuertes inspecciones de la Asociación. Esos clones deben crearse en un centro ilegal.  
—Por desgracia no conocemos ningún laboratorio privado que esté relacionado con la conspiración.  
—Un momento... —murmuró Berllerak mientras tecleaba en su móvil—. ¿Y si no los clonan en una empresa médica?  
—Lo lógico sería que fuese en una empresa médica...  
—Hay clones involucrados —señaló Berllerak consultando su móvil—. Piensa en clon. Ajá. Aquí está. Ni una sola empresa médica está dirigida por un clon.  
—El que esté al frente no tiene porqué ser necesariamente un clon.  
—Todos los involucrados hasta este momento son clones. Parece que el gobierno quiere asegurarse que sólo los mejores intervengan en esto, y no me extraña. Por tanto, me inclino a pensar que los clonadores también son clones. Eso descarta todas las empresas médicas.  
—¿Entonces?  
—Ranser, el tipo del que nos habló ElArtista —todos se giraron hacia ElArtista, que tenía el rostro serio—. Sabemos que está implicado, así que podría tener unas instalaciones secretas en su fábrica. Los materiales con los que se construyen los vehículos también sirven para cápsulas de gestación.  
—Habrá que investigar antes de que anochezca.  
—¿Vamos a entrar sin orden judicial? —preguntó ElArtista.  
—¿Desde cuando te preocupa eso?  
—Desde que nuestro culo pelagra. Te recuerdo que Stalker está acusado de homicidio.  
—El riesgo vale la pena. Ahora sabemos que es probable que encontremos algo.  
—Como quieras.  
—Bien. Iré yo y... Mierda, Berllerak debería quedarse analizando el disco.  
—Aún estás herido —señaló Berllerak—. No lo considero prudente.  
—Wib no me rompió nada; no estoy tan mal. Además, si nos pillan allí, adiós a nuestras carreras, así que cargaré yo con la responsabilidad. Yo y otro, mala suerte. Ir solo sería locura.  
—Aunque yo deba quedarme, si tenéis problemas con la seguridad, llamadme. Os ayudaré desde aquí. Es improbable que intercepten mis comunicaciones.  
—Uf... —murmuró ElArtista.  
—De todos modos llamadme sólo si estáis desesperados...  
—Yo te hago ya una consulta: ¿qué coño pasa con las cámaras de seguridad?  
—Tenéis pistolas de pulso electromagnético.  
—Oh, eso puede que cuele la primera vez, pero en cuanto los seguratas perciban más de una interferencia, darán la arma.  
—Suponiendo que estén todo el rato atentos a los monitores.  
—Están custodiando algo sumamente ilegal. Creo que estarán atentos.  
—Bueno, es el turno de día. Espero que estén medio dormidos...  
—Nos van a matar.  
—¿Y qué prefieres? —dijo Lainier—. ¿Realizar un asalto?  
—Claro que no.  
—Coño, eso sí que no me lo esperaba.  
—Todas las opciones son una locura.  
—O hacemos esto, o tenemos la investigación jodida.  
—Hay otros factores a considerar, Lai. Si mañana te llaman a declarar y no contestas...  
—Puedo contestar desde allí... Espero.  
—Uf..  
—Si vemos que estamos más perdidos que un pulpo en un garaje, lo dejaremos correr. Además, es posible que no nos llamen a declarar mañana. Primero tienen que hablar los psiquiatras y el propio Stalker. Así que voy a ir. Y me acompañará...  
—Me ofrezco.  
—Coño... te iba a elegir de todos modos... Como te he visto entusiasmado...  
—Por no mencionar que seguro que mi carrera te importa una mierda...  
—Pues sí. Lo raro es que te hayas ofrecido.  
—Si quieres una mínima posibilidad de salir de ahí con vida, me necesitas. Soy el más sigiloso. ¿Cómo lo haremos?

¿Tenemos los planos del lugar?

—Em... no. Pero voy a llamar a Adve. Conoce a Ranserd y quizás nos de datos de la fábrica.

Lainier telefoneó a Adve.

—Diga —dijo el empresario.

—Necesito toda la información sobre la fábrica de Ranserd.

—¿Eso me meterá en un lío?

—No creo.

—He visitado la fábrica en varias ocasiones para supervisar la instalación de los robots que le vendo, así que la conozco bastante bien.

—¿Podrías dibujarme un plano?

—Ya tengo uno. Ahora mismo te lo mando.

—¿Ya tenías un plano?

—Pues sí.

—¿Puedo saber por qué?

—Nunca está de más tener planos de otras empresas, aunque estés en buen término con ellas.

—¿Por si has de sabotearlas?

—Yo juego limpio, pero muchos empresarios no son fiables. Si ellos atacan, yo contraataco.

—Ya me ha llegado el mapa.

—¿Lo tienes abierto?

—Sí.

—Como verás, es un rectángulo de mil metros de largo y quinientos de ancho, con dos plantas de altura.

—¿Dónde podrían esconder... material ilegal?

—No he tenido acceso a todas las estancias del recinto, pero... ¿ves el ala derecha? Esa es la que menos he visto, porque la fábrica está en el centro, y los despachos en el ala izquierda.

—¿Entonces qué hay en el ala derecha?

—Un almacén.

—Parece ideal. ¿Sabes si hay clones trabajando allí?

—Pues según creo, los dos vigilantes del ala derecha son clones.

—Interesante. Bueno, te dejo —Lainier se dirigió a sus compañeros—. Tiene que ser ahí. No pondrían a humanos vigilando el recinto oculto. Bien, este es el plan: entraremos y yo inspeccionaré la planta baja. ElArtista irá al piso de arriba. Cuando acabemos, ambos inspeccionaremos el segundo piso.

Cuando la operación se puso en marcha, el sol brillaba en el cielo. Los clones no habían tenido problemas en abrir la puerta de la entrada sin forzarla. Las paredes del interior eran blancas, lo que permitía una buena visibilidad. Avanzaron por los pasillos hasta que encontraron una escalera. ElArtista subió mientras Lainier inspeccionaba la planta baja. Los clones iban vestidos con trajes negros de infiltración, con los rostros ocultos y microcámaras en la sien derecha para grabar. Como estaba previsto, usaron las pistolas para desactivar temporalmente varias cámaras de seguridad que colgaban del techo.

Lainier empleó media hora en escudriñar diversas estancias donde se acumulaban piezas de coches. Finalmente se dirigió a una gran puerta que debía dar al almacén de los vehículos ya ensamblados. Se acercó a ella, pero de detrás de una esquina a su izquierda apareció un vigilante que le apuntó a la cabeza.

—Quieto —dijo en silberiano.

—Está detenido —dijo otro guardia que apareció por la puerta grande.

Ambos agentes eran de la etnia gris y vestían con gruesa ropa negra e combate. Por el aspecto físico, debía tratarse de los clones. Resistirse era absurdo.

Lainier, desprovisto de su capucha, armas y utensilios, estaba casi inconsciente atado de pies y manos a una silla médica en una pequeña habitación de paredes grises, excepto por la de su izquierda, que era un gran espejo. Desde el otro lado le observaban los guardias de seguridad.. y ElArtista, que tampoco llevaba su capucha, pero sí el resto de sus cosas. De hecho estaba tranquilamente de pie entre los dos vigilantes, en una habitación tan pequeña como la de Lainier. Una puerta metálica daba a su izquierda.

—Deberíamos pensar en qué hacemos con él tras interrogarlo —dijo ElArtista.

—¿A qué te refieres? —preguntó el guardia de la derecha—. Ha allanado una propiedad privada. Le expulsarán del planeta definitivamente. Eso si no lo procesan.

—Me refiero a si sabe demasiado. Se deberían... tomar medidas.

—¿Acabar con él?

—¿Tienes algún problema con eso?

—No, pero deberíamos consultarlo con instancias superiores.

—Cuando nos aseguremos de que no están interviniendo las comunicaciones.

—Que sí, coño.

—Ya os aviso que yo no pienso matarlo. Eso es tarea vuestra, que para algo vigiláis esto. Solo proporcionaré una versión creíble a la policía.

—Pensaba que te gustaba matar.

—Sí, pero dada la situación, es mejor que mi participación en esto sea lo más sutil posible. Eso sí, lo interrogaré yo. Soy un experto. Además, responderá en castellano y soy el único que habla el idioma. Tenéis instrumental, ¿no?

—Tenemos varias cosas en ese armario —dijo el vigilante señalando un pequeño mueble metálico a la derecha de Lainier—. Supongo que te servirá.

—Bien, voy a ver si el suero ya ha hecho efecto.

ElArtista se puso la capucha, salió de la habitación y entró en la que estaba Lainier por una puerta frente al detenido. Después le examinó las pupilas y el pulso. ElArtista comenzó a hacer preguntas a Lainier, que hablaba en susurros. Desde la guerra, los sueros de la verdad habían sido mejorados para afectar más eficientemente a los clones. Al cabo de unos cinco minutos, ElArtista regresó con los vigilantes.

—Tenemos un problema —dijo mientras se quitaba la capucha—. Lainier dice haber colocado una cámara inalámbrica cerca de la entrada al recinto secreto. Debe estar emitiendo a Berllerak, cerca de aquí. Hay que ir a por ella de inmediato.

—Voy yo —dijo el segundo vigilante, dirigiéndose hacia la salida.

—Espera —dijo ElArtista cogiendo al hombre por el brazo—. Si destruyes la cámara y Berllerak está al tanto, se dará cuenta de que algo pasa. ¿Sabes trucidarla?

—Por supuesto.

—Bien.

El vigilante salió corriendo por la puerta.

—¿Bueno, y ahora qué? —preguntó el primer vigilante mientras miraba a Lainier.

—Ahora prosigo con el plan —dijo ElArtista desenfundando. El eclipsado no tuvo tiempo de reaccionar. El primer haz le alcanzó el pecho. El segundo le atravesó el cráneo. ElArtista cogió un intercomunicador y salió de la habitación, cerrando la puerta. Comenzó a andar por un amplio pasillo mientras echaba un ojo a su móvil: estaba siguiendo un rastro. ElArtista fue en la dirección indicada, sin preocuparse de las cámaras de seguridad. Al cabo de uno segundos hizo un alto al llegar a una puerta a su izquierda. Llamó con los nudillos. Otro vigilante abrió la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó el eclipsado.

—¿No has visto a Lainier poner una cámara en algún lugar? —preguntó ElArtista.

—Mi compañero me acaba de llamar preguntándome lo mismo. Iba a revisar la grabación, aunque estoy bastante seguro de no haber visto nada raro esta noche. De todos modos él ha ido a mirar.

—Por supuesto. No puedes fiarte de mi Cuerpo de Asalto. Son muy astutos.

—Lo sé.

—Y yo el que más —añadió el clon apretando el gatillo de un miniláser en su mano derecha.

A tan corta distancia, el haz atravesó la garganta del vigilante, que cayó al suelo, agonizando. ElArtista le remató con un disparo de su revólver en la frente. Introdujo el cadáver en el interior, cerró la puerta y echó un vistazo al lugar, un pequeño cubículo con diversos monitores que mostraban lo que captaban las cámaras del ala derecha. ElArtista inspeccionó el ordenador que reposaba bajo los monitores, asegurándose de que las grabaciones no se emitían en streaming a otros lugares. No era el caso. El policía destruyó el disco duro a conciencia, deshaciéndose así de todas las grabaciones. Salió corriendo, poniéndose la capucha y modificando la configuración de su microcámara. Siguió el rastro mostrado en el móvil. Bajó unas escaleras y avanzó por otro pasillo, hasta que al fondo vio una estancia donde pudo ver al segundo vigilante hurgando entre diversas cajas. Debía estar a unos cincuenta metros. ElArtista le voló la cabeza de un disparo. Corrió hasta su lado y cogió su intercomunicador y el localizador que le había colocado anteriormente. Después inspeccionó el lugar. Al cabo de cinco minutos encontró lo que buscaba: una plancha en el suelo que parecía una puerta. La escaneó, y lo que hubiera al otro lado parecía a prueba de emisiones electromagnéticas e insonorizado. Un entorno aislado, así que debía ser lo que buscaba.

ElArtista clavó su cuchillo en el metal, pero le resultó muy difícil avanzar. Examinó el cadáver del vigilante: tenía una granada. La colocó sobre la puerta junto a otro explosivo que ElArtista llevaba encima. El policía se alejó veinte metros e hizo reventar parte de la plancha. Esperó unos segundos, apuntando hacia el lugar, pero nadie salió. Se acercó y retiró el metal. Vio una escalera y descendió, llegando hasta un ascensor. A su izquierda había un panel alfanumérico en eclipsado. ElArtista no lo entendía y de todos modos no tenía la clave. Esperó otro minuto para ver si alguien de abajo se había enterado de la intrusión y subía en el ascensor. Así podría colarse. Pero no vino nadie. Decidió no esperar: podrían estar destruyendo pruebas. Volvió a intentar rajar la puerta del ascensor con el cuchillo, pero era inútil: era aún más grueso que la plancha de la entrada. Colocó sus últimos explosivos y volvió arriba. Los hizo estallar y bajó de nuevo. La puerta tenía un boquete lo bastante grande como para que una persona se colase hasta el otro lado. Echó un vistazo: había un descenso de cincuenta metros. Bajó por el cable del ascensor hasta tocar su techo. Afortunadamente no tuvo problemas en abrirlo. Se introdujo en la cabina y pulsó el botón para abrir la puerta, mientras apuntaba al frente. Al abrirse, ElArtista contempló lo que parecía un recinto enorme. A unos diez metros había un ordenador vigilado por un tipo con bata blanca que estaba de espaldas. Sin embargo debió escuchar las puertas abrirse, porque se giró.

—¡Quieto! —ordenó ElArtista en silkeriano, pero el hombre no hizo caso. Intentó sacar una pistola de su bata y el policía le dejó seco con un disparo a la cabeza. Después corrió hacia delante, en busca de más enemigos, pero no parecía haber nadie.

ElArtista registró el cadáver: el tipo era de la etnia blanca, de unos treinta años, edad suficiente para tratarse de un clon. En la hebilla de su cinturón lucía el mismo símbolo que ElArtista llevaba en su cartera. Echó un vistazo al ordenador y los monitores: había cinco, cada uno mostrando diferentes datos. Todo estaba en eclipsado, pero ElArtista tenía algunas cosas claras. Echó una ojeada a la enorme sala que se extendía frente a él: había cápsulas de gestación por

todas partes, formando diez columnas y diez filas, sujetas por una estructura con espacio suficiente para que una persona pudiera moverse por ella. El policía se acercó más para ver la profundidad, y era mucha. Hizo un cálculo rápido del total de cápsulas. Cien mil. No había forma de mirar dentro de ellas, pero en un extremo tenían un piloto led. La mayoría estaban encendidos, emitiendo una luz amarilla. Eso debía significar que estaban en funcionamiento. ElArtista se preguntó cuántos habían sido reutilizados ya: cien mil no era más que una cifra mínima. ElArtista estuvo merodeando un rato más, asegurándose de que su cámara estaba grabando todo. Finalmente, se llevó el disco duro del ordenador y salió de allí.

—¿D... dónde estamos? —preguntó Lainier, echo una mierda.

—Volviendo al hotel —respondió ElArtista, que iba conduciendo el coche, sin su capucha. Su compañero estaba al lado.

—¿Qué... coño ha pasado?

—Estás drogado.

—Recuerdo que me cazaron...

—Lo sé, yo les dije a los vigilantes que estabas allí.

—¿Qué?

—Una estratagema. Ya sabes que tengo reputación de cabrón, así que fingí que era un traidor y que estaba metido en la conspiración. Te capturaron, te drogué, te interrogué... Bueno, fingí interrogarte, y me condujeron hasta el premio gordo. Ya he descubierto la fábrica de clones. Está todo grabado...

—¿Y... mi equipo?

—A tus pies.

Lainier se agachó. Allí estaba todo. Rebuscó entre el material, cogió su arma y se la puso en la cartuchera.

—Necesito... vomitar... —dijo Lainier.

—¡En el coche no! —protestó ElArtista echando un ojo a su compañero.

—¡Pues para, joder!

—¡Qué poco aguante! —se quejó ElArtista mientras detenía el vehículo fuera de la carretera. Estaban en un lugar poco poblado. Algunas fábricas se alzaban a unos cien metros en varias direcciones, pero hacía mucho que habían dejado el centro de Ranserd atrás.

Lainier se bajó del coche y cayó de bruces al suelo, evitando el choque contra el pedregoso terreno con las manos. ElArtista se apeó después, pero antes de llegar hasta su compañero, éste se levantó y le apuntó con su arma.

—Quietecito —ordenó Lainier.

—¿Pero qué...? —antes de que ElArtista acabase la frase, Lainier disparó contra la pistola de su compañero, destrozándola—. Bueno, me la suda, no era mía.

—Y ahora deja el cuchillo en el suelo y luego levanta las manos.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿Estás drogado? ¡Ah, espera, que sí estás drogado!

—¡Suelta el puto cuchillo!

—Relájate, coño —dijo ElArtista mientras lentamente cogía la hoja. La dejó caer sin más y alzó las manos.

—¿De qué va esta mierda?

—¿No debería preguntar yo eso?

—¡Me has drogado!

—¿¿Pero no te he dicho que formaba parte del plan??

—¡Un plan que no conocía!

—¡Tenía que parecer convincente!

—¡Aquí hay cosas que no cuadran! ¡No me creo que te presentases ante ellos y te creyesen con solo decirles “hey, tíos, soy malo malísimo y os apoyo”!

—¡Tengo una reputación, te recuerdo!

—¡Esta gente no se chupa el dedo! ¡No cuelea!

—¿No los estarás subestimando?

—¡Pero si eres tú el que no ha parado de decir lo peligroso que era, desgraciao! ¡Por eso no cuelea! ¡Tu actitud ha sido muy rara durante la investigación!

—En serio, Lainier, estás drogado y no piensas con claridad...

—¡Tendré que drogarte a ti para que confieses!

—¡Pues en medio de un polígono industrial lo vas a tener chungo! Y por cierto, si no te fías de mí... ¿crees prudente parar aquí para hablar del tema? ¡Podría venir alguien a por nosotros! ¿Ves cómo no piensas con claridad!

—Bueno, eso tiene fácil solución. Te doy diez segundos para que respondas o te atravieso las extremidades.

—Em...

—No sería la primera vez. Diez...

—Lainier, si te molestas en echar un ojo a la grabación...

—Nueve...

—¡Está todo grabado!

—¿Te crees que me voy a tragar lo que me enseñes? Ocho...

—¡Joder, llévame prisionero pero no hablemos aquí!

—¿Es que acaso alguien nos sigue? Siete...

—Er... ¡Es posible!

—¿Entonces por qué te has arriesgado a parar el coche? Seis...

—¡Sólo quiero que me interrogues cuando tengas la mente despejada!

—A lo mejor debería interrogarte Stalker cuando salga de prisión... Cinco...

—¡Perfecto! ¡Que me interrogue él! ¡Ahora vámonos!

—Que te interrogue él no implica que no te interrogué yo. Cuatro...

—¡Estás drogado!

—Te repites, te contradices... bla bla... Tres...

—¡Lainier, maldita sea!

—Como has dicho, estoy drogado, así que no puedes esperar que sea racional, ¿verdad? Dos...

—¡Soy miembro de una sociedad secreta de clones!

—¿Puedes repetir, por favor?

—Soy miembro de una sociedad secreta de clones. Son los que están detrás de todo.

—¡Caramba! —dijo Lainier sonriendo. De pronto parecía bastante entero—. ¡Ya hemos llegado a algo!

—¡Tú... cacho cabrón...! ¡No estás drogado!

—Bueno, aún estoy algo jodido pero tengo la cabeza perfectamente. ¿Acaso me has visto llegar a vomitar?

—¡Me has engañado!

—Claro. Llevo despierto desde poco de salir de la fábrica. He esperado a estar mejor, he sopesado las opciones y te he dado por culo... ¡Como tú a mí, porque lo tuyo sí que ha sido un engaño!

—Si no tienes inconveniente, me gustaría proseguir con mi explicación ahora.

—Vaya, ¿ya no tienes prisa?

—No quiero que los demás se enteren.

—¡Eso depende de mí!

—Perfecto, pues escucha lo que tengo que decir.

—Venga, desembucha —dijo Lainier mientras cogía un escáner de alta potencia del coche, sin dejar de perder de vista a su compañero—. Y mantén las manos arriba.

—La sociedad se llama la Hermandad Clon.

—Qué original... —murmuró Lainier mientras escaneaba el vehículo.

—La Hermandad fue fundada hace años por clones muy jóvenes. No sé la fecha exacta ni en qué planeta. El caso es que con el tiempo fueron expandiéndose hasta tener miembros en todos los planetas de la Asociación con clones. Al principio la Hermandad hacía poca cosa: propaganda pro-clon, formación de grupos de defensa para rechazar las agresiones de los anticlones y otras cosas similares.

—Sigue —dijo Lainier, dejando el escáner en el vehículo. No había detectado nada raro. Se colocó frente al Artista, a unos diez metros.

—Como sabes, con el tiempo aparecieron diversos grupos de presión anticlon. Algunos tenían influencia política. Muchos partidos eran abiertamente opuestos a la experimentación genética, y algunos de esos alcanzaron el poder, como ocurrió en Thuris durante unos años. Sabes que fueron tiempos duros... Trataron de joder nuestro entrenamiento en la Academia de Policía.

—Claro que me acuerdo. Prosigue.

—Se decidió que la situación era intolerable. Esos políticos no sólo eran contrarios a los clones sino que hacían la vista gorda ante las actividades de grupos radicales contra nosotros. Así que se tomaron nuevas medidas. La mayor fue que los grupos de defensa se convirtieron en grupos de ataque.

—Esto no me gusta.

—Al principio buscábamos a los anticlon y les dábamos palizas. Ya sabes, la época de las peleas callejeras... Muchas veces no se podía demostrar que estuviéramos implicados en los altercados, claro, porque no nos cogían. Sin embargo se decidió que aquello no era suficiente. Se... decidió cortar de raíz el problema...

—Esto va a peor...

—La dirección de la Hermandad asignó una serie de misiones a varios miembros: asesinar a los cabecillas de los movimientos anticlon, que son los que mueven los hilos. Sin jefes ni organización, los anticlon se verían seriamente perjudicados. Las muertes se camuflaron de diversas formas y sólo se escogieron unos pocos objetivos clave, para que nadie sospechase de una campaña terrorista clon. De lo contrario la opinión pública se pondría en nuestra contra y daría nuevas excusas a los anticlon para perseguirnos.

—Dame ejemplos —dijo Lainier seriamente.

—¿Recuerdas aquel fanático yanqui que decía que los clones éramos una aberración y que al ser creados artificialmente no teníamos alma, así que matarnos no era un pecado, sino de hecho una obligación moral?

—Así que no fue un accidente de coche...

—Más bien no.

—Parece que os gustan los accidentes de coche...

—Yo no tuve nada que ver con lo de Riina.

—Eso lo sé porque no estabas en Eclipse cuando se produjo el crimen. ¿Pero te has cargado a alguien? —El Artista guardó silencio unos segundos—. Si no hablas conmigo, hablarás con Berllerak, o incluso con Stalker cuando salga libre.

—¿Te acuerdas de la empresa que creó ilegalmente a Wolfgang?

—El presidente apareció muerto en su chalet de Ibiza. Dijeron que fue un robo. Así que fuiste tú... Claro, estabas de vacaciones...

—Ese fue el único, lo juro.

—¿Lo juras? ¡Tu palabra no vale nada!

—¡Todas mis actividades en la Hermandad eran para asegurarnos de que los clones no éramos discriminados! ¡Jamás fui contra nadie que no se lo mereciese!

—¿Entonces qué pasa con Riina?

—¿No te he dicho que no tengo nada que ver con eso?

—Me refiero a que qué coño está pasando aquí.

—Sé lo mismo que tú, que crean clones ilegales y los cuelan en la sociedad, y que no tienen escrúpulos en acabar con quien haga falta. La sociedad es piramidal, y me temo que tiene más peldaños de los que pensaba.

—¿Conoces a los líderes?

—No. Pero debería ser Field. Es un clon tocho y está llevando esta operación, por lo que parece.

—¿Puedes darme algún nombre?

—Alguno, pero poca cosa. No solemos conocer a otros miembros. Solemos llevar un distintivo encima que cambiamos cada cierto tiempo y así nos reconocemos si nos encontramos. Jharperr es de la Hermandad. Los vigilantes de Ranserd también, y por eso confiaron en mí. En general todos los clones que sabemos que están metidos en esto deberían ser de la Hermandad. No subcontratamos.

—Entonces, ¿el gobierno de Eclipse no tiene nada que ver con esto?

—¿Acaso el presidente es un clon?

—No.

—Pues eso. ¿Podemos irnos ya?

—¡Joder, Artis, eres un asesino!

—¡Vaya sorpresa!

—¡¡No me vengas con esas!!

—¡¡Deja de fingir indignación!! ¡¡No cueles!!

—Ah, mierda... ¡Bien, no estoy indignado! ¡Pero no me sigue gustando que mataras a esa gente!

—¡Que sólo fue uno, coño! ¿Te crees que tengo mucho tiempo libre para cometer asesinatos?

—¡Cómo se descubra esto la imagen del Cuerpo de Asalto saldrá perjudicada!

—¡Razón de más para que no me delates!

—¡No pienso delatarte, sólo te estoy recriminando!

—Ah, pues que quedo más tranquilo. Solo espero que los de la Hermandad no se enteren de que os ayudo.

—¿Es que iba en serio eso?

—¡La grabación está en el coche, Lai! ¡Tienen cien mil cápsulas de clonación, y a saber cuántas veces las han usado!

—Mierda, era peor de lo que pensaba.

—En serio, ten cuidado en el informe. No quiero que la Hermandad sospeche de mí. Podrían ir a por Olmaly. No sería una decisión muy sabia, pero hay que tener cuidado.

—Oh, macho, si Olmaly se entera de lo que has hecho te matará.

—Nah, me echaría una bronca, dormiría una temporada en el sofá... pero no creo que se cabreara mucho.

—¿Cómo que no? ¡Te cargaste a un hombre!

—A un cabrón. Y también me cargué a Strauss.

—Por orden el gobierno.

—¿No es más honorable matar a alguien por iniciativa propia en vez de seguir órdenes? Seguro que tú también lo piensas y por eso tampoco te preocupa mucho el asunto...

—Ciertamente, ¿pero Olmaly lo vería igual?

—No creo que le coja de sorpresa. Yo siempre he tenido cierta fama... Además, somos agentes de élite del Estado, y como ella trabajada de consejera del Conseller de Interior, válgame la redundancia, ya ha visto de to...

—¿¿Qué?? ¿¿Desde cuando es asesora de Interior??

—La ascendieron hace unas semanas. Supongo que porque nos conoce. El Conseller debe valorar su opinión con respecto a asuntos del Cuerpo de Asalto.

—¡Espera, espera! ¡Eso quiere decir que probablemente Olmaly influya en la política de nuestro Cuerpo!

—¡Sobre todo en la política de mi cuerpo! ¿Lo pillas? —preguntó ElArtista guiñando un ojo.

—¡Me refiero a que es una especie de jefa indirecta!

—¡Por eso sabe de lo que somos capaces!

—Quiero jacuzzi en comisaría.

—¡Por eso no quería deciros nada! ¡Cagontó!

—Se me parte el alma talqueasín.

—Santo Dios, ahora tendré a Berlllerak todo el día tocando los cojones con peticiones estúpidas...

—Se me está ocurriendo que si rompes con Olmaly, a lo peor pierde ese puesto de trabajo por dejar de tratar con clones. Tendría gracia... ¡Seguro que te hacía trizas!

—No creo...

—Te haría trizas.

—Eso sí. Me refiero a que pierda el trabajo. ¡Olmaly es una profesional competente! ¡Tiene más cualidades aparte de conocernos!

—Su mejor cualidad es soportarte. Jamás lo entenderé.

—Tú me soportas, Lai.

—Trabajas conmigo, no tengo más remedio.

—En el fondo te molo...

—Pero yo soy chungo. Olmaly parece una mujer cabal.

—¡Así que te molo! Ven pacá, tontorrón...

—Dejemos los mariconismos para después. Sube al coche. Volvemos al hotel.

—¿A pasar una noche loca?

—Más bien a ver qué hacemos con toda la mierda que hemos descubierto.

Los clones volvieron al vehículo.

—¿Tienes algún secreto más, Artis? —preguntó Lainier mientras su compañero encendía el motor.

—Sí —respondió ElArtista, reanudando el trayecto—. Pero nada que deba preocuparte. Creo...

—¿¿Que eres un asesino?? —gritó Berllerak puesto en pie mientras golpeaba la mesa con ambos puños. ElArtista estaba sentado frente a él, con el resto de clones alrededor en círculo. Estaban en la habitación del hotel.

—¿¿Para qué coño lo has contado, Lai?? —se quejó ElArtista a su compañero, a su izquierda.

—Para que tengan todos los datos de la investigación —respondió Lainier.

—Bañan culo...

—Estoy fingiendo indignación, imbécil... —murmuró Berllerak.

—¡Le sale mejor que a ti, Lai! —Lainier echó una despectiva mirada de reojo al Artista.

—Soy un gran actor —dijo Berllerak sentándose—. Hay que serlo si quieres acostarte con muchas mujeres. Incluidas mujeres exóticas aficionados a los tríos...

—Cabrón...

—¿Me podéis explicar por qué siempre reveláis este tipo de cosas cuando estoy delante? —preguntó Tete,—. ¿Acaso aún no os habéis dado cuenta de que trato de mantenerme lo más íntegro posible?

—¡Por eso precisamente!

—Yo me di cuenta hace mucho de que quejarse es inútil —dijo el Kapitán con una sonrisa—. Creo que desde que os conocí, de hecho... ¡Ahora ya paso de todo!

—Bueno, ¿qué pasa con el disco duro del doctor? —preguntó Lainier.

—Lo he quemado —afirmó Berllerak.

—Je, je... No, en serio... ¿qué pasa con el disco duro?

—Lo he quemado.

—¿Qué?

—¡Tenía un mecanismo de autodestrucción! Lo conecté a un ordenador, lo encendí... y se frió. ¡Te dije que no estaba familiarizado con esta tecnología!

—Maaadre mía...

—No quemes el disco duro que he traído, majo —advirtió ElArtista.

—Lo mejor sería que un experto local se haga cargo —señaló Berllerak.

—Habrá que preguntarle a Wib —dijo Lainier—, pero más tarde. Está empezando a oscurecer y empieza su turno. De hecho tendrá que conducir a Stalker al juicio.

—Hablando de juicios, ¿no podríamos ir al juez y presentar la grabación de ElArtista?

—Solo después de que quites la parte en que me cargo a un vigilante a traición —advirtió ElArtista.

—¡Otro dato que no necesitaba conocer! —aulló Tete.

—Muuuac —ElArtista lanzó su beso a su apesadumbrado compañero.

—En serio —dijo Berllerak—. Podríamos enseñarle la grabación y presentarle al niño. Tenemos pruebas molonas.

—Pruebas de clonaciones ilegales —dijo Lainier—, pero poco más. A saber qué más trama esa Hermandad. Además, nada apunta al Cuerpo de Asalto de Eclipse, y deben caer. Antes de acudir a la justicia me gustaría ver si podemos rascar algo más de algún sitio. Si nos quedamos en blanco o los conspiradores se ponen tontos, presentamos lo que tenemos y esperamos que la investigación local progrese más que nosotros.

—A ver... Aún no sabemos cómo llegó el medallón con la foto a manos de Riin y nos faltan datos sobre lo sucedido la noche de los crímenes, especialmente sobre la persecución. Si la justicia investiga la operación policial en la reserva natural, tiene más posibilidades de despejar dichas incógnitas que nosotros. Lo que está claro es que deberíamos entregar las pruebas a un fiscal no clon, ¿pero a quién?

—Aunque os parezca raro, voto por Cesh, el del juicio contra Stalker. Valerian dice que es un hombre íntegro. Aunque habrá que ver cómo actúa en la vista previa.

—No me parece una buena idea entregar nada a los eclipsados —señaló ElArtista.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto el Cuerpo de Asalto se entere de que están investigando las clonaciones ilegales, limpiará cualquier dato que los comprometa y tomarán medidas para ocultar otras operaciones. Os recuerdo que la Hermandad está en varios planetas. Es posible que existan un cojón de centros de clonación.

—Y clones salidas —señaló Berllerak.

—Ya he dicho que sólo recurriremos a la justicia cuando nosotros nos quedemos atascados. Además, es imposible investigar en profundidad una trama conspiratoria sin que los implicados se enteren. Aunque continuemos nosotros solos en secreto, cuanto más avancemos, más riesgo hay de que decidan deshacerse de las pruebas.

—Por eso mismo voto por entregar ya lo que tenemos —insistió Berllerak—. Si van a destruir pruebas de todos modos, en vez de seguir nosotros solos, hablemos con la fiscalía de una puta vez y que nos den apoyo. A lo mejor así deteníamos más gente. Además, aún me queda por examinar el disco duro que trajo ElArtista, y de ahí podríamos sacar algo más.

—Sigo dándole vueltas al asunto —dijo Lainier—. ¿Cual es el objetivo de esto?

—El objetivo de esto es meterlos en la cárcel —señaló ElArtista.

—Me refería al objetivo de la Hermandad, coño.

—Yo también le doy vueltas —afirmó Berllerak—. ¿Cómo es que invitaron al Artista a la Hermandad y a mi no? ¡Si a él nunca le ha interesado la política!

—La política me la suda —señaló ElArtista—, hasta que vienen un puñado de hijos de puta a quitarme mis derechos. Más que política, es instinto de conservación. De eso tengo a puñaos...

—¡Muy bien, pero eso sigue sin explicar por qué no me invitaron a mí!

—¡Parece que quisieras entrar! —protestó Lainier, mosqueado.

—¡No me malinterpretes! ¡No apruebo lo que están haciendo aquí, pero yo me habría apuntado de buena gana a partir cráneos de anticlones!

—Bueno, creo que no te invitaron porque... —comenzó a decir ElArtista—. Tienes el carácter voluble, te metes sustancias ilegales, y te relacionas demasiado con humanas...

—¡Pero es sólo es cuestión de sexo! ¡Tú eres de la Hermandad y tienes pareja estable!

—¡Pero me metí en la Hermandad mucho antes que eso! Y además mi relación con Olmaly explicaría porqué no han contado conmigo últimamente...

—Mierda —dijo Lainier, con la mirada perdida—. Eso es.

—¿Qué ocurre?

—Tú lo acabas de decir: no les gustan los humanos.

—Claro. Han sido despreciados por ellos. Muchos clones se sienten mejor junto a los suyos, sean o no de la Hermandad.

—Cuando digo que no les gustan, me refiero a un nivel radical.

—Oh, mierda...

—Eso es —añadió Berllerak—. Las actividades en Eclipse... el intercambio de niños, el asesinato de testigos, prueba que no les importan un carajo los humanos.

—¿Cómo no me di cuenta antes? —se preguntó Lainier—. Todo el mundo sabe cómo es este planeta, y especialmente este Estado. Caballeros, la Hermandad es un grupo supremacista clon. Nos enfrentamos al sueño húmedo de cualquier fascista: una sociedad de seres genéticamente superiores y fanáticos ultraderechistas.

—¡Lo dicho, no sé porqué no me invitaron! —exclamó Berllerak, quien recibió una mirada fulminante de Lainier—. ¡Es broma!

—Vamos a ver, tormenta de ideas. ¿Para qué sirven las clonaciones ilegales?

—Para aumentar el número de tropas en el futuro —señaló ElArtista.

—La personalidad se define tanto por la educación como por el entorno y los genes —señaló Berllerak—. Hemos de suponer que ya se han asegurado del tema de los genes. ¿Y el resto?

—De momento hemos visto que tenían a un clon en un parque natural... —murmuró Lainier—. ¿Los falsos padres serán derechistas?

—Ni idea. ¿Qué hay del entorno?

—Veamos. El pueblo está en medio de un parque natural. Mmm... Algunos nazis originales eran defensores de una vuelta a un modo de vida más natural, lo que implicaba favorecer el medio rural frente a las urbes industrializadas. Era la teoría de la vinculación del hombre con la tierra donde vivía. O algo así. Esto puede ser algo parecido.

—Por no mencionar que están envueltos en un ambiente científico, que incluye el estudio del entorno natural. Los clones podrían pasar de estudiar el darwinismo a creer en el darwinismo social, o simplemente pueden comprobar cómo la naturaleza es amoral y los animales se comen unos a otros sin miramientos, lo cual puede derivar en la hipótesis de que los seres racionales deben comportarse del mismo modo.

—¿Y las mujeres salidas?

—Como dije antes, simplemente es un intento de que se reproduzcan y aumentar la población clon. El análisis de ADN revela que las impresionantes mujeres que me follé a dúo eran clones, pero habría que hacer un estudio en profundidad de sus genes. Podrían haber sido sometidas a terapia genética para aumentar su deseo sexual, que además estaba potenciado por algunas sustancias químicas que he encontrado en los medicamentos que tomaban, recetados por el buen doctor, por supuesto.

—¿Se podría revertir el efecto?

—¿Para qué querían revertir el efecto? —se sorprendió Berllerak—. ¡Follan y se lo pasan bien! Además, no puedes modificar el ADN de una persona cada dos por tres. De todos modos, si dejan de tomar las drogas del doctor, la libido disminuirá un poco.

—Em... ¿Podrías sintetizar esas drogas? —preguntó el Capitán.

—¡Lo que insinúas es sumamente inmoral! —dijo Berllerak—. A la par que interesante... ¡Pero paso porque no

necesito tales cosas para seducir mujeres!

—El Lai sí —dijo ElArtista—. Véndeselas...

—¿Quieres unas rulas, Lai? —Berllerak sonrió.

—¡Que no me entere yo de que vendes esa droga! —advirtió Lainier.

—¡Vamos, Lai! ¡No es que estas sustancias les anulen la voluntad! ¡Son un afrodisíaco! ¡Es como si invitases a una mujer a comer ostras, sólo que lo de las ostras no funciona!

—Con la diferencia de que si invitas a una mujer a comer ostras, ya se hace una idea de lo que pretendes, y el que avisa no es traidor...

—¡Me abstendré de vender porque no necesito el dinero! ¡Tengo un buen sueldo! ¿Estás contento?

—No sé si creerte, pero esta conversación se está volviendo muy estúpida, así que volvamos a la misión.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó ElArtista.

—Por lo de los experimentos de la Hermandad —respondió Tete.

—¡Menos mal que tenemos a alguien profesional aquí!

—En realidad, no tendremos más datos sobre los experimentos a menos que logremos examinar el disco duro que ha traído ElArtista —señaló Berllerak—. Y como hemos quedado en que necesitamos a Wib y que está ocupada, sugiero dormir, porque estamos hechos una mierda.

—A lo mejor no estarías tan cansado si no hubieras estado follando como loco... —señaló Lainier.

—A lo hecho, pecho. Concretamente, cuatro pechos... Y así de grandes... —Berllerak hizo un descriptivo gesto con ambas manos.

—Mmmpf... ¿No deberíamos discutir lo que hacemos con respecto al Cuerpo de Asalto de Eclipse? Necesitamos más pruebas. Lo del medallón y eso..

—Tenemos sueño, Lai, y tú aún estás drogado. Pensaremos mejor estando descansados.

—¿Arrojaría el medallón mientras escapaba en coche?

—Y dale...

—Si lo hubiera arrojado en el parque, alguien del pueblo lo habría encontrado y probablemente el Cuerpo de Asalto se habría enterado. Tuvo que deshacerse de él tras salir del parque...

—Quiero dormirrrrrrrrrrr.

—Si el medallón no estaba en el lugar del accidente, lo lanzó antes...

—Sueño, Lai, sueño...

—Quizás Riin viajara al planeta y encontrara el medallón tras recorrer el trayecto.... No, no tiene sentido. Eso lo habría conducido hasta el parque y se habría enterado del incidente, con lo cual no habría sospechado de los thorn, sino de la policía local.

—¿Y si nos vamos a dormir y tú te quedas pensando?

—¡Aquí no se duerme ni Dios hasta que se me ocurra algo con sentido!

—Estamos jodidos —dijo ElArtista.

—¡Si aportáis algo acabaremos antes!

—Riina entregó el medallón a una empresa de mensajería que se lo hizo llegar a Riin o a un compinche no fichado de Riin —dijo Tete.

—¿Y cuándo se supone que hizo eso? ¡Salió huyendo del pueblo y palmó durante el trayecto!

—Ai, Lai... Mientras Riina conducía, preparó el paquete, lo arrojó en un sitio seguro, quizás en unos matorrales, que se yo... Entonces coge su teléfono y hace una llamada a una compañía de mensajería. Les dice dónde encontrar el paquete y paga telemáticamente. Los móviles no funcionan en el parque. Está claro que realizó la llamada cerca de la ciudad, que es donde palmó. Probablemente se distrajera con la llamada y se saliera de la carretera.

—¿Entonces realmente fue un accidente?

—¡Claro que no! ¡La iban persiguiendo! ¡De lo contrario no hubiera conducido a toda hostia!

—¿Y por qué no informar de lo que pasaba en vez de poner el medallón a salvo? —preguntó el Kapitán.

—¿Y a quién iba a llamar? ¿A la policía?

—¿Y una compañía de mensajería aceptó un encargo tan inusual? —se preguntó Lainier.

—Pagó por adelantado, ¿no?

—Ya, pero sigue siendo raro aceptar una recogida en medio de ninguna parte.

—Los empresarios de Eclipse no tienen muchos escrúpulos, y lo sabes. Sólo les importa el dinero.

—Esto tampoco prueba que el Cuerpo de Asalto esté implicado, y no creo que podamos interrogar a todas las empresas de mensajería sin una orden...

—Y por eso te dije antes que esos asuntos mejor los investigue el fiscal... —murmuró Berllerak, que ya estaba hasta las pelotas.

—Sin indicios firmes no autorizarán a investigar al Cuerpo —advirtió ElArtista—. Y como yo también he dicho antes, podemos perder mucho más de lo que ganar si entregamos las pruebas antes de tener pillado por los huevos al Cuerpo de Asalto.

—Como no nos ponemos de acuerdo, esperemos al análisis del disco duro —dijo Lainier.

—¿Entonces podemos descansar de una puta vez, Lai? —preguntó Berllerak.

—Sí.

—¡Pronto te rindes!

—La madre que...

Había pasado apenas diez minutos desde que el sol desapareciera del cielo cuando el juez comenzó la vista previa del juicio contra Night Stalker. La sala del juzgado estaba hecha de metal azul oscuro. La única luz venía de la iluminación de barras de neón que atravesaban las onduladas formas del mobiliario. El juez estaba presidiendo la vista, pero en vez de usar un mazo, recurría a un pequeño gong plateado que producía un sonido grave. El fiscal estaba situado a la izquierda del juez, y Valerian a la derecha. Stalker estaba sentado a la izquierda de su defensor, con los grilletes. Wolfgang y Wib estaban de pie contra la pared, a la izquierda del banquillo de la defensa. Field y Enkron estaban sentados cerca de la entrada, a la izquierda, mientras que al otro lado se sentaban Tete y el Capitán, que habían acudido al estar más descansados que el resto de sus compañeros.

—La fiscalía llama a Perish Joremborg —dijo Cesh.

Un hombre de unos cuarenta años, vestido con un traje blanco, se sentó en el estrado a la izquierda del juez. Cesh se acercó.

—Señor Joremborg, ¿a qué se dedica? —preguntó el fiscal.

—Soy psiquiatra especializado en clones híbridos superiores —contestó el hombre—. He llevado a cabo el examen mental del acusado conforme a la Ley.

—¿Cuáles son sus conclusiones?

—El acusado tiene una personalidad narcisista, con tendencia a la mentira y la violencia. Encuentro también una falta de empatía hacia la gente que considera indigna, así como un componente sádico. Sin embargo el acusado es consciente de sus actos y está listo para declarar.

—¿Encajaría su perfil psicológico con los hechos que esta fiscalía ha presentado?

—Sí.

—Eso es todo, Señoría.

—Qué ser más ofensivo —murmuró Stalker al oído de su abogado—. Me ha llamado mentiroso.

—¿La defensa desea interrogar al perito? —preguntó el juez mientras el fiscal volvía a su asiento.

—Sí, Señoría —respondió Valerian, poniéndose en pie. El abogado defensor se acercó al psiquiatra—. Señor... Em... Bueno, díganos cuanto tiempo ha ejercido como especialista en clones.

—Un año.

—¿Y durante cuánto tiempo existe la especialidad psiquiátrica de clones?

—Dos años.

—Podríamos decir que es usted un pionero.

—Así es.

—¿Hasta qué punto podemos considerar fiable el examen de mi defendido si la psicología clon aún está dando sus primeros pasos?

—Protesto, Señoría —dijo Cesh—. El perito está debidamente cualificado.

—Señoría, por poner un ejemplo, los físicos de hace dos siglos sin duda estaban cualificados, y sin embargo ahora sabemos que sostenían teorías incorrectas.

—Señoría, la defensa intenta poner en duda la validez de todas las ciencias. ¡Es absurdo!

—Admitida. Lo siento, señor Valerian, pero he de escuchar al perito porque nadie puede negar que sabe más de psicología clon que cualquier otro en esta sala.

—Bien, prosigo —se resignó Valerian—. Don.. psiquiatra, dígame... ¿Para formarse en su especialidad, qué clones estudió de primera mano? Hablo de verlos cara a cara.

—Pues clones híbridos superiores.

—¿Pero de dónde procedían?

—De Noctem.

—¿Nunca ha tratado personalmente a clones terráqueos?

—No.

—¿Por qué cree que sus tesis son válidas para el acusado, que es terráqueo?

—¡Protesto, Señoría! —dijo Cesh.

—Señoría, no pongo en duda los conocimientos del perito, sino si este caso tiene que ver con sus conocimientos.

—Denegada —dijo el juez—. Señor Joremborg, conteste a la pregunta.

—Ambos clones son parecidos —afirmó el perito.

—¿Lo son? —se preguntó Valerian—. ¿En qué sentido?

—Ambos son homínidos, de aspecto y costumbres similares.

—No todas las costumbres. Los eclipsados son nocturnos.

—Eso no influye en el perfil psicológico.

—¿Seguro?

—Seguro. Las similitudes culturales entre terráqueos y nocturnos son muchas. La psicología es válida en ambos casos.

—¿No hay importantes diferencias culturales a tener en cuenta? Por ejemplo, mientras que la mayoría de Estados terráqueos valoran un Estado con servicios públicos, en Noctem es al revés: la mayoría de sus Estados minimizan el gasto público.

—Eso es política.

—Ah, claro, y la situación política no afecta a la psicología del ciudadano...

—No, sólo afecta a las circunstancias que provocan la psicología del ciudadano. Por ejemplo, un hombre que se mete en peleas continuamente tiene tendencias violentas, ya viva en una dictadura socialista o una democracia liberal.

—Acaba de realizar una valoración personal sobre la política. Me parece significativa que haya escogido las expresiones “dictadura socialista” y “democracia liberal”. ¿Sabía usted que el acusado es simpatizante socialista?

—Sí. Viene en el informe.

—Dígame, doctor. ¿No es posible que su ideología política haya influido en su análisis psicológico?

—¡Protesto! —dijo Cesh—. ¡El acusado es un experto!

—¡Señoría, el perito acaba de realizar una valoración política opuesta a las creencias del acusado!

—¡Señoría, eso no prueba nada!

—¡No probaría nada si el perito no hubiese soltado un mitin político en medio de un tribunal! ¡Es como si estuviese deseando darle caña a la izquierda!

—¡Señoría, esto es absurdo!

—Admitida —dijo el juez—. Señor Valerian, si sigue tratando de desprestigiar al perito con tales puerilidades, me veré obligado a amonestarle.

—No hay más preguntas, Señoría —dijo Valerian, volviendo al asiento.

—Como el perito psiquiatra ha dictaminado que el acusado es apto para el juicio, prosigo con la vista previa. ¿Cómo se declara el acusado?

—Inocente, señoría —dijo Stalker poniéndose en pie. Field y Enkron esgrimieron unas leves muecas de sorpresa.

—¿La fiscalía está conforme con el informe policial?

—La fiscalía está conforme, Su Señoría —dijo Cesh.

—¿La defensa está conforme con el informe policial?

—Con la vendimia de Su Señoría —dijo Valerian. El juez arqueó la ceja izquierda—, quiero llamar a declarar al agente encargado del caso.

—Adelante.

Enkron se acercó y se sentó en el estrado.

—Identifíquese, por favor —dijo Valerian acercándose al cyborg.

—Enkron Denterr, agente especial del Cuerpo de Asalto de Eclipse, encargado del caso del acusado.

—Según su informe, ni usted ni nadie de la policía puso la cámara en los lavabos.

—De haber sido así, nos habríamos enterado enseguida del crimen y habríamos impedido que el acusado saliese del planeta.

“O dicho de otro modo...”, pensó Valerian, “si hubieran admitido haber puesto la cámara tendrían que explicar porqué no entraron al restaurante al comprobar que un conocido criminal estaba presente, y por eso dejaron que Stalker se largara del planeta antes de ordenar su detención, fingiendo que tardaron un tiempo en encontrar la grabación”.

—Así que encontraron la cámara cuando les llamaron desde el restaurante porque un cliente había encontrado el cuerpo...

—Así es. Nosotros no nos enteramos de que se había producido un incidente en el restaurante hasta un rato después.

—Señoría —intervino Cesh—, todo eso ya está en el informe.

—Pretendo llegar a un sitio, Señoría —señaló Valerian.

—Eso espero —dijo el juez.

—La policía no puso la cámara y el dueño del restaurante dice que tampoco. Eso me lleva a pensar que quizás la propia víctima, un conocido asesino a sueldo, pusiese la cámara.

—La defensa está especulando —protestó Cesh—, y aún no sabemos a dónde nos conduce esto.

—Vaya al grano, señor Valerian —advirtió el juez.

—Las circunstancias en que se produjo tanto el incidente como la grabación son muy dudosas —explicó Valerian—. Nadie sabe quién puso la cámara, y como he dicho, si no fue la policía ni el dueño del restaurante, probablemente fuera el asesino. ¿Pero por qué? ¿Y cómo sabía el asesino que el acusado estaba allí? Creo que se deberían estudiar todos estos factores antes de decidir si mi cliente debe ser procesado.

—Señoría, la prueba de vídeo es irrefutable —dijo Cesh—. Es absurdo pensar que las circunstancias de la grabación puedan eximir de responsabilidad al acusado. El crimen es claro. La defensa sólo quiere marear.

—Aún no tenemos el informe del perito sobre el vídeo.

—Pues hasta que el perito no lo analice, es mejor que tanto la acusación como la defensa no especulen sobre lo que prueba o no prueba dicho vídeo —señaló el juez.

—No tengo más preguntas para el agente, Señoría.

—Bien, puede retirarse —Enkron y Valerian volvieron a sus lugares originales— ¿Desea la fiscalía interrogar al acusado?

—Por supuesto, Su Señoría —dijo Cesh poniéndose en pie.

—Acuda al estrado, señor Stevic.

“Ahora es cuando toca mentir”, pensó Stalker mientras se levantaba, pero no estaba preocupado. Antes de entrar en la sala Wib le había indicado que el cambiazio a la prueba había salido bien. El cazarrecompensas tomó asiento junto al juez.

—Señor Stevic, ¿dónde estaba usted cuando se produjo el crimen? —preguntó Cesh.

—En el restaurante —admitió Stalker.

—¿Se refiere al restaurante donde se produjo el crimen?

—Así es.

—¿Qué hacía allí?

—Vigilar a Adve. Queríamos estar seguros de que no estaba compinchado con SuNSeT.

—¿Y dice que no mató a la víctima?

—¿Se refiere a Adve o a SuNSeT?

—¡Me refiero a usted! ¡No se burle del tribunal!

—No me burlo. Le recuerdo que estaba investigando la presencia de SuNSeT en Eclipse. Y creo que Adve no se movió de su asiento, lo que nos deja a SuNSeT.

Echar las culpas a SuNSeT era algo rastrero, pero de todos modos no se podía probar la culpabilidad del revolucionario, y Stalker necesitaba desviar la atención del juez.

—Aquí no estamos hablando de SuNSeT —se quejó Cesh.

—No divague, señor Stevic —advirtió el juez.

“No ha colado”, pensó el cazarrecompensas.

—¿Mató usted a la víctima? —insistió el fiscal.

—No —dijo seriamente Stalker, mirando fijamente a Cesh y haciendo gala de sus mejores dotes de actor.

—¿La conoce de algo?

—No la había visto hasta que me enseñaron su foto.

—¿Entonces no vio a la víctima en el restaurante?

—Obviamente no.

—¿Desde qué lugar del restaurante vigilaba usted a Adve?

—Desde el servicio femenino.

—¿¿Cómo dice??

—Es un lugar para el aseo y la expulsión de residuos corporales reservado a humanoides con vagina, y solo vagina.

Supongo.

—¡Que no se burle!

—Que no me burlo, buen hombre. Le he dicho que estaba en el lavabo y me ha obligado a repetirlo como si no lo hubiera entendido. Como su idioma natal no es el mío...

—¡Ha sido por la sorpresa!

—A la tercera vez tomaré medidas, señor Stevic —advirtió el juez.

—¿Qué hacía usted en los lavabos femeninos?

—Ya se lo he dicho: vigilar —dijo Stalker con desgana.

—¡Me refiero a que por qué entró en ellos!

—Los de hombre estaban llenos. Puede acusarme de escándalo público si quiere, aunque nadie me ha denunciado...

—¡De hecho me resulta sorprendente que nadie lo hiciera! ¿Seguro que estaba en los lavabos femeninos, señor Stevic?

—Señor, sé diferenciar los dos tipos de lavabo.

—¿Y ninguna mujer se percató de que un hombre entró en los lavabos?

—Cuando entré no había mujeres a la vista. Solo en los urinarios privados.

—A ver si lo he entendido. ¿Entró en los lavabos de mujer a riesgo de ser visto?

—Si alguna mujer me hubiese visto, le habría mostrado mis credenciales y explicado que estaba investigando. Así de simple.

—¿Cómo logró colocarle a Adve el micrófono?

—Pues fácil. Me crucé con él antes de que entrara al restaurante y se lo puse.

—¿Sin que se diera cuenta?

—Pues claro. ¿No le he dicho que estaba vigilando a Adve por si estaba compinchado con SuNSeT?

—Tengo dudas.

—Protesto, Señoría —dijo Valerian—. No sé que insinúa la fiscalía.

—Señoría, no me puedo fiar de lo que diga el acusado porque se le ve claramente en el vídeo...

—Dije que nada de hablar sobre el vídeo —recordó el juez—. Protesta admitida.

—Bien. Pero dígame algo, señor Stevic... ¿No es mucha casualidad que usted abandonara el restaurante justo después de la muerte de la víctima?

—¡Protesto, Señoría! —dijo Valerian—. No hay forma de determinar el minuto exacto en que murió la víctima. Mi defendido bien pudo salir del local minutos antes del incidente.

—Admitida —dijo el juez.

—Aún así —dijo Cesh—, como ha dicho el señor Valerian, si Stalker pudo salir poco antes, entonces también pudo salir poco después. Desearía que el señor Stalker nos lo explicara.

—¡Protesto! —dijo Valerian—. ¡El momento en que mi defendido abandonó el local no prueba nada!

—Seré más concreto en mi pregunta. ¿Por qué salió del local si Adve seguía dentro?

—Conteste, señor Stevic —ordenó el juez.

—Observé que mi móvil no funcionaba —explicó Stalker—. Decidí salir al exterior para ver si tenía cobertura.

—¿Arriesgándose a que Adve o Ranserd le viesen? —preguntó el fiscal.

—Era prácticamente imposible que me vieran. Soy un profesional y tengo entrenamiento ninja.

—¡Por favor...!

—Señoría —intervino Valerian—. Mi defendido tiene un historial profesional intachable. Antes el señor fiscal me echó en cara poner en duda las habilidades del perito psiquiatra. Le sugiero que se aplique el cuento.

—Admitida —dijo el juez.

—Señor Stevic —prosiguió Cesh—. ¿Era tan importante tener cobertura con el móvil?

—Arriesgándome a una multa por parte de Su Señoría —comenzó a decir Stalker—, he de decirle, caballero, que para ser fiscal parece saber poco de métodos policiales. ¿Espera que esté sin comunicación durante una misión? Necesito estar en contacto constante con mis compañeros. Además, una pérdida de cobertura en un entorno urbano es sumamente raro. Eso me alarmó.

—Pasaré por alto la crítica del acusado hacia el fiscal, por merecida —dijo el juez.

—Perdone, Su Señoría... —se excusó Cesh.

—Prosiga.

—¿Qué pasó al salir del restaurante, señor Stevic?

—Me topé de frente con fuerzas del orden que me comunicaron la expulsión cautelar de Noctem y mi repatriación a Thuris —explicó Stalker—. Me entregué sin ofrecer resistencia.

—Y sin informar de que estaba vigilando a Adve, por lo que veo.

—No sé por qué habría de hacerlo. Era mi operación, no había escuchado nada sospechoso, y francamente, no consideré procedente hablar de mis asuntos con unas personas que me iban a expulsar del planeta por motivos peregrinos.

—No hay más preguntas, Señoría —dijo Cesh volviendo al asiento.

—¿La defensa desea interrogar al acusado? —preguntó el juez.

—No, Señoría —respondió Valerian.

—Siguiente perito, por favor.

—La fiscalía llama a Arthur Filarstag,

—Disculpe la interrupción, Señoría —dijo Wib cogiendo su móvil—. Pero tengo una llamada por la línea policial.

—Mientras contesta, Enkron la reemplazará en la vigilancia —dijo el juez.

El cyborg eclipsado se levantó y se acercó a Wolfgang mientras Wib salía de la sala y contestaba a la llamada. Al cabo de un minuto, regresó al interior.

—Lamento interrumpir de nuevo, Su Señoría —se disculpó la clon—. Solicito mi permiso para ausentarme.

—¿Causa? —preguntó el juez.

—Se requiere mi presencia en la posible escena de un crimen.

—¿Puede ser más concreta?

—Vaya mierda, con esto no contábamos —señaló Tete en voz baja—. ¿Cómo se nos pasó? ¿Se enterarán todos!

—Berllerak tenía razón —murmuró el Kapitán—. Necesitamos dormir para pensar mejor.

—Al parecer... han encontrado un cordón policial en la clínica del Parque Natural —explicó Wib—. El doctor no está disponible y quieren información.

—¿Entonces no te ha llamado el comisario? —intervino Field.

—No. Me ha llamado una enfermera.

—¿Y te llaman a ti?

—Todo esto es bastante raro.

—Y que lo diga —dijo el juez—. ¿Alguien sabe qué operación policial es esa?

—Ni idea, Señoría.

—Yo tampoco tengo conocimiento de ninguna intervención en el parque —dijo Field.

—Por eso solicito permiso para ir a ver.

—Es mejor que vaya yo. Tú debes quedarte aquí vigilando.

—Pero me han llamado a mí...

—Lo cual, como has dicho, es raro. Iré allí mientras llamo al comisario a ver si sabe algo. Además, tengo entendido que el fiscal y la defensa pactaron la vigilancia. No quiero alterar el pacto. El señor Valerian es experto en argucias legales y no quiero darle excusas...

—¡Protesto, Señoría! —dijo Valerian.

—No se acepta —dijo el juez—. El señor Field tiene razón. La vigilante asignada es Wib, y dada la extraña naturaleza de la llamada, no hay motivos para pensar que su presencia es indispensable en el parque.

—Me voy inmediatamente, Su Señoría —dijo Field, echando a andar. Enkron también se levantó del asiento. Ambos salieron afuera.

—¡Va a...! —comenzó a decir el Kapitán, intentando ponerse en pie, pero Tete le agarró por el brazo y le obligó a sentarse.

—Quieto —dijo Tete—. No seas impulsivo o nos cazarán. Mira cómo ese silkeriano al que siguió ElArtista la cagó por tener prisa...

—Si descubren lo que sabemos...

—Es inevitable.

—¿Eso quiere decir que no los vamos a detener?

—Estoy pensando.

—Deberíamos consultar a Lainier.

—Lainier está en la sala de los testigos esperando a que lo llamen a declarar. Además, cree que es una locura

enfrentarse al Cuerpo de Asalto. Puede que nos maten y nadie dirá nada porque nosotros no estamos autorizados a llevar armas.

—Deben sospechar de Wib...

—¿Por qué?

—Porque la han llamado a ella...

—Eso se puede interpretar de otra forma...

Field se subió a su coche, aparcado en la calle. Enkron se sentó a su lado.

—¿Cómo es que han llamado a Wib? —preguntó Enkron mientras Field encendía el vehículo.

—La quieren alejar de aquí porque no quieren que vigile a Stalker —respondió Field, poniéndose en marcha—. Saben de lo que es capaz.

—Pero si la llaman para que acuda al parque es que no les importa que sepamos que han descubierto la operación.

—No sabemos lo que saben exactamente. En cualquier caso, llamarla desde el parque es una buena excusa para que acuda sin pensárselo. Además, creo que el factor esencial es Stalker. Probablemente quieran que ayudemos a que le suelten a cambio de no desvelar lo que han averiguado... o pretenden haber averiguado.

—¿Y... qué haremos?

—Fingir que colaboramos y destruir las pruebas.

—Los terráneos no son tontos...

—Si no ideamos un buen plan para librarnos de ellos, puede que no nos quede más remedio que recurrir al Artista.

—Aunque no sospechen aún de Wib, lo harán cuando vean que no proponemos un trato —señaló el Capitán mientras el siguiente perito entraba en la sala—. Puede que se les ocurra que Wib podría haber dado el cambiao a la prueba. Entonces la comprobarán.

—Pero la prueba ya ha sido cambiada. Así que no importa.

—¿Y qué pasa con Wib?

—No pasa nada porque parece una mujer muy capaz —Tete tecleó en su móvil—. Sin embargo se me ha ocurrido algo para que no sospechen. Joder, paso demasiado tiempo con esos tres...

—¿Es un plan descabellado?

—Bueno, yo no soy el que se va a jugar el culo, así que...

—¿¿Estás de coña?? —preguntó Berllerak por el móvil. El clon aún estaba en la cama.

—¡Más vale que te des prisa, o llegarán antes que tú! —advirtió Tete.

—¡Me van a coger!

—Cobarde...

—¡Si salgo de esta, me la vas a chupar a dos carrillos! —advirtió Berllerak, incorporándose.

—Eso me temía...

Berllerak cortó la comunicación y rebuscó entre el armamento del armario que tenía a la izquierda de su cama.

El nuevo perito era un hombre de unos cuarenta años, con bigote y entradas.

—¿Qué nos puede decir sobre la escena del crimen? —le preguntó Cesh.

—Dos ráfagas láser atravesaron la puerta del lavabo. Los impactos son compatibles con el arma encontrada junto al cadáver. La rotura del cerrojo de la puerta se produjo por un fuerte golpe contundente desde el interior. La herida mortal de la víctima también es compatible con el arma. Fue disparada por la espalda. Alguien intentó limpiar la sangre de la escena del crimen, pero quedaron restos. El producto empleado para intentar limpiar los restos fue jabón del mismo lavabo. Los restos de sangre pertenecen exclusivamente a la víctima.

—En su opinión, ¿una persona normal podría destrozar el cerrojo de la puerta golpeándola desde dentro del lavabo?

—Con un martillo u otra herramienta, podría, pero el análisis desvela que fue un golpe perpendicular a la puerta, como si la empujaran con fuerza.

—¿Entonces es factible que haya sido un cyborg?

—Sí.

—No hay más preguntas, Señoría.

—Es el turno de la defensa —dijo el juez mientras el fiscal regresaba a su asiento.

—Señor. em... experto —dijo Valerian levantándose del asiento—. ¿Encontró rastros de impactos de láser en el cuerpo del acusado?

—No, pero el acusado fue detenido un día después. Eso es tiempo suficiente para arreglar los desperfectos, que además serían muy pocos teniendo en cuenta su blindaje.

—Pero realmente no hay forma de saber si Stalker estuvo en la escena del crimen basándose en el análisis del lugar, ¿verdad? —insistió Valerian, acercándose al estrado.

—No.

—Es más, tampoco puede asegurar al cien por cien que fuese un cyborg quien empujase la puerta, ¿no es así?

—No, pero es lo más...

—Eso es que no es seguro al cien por cien, ¿verdad?

—Verdad.

—No hay más preguntas, Señoría.

—El perito puede retirarse. ¿Desea la acusación llamar a otro testigo? —preguntó el juez mientras Valerian regresaba a su asiento y el perito se marchaba.

—La fiscalía desea llamar a Michael Smith Skanovich —dijo Cesh.

Lainier entró en la sala, vestido con ropa sencilla completamente negra y sin sus gafas de sol. Le extrañó no ver allí a Tete y el Kapitán. Habían quedado en que acudirían. El clon se sentó junto al juez y Cesh se aproximó para interrogarle.

—Identifíquese, por favor —requirió el fiscal.

—Mi nombre es Michael Smith Skanovich. Soy el jefe operativo del Cuerpo de Asalto Clon de Iberia, La Tierra, bajo el alias de Lainier Sind.

—Conoce bien al acusado. ¿No es así?

—Así es.

—Entrenaron juntos, comenzaron a ser policías juntos, y luego usted ha seguido contando con él para diversas operaciones después de que el acusado se convirtiese en cazarrecompensas.

—En efecto.

—¿No le parece que le ha llamado demasiadas veces?

—Las necesarias.

—¿Es consciente de que Stalker es el cazarrecompensas que más veces ha colaborado directamente con la policía de Thuris?

—Soy consciente.

—Algunos piensan que hay favoritismo...

—¡Protesto, Señoría! —dijo Valerian—. No hay ninguna denuncia al respecto.

—Se admite —dijo el juez.

—Bien, lo diré de otra forma —dijo Cesh—. ¿Por qué llama tanto al señor Stalker, señor Sind?

—Es el mejor.

—¿Tan bueno como para sobrevivir a un ataque sorpresa y acabar con el atacante en un espacio reducido tras arrebatárle su propia arma?

—¡Protesto! —dijo Valerian.

—Señoría, el señor Skanovich es un jefe policial y uno de sus deberes es evaluar a los que están bajo sus órdenes. Creo que su opinión sobre el acusado debe tenerse en cuenta.

—Protesta denegada —dijo el juez.

—Es capaz de eso y mucho más —respondió Lainier echando una mirada desafiante al fiscal. La contundencia de sus palabras sorprendió a todos.

—¿Y es capaz de matar a sangre fría? —preguntó Cesh.

—Jamás le he visto hacer tal cosa.

—¿Pero le cree capaz?

—No —mintió Lainier como un bellaco—, pero podría equivocarme. No soy psicólogo.

—¿Le ha observado un comportamiento violento?

—¿Se refiere a un uso excesivo de la fuerza no contemplado en la ley?

—Por supuesto.

—Jamás —por fortuna, la situación era lo bastante seria como para que Lainier pudiese evitar reír al decir eso.

—¿Sabe que hay varias denuncias contra el acusado por presuntos excesos en el desempeño de su profesión?

—¡Protesto! —dijo Valerian—. Todas las denuncias han sido desestimadas, así que en todo caso el fiscal querrá decir que había varias denuncias.

—Lo siento. Bien, hubo denuncias y no prosperaron, pero me gustaría saber qué opina el señor Skanovich de ellas.

—Ya se lo he dicho antes. No he visto a Stalker extralimitarse, así que no doy credibilidad a esas denuncias. ¿Va a preguntarme algo relevante o me va a seguir haciendo perder el tiempo?

—¡Un respeto a la fiscalía!

—Señor Skanovich... —comenzó a decir el juez.

—Lo siento, Señoría —se disculpó Lainier—. Pero he tenido que viajar de mi planeta natal hasta aquí y el fiscal no hace más que poner en duda el honor del acusado y el mío propio hablando de cosas que no llevan a ningún lado, y eso me molesta, porque Stevic y yo nos jugamos la vida en la guerra para salvar a la Asociación, por lo que me duele que se nos trate así. Por eso ruego al fiscal que realice un interrogatorio útil en vez de tratar de confundir a los presentes con información poco procedente.

—Intentemos calmarnos todos. Prosiga, fiscal.

—Em... ¿envió usted al acusado al restaurante donde se produjo el crimen? —preguntó Cesh.

—Sí —respondió Lainier.

—¿Con qué propósito?

—Vigilar a Adve por si estuviera siguiendo instrucciones de SuNSET.

—¿Por qué no informó de la operación a las autoridades locales?

—No tenía porqué.

—¿Qué hay de la cortesía profesional?

—Un Estado que expulsa a compañeros de profesión bajo acusaciones peregrinas y sin recibir apoyo consular, no

puede darme lecciones de cortesía profesional. Desde aquí debo decir sin tapujos que los métodos de Noctem no son de mi agrado, por lo que decidí montar el operativo sin informar, cosa que me permite la ley, le recuerdo.

—Mmpff... No hay más preguntas, Señoría.

—¿La defensa desea interrogar al testigo? —preguntó el juez mientras Cesh regresaba a su asiento.

—No, Señoría —dijo Valerian.

—¿La defensa desea llamar a alguien?

—No, Su Señoría. Creemos que la fiscalía ya ha hecho nuestro trabajo al llamar al señor Lainer.

—Mppf —volvió a gruñir Cesh.

—Señor Valerian, por favor... —dijo el juez.

—Perdón —se excusó Valerian.

—Se levanta la sesión hasta mañana.

—Bien, quédese en casa —dijo Field a la enfermera, que estaba en la entrada de su vivienda—. Nosotros veremos qué sucede.

—De acuerdo —dijo la enfermera, cerrando la puerta.

Field y Enkron caminaron hacia la clínica. A pocos metros de la entrada ya se divisaba una cinta amarilla pegada en la puerta.

—Eso es un sello terráqueo —señaló Enkron.

—Sin duda han sido ellos —afirmó Field.

El cyborg comenzó a consultar la pantalla de su brazo. Cuando estuvieron a unos metros de la puerta se lanzó sobre su compañero mientras gritaba:

—¡Al suelo!

Ambos cayeron a tierra. Un segundo después, la entrada estalló, haciéndose añicos, pero no afectó a los eclipsados.

—Hijos de perra —gruñó Field—. No querían un trato. Querían matarnos.

—Más bien a Wib —conjeturó Enkron.

—Al menos que contaran con que nosotros la sustituyéramos. Seguro que tenían varias líneas de actuación preparadas.

—La bomba ha sido accionada por control remoto. El tipo debe estar cerca.

Los policías se pusieron en pie mientras sacaban sus pistolas y miraban en todas direcciones.

—Si querían matar a Wib, es probable que estén planeando rescatar a Stalker —afirmó Field—. Eso explicaría su calma en el juicio. Quizás deberías volver por si están asaltando el juzgado.

—No sabemos cuántos de ellos están aquí —advirtió Enkron.

—Son muy listos estos cabrones... Bah, avisa al resto del Cuerpo de Asalto para que refuerce el juzgado y busquemos al artificiero. Ah, y cuidado con lo que dices. Podrían tener micrófonos cerca. De momento vamos a militarizar la zona por la seguridad de los residentes...

Berllarak entró en la habitación de hotel, cansado.

—He logrado escapar por los pelos —dijo.

—Relata —ordenó Lainier.

—No me los he cargado, pero espero que al menos no sospechen de Wib. Han comenzado a llenar de agentes especiales la zona. Espero que no se lleven a los niños...

—Sería demasiado evidente. Pero tendrán el lugar vigilado para asegurarse de que no volvemos para husmear.

—El problema es que la enfermera les dirá que estuve allí. Las tías que me tiré también podrían hablar. Quizás mañana ordenen mi detención.

—Lo dudo. Investigar oficialmente la muerte del buen doctor implica un riesgo de que salgan a la luz sus actividades. Sobre todo ahora que tenemos a la familia.

—Bueno, ahora, con o sin tu permiso, me voy a dormir de una puta vez.

Artic estaba en la cabina del caza negro terrestre, flotando en el espacio fuera del alcance de los sensores de las defensas orbitales de Noctem. Había empleado un buen rato en familiarizarse con el vehículo. Las especificaciones no habían cambiado desde los tiempos de la guerra, pero pequeñas diferencias en la fabricación o el estado de la nave podían afectar a su manejo. Artic sabía que si no cometía errores, podría descender sin que las defensas le detectasen y recoger a SuNSeT. A menos que los nocturnos estuviesen idiotas, sí que se darían cuenta de su presencia para entonces, pero Artic tenía medidos los tiempos de respuesta de las fuerzas aéreas de Eclipse. Podría escapar antes de que los cazas le tuviesen a tiro. Por supuesto, las defensas orbitales estarían alerta para la vuelta, pero confiaba en su habilidad. El pirata inició la aproximación, entrando a toda velocidad por uno de los pocos puntos donde tenía posibilidad de éxito. Las defensas no reaccionaron. En breve tiempo llegó a un terreno árido y pedregoso que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. SuNSeT esperaba en medio del desolado paisaje, embutido en su armadura. El revolucionario se subió en la parte trasera de la nave y Artic volvió a ascender.

—¿Algún problema, muchacho? —preguntó SuNSeT.

—Todo ha ido bien —contestó Artic, echando un ojo a la pantalla del ordenador de su cabina—. Nos han detectado, pero no llegarán a alcanzarnos.

Tres cazas se dirigían hacia ellos volando en paralelo. Los tres eran de color negro, pero el que estaba en el centro

tenía algunos adornos de color rojo.

—No los alcanzaremos, señora —advirtió el piloto de la izquierda.

—Lo haremos cuando las defensas orbitales los frenen —dijo la mujer, que pilotaba la nave central.

—Si ha sido tan hábil para entrar, puede que también lo sea para salir, incluso siendo atacado —señaló el piloto de la derecha—. Si es quien creemos que es, es capaz...

Durante un instante, nadie dijo nada.

—De hecho, podría intentar que las defensas nos alcanzasen a nosotros —dijo al fin la mujer—. Quedaos patrullando a media altura por si intenta descender de nuevo. Seguiré yo sola.

—Pero, señora... —comenzó a decir el piloto de la izquierda.

—Es una orden. Soy la única con habilidad para derribarlo.

Las defensas orbitales aún eran meros puntos en el cielo, del tamaño de las estrellas, pero sus láseres ya tenían alcance para acertar a Artic. El piloto había activado todas las contramedidas posibles para evitar que los satélites consiguiesen fijar el blanco. Además, pilotaba entre nubes.

—¿Cómo lo ves? —preguntó SuNSeT.

—¡Cállate, que me desconcentras! —replicó Artic.

De repente, algo apareció en su radar.

—Nos está alcanzando un caza —dijo Artic—. No puede ser.

—¿Estaría volando por aquí cerca? —preguntó SuNSeT.

—No es zona de maniobras. Además... se mueve más deprisa que nosotros.

—¡Pensaba que los cazas de Noctem eran como los de todos los de la Asociación!

—Nos... va a tener a tiro antes de poder salir.

—¿¿Entonces??

—Entonces me temo que habrá que derribarlo. Si no nos ofrece rendirnos, claro...

—¿Rendirnos?

—¿No quieres rendirte?

—¿A Noctem? Eso es suicidio.

—Desciendan a tierra —la voz de la mujer se oyó por la radio de la cabina—. Están realizando un vuelo no autorizado.

—¿Estás seguro de que no quieres rendirte? —insistió Artic.

—Sabes lo que nos harán —insistió también SuNSeT.

—¿No están aquí Lainier y los demás? Podrían...

—¡No creo que estén en posición de hacer nada!

—Es el último aviso —insistió la voz—. Tienen diez segundos para iniciar el descenso. De lo contrario, serán derribados.

—¡Esa nave es superior a la nuestra! —gritó Artic.

—¡Yo no me rindo! —aulló SuNSeT apretando los dientes.

—¿¿Y yo qué?? ¡Estoy aquí por tu culpa!

—¡Nadie te obligó a venir!

—¡Me cago en...!

—Cinco segundos —dijo la mujer.

—¡Nos torturarán durante días y nos matarán! —afirmó SuNSeT—. ¿¿Te dijo Tete porque estábamos haciendo esto??

—¡Maldita sea! —rugió Artic, tirando de los mandos. La nave trazó un arco en el cielo y se volvió contra el caza nocturno. Pero antes de que Artic pudiese hacer nada más, una ráfaga láser destruyó el ala izquierda. Empezaron a dar vueltas— ¡Joder! —dijo Artic mientras trataba de estabilizar la nave.

—¿Se rinden ahora? —insistió la mujer.

—¡Nos rendimos! —dijo SuNSeT echándose hacia delante y pulsando el botón del comunicador.

—¿Ahora sí, so cabrón? —murmuró Artic, quien por fin recuperó el control.

—Soy un hombre razonable... —dijo SuNSeT sonriendo.

Tras aterrizar, la mujer les hizo salir del caza a punta de pistola. Los revolucionarios la escudriñaron de arriba abajo. “Tetas...”, pensó SuNSeT, pero aparte de ese detalle, no sacó nada más en claro. La piloto no tenía galones o distintivo alguno en el uniforme, y no se había quitado el casco, así que sus rasgos permanecían ocultos. Al cabo de unos minutos llegó un coche policial. Field y Enkron bajaron de él.

—Nosotros nos encargaremos de ellos —dijo Field, sonriendo.

Artic estaba en una pequeña celda con puerta de cristal. Las paredes eran gris oscuro. Se sentaba en una cama que al menos era limpia y cómoda. Al otro lado, Field estaba de pie.

—¿Dónde está SuNSeT? —preguntó Artic.

—Evidentemente, en otra celda lejos de aquí —respondió el clon—. Y aquí quien hace las preguntas soy yo.

—¿No le puedo hacer otra más?

—Bueno, haga una más. Otra cosa es que conteste.

—¿Cuándo han desarrollado un caza tan moderno? Los demás cazas de la Asociación no tienen esa velocidad ni

esos láseres con tanto alcance y potencia. Qué coño... ¡ni siquiera los cazas neos son así! Las leyes de la Asociación obligan a compartir la tecnología defensiva, entre otras. ¿Han estado ocultando sus avances?

—Si nos está acusando de algo, denúncienos —Field sonrió—. Pero no creo que esté en posición de hacerlo. Bien. Mi turno. Está claro que ha venido a rescatar a SuNSeT. Firme una confesión y el juez será magnánimo.

—Prefiero ir a juicio, si no le importa.

—Le voy a recordar cómo funciona esto aquí. Si no colabora, no solo le acusaremos de violar nuestro espacio aéreo y ayudar a un criminal fugado. También le procesaremos por colaboración con un terrorista.

—¿Perdón? No he ayudado a SuNSeT a preparar ningún atentado.

—Ni falta que hace. Le ha ayudado a escapar. Si presta auxilio a un terrorista, le permite seguir realizando terrorismo, y por tanto es cómplice de tales actos. Eso es cadena perpetua.

—Si prueban que SuNSeT es un terrorista.

—Sabemos que tramaba algo en Noctem, puede que incluso con la colaboración de un Cuerpo de Asalto Clon terráqueo. Un asunto muy turbio. ¿Quiere verse involucrado en toda esa mierda? Confiese...

—¿Qué es lo que quiere exactamente que confiese?

—La verdad. Que intentó ayudar a SuNSeT a escapar y que recibió instrucciones del Cuerpo de Asalto de Thuris.

—Quiero un abogado.

—Sin duda, pero mire, es que la ley antiterrorista me permite interrogarlo sin necesidad de abogado. Ya si eso se lo traemos mañana. ¿Seguro que no quiere colaborar?

—Em... no.

—Si es porque las nanomáquinas le impiden traicionar a sus colegas, no sufra por eso —Field sacó una jeringa de una cajita del bolsillo—. Voy a eliminárselas.

—Tengo un déjà-vu...

Field retiró la puerta de cristal. Tenía la jeringa en la mano derecha. Artic echó un vistazo a su arma, colgando de su cinturón... y a las múltiples cámaras de video que había en la celda y en el pasillo.

“Me está provocando”, pensó. “No hay forma de que pueda escapar”.

El clon se acercó lentamente a Artic, pero el revolucionario se mantuvo quieto. El clon le inyectó las bacterias devora-metales. Después salió de la celda y cerró la puerta.

—No es tan tonto como pensaba —dijo Field con una sonrisa antes de retirarse. Artic esperó que SuNSeT tampoco lo fuera.

A la noche siguiente se reanudó la vista preliminar de Stalker. Le tocaba declarar al perito del video, sentado en el estrado. Era un neo con pelo corto y pelirrojo. Todo el Cuerpo de Asalto había acudido a verlo. Como siempre, Enkron y Field estaban de pie en la puerta de entrada.

—¿Ha examinado el video? —preguntó Cesh, al lado del experto.

—Lo he hecho —respondió el perito.

—¿Y cuál es su conclusión?

—El video está manipulado digitalmente. Su contenido no es fiable.

—¿¿Perdón?? —Cesh se sobresaltó, y no fue el único: Enkron y Field se pusieron tensos, apretando los puños. El Cuerpo de Asalto trató de contener la sonrisa, con éxito parcial. Los que se mostraban impasibles eran Wolfgang y Wib.

—Pues eso.

—¿¿P... podría entrar en detalles??

—Le tengo preparado un informe de varias páginas. A grandes rasgos, hay luces, sombras y detalles que no deberían ser como son.

—¿¿Está seguro??

—No se trata sólo de un solo detalle. Son unos cuantos. Pequeños e imperceptibles para alguien que no entienda de esto, pero aún así, no tengo dudas. El video está manipulado.

—Entonces... ¿No puede certificar que el acusado cometiera el crimen?

—No señor.

—¡Señoría, quisiera llamar a otro perito!

—¡Protesto! —dijo Valerian—. El perito tiene un renombre. ¿He de recordar lo que pasó cuando habló el psiquiatra?

—¡Señoría, era mi prueba principal...!

—Corrección: era su única prueba.

—¡Señoría...!

—Como dije al principio, la oportuna aparición de una cámara misteriosa en los lavabos era sospechoso, y ahora resulta que el video es falso. Creo que todo esto ha sido un montaje para encarcelar a mi acusado o como poco quitarle de la circulación durante un tiempo debido a sus investigaciones. Ruego a su Señoría no prolongue más esta situación absurda. Pido el sobreseimiento del caso, y dicho sea ya de paso, que se levante ya la orden de expulsión del Cuerpo de Asalto Clon.

—La fiscalía no tiene nada y el señor Valerian tiene razón: aquí hay cosas sospechosas —dijo el juez—. Caso sobreseído. El señor Stevic queda en libertad.

—¡Por fin he recuperado la confianza en la justicia! —dijo Stalker mientras se levantaba del asiento.

—En cuanto a la orden de expulsión, informaré al juez que la firmó sobre lo acontecido aquí.

—Señoría, eso quiere decir que los clones tendrían que volver a La Tierra hasta que su colega decida —señaló

Valerian—. A menos que hable con él antes de que el Cuerpo de Asalto abandone el recinto judicial.

—Mmm... Está bien, le llamaré ahora mismo —dijo el juez encendiendo su móvil—. Esperemos que esté disponible. Quédense todos aquí.

—Señor Sind, tenemos que hablar —dijo Field acercándose a los clones.

—Escupa —dijo Lainier.

—Ayer detuvimos a SuNSeT y Artic. Intentaban salir del planeta en un caza con tecnología de la Asociación —dijo Field mostrando la pantalla de su móvil a su homólogo terráqueo. En él se veía a la piloto que los había detenido, custodiando a los revolucionarios en el desierto. El rostro de Lainier se tornó sombrío.

—Y... ¿qué han dicho?

—Nada, se niegan a hablar. Puede que sea por las nanomáquinas que les inyectó Sigfried, pero en una noche o dos deberíamos haberlas eliminado.

—¿Tienen ya abogado?

—El plazo de aislamiento acaba mañana. Bueno, iré al grano. Verá, resulta que han desaparecido unas personas de un pequeño poblado en una reserva natural cercana... De ahí la llamada a Wib durante la vista de la otra noche. Hasta hubo una pequeña explosión... Un asunto feo.

—Prosiga —Lainier ya sabía a dónde quería llegar Field.

—Nos gustaría que apareciesen...

—Si nos está pidiendo ayuda, debería hablar con el juez para que levante la orden de expulsión.

—¡Señoría, dígame al juez que retiro mis sospechas acerca de los terráneos! —dijo Field dirigiéndose al magistrado.

—Si les ayudamos a encontrar esas personas... ¿colaborarían con nosotros y nos entregarían a SuNSeT y Artic?

—Por supuesto.

—¿Antes de que los interroguen ustedes?

—¿Se preocupa del bienestar de los terroristas, señor Sind, o de otra cosa?

—¿Antes de que los interroguen ustedes? —repitió Lainier en tono brusco.

—¿Y si no fuera así? —preguntó Field sin inmutarse.

—Me replantearía ayudarles a encontrar a esas personas.

—Replántese el replanteamiento. Es mejor para los terroristas que estén con ustedes, porque aquí los comunistas no son bien recibidos. Tratamos de aislarlos del resto de presos, pero a veces logran burlar la seguridad... Todo esto suponiendo que eludan la pena de muerte.

—¿De qué se les acusa?

—De poca cosa, pero nunca se sabe. Hay que seguir investigando. Lo que quiero decir es que sabemos que a ustedes les importa la vida de esa gentuza. Estamos dispuestos a entregárselos para que los procesen ustedes a cambio de que nos ayuden a recuperar a nuestras personas desaparecidas...

—De todos modos, reitero que si someten a esos presuntos terroristas a interrogatorio por procedimientos no legales en Thuris, no les ayudaremos en nada.

—Mmm... —Field pareció convencerse—. Le creo.

—Y ahora dígame a quién debemos encontrar.

—Una familia: un matrimonio y su hijo de tres años. Estamos muy preocupados por ellos. Todo parece indicar que han sido secuestrados por terroristas. Estamos dispuestos a utilizar todos nuestros recursos para que vuelvan con nosotros.

ElArtista, situado detrás a la izquierda de Lainier, miraba con rostro serio a Field. El eclipsado pareció ignorar a su compañero de Hermandad.

—¿Qué saben hasta ahora de la desaparición? —preguntó ElArtista al fin. Consideró que no preguntar sería más sospechoso que hacerlo.

—Pueden bajarse el informe completo de la red policial. Código X99927-A.

—Y... ¿si ya no estuviesen en el planeta? —preguntó Lainier.

—No creo que hayan logrado salir. Tenemos muy controlado el espaciopuerto. Ni siquiera las naves diplomáticas se libran de nuestro escrutinio —Field sonrió—. Siguen en el planeta. Los encontraremos como sea. Ya se lo he dicho: usaremos todos nuestros recursos.

—Sí, sí... ¿algo más?

—Pónganse a ello cuanto antes. Me gustaría encontrarlos antes de una noche.

—Puede que no podamos encontrarlos tan pronto.

—Pues sería una desgracia. Podrían haber sido secuestrados por la gente que colaboraba con Artic y SuNSeT, sin duda profesionales. Y a ese tipo de gente no se les puede dar mucho tiempo, porque maquinan. Así que una noche sería lo ideal. Por supuesto, si no puede ser, pues no puede ser. Pero debemos esforzarnos todos para no encontrarnos con resultados desagradables. Si no logran encontrarlos tendremos que interrogar a los detenidos.

—Entiendo.

—Espero que el juez los deje libres pronto para que se pongan a trabajar de inmediato. Adiós.

Field se marchó. Por supuesto, daba igual que el juez revocara la orden de expulsión o no: para entregar a la familia a los eclipsados sólo hacía falta llamar a la embajada. Sin embargo, si era necesario realizar el intercambio, Lainier quería estar presente.

El juez estuvo media hora al teléfono, mientras su colega al otro lado del aparato revisaba los datos del juicio de Stalker. Finalmente colgó y se dirigió a los presentes:

—La orden de expulsión ha sido revocada.

—Quiero mis armas y mi cuerpo —exigió Stalker.

Wib se acercó a Lainier mientras salían a los pasillos.

—Os he enviado información técnica para que Berllerak pueda acceder al disco duro —dijo.

—Gracias —dijo Lainier—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, es probable que tus compañeros sospechen que tú diste el cambiazo. Sobre todo después de que Berllerak dejase tu número en la reserva.

—Ya me apañaré.

—Siento este lío.

—Más vale que encontréis algo en ese disco... y más vale que no perdáis a esa familia.

—Se me ocurre algo...

## IV CHOQUE DE CLONES

De vuelta a la habitación del hotel, los clones sopesaban la situación, sentados en círculo alrededor de la mesa. Lo primero era armarse de verdad. Wib les había proporcionado material, pero querían sus armas habituales. Tardarían dos días en llegar al planeta. Para entonces todo podría haber acabado, probablemente para mal.

—¿Les vamos a entregar a la familia? —preguntó Berllerak mientras examinaba el disco duro que ElArtista les había traído. Gracias a la información proporcionada por Wib por fin había podido acceder al contenido.

—Se me ha ocurrido un plan —dijo Lainier.

—Tiemblo.

—Es muy arriesgado, pero aún así tenemos que rescatarlos. Podrían deshacerse de los padres para que no hablen y entregar el hijo a otra familia. Le perderemos la pista y por supuesto será imposible acceder de nuevo a la reserva para encontrar más niños intercambiados.

—Espera. ¿Rescate?

—Si no les entregamos a la familia, matarán a SuNSeT y Artic.

—¿Y? —preguntaron Berllerak y ElArtista al unísono.

—¡Que no los voy a dejar morir!

—¿Entonces el plan es entregarles a la familia y después rescatarla? —preguntó Berllerak.

—Es más fácil que rescatar a los rojillos.

—¿Y cómo rescataremos a la familia?

—La entregaremos en comisaría, a la vista de todos. Eso minimiza las posibilidades de que puedan hacerlos desaparecer impunemente. En cualquier caso tendrán que trasladarlos a otro lugar, ya sea devolverlos a la reserva o bien a un escondite secreto. En cuanto salgan de la comisaría, los seguiremos, los interceptaremos y rescataremos a la familia.

—Elabora un poco más el plan porque le veo lagunas...

—No podemos estar vigilando la comisaría porque es posible que se den cuenta. Pero estaremos en los alrededores, cada uno en un coche. Wib nos avisará cuando se lleven a la familia...

—Eso si no detienen primero a Wib por traidora.

—Antes de entregarles a la familia me aseguraré de que Wib sigue bien.

—A menos que Field la obligue a mentir.

—Es un riesgo que hay que correr.

—¿Y si van en vehículos voladores? No podemos seguirlos por aire, sería demasiado obvio.

—Pero al ir por el aire también es más fácil ser localizado, así que espero que vayan por tierra para no llamar la atención. Bueno, cuando Wib nos avise, nos iremos turnando para seguir al objetivo, para que no se cosquen de que vamos tras ellos. No hay forma de saber qué ruta van a tomar, a menos que informen a alguien de comisaría de a dónde se dirigen, pero claro, podrían mentir. Por eso habrá que atacar en cuanto veamos un lugar adecuado, preferiblemente sin civiles. En teoría antes o después llegarán a un lugar donde no haya ojos indiscretos cerca.

—¿Y si matan a la familia cuando nosotros atacemos? —preguntó ElArtista—. A menos que por alguna razón les hagan falta vivos, lo harán. Creo que sería mejor atacar a la vista de civiles. Puede que se vean inmersos en un tiroteo, pero tanto nuestros enemigos como nosotros tenemos buena puntería, y si hay testigos cerca, no se atreverán a matar a la familia.

—Entonces cambias la seguridad de los testigos por la seguridad de la familia...

—Mejor así, ¿no? Es a la familia a quienes necesitamos...

—Pues si nos van a ver un montón de gente, vamos a quedar como unos criminales, así que más vale que haya algo en ese disco duro que justifique nuestra actuación.

—¿Pero no vamos a ir encapuchados?

—Sí, pero por si las moscas.

—¿Eso es que apruebas mi idea?

—Depende de lo que haya en ese disco. Si no hay nada, atacaremos por sorpresa cuando no haya mirones cerca.

—¿Tomarlos por sorpresa, con lo alerta que van a estar? —preguntó Berllerak mientras seguía hurgando en el disco duro—. Por una vez, apoyo al Artista. Ataquemos antes de que se alejen de un lugar poblado. No será la primera vez que unos policías monten un tiroteo en plena calle. Sencillamente, no tenemos alternativa.

Lainier hizo una pausa.

—Sí, sí que la hay —dijo meditativo.

—¿Ya se te ha ocurrido un plan absurdo? —preguntó Berllerak, inquieto.

—Para pillarlos por sorpresa debemos conseguir que bajen la guardia. Si aún no sospechan de Wib...

—Ay madre...

—No perdemos nada por pedirle ayuda.

—Puede que no se tome bien que la quieras involucrar en un tiroteo con sus compañeros, por muy golfos que sean.

—No hace falta que esté presente si se me ocurre algo para que los distraiga a distancia. Ya veré.

—¿Avisarás a la familia de que los vamos a rescatar? —preguntó ElArtista.

—No. Podrían interrogarlos antes de trasladarlos.

—Pues se van a acojonar cuando atacemos. ¿Y si se resisten a venir con nosotros?

—Pues nos llevamos somníferos y au.

—Serás mamón —se quejó Berllerak—. Ahora tendré que revisar la fisiología eclipsada para determinar el medicamento y dosis...

—Creo que ya está todo claro. ¿Cómo vas con el disco duro, Berllerak?

—He acabado hace un minuto, estaba esperando a que terminases de narrar tu abominable plan.

—¿Qué hay dentro?

—Detalles sobre todas las gestaciones realizadas en ese centro. Lo único que falta es la composición genética de los sujetos. Quizás el ADN no se creaba allí.

—Yo desde luego no vi un laboratorio de ingeniería genética —señaló ElArtista—. Sólo había matrices de gestación.

—Se produjeron tres remesas de clones. Al poco tiempo de nacer una remesa, comienzan a gestar otra. La última pertenece a la del niño de la reserva esa. Hay una cuarta remesa en camino, a la que le faltan un par de meses para estar completadas. Contando las cuatro remesas, eso hace un total de 400.000 clones.

—Demasiados para colocarlos sólo en Eclipse —señaló Lainier—. Tienen que distribuirlos por todo el planeta.

—De hecho vienen los destinos, así que podemos encontrarlos a todos. En la reserva hay veinte más.

—¿Hay algo que implique al Cuerpo de Asalto de Eclipse?

—Aparecen datos exhaustivos sobre Sarkia y sus dos esposos. También viene el nombre del doctor al que me cargué como supervisor de los clones de la reserva.

—Eso sólo prueba la culpabilidad del doctor y arroja dudas sobre la actuación de los agentes que mataron al tipo ese. Pero no podemos probar que fuese el Cuerpo de Asalto quien acudió.

—Pero es suficiente para iniciar una investigación interna —dijo ElArtista—. Sabemos por Wib que el caso está en los archivos. En cuanto un juez vea esto hurgará a fondo.

—Supongamos que el juez certifica que fue el Cuerpo de Asalto quien acudió a la llamada. ¿Podemos demostrar que estaban en el ajo y mataron al marido y a Riina para que no hablaran?

—Pues...

—Lamento interrumpiros —intervino Berllerak con rostro serio—, pero, ¿os dais cuenta de que no tenemos nada?

—¿Cómo que nada? —preguntó Lainier, sorprendido—. ¿No habías dicho que...?

—Este disco duro no es admisible como prueba. Lo trinqué durante una operación ilegal, así que el juez no lo admitirá. Hasta podrían convencerle de que el contenido es pura invención y que nosotros lo hemos creado. Salvo lo de los clones, claro: eso es comprobable mediante análisis de ADN, pero aún así la prueba sigue siendo ilegal. De hecho más vale que no se enteren de que yo me cargué al medicucho ese, o me acusarán de asesinato.

—¿En vista de la gravedad del asunto, el juez no podría obviar cómo se obtuvo la prueba? ¿Podemos retorcer la ley antiterrorista de Eclipse en beneficio propio?

—Creo que sólo afecta a las fuerzas locales, no a las de la Asociación. Además, el problema es que en ese momento nosotros ni siquiera teníamos permiso para investigar.

—Consultaré con Valerian.

—Aunque lo consultes, la abogacía no es una ciencia exacta. Incluso si dice que puede hacerse, no quiere decir que cuele. Y te recuerdo que estamos hablando de que me pueden acusar de asesinato...

—Bien, a la mierda el disco duro. Por tanto, atacaremos en zona despoblada, a ser posible.

—¿En qué vehículos?

—Mmm... voy a llamar a Adve —Lainier tecleó en su móvil.

—¿Qué quieres esta vez? —preguntó Adve.

—Necesito seis coches para ya. Los mejores que tengas, a ser posible voladores y blindados.

—¿Más coches? ¿Para qué?

—Para hacer turismo. Cada uno de nosotros queremos ir a un lugar diferente. Por eso necesitamos seis coches.

—Ya. Voladores y blindados.

—Nos gusta el turismo de riesgo.

—Pues si quieres riesgo no uses tales coches. ¿Has pensado en el transporte público?

—¿Hay algo público en esta ciudad?

—En serio... ¿esto me va a meter en un lío?

—Sí —dijo Lainier con rotundidad—. Si sale mal, claro. ¡Si todo va bien no tienes nada de lo que preocuparte!

—Supongamos que debo preocuparme. ¿Qué me podría pasar?

—La perpetua, en el peor de los casos.

—¿Y esperas que te ayude?

—¡No es una ayuda! ¡Es un negocio capitalista! Te pagaremos el alquiler de los coches.

—No puedo alquilar coches. Ese no es mi negocio, no sería legal.

—¿Puedes vender tus coches en plan segunda mano como un particular cualquiera?

—Por supuesto.

—Bien, pues...

—Pero no he aceptado. La perspectiva de pudrirme en prisión no me place.

—Dije que eso era en el peor de los casos. ¡Tú solo habrás vendido unos coches usados en una transacción legal! ¡En principio el juez no tendrá nada contra ti!

—¿No tienes argumentos mejores para convencerme?

—¿A ti no te acosaban los perros del gobierno? ¿Quieres asestarles un golpe mortal? ¡Pues ayúdanos!

—¿Lo del golpe mortal es literal?

—Si no hay más remedio, sí...

—No sirves para negociar, Lainier...

—Los entresijos del capitalismo se me escapan.

—¿Es seguro que mi situación mejorará si triunfáis?

—Si esto sale bien, el escándalo será tan brutal que por fuerza tendrá que haber un cambio de gobierno. Supongo que los candidatos de la oposición no te putearán tanto, ¿o también?

—En principio me son más favorables.

—¡Pues necesitamos esos coches!

—¿Se os ha ocurrido... ir a un concesionario o una empresa de alquiler?

—Necesitamos coches de la hostia. Eso significa que tendríamos que recurrir a empresas de lujo. Cuanto más pijo y derechoso sea el empresario, más probabilidades hay de que sea amiguito del gobierno o del Cuerpo de Asalto local, así que no me la juego.

—Vaya paranoico. Yo soy de derechas y me opongo al gobierno.

—Sabes que eso no es lo normal. ¿Vas a vendernos los coches o no? Si tienes alguna duda, siempre puedes refugiarte en nuestra embajada hasta ver cómo resulta la cosa.

—Qué remedio.

—¿Entonces es un sí?

—Es un sí.

—¡Excelente! Envíanos los...

—¿No te esperas a que te diga el precio?

—Hombre, tengo una idea...

—Pues multiplícala por diez.

—¿¿Cómo que por diez??

—Oferta y demanda.

—¡Te pago el doble y eso es todo!

—Por diez, por diez.

—¡Por cinco! ¡Y no me hagas la rima!

—Por diez. Está claro que tú tienes más interés en esto que yo.

—¡Pero es que esa cantidad es desorbitada!

—Si no lo pagas tú. Lo pagará el Estado. ¿Verdad?

—¡Lo que equivale a decir que paga el contribuyente, y yo no me gasto esos dineros a la ligera!

—Considera esto mi pequeña contribución a sabotear el sistema público.

—¡No tiene ni puta gracia!

—¡SuNSeT me dijo que tenías sentido del humor!

—¡Aquí no hay humor!

—Lainier, cojones —intervino Berllerak—. El tiempo es oro. Pásale la factura a la embajada y a tomar por culo.

—¡Calla! —gritó Lainier girándose hacia su compañero—. ¡A mí no me derrotará un capitalista!

—¿Ah, no? ¿Y qué ocurre cuando combatimos uno contra el otro en los entrenamientos?

—Mmpf... —murmuró Lainier, volviendo a centrarse en Adve—. Acepto. Toma nota de los detalles de la transacción...

Una vez establecido el trato, Lainier intentó telefonear a Wib, pero el teléfono estaba apagado.

—Me parece que ya están interrogando a Wib —dijo Lainier—. Preparaos para salir por patas si vienen a detenernos.

—Como ustedes saben, la prueba contra el juicio de Stevic resultó falsa —explicó Field a los veinte funcionarios que estaban sentados en la sala de reuniones de la comisaría, entre ellos Wib, en primera fila. El clon estaba de pie frente a ellos. A su izquierda se encontraba Enkron. Otros cinco agentes uniformados y armados estaban dispuestos a lo largo de la sala, vigilando—. El problema es que tenemos buenas razones para pensar que la prueba era auténtica, y que por tanto alguien realizó un cambio. Lo más plausible es que fuese alguien de dentro quien realizase tal cambio, o al menos ayudase a que alguien se colase para tal fin. Ustedes son los únicos que pudieron participar en tal desafortunado evento, así que van a ser sometidos a investigación. Como el incidente se ha producido en un edificio de las fuerzas de seguridad del Estado, tengo derecho a aplicarles un interrogatorio mediante fármacos autorizados. Si descubriésemos sólidos indicios de que efectivamente se produjo un robo de pruebas, entonces tendríamos autorización para aplicarles un interrogatorio con lo que el gobierno llama presión física, aunque yo lo llamo tortura, porque no me gustan los eufemismos, del mismo modo en que no me gustan los traidores, así que no me temblará el pulso a la hora de hacer lo que sea necesario, por muchos años que haya trabajado con ustedes. Bien, si alguien tiene algo que decir, que lo haga ahora, y si no, empezaremos con este desagradable asunto —hizo una pausa de tres segundos, pero nadie habló—. Bien, allá vamos. Irán pasando de uno en uno al centro médico donde el doctor comprobará que pueden resistir el interrogatorio químico, y después irán a la sala de interrogatorios. Para dar ejemplo, mi compañera Wib será la primera. Vámonos, por favor.

Wib se levantó del asiento y salió de la sala seguida por Field. Iba desarmada, y ciertamente podría intentar noquear

a su jefe, pero no lograría salir de la comisaría con vida. Una fuga era fútil.

Tras andar por un largo pasillo, entraron en un pequeño centro médico donde un hombre de unos treinta años, con pelo negro y entradas, aguardaba sentado, enfundado en una bata blanca.

—Le traigo la primera, doctor —dijo Field.

—Bien, siéntese —dijo el doctor a la muchacha, señalando una silla frente a una mesa blanca.

El doctor se acercó a uno de los cajones de su armario y extrajo una jeringuilla, mientras Field no le quitaba el ojo de encima a Wib.

—Descúbrase el brazo, por favor —ordenó el doctor mientras se acercaba a la muchacha. Wib se remangó la manga derecha, por lo que el doctor se puso al lado derecho. Desde esa posición, Field no tenía ángulo para ver completamente a Wib. Caminó hacia la derecha mientras Wib metía la mano izquierda bajo la mesa y arrancaba una cápsula que estaba fija bajo el mueble. Field ya tenía una visión completa de su compañera, pero ella ya tenía la cápsula en su puño.

El doctor introdujo la muestra de sangre en una pequeña máquina del tamaño de una cafetera, y tecleó en un ordenador que había al lado. Mientras, Wib apoyó el codo izquierdo en la mesa mientras se llevaba la mano a la boca, como si reposara, y aprovechó para tragarse la cápsula.

Pasados unos minutos, el doctor habló:

—Confirмо que la sujeto es Wib y que está en perfectas condiciones para un interrogatorio químico.

—Vamos pues —dijo Field.

Wib acompañó a Field de nuevo por los pasillos, pero ya no tenía nada que temer: la cápsula que había tomado neutralizaría los efectos del suero de la verdad.

El teléfono de Lainier sonó. Era Wib. El clon descolgó:

—Diga.

—Todo ha ido bien.

—Excelente —Lainier colgó.

Field esperaba en la entrada a comisaría. Un solo coche llegó, aparcando enfrente. De él bajaron Lainier y Berllerak, acompañados por la familia. El marido de Sarkia era un hombre de unos cuarenta años con el pelo rubio y corto, vestido con ropa blanca.

—Buenas noches —dijo Field mientras los clones se acercaban.

—Espero que ustedes me digan que está pasando —dijo el marido—, porque los terráqueos no nos lo han dejado claro.

—Todo forma parte de una completa investigación. Lamento no darle más detalles, pero sin duda se habrá enterado de que hubo una explosión en su colonia. Por su seguridad, hemos dispuesto hombres adicionales. Les trasladaremos enseguida. Por favor, pasen al interior y...

—Ejem... —carraspeó Lainier.

—Ah, sí, qué cabeza la mía —dijo Field con una sonrisa. El clon habló por su intercomunicador—. Tráelos.

Al cabo de unos segundos, Artic y SuNSeT aparecieron esposados, seguidos por Enkron. A SuNSeT le habían sustituido su armadura por ropa carcelaria de color negro, pero Enkron arrastraba un carro portando la armadura.

—La combinación es 2047 —dijo Enkron mientras señalaba con el dedo el panel alfanumérico de los grilletes de SuNSeT.

—¿Cómo ha ido todo, SuNSeT? —preguntó Lainier mientras Berllerak comprobaba que los eclipsados no hubiesen manipulado la armadura del revolucionario.

—Les he contado todo —respondió seriamente SuNSeT.

—¿Q... qué? —Lainier se puso pálido.

—Lo de nuestras orgías gays y aquella vez que alquilamos una cabra.

—La madre que te...

—Por desgracia, han aparecido tan pronto que estos caballeros no han tenido tiempo para decirnos nada —dijo Field.

—Pero estamos endrogados —dijo SuNSeT—, así que si fuera tan amable de darnos algo para no pasarnos la siguiente media hora portando...

—Que te la den los terráqueos, so rojo —dijo Enkron empujando a SuNSeT hacia delante.

Ante la brusquedad del cyborg y aprovechando que sujetaba el carro con su armadura, el revolucionario no pudo reprimirse y tuvo que recitarle uno de sus emotivos poemas:

—Da gracias a tu Hermano / que lo que tienes en la mano / no lo tengas en el ano.

Enkron lanzó una mirada asesina a SuNSeT, quien se limitó a sonreír.

—¿No puedes estarte callao ni un momento, majo? —preguntó Artic a su compañero, con visible enfado.

—Sólo cuando tengo una polla en la boca —respondió SuNSeT mientras intercambiaban posiciones con la familia.

—Me pregunto si habría forma de que nos pudiésemos llevar la nave en que estos dos intentaron escapar —dijo Lainier a Field.

—No —dijo Field tajantemente—. Confórmense con la armadura.

—Lo suponía —se resignó Lainier mientras Berllerak cargaba el traje de combate en el maletero del coche.

—Entonces supongo que aquí acaba todo, señor Sind.

—¿Ah sí? Esperaba enterarme de qué ocurrió exactamente en esa colonia.

—No es su problema.

—Un poquito de colaboración no estaría mal...

—No hay motivos para colaborar. Son asuntos que sólo conciernen a Eclipse.

—De todos modos solicitaré un informe a la dirección general de policía.

—Haga lo que quiera, pero dudo que se lo den. En cualquier caso ese informe lo preparo yo, que estoy al mando de la investigación. ¿Comprende? —Field echó una mirada despectiva mientras Enkron volvía al interior de la comisaría junto a la familia y Berllerak introducía a los revolucionarios en la parte trasera del coche.

—Lo tiene todo bajo control, ¿eh?

—Vuelva a casa y deje de meterse donde no le llaman —dijo Field mientras se daba la vuelta.

—Qué ganas tengo de arrancarte la piel a tiras, bastardo del demonio... —murmuró Lainier mientras el eclipsado desaparecía en el interior del edificio.

—¿Ya está hecho? —preguntó Wib a Field cuando este pasó por su lado.

—Sí —respondió Field—. A ver si por fin podemos poner orden en este maldito asunto.

—¿Los llevo a la colonia?

—No, Derrim se encargará.

—Con el debido respeto, si como dice, el Cuerpo de Asalto terráqueo está implicado en estos extraños sucesos, debería ser yo la que escoltara a la familia hasta su casa.

—Poco podrás hacer contra seis.

—Sigo siendo mejor que Derrim.

—Pues por eso precisamente. Si el Cuerpo de Asalto... asalta el coche, podríamos perder al escolta. Mejor Derrim que tú.

—¿Y entonces por qué no enviar más coches?

—Llamaría la atención.

—Muchos coches. Los bastantes como para aplastar al Cuerpo de Asalto si ataca.

—Si se los pido al comisario, me preguntará que porqué tantos coches, y no tengo una explicación clara que darle: me baso en mi instinto.

—Pero el comisario suele hacerte caso...

—Basta. Irá Derrim solo y se acabó.

—Bien. ¿Y cómo van los interrogatorios?

—Vamos por la mitad. Espero llegar a algo cuando interroguemos a los de la sala de vigilancia. Probablemente son los culpables. Por eso los he dejado para el final, para que suden. Cuanto más nerviosos estén, mejor.

—Estoy listo —dijo un hombre de unos treinta años acercándose a Field. Tenía el pelo rubio con un ligero flequillo y vestía con ropa similar a la del líder del Cuerpo de Asalto de Eclipse, pero con el chaleco color verde oscuro. La placa lo identificaba como compañero.

—Llévatelos ya, Derrim —ordenó Field.

—Bien.

Derrim se retiró y Field se volvió hacia Wib.

—Hazme saber cuándo los terráneos se largan —dijo Field—. Si se ponen muy tontos los volveremos a echar a patadas.

—Sí, señor —dijo Wib mientras su jefe volvía a su cubículo.

La clon comenzó a caminar. Cuando estuvo fuera del alcanza visual de Field, apretó el paso. Derrim solo tardaría un minuto en sacar a la familia de dondequiera estuvieran esperando. De hecho, Wib escuchó la voz de su compañero a su espalda.

—Acompáñenme, por favor —la familia comenzó a salir de una habitación.

Wib apretó el ritmo, pero no quería echar a correr pues resultaría demasiado sospechoso. Tomó el ascensor y bajó hasta la primera planta subterránea del garaje y buscó el coche de Derrim mientras sacaba un pequeño dispositivo con forma circular de un bolsillo de su cinturón. Se acercó al vehículo mientras el ascensor volvía a subir: el tiempo se agotaba. Todo el garaje estaba lleno de cámaras. Tendría que hacerlo de forma disimulada. Pasó pegada a los coches del Cuerpo de Asalto, seis en total. El suyo estaba el tercero, y el de Derrim, el último. Abrió la puerta de su vehículo y dejó caer disimuladamente el dispositivo al suelo. Sabía que con la puerta abierta la cámara más cercana no captaría al cacharro. Con el pie lo escondió debajo del coche y cerró la puerta. Después sacó el móvil y controló el apartado remotamente: este se deslizó por el suelo hasta ponerse debajo del coche de Derrim, y se impulsó hacia arriba, quedándose adherido. Después Wib arrancó el coche y se largó de allí.

Lainier esperaba en su coche, observado la comisaría. Era el encargado de hacer la primera ronda de seguimiento. Berllerak se había llevado a los revolucionarios a la embajada, pero volvería. De repente, Lainier recibió una llamada de Wib.

—Actualiza tu software —dijo ella.

Lainier tecleó en el ordenador del coche. Una señal de rastreo apareció en pantalla.

—Excelente —dijo Lainier—. ¿Seguro que es él?

—A menos que me hayan engañado, sí. ¿Tienes otra opción?

—No. Gracias por la ayuda.

La señal indicaba que el coche se había puesto en marcha. Al cabo de un minuto, Lainier vio el vehículo salir de comisaría. Puso el coche en marcha y comenzó el seguimiento. Por la suspensión del vehículo, parecía plausible que dentro estuviera la familia, pero también podrían ser un par de agentes eclipsados dispuestos a matar al Cuerpo de Asalto Clon de Thuris.

Lainier condujo un buen rato por la ciudad hasta que ElArtista le relevó. El siguiente fue Stalker, que ya volvía a usar su cuerpo militar. El coche por fin abandonó la urbe y tomó la carretera a la colonia. De momento todo iba bien. Los siguientes fueron Tete y el Kapitán, y finalmente Berllerak, que ya había vuelto de la embajada.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Lainier por el intercomunicador del coche.

—Bien, pero la contraseña para abrir las esposas era falsa —dijo Berllerak—. Tendrán que petarlas en la embajada.

—Putos eclipsados...

—Estamos en medio de la nada, Lainier.

—Bien, nos acercamos. Preparaos para el asalto.

Lainier pulsó la pantalla del ordenador. El dispositivo adherido al coche de Derrim explotó. El clon mantuvo el control del vehículo, pero comenzó a perder velocidad mientras echaba humo por debajo. Lo detuvo a la derecha y bajó a comprobar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el marido.

—Quédense dentro —dijo Derrim mientras echaba un ojo por debajo. Después pulsó un botón de emergencia en su teléfono y abrió el maletero.

Los coches de los clones conducían a toda velocidad con las luces apagadas, en fila de a dos, aunque el motor de sus vehículos sin duda alertaría a Derrim de su presencia. Lainier y ElArtista iban en cabeza, seguidos por ElArtista y Stalker y finalmente Tete y el Kapitán.

—¡Disparamos ya! —ordenó Lainier. Aún estaban lejos pero ya divisaban a Derrim. No podían arriesgarse a que matara a la familia. Tendrían que disparar con un rifle de francotirador en marcha: lo habían colocado en el interior del vehículo. Pulsando un botón del ordenador, bajaron las lunas delantera, y el soporte del rifle lo desplazó hacia delante.

Derrim no volvió al interior del vehículo, sino que pulsó otra tecla en su teléfono. De repente las luces traseras emitieron una luz cegadora.

—¡Mierda!! —gritó ElArtista, que no tenía los ojos protegidos: aún no se habían puesto las capuchas por si acaso se cruzaban con alguna patrulla en carretera.

ElArtista pisó el freno en seco, pero eso provocó que el coche de Stalker se estrellara tras él. Lainier, protegido con sus gafas, disparó, pero un leve toque de su coche con el de ElArtista, unido a la sorpresa, hizo que su tiro se desviase. Derrim resultó herido en el hombro izquierdo, pero no de gravedad: sacó un lanzacohetes del maletero y apuntó a los perseguidores.

—¡¡Todos fuera!! —gritó Lainier mientras abría la puerta. Los clones obedecieron. Los dos primeros vehículos saltaron en pedazos.

Con las prisas, los clones no habían cogido las capuchas. Rodaron por los suelos intentando alejarse de la fuente de luz que revelaba su posición, aunque poco importaba, ya que el enemigo tenía mejor vista nocturna.

—¡¡Les sugiero que se larguen!! —gritó Derrim mientras volaba los dos siguientes vehículos—. ¡Mi coche está emitiendo todo esto a la central!

—¿Habrán cogido nuestras ca...?

—¡¡Calla y dispara!!

Derrim intentó apuntar a Lainier, pero recibió un tiro de este en el brazo derecho, y otro de ElArtista en su pierna izquierda. Después destrozaron a tiros las luces y las cámaras traseras del vehículo.

—¡¡Socorro!! —gritaron desde dentro del coche.

—¡No se preocupen, somos del Cuerpo de Asalto Clon! —gritó Berllerak mientras se acercaba al coche. Los demás apuntaron a Derrim, apoyado en el suelo sobre el costado derecho. Lainier apartó con el pie el lanzacohetes.

—Ni se te ocurra hacer tonterías —advirtió, mientras cogía la pistola que colgaba del cinturón del eclipsado y la echaba a un lado.

Berllerak condujo a la familia a uno de los dos vehículos que aún quedaban en pie. Los sentó detrás y se puso al volante. Stalker se puso a su lado.

—Nos piramos —dijo Berllerak por el intercomunicador mientras arrancaba—. Y daos prisa que seguro que ese cabrón ha pedido ayuda.

—En cuanto limpiemos esto —dijo Lainier haciendo un gesto al Kapitán y Tete, quienes volvieron a los restos de los coches y arrancaron cualquier artefacto que pudiera dar pistas a las autoridades locales, tales como los rifles y los ordenadores.

—¡No sabes lo que has hecho! —gritó Derrim, lleno de furia.

—Usted, señor, está detenido.

—¿¿Bajo que acusación??

—No te hagas el tonto.

—¡Vosotros no podéis actuar así! ¡Tienes que decirme de qué se me acusa!

—¡Intento de asesinato! Tenemos aquí un fascinante lanzacohetes que...

—¡Vosotros habéis saboteado mi coche!

—No sé de qué me hablas...

—Además, en el vídeo podrá apreciarse que os aproximasteis a mi preparados con rifles. He actuado en defensa propia.

—Que desconfiado, hombre. Los rifles eran para enfrentarnos a una posible emboscada. Solo te hemos disparado porque nos has intentado matar.

—¡Ya veremos lo que opina el juez!

—Sí, ya veremos lo que opina en cuanto le comentemos todo el tema ese de la familia... Será mejor que cooperes. Te caerán menos años... o te ahorrarás la pena de muerte. Porque trataríamos de que te juzgaran aquí, claro.

—Estás acabado.

—¿Os queda mucho? —gritó Lainier.

—Un minutito más —dijo Tete, mientras el Kapitán y él cargaban la chatarra en el maletero del coche que quedaba intacto.

Derrim echó una mirada al Artista, clavando sus ojos en él y entrecerrándolos. Apretó los dientes.

ElArtista esperó un segundo, y entonces disparó, volando los sesos de Derrim.

—¿¿Pero qué cojones?? —gritó Lainier. Tete y el Kapitán se giraron a mirar, arma en ristre—. ¿¿Has perdido la puta cabeza??

—Sabía que soy de la Hermandad Clon —respondió ElArtista—. Me ha hecho una señal para que lo ayudara, cosa que obviamente no iba a hacer.

—¿¿Y por eso tenías que matarlo??

—Por supuesto. Los demás se habrían enterado de que no lo ayudé. Espero que en el informe digas que lo mataste tú...

—¡¡Pero qué dices!!

—¡Hombre, de lo contrario estaremos en las mismas! A Berllerak no se lo puedo pedir: me partiría la espalda...

—¡¡Muy bien, pero tendrías que haberle dejado vivo para interrogarle!!

—¿Y si lo hubiéramos interrogado, después me habrías dejado matarle a sangre fría? —Lainier no contestó—. Lo que imaginaba.

—Em... todo listo —dijo Tete mientras cerraba el maletero.

—Vámonos —dijo Lainier mientras cogía la cartera y el móvil del fiambre.

—¡No puedo sacar a esa familia del planeta! —dijo el embajador dando un puñetazo sobre la mesa de su despacho. Era un hombre de unos cincuenta años, con pelo negro que ya había desaparecido de la parte superior de su cabeza. Vestía con un traje azul marino con el logotipo de la esfera terrestre en la solapa izquierda.— ¡Sería secuestro!

—Hay que actuar antes de que se cosquen del tema y no podamos salir —dijo Lainier, de pie frente al embajador. ElArtista estaba a su izquierda y Berllerak a su derecha.

—¡Pero eso causaría un incidente diplomático!

—Todo se aclarará cuando destapemos lo de la conspiración.

—¡No! ¡El remedio podría ser peor que la enfermedad! ¡Esperaremos a que venga el fiscal a realizar la pruebas!

—El problema es que en estos momentos habrá otro fiscal que estará recibiendo otras noticias de nuestros enemigos: probablemente un fiscal clon de la Hermandad. Se producirá un jaleo burocrático, y a saber si podemos salir de aquí.

—¿No decíais que las pruebas estaban a nuestro favor?

—Sí, pero eso no quiere decir que la Hermandad se esté quieta. Intentarán apoderarse de la familia diga lo que diga el juez, aunque se pongan al descubierto, pues no tienen nada que perder.

—¿Acaso piensas que asaltarían la embajada?

—Capaces son, incluso sin autorización.

—Entonces pediremos al juez que nos envíe refuerzos para protegernos. Que no sean clones, claro.

—Yo no me la jugaría. El Cuerpo de Asalto Clon es astuto y es probable que encuentren una manera de salirse con la suya incluso teniendo a los humanos locales en contra. Le recuerdo que nosotros fuimos capaces de internarnos en Corona y acabar con el presidente cuando éramos muy jóvenes. Imagine de lo que serán capaces estos, que tienen más experiencia y, me temo, un entrenamiento superior.

—Pero Corona no tenía clones para defender al presidente. Y esa familia los tiene a ustedes.

—¿Qué parte de "más experiencia y entrenamiento superior" no ha entendido? Hace una hora casi nos mata un solo hombre.

—¡No exagere, que están todos vivos!

—Cuéntale lo del caza... —murmuró Berllerak.

—Ah sí... —recordó Lainier—. Artic... em... uno de los revolucionarios, me ha dicho que el caza que los derribó usaba una tecnología superior a todo lo visto en la Asociación de Planetas... e incluso Neo World.

—¿Está seguro?

—Era el mejor piloto de La Kúpula. Creo que entiende de naves. Si la nave es obra del gobierno, podemos negociar con ellos. Seguro que acceden a nuestras demandas a cambio de perdonarles lo de ocultar la tecnología. Sin embargo, si la nave es obra de la Hermandad, estamos jodidos, porque tienen acceso a tecnología superior a la de la Asociación, y por eso reitero que deberíamos sacar ya del planeta a la familia...

—¿De verdad cree que unos clones conspiradores podrían haber fabricado e introducido un caza con tecnología superior en el ejército?

—Usted siga subestimándonos que ya verá... Además, puede que el caza no sea del ejército. Quizás simplemente se

coló durante la persecución, o dieron un cambiazo. Yo qué coño sé. Yo sólo sé que un caza de la hostia derribó a Artie y después la piloto los entregó al Cuerpo de Asalto sin más, y eso es sospechoso de cojones, que quiere que le diga.

—Ya he hecho bastante acogiendo en la embajada a esa familia, a esos... revolucionarios y a ese Adve. Solo por eso podría causar un incidente diplomático. Y ahora, fuera de mi despacho.

—Que le folle un pez —dijo Lainier mientras salían del despacho.

Al cabo de unos minutos, Cesh y un doctor llegaron a la puerta de la embajada. El edificio, de color azul oscuro, tenía veinte plantas y estaba recubierto por grandes ventanas, lo cual no le hacía ni pizca de gracia a Lainier, quien recibió a los eclipsados.

—Buenas noches —dijo Cesh—. Traigo un doctor humano de otra comisaría, como me pidió.

El doctor tenía unos cincuenta años y pertenecía a la etnia gris, con barba negra y escaso pelo en la cabeza. Vestía con traje gris oscuro y llevaba una maleta blanca donde presuntamente llevaba el instrumental.

—Abra eso —ordenó Lainier, señalando la maleta.

El doctor obedeció: dentro solo había instrumental médico, incluyendo una analizadora de sangre similar a la que habían usado con Wib. Berllerak se asomó al exterior y revisó las piezas.

—Todo en orden —dijo.

—Es usted un paranoico —dijo Cesh a Lainier mientras el doctor cerraba la maleta.

—Hombre, es que encima me envían a usted, que quiso meter a mi amigo entre rejas...

—Oiga, yo solo cumplo con mi deber. Si tiene algún inconveniente, me piro...

—¡No, que no hay tiempo! ¡Pase! —Lainier hizo un gesto con la mano y los eclipsados entraron en la embajada. El resto del Cuerpo de Asalto esperaba en el hall.

—Que sepa que mientras venía por aquí he recibido un mensaje de Wib, que por cierto, es la que me ha convencido para que les haga caso en todo este turbio asunto. Me fio más de ella que del resto de clones porque al resto de sus compañeros no les gusta tratar con humanos, y por eso vuestra acusación parece factible.

—Al grano. ¿Qué mensaje?

—Un fiscal clon está investigando un incidente en la carretera de...

—Vale, vale... Eso lo podemos explicar. Tuvimos que hacerlo.

—¿No lo niegan?

—Llegados a este punto, hay que hablar claro. Ese Derrim intentó matarnos. Nosotros solo queríamos a la familia. Fue defensa propia.

—Por lo poco que Wib ha podido averiguar, la víctima tenía...

—¿Y si el doctor va practicando las pruebas mientras hablamos? El tiempo corre... Ahora mismo el fiscal estará pidiendo autorización para asaltar la embajada...

—Oh, sí... Vaya, doctor.

—Por aquí —dijo Tete al doctor, quien se dirigió al ascensor al fondo del hall en compañía de Tete y el Capitán.

—Como iba diciendo, la víctima tenía un disparo en la cabeza —prosiguió Cesh—. El fiscal intentará probar que fue un asesinato a sangre fría.

—Primero disparamos a sus extremidades, pero no se rindió. Intentó volarnos con un lanzacohetes y tuve que dispararle a la cabeza.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—Curioso, porque todo el mundo sabe que usted usa una Magnum, pero la herida indica un láser de menor diámetro...

—Vaya fallo... —murmuró ElArtista entre dientes.

—Y... eso es porque pretendíamos ir de incógnito y no llevaba mi arma habitual.

—Pos entonces eres tonto, porque llevabas tu arma habitual... —murmuró ElArtista al oído de Lainier.

—Cállate, coño... —gruñó Lainier apartando con la mano a su compañero.

—Bueno, eso es todo —dijo el fiscal—. Ah, sí... Wolfgang y Wib están vigilando fuera. Nos avisarán si llega alguien.

—¿Wib? ¿No debería estar... donde se supone que deba estar? El Cuerpo de Asalto sabrá que nos ayuda...

—Después de que interceptaran a Derrim, creo que sin duda ya sospecharán de ella. No creo que nadie que no perteneciera al Cuerpo de Asalto supiera nada sobre la misión.

—Bueno, vamos a ver cómo va el trabajo del doctor.

—¿Le han dicho ya a la familia lo que sucede?

—Sí. El psicólogo de la embajada está con ellos.

Field y Enkron avanzaron por el largo pasillo que llevaba hasta la sala presidencial. Se detuvieron ante la gran puerta metálica y esperaron a que la cámara situada encima los identificase. La puerta se deslizó hacia la izquierda y los clones pasaron al interior. El despacho tenía unos veinte metros cuadrados. El presidente estaba sentado junto al gran ventanal exterior, desde donde obtenía una excelente vista de la ciudad gracias a estar situado a doscientas plantas de altura. El máximo mandatario era un hombre de sesenta y pico años, con escaso pelo blanco y algo de sobrepeso. Vestía con traje color marrón claro y estaba observando algo en la pantalla del ordenador situado sobre su gran mesa de madera. Los clones saludaron al presidente.

—Señor... —dijo Enkron.

—Les he hecho llamar porque tenemos un grave problema diplomático entre manos —dijo el presidente, visiblemente molesto—. Tenemos dos fiscales que se están pisando un caso y es un puto jaleo. Uno dice que el Cuerpo de Asalto terráqueo ha asesinado a uno de nuestros hombres y ha secuestrado a unos eclipsados que están siendo retenidos en la embajada. Otros dice que son ustedes los que tramaban algo y que son unos asesinos y unos traidores a la patria. El fiscal quería que ordenase su detención, pero yo he preferido hablar con ustedes en persona.

—Teniendo en cuenta la gravedad de las acusaciones, me sorprende tal decisión. Debe confiar mucho en nosotros.

—Usted me salvó la vida durante la guerra, así que por eso me fío de usted. Además, todo el mundo sabe que Lainier es amigo de los kupulenses esos.

—¿Entonces asaltaremos la embajada?

—No puedo dar tal orden. ¡Además, de momento no es necesaria! Ni siquiera hemos comenzado aún con la vía diplomática. Queda mucho por hacer antes de arriesgarnos a una guerra con La Tierra o incluso el resto de la Asociación.

—En fin... sabía que algún día me sería útil el montaje que hice para fingir que le salvé la vida...

—¿Eh?

Field desenfundó el arma y voló la cabeza del presidente.

—¿¿Qué has hecho?? —exclamó Enkron.

—No nos iba a dejar asaltar la embajada, y necesitamos que las pruebas desaparezcan. De lo contrario será la palabra de todos los técnicos humanos de la galaxia contra unos pocos de los nuestros, y estaremos jodidos. Tomaremos las riendas y daremos la orden de asaltar la embajada.

—¿Y qué hay de la jefa?

—Ha sido ella la que me ha permitido entrar aquí con armas...

—¿Entonces ahora qué?

—Ahora avisamos de que el malvado Cuerpo de Asalto ha asesinado al presidente cuando este los había citado para evitar un incidente diplomático. Y como están en la embajada, esa coartada será puesta en duda porque serán respaldados por los suyos.

—Tengo un mensaje —dijo Enkron mirando la pantalla de su brazo—. Wib no está entrenando, y debería.

—Claro, ella es la traidora. Mira que no darnos cuenta... Bueno, el ejército se encargará de la embajada. Nosotros nos encargaremos de Wib. Seguro que está fuera del edificio. No querrá que la vean con los terráneos a menos que no haya otro remedio.

SuNSeT, Artic y Adve estaban en un salón de la embajada jugando a un juego de cartas eclipsado. La estancia era de color blanco, incluyendo los sofás sobre los que estaban sentados cada uno. SuNSeT, vestido con las mismas ropas sencillas que cuando fue a visitar a Adve, dejó caer un naípe sobre la mesa fabricada en mármol gris oscuro que estaba frente a él. Al otro lado estaba su amigo eclipsado, y entre ellos, Artic, a la izquierda de SuNSeT y a la derecha de Adve.

—Vuelvo a ganar —dijo SuNSeT.

—¿Por qué un comunista terráqueo domina un juego de azar eclipsado mejor que un capitalista nativo? —preguntó Adve mientras recogía sus cartas.

—Porque necesito desplumar a dichos capitalistas para financiar la causa —dijo SuNSeT sonriendo mientras hacía un gesto con la mano exigiendo su dinero.

—¿Pero qué causa? —preguntó Adve sacando la cartera de su chaqueta—. Si la Kúpula fue destruida y ya no tienes hombres a tus órdenes... ¿O sí?

—Eso es cosa mía, y en cualquier caso, necesito dinero para empezar de cero —dijo SuNSeT mientras cogía un par de billetes que le extendió Adve.

—¿Yo también he de pagarte? —preguntó Artic mirando de reojo a su compañero—. Acudí a tu rescate...

—¡Y acabamos detenidos, así que paga! —exigió SuNSeT con una sonrisa.

—¡No es culpa mía que tuvieran esa nave!

—Venga trae pacá esos dine...

En ese momento Lainier entró en la sala.

—¡Tiempo muerto! —dijo Artic mientras se giraban hacia el clon.

—Los eclipsados han confirmado lo del niño —dijo Lainier—. El fiscal ha solicitado una escolta hasta el espaciopuerto. Por si acaso, os sugiero que esteis preparados. Vuestro equipo está en la habitación del fondo del pasillo.

—Yo no tengo equipo... —dijo Adve.

—Mala suerte. De todos modos si te vieras involucrado en un tiroteo, te matarían en cuanto asomases la jeta, así que si pasa algo simplemente ponte a cubierto o intenta escabullirte si puedes.

—Vaya perspectiva... Lo que me gustaría saber es porqué es necesario que yo vaya con vosotros.

—Si quieres quedarte en Eclipse, allá tú, pero yo no lo haría hasta que las cosas se calmen.

—Hay que joderse.

—Venga, en pie, coño.

—Mi dinero... —insistió SuNSeT a Artic mientras caminaban.

—Comunista avaricioso... —murmuró Artic mientras sacaba un billete de su cartera.

El embajador estaba sentado en su despacho. Frente a él se sentaba Cesh, y Lainier daba vueltas de un lado a otro de

la sala.

—Estese quieto, me pone nervioso —dijo el embajador.

—Usted no me da órdenes —replicó Lainier—. De hecho, es usted quien debe hacer lo que le digo si quiere salir de esta con vida.

El teléfono de Lainier sonó. Era Wib.

—Se aproximan tres tanquetas del ejército por el este —dijo la muchacha—. Estarán allí en tres minutos.

Lainier se dirigió a una habitación del ala este y observó por la ventana con unos prismáticos. Efectivamente, una división acorazada estaba a punto de llegar. Los vehículos eran pequeños tanques con un cañón capaz de destrozarse a varias personas de un disparo, y capacidad para tres personas cada uno.

Dos tanquetas cortaron las calles mientras la tercera se detenía cerca de la entrada a la embajada. Wib estaba situada en la azotea del edificio de enfrente, apuntando con un rifle de francotirador por si las moscas. Tres hombres bajaron de la tanqueta central. Dos de ellos se quedaron junto al vehículo mientras el tercero, el de mayor rango, se dirigió hacia la puerta. Sus uniformes eran bastante similares a los terráneos, incluyendo el color. El soldado tocó al timbre y Lainier abrió la puerta levemente. Cesh estaba tras él.

—Enséñeme la patita —ordenó el clon.

—¿Perdón? —preguntó el soldado, un hombre de unos treinta años con el pelo corto y rubio.

—Que se identifique, coño.

—¡Somos la escolta!

—Me refería a sus credenciales. ¿Cómo quiere que sepa que usted no es un clon si no se identifica?

—¿Qué problema tiene con los clones?

—¿Es que es usted un clon?

—No. Tenía compañeros clones en mi división pero les han ordenado que no vinieran. ¿Se puede saber qué sucede?

—Un problema de seguridad nacional. Y ahora deme su identificación.

El soldado sacó una tarjeta del bolsillo derecho de su chaqueta y se la entregó a Lainier, quien a su vez se la pasó a Cesh, quien la escaneó con su móvil.

—Es humano —dijo.

Cesh devolvió la tarjeta al militar.

—Bien, ya pueden sacar a... —comenzó a decir el soldado.

—Un momento —interrumpió Lainier—. ¿Sería tan amable de pasar al interior?

—¿Para qué?

—Inspección de cavidades.

—¿Perdón?

—¿Inspección de cavidades? Me apunto —dijo ElArtista acercándose.

—Tenemos que estar seguros —explicó Lainier al militar—. Tenemos que registrarlo totalmente en busca de cierto identificador usado por clones conspiradores...

—¡Mis órdenes son escoltarlos! —protestó el soldado— ¡Nadie me dijo que tuvieran que registrarme!

—Es imprescindible.

—Er...

—¿Es que ocurre algo?

El hombre echó una mirada al Artista.

—Supongo que... es lógico...

—Lainier, me ha hecho el puto gesto pidiendo ayuda —advirtió ElArtista—. Es uno de ellos.

El militar echó una feroz mirada de odio y sorpresa hacia ElArtista, e intentó desenfundar el arma. Sin embargo, el terráneo ya estaba preparado y voló la cabeza del soldado. Lainier cerró la puerta rápidamente y alejaron de ella por si el enemigo disparaba.

—¡Le aseguro que yo no sabía que...! —gritaba el embajador por su móvil. De repente, Lainier y Cesh entraron en su despacho. El fiscal también estaba intentando realizar una llamada.

—Deje eso sobre la mesa en manos libres —dijo Lainier señalando el teléfono.

—¡Por Dios, ha matado a un oficial! —exclamó el embajador mientras tapaba el micrófono del móvil con la mano.

—Ha sido uno de mis hombres, y en defensa propia.

—¿¿Y no podría haberle golpeado??

—No podemos correr riesgos con esa gente.

"Sobretudo porque sabía que ElArtista había traicionado a la Hermandad, y se habría chivado", pensó Lainier. Al menos esperó que nadie hubiese grabado la escena. Desde donde estaban no habían apreciado cámaras en las tanquetas, y el ángulo de los vehículos no era el idóneo para captar al Artista.

—¿Le importa? Estoy hablado con...

—Sí, con los señores esos de abajo. Por eso le digo que ponga el teléfono en manos libres.

—¿¿Quiere hablar con ellos??

—Ponga el puto teléfono en manos libres —dijo Lainier en tono amenazador.

El embajador hizo un gesto con el dedo en la pantalla del móvil y lo dejó sobre la mesa.

—¿Sigue ahí? —se oyó por el aparato.

—Al habla Lainier Sind. ¿Con quien hablo?

—Con el segundo oficial al mando de la división.

—¿Qué han venido a hacer aquí? Es obvio que no a escoltar a la familia, ya que han tratado de engañarnos.

—¡Han matado a uno de nuestros hombres!

—Su hombre ha intentado disparar primero, como sin duda habrá podido apreciar.

—¡Alguna razón tendría!

—Ustedes no han apreciado provocación alguna por nuestra parte o de lo contrario habrían apuntado al mismo tiempo que su oficial, pero reaccionaron sólo cuando lo vieron a él desenfundar.

—¡Quizás el oficial vio justificado aplicar la ley antiterrorista!

—¿Somos terroristas? Bien, ahora llegamos a algo. Confirmamos que ustedes no han venido aquí en nuestra ayuda. ¿De qué se nos acusa?

—¡De asesinar al presidente!

—¿El presidente... ha muerto?

Cesh abrió los ojos como platos mientras sostenía su móvil junto a su oreja.

—No se haga el tonto. Ha sido asesinado esta misma noche, curiosamente después de que ustedes recogieran a dos conocidos izquierdistas sospechosos de terrorismo a los que intercambiaron por una familia a la que las autoridades seguían la pista, y a la que después secuestraron tras asesinar a un miembro del...

—Corte el rollo. Ese clon intentó matarnos. ¿No le comentó el tema el juez que solicitó su presencia aquí?

—Sí, pero ahora tenemos nuevas órdenes. Debemos detenerlos.

—¿De un juez clon?

—Sí.

—¿No se da cuenta de que el juez ese forma parte de la conspiración, hombre?

—¡Eso lo dice usted! ¡Yo sólo sé que hemos recibido dos órdenes, y que la ley antiterrorista tiene prioridad, así que debemos detenerlos hasta que se esclarezca esto!

—¿La ley antiterrorista? ¡Los terroristas están ahora mismo entre los suyos! ¿No será usted también de ellos? ¿Es usted un clon?

—¡Soy humano!

—¿Y cómo sé que no me miente?

—¿Entonces para qué coño pregunta?

"Para ganar tiempo", pensó Lainier.

—Vuelvo a lo de antes: si quiere aplicar la ley antiterrorista, le sugiero que nos deje en paz y que detenga a los líderes de su Cuerpo de Asalto, al juez clon y vete a saber a cuantos más.

—Los únicos terroristas que conocemos están en ese edificio y se hacen llamar Artic y SuNSeT, a los que ustedes están protegiendo. Como comprenderá, su historia es poco convincente. Además, las últimas órdenes tienen preferencia sobre las primeras.

—Las últimas órdenes son obra de un traidor a su país.

—De nuevo le repito que no tienen pruebas.

—Bueno, hay una, que es precisamente la que queremos proteger, y no podemos enseñárselo porque no nos fiamos de ustedes. A saber sois clones...

—Lainier —intervino Cesh—. He hablado con el juez contándole lo sucedido. Parece ser que estos hombres sí son los que mandó llamar. La mitad son clones y la otra humano. El segundo oficial, con el que hablas ahora, es humano.

—¿Y si el juez miente?

—Le conozco bien y tú le viste en el juicio. Es imparcial y conoce los detalles del tema. No se fía de su colega clon y por eso nos está contando esto.

Lainier volvió a dirigir la voz al móvil del embajador:

—¿No podríamos llegar a una solución intermedia? Ustedes nos dejan aquí tranquilos y llaman a la Asociación para que envíen una delegación o lo que sea, y todos contentos.

—No, señor, eso tardaría días y no podemos dejarlos ahí.

—¿Insinúa que asaltarán una embajada?

—¡Han matado a uno de los nuestros!

—¿Usted sabe el conflicto diplomático que va a montar?

—Cumplo órdenes, y el conflicto lo han montado ustedes al disparar.

—A menos que nosotros estemos diciendo la verdad. Entonces el problema lo va a tener usted, sobre todo cuando tenga que besar las botas de sus colegas clon. Dígame... ¿alguna vez lo han tratado con respeto, como a un igual?

—¡Les damos diez minutos para que salgan! ¡Queremos a todo el mundo fuera!

—¿Le parece razonable diez minutos?

—¡El tiempo corre!

Cesh tomó aire y habló al móvil del embajador.

—Soy Cesh, fiscal número 128989.

—Un momento, iniciando reconocimiento de voz —dijo el segundo oficial—. Bien, hable.

—Escuche, ha dicho que el presidente ha sido asesinado esta noche, pero, ¿a qué hora?

—Hace quince minutos.

—¡Pues yo he estado en compañía de los sospechosos durante media hora, así que no pueden haber sido ellos!

Además, tenemos en nuestro poder una prueba que demuestra que un grupo de clones eclipsados han conspirado para minar el poder humano del país y aumentar ilegalmente la población de eclipsados mejorados genéticamente. Saldré con la prueba si los soldados clones se retiran. Solo trataré con los humanos.

—¿Cómo sé que no está siendo coaccionado por ellos?

—¡Lo que pido es que me escolten con la prueba hasta ver al Gran Consejo Judicial! ¡Pero sin clones de por medio!

—Tenemos órdenes de entrar en diez...

—¡Los jueces aún no tienen la prueba! ¡No provoque una guerra por esto! ¡Además, si salimos ahora, llegaremos en cinco minutos!

Se hizo el silencio durante un instante.

—Señor, deberíamos consultar con el juez... —se oyó por el teléfono. Parecía una voz hablando por el intercomunicador de la tanqueta.

—¿Quién es ese que habla? —preguntó Lainier—. ¿Es un clon?

—Er... —dijo el segundo oficial.

—¿Ve? ¡Tratan de que ataque a toda costa! ¡Además, ya le hemos dicho que ese juez es precisamente parte del problema!

—Señor —la voz del intercomunicador se oyó de nuevo al fondo—, las órdenes son las órdenes...

—¡Dijeron diez minutos! —gritó Lainier—. ¡Acompañar a Cesh no contradice las órdenes.

—¡Señor, quieren que nos dividamos para acabar con nosotros!

—¡Eso es ridículo!

—¡El tiempo apremia, y le está hablando un fiscal! —añadió Cesh.

—Será mejor que llame al vicepresidente —dijo el segundo oficial.

—¿Es humano? —preguntó Lainier a Cesh.

—Sí, pero es irrelevante —contestó el fiscal, para después volver al aparato—. Escuche, oficial, sabe el magnicidio es uno de los actos terroristas tipificados en el Código de Emergencia de Seguridad Nacional, lo que quiere decir que los poderes del presidente temporal son limitados: ahora el ejército tiene casi la misma autoridad, y no puede fiarse por tanto de lo que le diga el vicepresidente.

—Espera... —murmuró Lainier—. Eso requeriría que los clones conspiradores estuviesen metidos en lo más alto de la cúpula mili...

—La capitán general del ejército es una clon —dijo Cesh.

—La madre que... ¿¿Por qué me cuenta estas cosas ahora??

—¡No imaginé que pasaría esto! ¡Soy un fiscal joven, aún no tengo suficiente experiencia en crímenes retorcidos!

—Bien, voy a retirar a los clones —dijo finalmente el segundo oficial.

—Gracias.

—Oficial, está cometiendo traición —de nuevo se volvió a escuchar la voz del intercomunicador—. Cumpla con su deber.

—¡Tienen diez minutos!

—¡Pero no puede hacer que nos retiremos! ¡Se compromete la misión!

—¡Silencio!

—Esto se pone feo —dijo Lainier—. Todos listos.

Wolfgang Shecknacklet estaba en la azotea del edificio situado inmediatamente a la derecha de donde estaba Wib, a la misma altura. Apuntaba a los vehículos con un lanzacohetes, dispuesto a actuar si hiciese falta. Por lo que estaba escuchando por el pinganillo, la cosa estaba a punto de ponerse fea. Tendría que deshacerse de cualquier tanqueta dirigida por clones. Wib seguía apuntando con el rifle, cuando de pronto vio algo por uno de los pequeños espejos que había colocado a cada lado, concretamente por el de la izquierda. Rodó hacia su izquierda mientras se daba la vuelta y apuntaba con el fusil. El disparo de Field falló, pero también de ella. Ambos se pusieron a cubierto. Estaban a unos cincuenta metros de distancia.

—¡Ríndete, traidora! —exigió Field.

—¡Aquí el único traidor eres tú! —replicó Wib mientras pulsaba un botón de emergencia en su móvil.

Wolfgang Shecknacklet recibió el aviso, pero un segundo demasiado tarde: se dio la vuelta, pero el láser de Enkron le perforó cerca del hombro derecho. Al mismo tiempo pudo escuchar una explosión abajo: alguna de las tanquetas había disparado. No podía hacer frente a aquel cyborg, así que se dejó caer a la calle mientras pulsaba un botón en el cinturón: una pequeña plataforma voladora que estaba a su lado se puso en marcha y le acompañó en la caída, hasta adelantarse. Wolfgang se posó violentamente sobre ella, aunque no sufrió herida alguna. Apuntó hacia arriba mientras continuaba el descenso, pero Enkron no se asomó. Sin duda sabría que el terráqueo ya no era un peligro.

—Se están matando entre sí —dijo ElArtista, mirando al exterior desde una ventana de la planta baja de la embajada. La tanqueta que cortaba el paso hacia la izquierda había arremetido contra la central y había destrozado su cañón. Los clones habían decidido atacar abiertamente a sus compañeros humanos. La tanqueta de la derecha debía estar ocupada por humanos, porque avanzó apuntando a la otra.

—Hay que aprovechar y salir —dijo Lainier.

—Entre todos podríais acabar con esa tanqueta —dijo Cesh—. Mientras, puedo pedir que venga una nave con

capacidad hiperespacial para sacar...

—Dudo que ninguna nave que acuda aquí logre llegar. Si los clones controlan esos cazas ultramodernos, estamos jodidos. Además, no podemos esperar a nadie: seguro que vienen refuerzos. Y tampoco lograríamos escapar del sistema de defensa orbital. Solo hay una opción: llegar al espaciopuerto y salir en varias naves, cubriendo a la que lleve a la familia. No podemos jugarla yendo a una base aérea militar, donde podrían haber montones de traidores clones.

—Nos jugamos el culo. ¿Y si nos escondemos en algún lugar y esperamos a que esto acabe?

—Antes del amanecer estaríamos muertos. ¿El espaciopuerto es seguro?

—La dirección está formada mayoritariamente por humanos. En la seguridad hay unos pocos clones. Llamaré al juez para ver como está el tema.

—Bien, pero mientras tanto nos largamos de aquí. Berllerak irá con la familia en un coche. Stalker conducirá otro, acompañado por Cesh y el doctor. Artic conducirá el tercero, junto con SuNSeT y Tete. Los demás los cubriremos.

—Mierda —dijo ElArtista—. La salida del garaje está cerca de la tanqueta clon.

—¡Confíad en nosotros, coño!

—Madre míaaaa...

—¡Lainier, están bajando de la tanqueta! —dijo el Kapitán— ¡Es el momento!

Ambos vehículos habían logrado provocarse graves daños mutuos y ahora solo servían como parapeto. Era un enfrentamiento de tres clones contra cinco humanos: uno de los ocupantes de la tanqueta central había perecido en el ataque inicial. Ambos grupos iban armados con fusiles de gran potencia y armas de proyectiles de alta penetración.

—¡Afuera! —gritó Lainier por el intercomunicador. Tres coches salieron a toda prisa del garaje, mientras los clones disparaban a través de las ventanas contra los eclipsados. Los vehículos lograron escapar.

De repente, Lainier recibió una llamada de móvil. Era Wolfgang.

—Estoy al otro lado de la calle, herido —explicó el alemán—. Enkron está en la azotea. También han atacado a Wib.

—Mierda... —murmuró Lainier.

—Si no están disparando a los humanos, es que Wib aún los está distraendo.

—¿Tú necesitas ayuda?

—Viviré, pero no puedo seguir luchando.

Tanto los militares clones como los soldados humanos intentaron moverse a otros parapetos cercanos cuando empezó el intercambio de granadas, pero la habilidad clon se impuso: uno de los humanos fue volado en pedazos antes de que diera un solo paso, y otro fue abatido por ráfagas de láser justo antes de llegar a la esquina de la embajada.

Lainier disparó contra uno de los enemigos, derribándolo, pero los malditos eran buenos. Afortunadamente seguía sin haber fuego desde arriba. Quizás Wib había acabado con los enemigos, pero seguía sin recibir noticias suyas.

—Mmmf... —gruñó Lainier—. Cubridme.

—¿Qué? ¿Adónde vas? —preguntó ElArtista.

—Francotiradores en la azotea.

—No están disparando.

—Pero no sé si han sido neutralizados. Podrían estar esperando a que salgamos nosotros. ¡Cubridme!

Lainier salió al exterior por el garaje, intentando que el enemigo no se diera cuenta. Por supuesto, se dio, pero el Kapitán y ElArtista lograron cubrir a su compañero hasta que este estuvo a la altura de Wolfgang, que se había arrastrado hasta detrás de la esquina del edificio desde donde había caído. La plataforma voladora estaba a su lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el alemán.

—Acabar con esos cabrones —dijo Lainier mientras montaba en la plataforma. Comenzó a elevarse, cuando de repente contempló como dos coches de policía se aproximaban desde ambos lados de la calle. El que estaba cerca de los humanos los tiroteó, acabando con dos de ellos. El otro cubrió a los conspiradores y abrió fuego contra la embajada.

—Maldita sea... —murmuró Lainier. Echó una ojeada hacia arriba: pudo ver a Wib corriendo cerca del borde la azotea, huyendo de alguien. En unos segundos desapareció. Volvió a mirar de nuevo abajo, y otra vez arriba. Vaciló un instante, apretó los dientes y continuó el ascenso.

—¡Ríndete! —ordenó Field mientras trataba de encontrar a Wib. El clon se movía con sumo sigilo.

Wib no dijo ni hizo nada. Tenía localizado a Field por su voz, pero podría ser una trampa. Alguien había atacado a Wolfgang, así que había más enemigos allí arriba. La muchacha se deslizó silenciosa, oteando tras cada esquina con un pequeño espejo.

Field avanzó lentamente, pero de repente se hizo a un lado: la plataforma voladora se estrelló contra una pared, y el eclipsado tomó cobertura.

—¿No creerías en serio que me darías con eso, verdad? —gritó.

—Mierda —dijo Lainier, parapetado a unos diez metros—. A mis enemigos les funcionaba ese truco.

—¿Por qué no lo dejas correr, Lainier? Jamás saldréis de este planeta. En estos momentos el escudo orbital está siendo controlado por unos oficiales clones la mar de eficientes.

"Que sea un farol, por Dios", pensó Lainier.

—¡Si es necesario, mis hombres cubrirán a la familia hasta que escape! —señaló Lainier.

—¡No escapan! ¡Las volaremos en un santiamén! ¿O no te ha contado Artic que tenemos un nuevo modelo de caza muy eficiente?

—¡Sólo tenéis uno de esos cacharros, o habríais enviado varios a por SuNSeT!

—¡Es que sólo nos hacía falta uno!

"Esto cada vez va peor", que lamentó mentalmente Lainier.

La distracción verbal de Field funcionó: Lainier apenas se dio cuenta de como Enkron trataba de flanquearlo por la izquierda: pudo evitar su disparo por los pelos. Contraatacó con su Magnum, pero estaba claro que no podría perforar el blindaje de aquel cyborg con una pistola: tendría que atravesarlo con el vibro-cuchillo. El problema, por supuesto, era acercarse a él sin ser fulminado.

—¡Dale, Lainier! —gritó Wib, que estaba disparando a Field desde una esquina a cincuenta metros.

Field se concentró en su ex-compañera mientras Lainier avanzaba como podía hacia Enkron sin dejar de disparar. Enkron no se sintió intimidado: sabía que Lainier no podría matarlo con aquella arma. Y ahora que corría y disparaba era el momento ideal para rematarlo. Sin embargo, en cuanto Enkron asomó la cabeza de la cobertura, un disparo de Lainier destrozó su ojo derecho.

—¡¡Mierda!! —exclamó.

Lainier intentó flanquear a Enkron por la derecha, pero el cyborg no tuvo problemas en seguirlo gracias sus sensores. Apuntó a Lainier sólo para darse cuenta en el último segundo de que el clon había aprovechado la distracción momentánea del disparo en el ojo para arrojar una granada a sus pies. El artefacto estallo y Enkron fue arrojado hacia atrás. Lainier embistió contra él con todas sus fuerzas y logró que cayera por la azotea, pero el cyborg se aferró con su mano izquierda al borde. El líder del Cuerpo de Asalto de Thuris seccionó la muñeca del enemigo con el cuchillo, y Enkron se precipitó al vacío, pero aún así logró asirse a un saliente unos pisos más abajo con su mano derecha. Lainier se asomó, dispuesto a rematarlo, pero entonces escuchó la voz de Wib:

—¡Cuidado!

Lainier se apartó, y el láser le rozó el hombro derecho. Se parapetó tras la misma columna donde Enkron había estado un segundo antes. Field le había disparado, pero Wib aprovechó que el conspirador se había girado para avanzar hacia él. Saltó hacia su posición y le apuntó en la cara con su arma.

—¡No te muevas! —ordenó.

—Es igual —dijo Field sonriendo—. Mi trabajo aquí ha acabado. He logrado que los dos mejores clones enemigos se centraran en mí en vez de escoltar a la familia.

—¡Pero tampoco Enkron y tú tampoco habéis podido ir tras la familia, así que estamos empatados! —replicó Lainier mientras examinaba su herida.

—Jajaja... —Field rió entre dientes—. Pobre iluso. En estos momentos alguien mucho más fuerte que yo se dirige a destruir a tu escolta. ¿Recuerdas lo del caza...?

—Nos sigue un coche de policía —dijo Artic. Conducía el vehículo de atrás. En el del medio conducía Berllerak, y en de delante, Night Stalker.

—Pues que alguien dispare, cojones —ordenó Berllerak.

—¿Y si son huma...? —comenzó a decir Tete, hasta que un láser impactó en la carrocería.

—¡Ahí tienes tu respuesta!

—¡Pero podrían ser humanos engañados por...!

—¿¿Quieres morir?? ¡¡Entonces dispara!!

—Yo desde luego no quiero morir —señaló SuNSeT, quien de nuevo llevaba su armadura, mientras sacaba su arma por la ventanilla derecha. Tete y él estaban sentados en la parte de atrás del coche. El clon se resignó y también apuntó desde su ventanilla. Comenzó el tiroteo.

—¡¡Frenad!! —gritó de pronto Stalker pisando el freno: otro coche patrulla había aparecido frente a él por la derecha, y sabía que no tenía suficiente potencia para apartarlo de un golpe, ni tiempo para emprender el vuelo. Los coches empezaron a hacer trompos en medio de la calle. Giraron rápidamente mientras los disparos se sucedían. Tete y SuNSeT lograron que los perseguidores se estrellaran contra una pared, pero el vehículo que les cortaba el paso se había parado y dos agentes se habían parapetado tras la puerta, blandiendo lanzacohetes.

—¡¡Mátalos, por Dios!! —exclamó Berllerak.

Stalker salió del coche justo a tiempo de evitar estallar junto a él, rifle en mano. Dio una voltereta por el suelo y acribilló a los agentes, que cayeron fulminados.

—¡Estoy hasta los cojones de los lanzacohetes esos! —gritó el cyborg mientras se dirigía a uno de los coches de la policía. Recogió los lanzacohetes, se puso al volante y reanudaron la marcha.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó el cazarrecompensas.

—Diez minutos —dijo Berllerak.

Los clones avanzaron un minuto, esquivando coches e intentando evitar los atascos. De repente escucharon la voz de Lainier por el intercomunicador:

—Los clones podrían haberse hecho con el control del escudo orbital.

—Bueno, cubriremos a la familia y... —comenzó a decir Berllerak, pero fue interrumpido por una voz que sonaba desde el intercomunicador del coche.

—Deténganse ahora mismo —se oyó decir a una voz femenina.

—¡Es el puto caza! —dijo Artic contemplando la pantalla del ordenador del coche.

—Eso os iba a decir —intervino Lainier—. No sé cuantos de esos tienen, pero si lo que dice Artic es cierto, no hay forma de que podáis atravesar el escudo.

—Si sólo es este, y podemos eliminarlo, aún tendríamos una posibilidad de evitar el escudo —dijo Berllerak.

—Debo señalar que ese caza está sobre nosotros. No tenemos velocidad para esquivarlo, ni armas para...

—¡Tengo una idea! ¡Dividíos en vuelo!

Cada coche siguió una dirección diferente y comenzó a volar.

—Como nos derriben... —murmuró Stalker.

—¡Nuestro principal enemigo está en el aire y le esquivamos mejor si estamos volando! —dijo Berllerak—. Y por cierto... esa zorra ha decidido seguirme a mí. ¿Habrá acertado por casualidad?

—Puede que sus sensores sean muy avanzados —dijo Artic.

—Intentad rodear la nave y acabad con ella.

Artic y Stalker así lo hicieron, pero el caza era demasiado rápido. Su inquietante velocidad y maniobrabilidad, unido al hecho de que los coches de los clones no estaban armados y que dependían de las armas personales de sus ocupantes, dificultaba enormemente la tarea.

—¡Último aviso! —advirtió la piloto—. ¡No pueden hacerme frente! ¡Serán derribados en treinta segundos!

—Estamos en zona poblada, ¿será capaz de...? —comenzó a decir Tete.

—¡Por supuesto que sí! —señaló Berllerak—. ¡Tenemos que derribarlo antes!

—¡Si lo derribamos podríamos herir a...!

—¡Peor será si nos derriban a nosotros! ¡Seguid mis instrucciones!

La piloto estaba preparada para abrir fuego, pero de repente el coche de Berllerak se precipitó hacia un gran edificio de enormes ventanales, y atravesó los cristales de la planta sesenta.

—¡Hijo de perra! —exclamó la militar.

—¡¡Apártennnse!! —gritó Berllerak mientras frenaba el vehículo. Había entrado en unas grandes oficinas. Los trabajadores salieron corriendo. El coche avanzó varios metros y el clon logró detenerlo antes de volver a atravesar otro ventanal.

Antes de que la piloto tuviese tiempo de reaccionar, los otros dos coches también entraron por donde lo había hecho Berllerak.

La piloto se mantuvo a cincuenta metros del edificio. Miró por el ventanal destrozado pero los coches ya no estaban dentro. Inició un escaneo con los sensores del caza para determinar la posición. El problema era que había demasiada gente dentro. Se acercó más y empezó a activar filtros en el ordenador para encontrar a un niño pequeño. Tras unos instantes por fin encontró lo que buscaba: los sensores detectaban una forma humanoide que llevaba en brazos otra forma que desprendía calor, y por el tamaño tenía que tratarse de un niño de corta edad. Estaba en la misma planta por donde habían entrado los clones, así que no había dudas. La piloto se puso en posición, pero en ese momento los tres coches de los clones atravesaron de nuevo los ventanales en dirección a ella, con ángulos tales que formarían un triángulo, con la militar en el centro. Si se movía a cualquier dado, podría chocar, así que decidió embestir hacia delante, dispuesta a llevarse por delante el objetivo. Sin embargo, al pasar entre los coches, un cohete atravesó el ventanal de enfrente. Los vehículos estallaron, provocando que la piloto perdiera parcialmente el control y no pudiera esquivar el cohete. La piloto entró en el edificio a gran velocidad, llevándose numeroso mobiliario de oficina por delante y alguna que otra pared. Tras casi llegar al otro extremo, se detuvo. Entonces la piloto se dio cuenta del engaño: lo que pensaba que era el objetivo era en realidad Tete sosteniendo en su mano izquierda la cabeza de Stalker separa de su cuerpo, y el lanzacohetes en su mano derecha. Berllerak, Artic y SuNSeT abrieron fuego contra el caza. Mientras, Cesh se había encerrado en una habitación junto a la familia, donde habían formado una piña para engañar a los sensores.

La piloto intentó maniobrar de nuevo el caza, preparada para lanzar un misil contra el enemigo. Tete se daba prisa en conectar de nuevo la cabeza de Stalker a su cuerpo.

—Más ritmo, que nos destroza —señaló Stalker.

—¡A cubierto! —ordenó Berllerak, lanzando una granada. El explosivo reventó la cabina del caza, pero la piloto salió de ella intacta y se puso a cubierto tras su vehículo.

—Ese blindaje es duro de cojones... —señaló Artic—. Debería estar muerta.

—¡Rendíos! —ordenó la mujer, quitándose el casco, que tenía el visor resquebrajado—. ¡No aguantaréis hasta que vengan refuerzos!

—¿Quién cojones eres tú? —preguntó Artic.

—Con esa forma de dirigirte a las mujeres, nunca ligarás, muchacho... —señaló SuNSeT.

—¡Starfae Atkabtus, capitana general de los ejércitos de Eclipse, antigua capitán general del Escuadrón Negro, y número uno de la Academia Clon!

—Putá mierda, joder... —murmuró Berllerak a sus hombres—. El Escuadrón Negro era la fuerza militar coordinada de Noctem durante la guerra. Lograron derrotar al ejército de robots de Neo World. Fue uno de los factores que contribuyó a ganar la guerra...

—Pero otro de los factores fue tu contraataque nuclear, así que estamos empatados, ¿no? —señaló SuNSeT.

—Ellos derrotaron a los robots sin armas nucleares, jodío rojo.

—¿Estáis de cháchara? —preguntó Starfae, preparando su fusil—. Perfecto, perded tiempo.

—Es un farol, no va a venir nadie más —murmuró Berllerak a sus compañeros—. Si tuviesen más efectivos habrían llegado junto a ella...

—Ella ha llegado antes porque su caza es mucho más rápido... —advirtió Artic.

—Ops... Corregido por un comunista. Si sobrevivo a esta me flagelaré por tal fallo.

—¿Entonces tratamos de salir de aquí? —señaló Stalker, que ya estaba repuesto.

—El ascensor y las escaleras están cinco metros atrás. Podemos hacer que la familia salga mientras los cubrimos. Somos muchos. Llegarán.

—Hasta la salida sí, pero... ¿y hasta el espaciopuerto?

—Mmm... necesitamos trincar esa nave.

—Sólo es para una persona.

—Yo y el niño. Los demás tendréis que robar coches o algo.

—El niño no soportará las fuerzas G de ese caza —advirtió Artic.

—Mierda... Bueno, de todos modos necesitamos hacernos con ese caza.

—¿Entonces nos abalanzamos sobre ella? —preguntó Stalker.

—Estoy intentando saber cómo aproximarme...

—Sólo es una... —señaló Tete—, pero me da mala espina...

—¡Y el tiempo sigue! —advirtió Starfae.

—Es casi como si nos provocase para que nos acercásemos —señaló Stalker.

—¿Tendrá un explosivo preparado? —se preguntó Berllerak—. Ese caza podría ser una trampa, como nuestros coches.

—Pero ella está parapetada tras él. Resultaría herida.

—¿Seguro que está ahí detrás? Hay muchos escombros. Podría haber ido a otro lugar.

—La voz proviene de detrás del caza.

—Podría ser un truco.

—Lo cierto es que no podemos quedarnos aquí —señaló Artic—. Si mis cálculos son correctos, en cuatro minutos vendrán más cazas.

—Mierda, si Lainier estuviera aquí seguro que se le ocurría algún plan absurdo.

—Yo soy absurdo —señaló SuNSeT—, pero aún estoy pensando en algo.

—Si en un minuto nadie hace nada, me lanzaré yo, que soy el más resistente —advirtió Stalker.

Los militares humanos ya habían caído. La embajada parecía un colador. Enkron se había unido a los conspiradores y acribillaba el edificio sin cesar. Aparte de él, quedaban cinco conspiradores en pie.

—¡No aguantaremos! —dijo ElArtista—. ¿Dónde coño está Lai?

—No logro acertar a Enkron —dijo el Kapitán—, y me estoy quedando sin munición anticyborg.

La cabeza de dos soldados voló en pedazos. Enkron se giró y vio a Lainier y Wib disparando desde el otro lado de la calle. El cyborg corrió hacia ellos, protegiendo su ojo sano con el brazo derecho. Lainier y Wib destrozaron la pistola del cyborg, pero también era peligroso desarmado, y ya estaba casi encima de ellos.

—¡Tú céntrate en los soldados! —dijo Wib a Lainier mientras enfundaba su arma y sacaba su porra.

—¡Te voy a aplastar como a...! —dijo Enkron mientras intentaba agarrar a Wib con su única mano.

—¡Esto es un corte! —dijo Wib mientras pulsaba un botón en la porra. Una funda exterior se desprendió en dos mitades y una hoja quedó al descubierto.

La muchacha trazó un gran arco de abajo y arriba y seccionó el cuerpo del cyborg, arrancando la pierna y el brazo izquierdos. Sin dar crédito, Enkron se desplomó, y lo último que vio fue la hoja de Wib atravesando el ojo que le quedaba y hundiéndose en el cerebro.

El tiroteo se alargó un par de minutos, pero ahora que estaban rodeados, los conspiradores acabaron muertos.

—Coge a Wolfgang y Field y llévatelos a un lugar seguro —dijo Lainier a Wib—. Nos veremos después.

—Bien.

Wib corrió hacia el malherido alemán mientras Lainier cruzaba la calle. ElArtista y Tete salieron de la embajada.

—Tengo un aviso de emergencia de Berllerak —dijo Lainier—. ¡Trinquemos los coches de la poli!

Adve, que había estado escondido en el interior del edificio, se asomó por una ventana del piso superior:

—¿Y el embajador y yo qué? —preguntó.

—¡Si os llevamos ahora seréis una carga! —dijo Lainier mientras los clones se dirigían a los coches— ¡Escondeos donde podáis!

—Hay que joerse...

—¡Dos minutos! —advirtió Artic.

—Esta situación es ridícula... —murmuró Berllerak.

—¡A tomar por culo! —dijo Stalker, saltando por encima del caza y disparando, pero al otro lado no había nadie, salvo un móvil encendido—. Mier...

Stalker apenas tuvo de tiempo de ver a Starfae saliendo de detrás de los restos de un cubículo, blandiendo una espada militar que parecía quemar el aire: una estela negra seguía la trayectoria de la hoja, la cual cortó al cyborg con total facilidad. El tronco de Stalker, desprovisto de extremidades, cayó al suelo, y Starfae se parapetó tras el caza, apuntando al cyborg en la cabeza con el rifle.

—¡Tengo a vuestro amigo!

—¡Mierda, joder! —exclamó Berllerak.

—Buena espada, pardiez —señaló Stalker, quien pudo fijarse al fin en la enemiga.

Starfae era una mujer de unos treinta años, con unas características físicas inusuales para ser eclipsada, sin duda por

capricho de los genetistas: su piel estaba como tostada por el sol, lo cual era imposible en aquel planeta, pero en cambio su largo pelo liso era blanco, que no canoso, y sus ojos eran dorados. Era hermosa, pero su mirada despedía un odio intenso. Stalker no dudaba de que fuese una conspiradora.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Berllerak.

—¿Tú que crees? —preguntó Starfae.

—¡Ni de coña!

—¡Pues mataré a este tío!

—¡Una tragedia!

—¿¿Pero qué dices, cabrón?? —intervino el cazarrecompensas.

—¡Lo siento, Stalker! ¡Estas cosas pasan!

—¡Última oportunidad! —advirtió Starfae,

—¡Mira, zorra, si lo matas luego te haremos pedazos! ¡Ahora sabemos dónde estás!

—¡Aunque muera, mis compañeros se encargarán de vosotros!

—¡A menos que te matemos ya y nos piremos en tu caza!

—¡Pues aquí te espero!

—¡Negocia, coño! —exigió Stalker—. ¡Que esta tía está loca!

—¡Hazle caso a tu amigo!

—Em... un minuto —advirtió Artic.

—¡Ya te lo hemos dicho! —gritó Berllerak— ¡Si lo matas solo consigues morir tú!

—¡Y yo ya te he dicho que aquí os espero! —repitió Starfae,

—Mierda... —murmuró Berllerak—. Bien, adelante... Em... —el clon miró a su alrededor—. ¿Ande coño está SuNSeT?

De repente, un láser impactó en la mano derecha de la clon, que soltó el arma: SuNSeT estaba aferrado al borde del ventanal por donde el caza había entrado, apuntando a la militar.

—¡No te muevas! —advirtió SuNSeT—. ¡Vosotros sí que podéis moveros, coño!

Los clones se acercaron a la mujer arma en mano. Berllerak recogió a Stalker y comenzó a separar la cabeza de lo que quedaba de su cuerpo.

—¡Vienen dos cazas! —advirtió Artic mientras echaba un ojo al exterior con sus prismáticos.

—¡Bajad a la calle con la familia mientras me encargo de ellos! —dijo Berllerak mientras se colocaba el casco de piloto de Starfae.

Los dos cazas se detuvieron a veinte metros de la arrasada planta donde estaban los fugitivos.

—¡Ríndanse! —se oyó decir por el altavoz de uno de los cazas.

—Los cojones... —murmuró Berllerak mientras se acomodaba en la cabina.

—¿Ha pensado que esos pilotos podrían ser humanos? —preguntó Starfae con una sonrisa maliciosa.

—Señorita, ya me he cargado a unos polis antes. La culpa es vuestra por montar este lío —Berllerak cerró la compuerta de la cabina y echó un ojo al interior. Se quedó perplejo—. ¿Q... qué es esto?

Los controles interiores apenas se parecían a nade de lo que hubiera visto. La interfaz que se mostraba en la pantalla del ordenador era totalmente distinta a la de cualquier sistema informático que conociese, con un entorno tridimensional y un diseño que estaba a años luz de la tecnología disponible en la Asociación. Por suerte, era bastante intuitivo, al menos para alguien con el intelecto y la experiencia de Berllerak, quien logró encender los motores de la nave y salió al exterior.

—¿Dónde estáis? —preguntó Lainier por el intercomunicador. Iba al volante, siguiendo el rastro de sus compañeros. A su lado se sentaba el Capitán. ElArtista los seguía en otro vehículo.

—Te lo he marcado en el mapa del móvil —dijo Tete—. Estamos en ese edificio y bajamos a la calle. Berllerak ha logrado trincar el caza molón e intentará acabar con otros dos cazas que están dando por culo.

—¿Tenemos el caza? Por fin pinta bien...

—Además, tenemos como rehén a la piloto. Es la capitana general de Eclipse y es una clon de la Hermandad.

—Como me temía.

Por precaución, el grupo dirigido ahora por Tete descendía por las escaleras. El camino hasta abajo era largo, pero uno de los ascensores ya había reventado y no podían arriesgarse a que otro lo hiciera, no al menos hasta que Berllerak se encargase de los cazas. Aunque el suyo era mejor, le estaba costando acostumbrarse a los mandos. Tete iba en cabeza, empujando a Starfae, esposada con las manos a la espalda. Detrás iba Artic, portando la cabeza de Stalker, seguido por la familia y Cesh, mientras que SuNSeT cerraba la marcha: su armadura de combate sería útil contra un ataque por la retaguardia, y Starfae serviría de escudo humano contra un ataque frontal. Tete se había quedado con su espada, que ahora colgaba de su cinturón. Sin embargo, aprovechando que Tete estaba medio distraído hablando por el móvil, Starfae dio un salto hacia atrás cerca de un ventanal. Chocó con Tete y aferró la espada.

—¡No puedes blandir ese arma con las manos ata... —comenzó a decir Tete mientras apuntaban a la mujer, quien sin mediar palabra se precipitó contra el ventanal, arrojándose a la calle. Estaba a cincuenta pisos de altura, pero a los pocos segundos de caída fue recogida en pleno vuelo por uno de los cazas. El impacto fue tremendo pero aún así se repuso.

—¡Berllerak! —dijo Tete por el intercomunicador, pero no hubo respuesta.

De hecho Berllerak no recibía señal alguna del intercomunicador o teléfono dentro de su caza, pero ya se había dado cuenta de que uno de los cazas había descendido para rescatar a Starfae. Sin embargo no podía ir a por él hasta que se

encargase del otro. Decidió poner a prueba la capacidad del aparato: probablemente su traje no fuese el más adecuado para aguantar la aceleración, pero aún así aumentó la velocidad y realizó unos giros imposibles, disparando al enemigo, que explotó. Estabilizó la nave y vio cómo el otro caza se había parado a la altura del piso 45. Starfae se había librado de las esposas, sin duda con ayuda de la espada.

—¡Muere, coño!!! —gritó Berllerak mientras fijaba el blanco. Esta vez usaría misiles: quería asegurarse de acabar con ella.

Starfae se dio cuenta del peligro. Saltó justo antes de que el caza reventase, atravesando el ventanal del edificio ayudada por el filo de la espada. La onda expansiva la arrojó aún más lejos, y fue a estrellarse contra una pared.

—¡Mierda de cobertura! —gritó Berllerak mientras se veía obligado a abrir la compuerta de la cabina para poder hablar por el intercomunicador—. ¡La zorra está en la planta 45! Puede que esté herida. Sugiero que os parapetéis hasta que eche un vistazo con los sensores.

—¡Ni de coña! —exclamó Tete— ¿Y si te engaña como hicimos nosotros con ella?

—¡Habrá que arriesgarse! ¡Además, no tiene armamento salvo la espada!

Berllerak comenzó a pulsar con el dedo en la pantalla del ordenador. Tras unos segundos logró localizar a Starfae. La clon se había parapetado tras una pared y había abierto una tapa en la empuñadura de la espada, desvelando una pequeña pantalla y un pad de control, como si de una consola de videojuegos se tratase. De repente la pantalla mostró un aviso: Starfae se apartó, y un misil arrasó con la pared y todo alrededor.

—¡Me cago en la leche! —gritó Berllerak. Decidió reservar los misiles y barrer la planta con láseres. Sin embargo, de repente los controles dejaron de responder y el caza se aproximó solo a la planta—. ¿¿Qué cojones...?

Starfae estaba controlando su caza con el mando de su espada. Berllerak envió las coordenadas de la clon a sus compañeros.

—¡Tete, descenso rápido y ejecución!! —gritó Berllerak mientras el caza entraba en el edificio y Starfae corría hacia él.

Tete rompió el ventanal que daba a la cara del edificio por donde Starfae y Berllerak habían entrado. Rápidamente fijó el extremo de su filo de combate al borde y saltó al exterior, descendiendo a gran velocidad.

Berllerak no tenía tiempo para salir de la cabina: quitarse el arnés protector le restaría unos segundos que no tenía: sacó su arma y apuntó a la clon, pero esta se deslizó por el suelo a la altura del caza y Berllerak la perdió de vista. La compuerta se cerró rápidamente, atrapando el brazo del policía por la muñeca.

—¡Aaarg! —gritó el clon, dejando caer su pistola— Starfae se puso en pie y con un salto se puso al lado de la cabina, alzando la espada. En ese momento escuchó el leve sonido de la cuerda de Tete tensándose: la eclipsada se giró y recibió un tiro en el hombro izquierdo. Aún así tuvo tiempo de arrojar la espada hacia Tete, cortando el cable del que colgaba. El clon cayó, pero logró hacerlo dentro del edificio de todos modos. Starfae intentó recoger el arma de Berllerak, pero un tiro a pocos metros de su mano derecha la hizo desistir.

—¡A la próxima eres mujer muerta! —advirtió Tete, poniéndose en pie.

Berllerak abrió la cabina y liberó su mano, aplicándose primeros auxilios. La muñeca no parecía estar rota. El clon se asomó al exterior.

—¿Estabas controlando esto con la espada? —preguntó a la clon, que se limitó a sonreír.

—Pues ha caído a la calle —explicó Tete—. Si alguien la recoge...

—Los controles tienen que haberse hecho mierda desde esta altura —señaló Berllerak—. Pero por si acaso tendríamos que pirarnos de aquí deprisa. Y no podemos cargar con ella: es muy peligrosa.

—No estarás insinuando...

—De buena gana le pegaría un tiro, pero esta zorra parece saber mucho, así que la necesitamos viva —Berllerak activó su intercomunicador—. Lainier, ¿cuánto os falta?

—Un minuto —contestó Lainier.

—Instrucciones, por favor.

—¿Instrucciones?

—Tengo un caza en mi poder y a una clon que es un grano en el culo. Alguien debe quedarse con ella.

—¿Cómo ves ese caza?

—Cojonudo. Ya me estoy haciendo con los controles.

—¿Podrías esquivar una escuadra enemiga?

—¿En qué estás pensando?

—Aunque ahora tengamos su caza, sigue siendo un riesgo intentar atravesar el escudo orbital. El centro de control está en poder de los clones. ¿Podrías arrasar con él?

—Puedo.

—Pues ves cagando leches. Mientras tanto nosotros llevaremos a la familia al espaciopuerto.

—Oído barra.

Para cuando los dos grupos se reunieron en la entrada del edificio, Berllerak ya estaba volando hacia el centro de control orbital.

—ElArtista, el Kapitán, Artic y yo nos llevamos a la familia, al fiscal y al doctor —dijo Lainier sin bajarse del coche—. Tete y SuNSEt se esconden en las alcantarillas con la perra esa y esperan a que llegue Wib.

—Em... ¿y yo? —preguntó Stalker, aún sujeto por Artic.

—Tú te quedas aquí, claro.

—¡Cógela! —gritó Artic a SuNSeT mientras le lanzaba la cabeza de Stalker. El ex-ministro kupulense la atrapó con las manos.

—¡La tengo! —afirmó con una sonrisa.

—Hijos de la gran puta... —murmuró Stalker.

—Por cierto, debería haber una espada por aquí... —advirtió Tete, echando un vistazo alrededor.

—¡No hay tiempo para ponerse a buscar! —dijo Lainier.

La familia se subió a la parte trasera del coche del líder del Cuerpo de Asalto y el Capitán, mientras que Cesh y el doctor se subieron al coche de ElArtista, con Artic a su lado. Mientras, Tete y SuNSeT desaparecieron en las cloacas acompañados por su rehén, de nuevo esposada, pero esta vez también amordazada y cegada con una venda.

Berllerak pilotaba tan deprisa como podía, que no era poco. De vez en cuando daba vueltas en el aire para probar la nave. Tras unos cuantos giros, decidió que aquella nave generaba fuerzas G demasiado intensas para el traje que llevaba Berllerak. Intentó analizar en profundidad la interfaz de la computadora. Logró encontrar los indicadores de sus constantes vitales, lo cual le resultó fascinante, porque no tenía el traje adecuado para ello. ¿Sería el casco? La mayoría de la interfaz carecía de texto: casi todo lo que se veía eran iconos, lo que ralentizaba el entendimiento. Curiosamente, las pocas letras y números que aparecían estaban en eneano, pero en un dialecto extraño que Berllerak no conocía, lo cual dificultaba la comprensión. No lograba encontrar el sistema que provocaba que la cabina estuviese aislada de señales externas. De repente habló en voz alta en eneano:

—Control de comunicaciones.

No ocurrió nada. Berllerak probó otras frases y otros idiomas, sin éxito. "Habría sido demasiado fácil", supuso.

Supo que se aproximaba al centro de control cuando el radar comenzó a detectar varios cazas. Sin embargo, no se dirigían hacia él. Parecían pelear entre ellos. Parecía que no lo habían detectado, o quizás estaban demasiado ocupados como para desviar una nave hacia él. En cualquier caso tenía ventaja: si los clones y los humanos se estaban matando entre ellos, no debería ser problema para una nave tan avanzada internarse en la zona militar y destruir el centro.

El clon dio un rodeo a los cazas. Ninguno pareció seguirlo. Sin embargo, en cuanto estuvo cerca de la central militar, un enorme complejo que abarcaba miles de metros cuadrados, un par de cazas salieron a su encuentro. Berllerak pudo divisar otras naves enfrentándose en el aire, así como tropas de a pie luchando: los sensores de la nave hicieron un recuento: los defensores de la base eran un tercio menos que los atacantes, pero iban ganando. De hecho los atacantes aún no habían logrado poner un pie en el interior. Berllerak dedujo que todo era cierto: la minoría clon controlaba el lugar. El clon comenzó a bailar una danza mortal en el cielo, y tras unas breves maniobras destruyó a los dos cazas enemigos. Aceleró y sintió la opresión de la enorme fuerza G. No tenía tiempo de pararse a mirar el valor exacto: estaba más ocupado en esquivar los proyectiles de los numerosos cañones antiaéreos distribuidos a lo largo de la azotea del edificio principal.

Berllerak preparó los misiles aire-tierra y fijó el objetivo: cuatro proyectiles salieron disparados y penetraron el techo, haciendo explosión en el interior. La parte central del edificio se vino abajo en medio de las llamas y el humo. Berllerak dio la vuelta y se dirigió al espaciopuerto. Abrió la cabina para poder emitir.

—Lainier, misión cumplida —dijo por el móvil—. Control destruido.

—Aún así muchos satélites son automáticos —dijo Lainier—. Si fueses tan amable de...

—Sí, sí, ya voy —dijo Berllerak haciendo ascender la nave.

Los fugitivos llegaron al espaciopuerto, que parecía en perfecto estado. Los escasos empleados clones habían sido detenidos. Subieron a los eclipsados en el vehículo de transporte más rápido, una pequeña nave de recreo para unas diez personas, con Artic de piloto. Los clones se pusieron a los mandos de otras dos naves ligeramente mayores, que usarían como parapeto.

Lainier trató de hablar con Berllerak, pero el móvil del piloto parecía fuera de cobertura.

—¿Alguien puede contactar con Berllerak? —preguntó Lainier por el intercomunicador.

—No —señaló ElArtista.

—Parece ser que la cabina de ese caza aísla las señales externas —explicó Artic.

—En fin, esperaremos a que vuel... —comenzó a decir Lainier, pero fue interrumpido por una llamada de Wib. El clon contestó—. Dime.

—Dos cazas clon se dirigen al espaciopuerto —advirtió Wib—, y el ejército humano no llegará a tiempo para interceptarlos. Estarán ahí en cinco minutos.

—¡Joder! Te dejo —Lainier colgó.

—Si salimos sin saber si Berllerak ha neutralizado las defensas automáticas... —comenzó a decir ElArtista.

—Pues que tendremos que volver al plan original del parapeto.

—Eso probablemente incluya nuestra muerte.

—Para eso estamos.

—Estarás tú. Yo preferiría vivir.

—¿No estarás pensando en traicionarnos ahora, verdad? Porque somos tres contra uno...

—Si pensara traicionarnos no os avisaría. Lo que quiero es que pienses en alguno de tus planes absurdos.

—¡Precisamente podrías fingir que nos has traicionado, como en la fábrica esa!

—¡Creo que sospecharán de que yo solo haya reducido a tres compañeros!

—¡Entonces nos vamos! —dijo Lainier, encendiendo los motores de la nave.

—¿¿Seguro??

—¡Los cazas son más rápidos que nosotros! —explicó Lainier mientras las tres naves iniciaban el despegue—. ¡Debemos salir ya y confiar en que Berllerak regrese antes de que nos alcancen!

—¡Me cago en la leche puta! —se quejó ElArtista mientras ascendían—. ¡Sí que tenía que haberos traicionado!

—¡Nos alcanzan en un minuto! —advirtió el Kapitán.

—¡Lo siento pero esta vez no se me ocurre nada! —advirtió Lainier.

—¡Veo un punto arriba! —informó el Kapitán—. ¡Debe ser Berllerak bajando!

—¡No le dará tiempo, tenemos a los cazas a doscientos metros!

—Si nos dan el alto podemos ganar tiem... —comenzó a decir ElArtista, pero en ese momento las naves alertaron de un proyectil que se aproximaba a la nave de Lainier por detrás—. ¡Misiiiiil!

Antes de que Lainier tuviese tiempo de realizar una maniobra evasiva, el misil explotó en pleno vuelo.

—¿¿Y eso?? —exclamó ElArtista.

Inmediatamente después estallaron los dos cazas, uno tras otro, mientras el punto negro sobre los clones se hacía cada vez más grande.

—¿Ha sido Berllerak? —se preguntó Lainier?—. Esa nave mola...

El caza de Berllerak se detuvo a doscientos metros por encima de los clones y esperó a que estuvieran a su lado para unirse a la escolta. Pronto estuvieron fuera de la atmósfera de Noctem.

—Artic se llevará a la familia —dijo Lainier—. Que pida refuerzos. Nosotros volvemos abajo a ayudar.

—¡Ale, adiós! —dijo Artic mientras activaba el salto hiperespacial. El pirata desapareció en breves segundos. Los demás volvieron a Eclipse.

## V CABOS SUELTOS

En cuanto fue obvio que la familia había abandonado el planeta, los presuntos sublevados se rindieron. Por supuesto, todos dijeron haberse limitado a cumplir la ley. Al cabo de un día, Eclipse ya estaba ocupada por fuerzas de la Asociación. La vista preliminar contra los conspiradores ya estaba en marcha, dirigida por la magistratura de la Asociación. Por desgracia, algunas pruebas ya habían volado: Ranserd había aparecido muerto en su despacho en un aparente suicidio. Lainier y sus compañeros sospechaban que había pagado su fallo de seguridad, pero las cápsulas de gestación de clones habían sido movidas, y las autoridades sólo encontraron una gran sala vacía.

El Cuerpo de Asalto y un recompuesto Night Stalker esperaban en la entrada de los juzgados del Tribunal Supremo de pie junto a sus coches. El edificio era una mole de quinientas plantas de altura, recubierto por cristales negros. El Artista acababa de salir de declarar: había sido el último de ellos en hacerlo. Ahora estaban esperando a que acabase la vista de hoy. Preferían hacerlo fuera para vigilar, aunque todo parecía en calma.

—¿Por qué coño no nos dijiste que tenías una grabación de voz de Field? —preguntó Lainier al Artista, quien había esperado hasta la vista preliminar para revelar la prueba.

—Siempre hay que guardarse un as en la manga por si las moscas —contestó El Artista sin inmutarse.

—A veces me pregunto si juegas a dos bandas.

—Claro que no, Lainier. Yo siempre juego a MI banda.

Cesh y Valerian salieron al exterior. El fiscal había actuado como acusación local, mientras que Valerian formaba parte de la delegación de la Asociación.

—Informe de la situación —solicitó Lainier.

—He presentado el informe completo policial donde se demuestra que fueron miembros del Cuerpo de Asalto de Eclipse quienes acudieron a la llamada del doctor Farenberg —explicó Cesh—. Con eso y el resto de pruebas presentadas, creo que habrá caso contra Field.

—La señorita... Estiércol... —comenzó a decir Valerian.

—Starfae —le corrigió Lainier.

—Lo que sea. Bueno, pues tiene una legión de abogados mayor que la de Field, y a lo mejor lo tenemos más difícil.

—¿Perdón?

—Dice haberse limitado a cumplir la legislación antiterrorista.

—Esto... ¿y cuando le soltó a Berllerak que a lo mejor los pilotos de los cazas eran humanos?

—Eso no demuestra nada.

—¡Si dijo eso es para ver si Berllerak vacilaba en cargarse humanos! ¡Por lo tanto esa zorra reconoce que había una conspiración dirigida por clones y que estaban manipulando a los humanos!

—Esa frase se puede interpretar de muchas maneras, sobre todo cuando el ejército de abogados se encarga de ello. Por no mencionar que es vuestra palabra contra la de ella.

—Putos abogados... —murmuró El Artista.

—Ains... —suspiró Valerian.

—Espera, espera... —insistió Lainier—. ¿Y el puto caza avanzado?

—Le echa la culpa al jefe de I+D del ejército, que por cierto, también es clon, y ha aparecido ahorcado en su casa...

—Qué conveniente... Pero explícate mejor... ¿cómo coño le ha cargado la culpa?

—Sencillo. Dice que le dieron a probar el caza como prototipo hace poco y por eso ni siquiera sabía que Defensa no había compartido la tecnología con la Asociación.

—Ostitú, que casualidad, mira que crear el prototipo justo cuando llegamos nosotros...

—Más o menos, sí... El problema es que mientras que algunos clones intentaron mataros directamente, ella os dio el alto. Derribasteis su caza antes de que os atacase.

—¡Nos ha jodío! ¡Además, nos intentaron matar directamente después de que ella fallase!

—Es igual, Lainier. Con estas y otras paridas técnicas, es probable que no se la procese.

—Espera... Había una espada...

—La espada no aparece, y aunque lo hiciese, también le echaría la culpa al de I+D.

—Al menos esperaba que pudiésemos estudiarla.

—Oh, sí... —intervino Cesh—. También sabemos cómo llegó el medallón a manos de Riin.

—Sorpréndeme.

—En realidad era vuestra teoría. Mientras Riina huía en el coche, solicitó el servicio de una empresa de mensajería muy discreta. Arrojó el medallón a un lado de la carretera y fue recogido por la empresa, quien no hizo averiguaciones gracias al gran pago de dinero.

—¿Algo más?

—Eso es todo.

—¡Ale, pos bafan culo! —dijo El Artista mientras entraba en su coche.

Los clones comenzaron a abandonar el lugar en sus vehículos. Sólo quedaban Berllerak y Lainier. Berllerak abrió la puerta de su coche, pero Lainier seguía de pie frente al suyo.

—¿Vienes o qué? —preguntó Berllerak.

—Estoy esperando a Wi... —comenzó a decir Lainier. En ese momento Wib apareció por la puerta del juzgado, con semblante serio y los puños apretados. Se dirigió directamente a Lainier y le propinó un puñetazo en la barbilla que hizo

que retrocediera, chocando con su coche.

—¿¿Cómo se te ocurre abandonar a tus compañeros?? —gritó la mujer.

—Carajo... —murmuró Berllerak, que decidió quedarse un ratito más.

—¿Eh? —preguntó Lainier, pasándose la mano por el rostro dolorido.

—¡Subiste a la azotea y dejaste a solo dos hombres aguantando abajo! —dijo Wib—. ¿¿En qué pensabas??

—¿Se ha leído tu informe? —preguntó Berllerak—. Aún tendré que leerlo yo...

—Pensaba en que necesitabas ayuda —explicó Lainier—. No informabas.

—¡Si no os estaban disparando desde arriba es que los tenía distraídos!

—Pero no podía saber si necesitabas refuerzos...

—¡Tenías que haber confiado en mí! ¡Tus hombres te necesitaban más que yo!

—Er...

—¡Incluso podrías haber caído en una trampa!

—Pero todo salió b...

—¡Esa no es la cuestión! En fin, me largo. Tengo que trabajar.

Wib se alejó andando, y Berllerak se puso a la derecha de Lainier.

—Así que fuiste a ayudarla a ella en vez de a nosotros... —dijo Berllerak.

—No pluralices, que tú ni siquiera estabas allí... —murmuró Lainier con la cabeza gacha.

—Esa no es la cuestión. No insultes a mi inteligencia, que es superior a la tuya, y qué cojones, superior a la de la mayoría de humanoides...

—Lo siento...

—¡No pidas disculpas! —dijo alegremente Berllerak dando una palmada en la espalda de su compañero—. ¡Es la primera vez que te veo actuar como una persona normal! ¡Estoy orgulloso de ti! —Lainier no supo qué decir. Berllerak se dirigió de nuevo a su coche, y cuando estaba sujetando la puerta con la mano para entrar, se volvió un instante y clavó una fiera mirada de reproche en su jefe—. Pero si vuelves a hacer algo parecido, te mato.

Berllerak se puso al volante y arrancó el coche. Lainier le siguió segundos después.

El veredicto tardó cinco horas en conocerse. El juez determinó que Starfae sería investigada, pero no decretó detención. Sin embargo, el magistrado encontró pruebas de sobra contra Field, al que acusó formalmente de conspiración, terrorismo y asesinato. Por desgracia no hubo forma de que nadie fuese acusado del intercambio de bebés o los experimentos con la libido de los clones. Como Noctem no se consideraba un lugar seguro para mantener a Field por la posible presencia de conspiradores que podrían intentar rescatarlo, sería encarcelado y juzgado en Mercurel, un planeta sin clones. Una nave de transporte de la Asociación con capacidad para diez pasajeros y cinco detenidos sería la encargada de transportarlo, aunque Field sería el único procesado en sus calabozos. El Cuerpo de Asalto iba en la nave, con Berllerak pilotando. Sin embargo, Stalker no estaba. Los astutos abogados de Field habían logrado que no subiera debido a que no era un funcionario. Aún así, quedaba ElArtista, pero no podía torturar a Field sin revelar que había traicionado a la Hermandad. Mientras atravesaban el hiperespacio, Lainier se sentó en un taburete frente a la celda de Field, cerrada con un grueso cristal transparente.

—He pensado que podríamos hablar —dijo Lainier.

—Me extraña que no haya venido ElArtista —dijo Field.

—No me fio de él. Ha actuado... raro durante esta misión —Lainier intentaba proteger a su compañero— ¿Tú no sabrás nada al respecto, verdad?

—No sé nada.

—Bueno, en cualquier caso habla conmigo.

—Lainier, creo que ya has conocido la eficiente labor de mis abogados, los cuales ya están viajando a Mercurel para asegurarse de que sigo a salvo. Lo que te quiero decir es que no soy un mindundi cualquiera al que podéis drogar o torturar impunemente. Si me tocáis un pelo habrá consecuencias. La cuestión es... ¿estáis dispuestos a arruinar vuestras carreras a cambio de algo de información? —Lainier quedó mudo durante unos instantes—. Lo suponía.

—Ahora estás protegido porque se te va a juzgar bajo las leyes de la Asociación, pero como logremos que se te juzgue bajo la ley de Eclipse...

—Una pena que nuestras leyes hayan sido temporalmente suspendidas mientras se revisa quiénes las promulgaron y si la Hermandad se beneficia de ellas. Podría pasar mucho tiempo hasta que se restauren... si es que lo llegan a hacer.

—¿No has pensado que te va a caer una gran condena por muy buenos que sean tus abogados? Será mejor que nos des algo...

—Lo que tenga que decir se lo diré al juez.

—Podrías decirme a mí algo por lo que no te pregunte el juez... Y veríamos si podríamos hacer algo por ti. Una idea asquerosa, pero ahí te la dejo.

—Ja ja ja... Ahora lo entiendo... Por eso durante la vista preliminar las referencias a la Hermandad fueron tan vagas... Ni siquiera se llegó a pronunciar dicha palabra, ¿verdad? Y es porque sabéis que si se corre la voz de lo que realmente pasa, se desatará una histeria anticlon. Lo que significa que vuestras acciones contra la Hermandad serán estudiadas con cuidado... lo que disminuirá vuestra capacidad de reacción.

—De todos modos te conviene decirnos algo.

—Prefiero pudrirme en la cárcel que traicionar a mis hermanos.

—¿Qué tal algo que no comprometa vuestras operaciones? Por ejemplo, nos gustaría saber dónde están los niños

que robasteis.

—Lo de los niños sí que lo llevan los jueces. ¿Por qué me lo preguntas tú? Ya te he dicho que hablaré directamente con los magistrados.

—Me aburro estructuralmente. Hay un puto día de viaje hasta Mercurel.

—Bien, haz preguntas, que ya veré si las contesto. De todos modos, nada de lo que diga aquí es admisible en un tribunal, y en cualquier caso mis abogados registrarán todo esto en cuanto aterricemos en busca de grabaciones ilegales.

—¿Dónde están los niños?

—¿Por qué supones que deberían estar en algún lado, Lainier?

—Las adopciones ilegales son un negocio.

—¿Y crees que esa Hermandad Clon necesita tal negocio para financiarse? ¿No crees que muchos son empresarios y por tanto ganan mucho dinero de forma legal? Por no mencionar que es un riesgo lo de vender niños... ¿y si algún comprador se fuera de la lengua?

—Entonces... los niños... ¿están muertos?

—¡Yo solo expongo una teoría, joven clon! ¿Te encuentras bien? Pareces pálido...

—De repente se me han quitado las ganas de negociar —gruñó Lainier apretando los dientes.

—¡Vaya, ahora que me estaba divirtiendo!

—¿De dónde coño sacasteis esa tecnología? La espada y el caza...

—¿Pero seguimos negociando?

—Berllerak dice que no es posible que hayáis desarrollado esas mierdas. Ni él que es uno de los clones más inteligentes que existen entiende cómo funcionan.

—No sé nada de nada.

—Me tienes hasta los webos...

—¿Puedo preguntar yo ahora, señor Lainier?

—Sí, claro...

—¿Por qué has elegido a los humanos?

—¿De eso crees que se trata? ¿De elegir entre humanos o clones? ¿Blanco o negro? ¿El que no está contigo está contra ti? Puto simplista fanático...

—El conflicto es inevitable cuando conviven dos razas con capacidades tan diferentes. Los humanos nos desprecian y envidian. Y nada de lo que hacemos les hace que nos traten mejor. ¿Cómo se atreven? Si alguien merece ser despreciado, esos son ellos, los malditos humanos que nos crearon como curiosidad científica y luego nos miran como bichos raros; ellos, que son más débiles, menos inteligentes... ¡Todo funciona al revés de como debería ser!

—¿Crees que eso justifica el asesinato, incluyendo bebés?

—Como dicen en tu planeta, no puedes hacer una tortilla sin romper los huevos. Los grandes cambios políticos y sociales son sangrientos.

—Algunos menos sangrientos que otros.

—Los humanos no nos dejan opción. Un clon jamás será elegido presidente: por eso hay que derribar la democracia.

—Con el tiempo nos aceptarán.

—Incluso si esa quimera se cumpliera, eso no importa, porque en la democracia se vota sin conocimiento, porque los humanos son idiotas y se dejan llevar por las emociones. Los clones debemos gobernar.

—Los dictadores apestan.

—Porque hasta ahora todos eran humanos, y como he dicho, idiotas. Por ejemplo, vuestro Hitler tenía ideas interesantes, pero fundadas en falsedades. Los nazis no eran una raza superior. Pero los clones sí. Nadie puede discutir nuestra superioridad. La ideología de la Hermandad está fundamentada en datos reales y no en delirios.

—Si tanto asco os dan los humanos, ¿por qué los niños clones ilegales se introducían en entornos humanos?

—Si los niños clones se juntan con niños normales serán conscientes de su superioridad desde bien pequeños.

—¿No teméis que en vez de eso se acostumbren a los humanos?

—Lo dudo. Cuanto más tiempo paso con humanos, más asco me dan. ¿Cuántos amigos humanos tienes, Lainier?

—Alguno que otro...

—Bien pocos. Tengo informes sobre ti.

—No soy un buen ejemplo de sociabilidad.

—Eso es irrelevante. Tienes más amigos clones que humanos.

—Porque trabajo con clones, joder.

—Incluso los humanos que conoces son humanos por encima de la media, el tipo de humanos del que se extraen genes para crear clones.

—Mi trabajo también me lleva a conocer humanos excepcionales.

—Yo creo que además es que te sientes superior. No soportas juntarte con gente que no consideras que esté a la altura. ¡No es una decisión consciente! Es simplemente el orden natural de las cosas.

—Eso no quiere decir que sea lícito machacar a los humanos.

—¡Es lícito! ¡Ya te lo he dicho! ¡O los dominamos o siempre seremos bichos raros!

—Creo que exageras para justificar tus ansias de poder.

—Ya. Por eso no habéis informado de la verdadera naturaleza de la Hermandad a los humanos...

—El Consejo de la Asociación lo sabe.

—Porque no teníais más remedio. Y los jueces humanos no lo saben.

—En cuanto nos aseguremos de qué jueces clones son fiables, les daremos todos los datos.  
—Eso facilitará la investigación, pero no el hecho de que los humanos no sabrán toda la verdad... porque no os fiáis.  
—No aniquilaré y esclavizaré humanos para protegerme de las hipotéticas agresiones de unos pocos.  
—Habría que ver si son tan pocos...  
—Sólo especulas.  
—Lo que tú digas. En cualquier caso, con tu compasión no vas a ningún lado.  
—No es compasión. Es empatía.  
—Si fuese empatía entenderías a los humanos... Y no los entiendes. ¡Ni siquiera se entienden entre ellos!  
—Sois unos monstruos...  
—Los monstruos son los humanos. Crearon a unos pocos de nosotros y luego todos los gobiernos excepto los de Noctem prohibieron la creación de más clones. Y como aún no podemos transmitir todo nuestro potencial por reproducción sexual, nos extinguimos.  
—A menos que dejéis de consideraros una especie separada de los humanos...  
—¡Ja! ¡Esa sí que es buena! ¡En cualquier caso somos humanos más evolucionados! ¡Y han puesto trabas a la evolución!  
—Yo no llamaría a esto evolución.  
—Seguimos siendo superiores.  
—En fin, ya me he cansado de tus delirios de grandeza —dijo Lainier levantándose del asiento.  
—La verdad jode, ¿eh?  
—La maldad jode.

Tras entregar a Field a la delegación de la Asociación de Planetas Soberanos en Mercurel, los clones regresaron a La Tierra. Por su parte, SuNSeT había desaparecido de nuevo en una nave pilotada por Artic, sin esperarse a ver si la petición de indulto presentada a la magistratura de la Asociación prosperaba. Por supuesto, huir de nuevo no favorecía mucho a la causa, pero el revolucionario no se fiaba.

Lainier estaba en la habitación de su hotel en Thuris. Hacía una hora que había regresado de Noctem y solo quería dormir cuando el cielo estuviese oscuro, pero cuando ya estaba preparado para descansar, alguien llamó a su puerta.

—Me cago en la puta —murmuró mientras caminaba hasta la puerta. Como era habitual cuando no estaba de servicio, vestía con sencilla ropa negra y no llevaba sus gafas. Cogió su móvil que estaba en una mesita cerca de la entrada y le echó una ojeada: la pantalla mostraba la cara de ElArtista al otro lado. Lainier volvió a dejar el móvil y abrió la puerta.

—¡Buenas noches! —dijo ElArtista. Al contrario que Lainier, iba uniformado, y por la suciedad del traje, parecía que era porque no había tenido tiempo de cambiarse. Llevaba una maleta en su mano derecha.

—Serán buenas cuando duerma —replicó Lainier, que había reparado en la maleta y no le gustaba aquello.

—De eso se trata. De dormir.

—Ay que te veo venir...

—¿Puedo pasar?

—¿Para...?

—¡Dormir! ¡Ya te lo he dicho!

—¿Tú no estabas viviendo con Olmaly?

—Sí, pero por esta noche he decidido darle espacio para que...

—¿Te ha echado?

—Sasto. Pero sólo por hoy.

—¿Qué cojones has hecho?

—Le conté todo.

—¿Qué es todo?

—Lo de mi pertenencia a la Hermandad Clon. Lo del cabrón al que me cargué...

—¿Y eso?

—Mejor decirlo yo antes de que se enterase por algún perro de la Hermandad.

—Creía que no sabían que los habías traicionado.

—Es mejor prevenir que curar. Además, visto ahora el rollo de que van sus líderes, no creo que toleraran durante mucho tiempo que estuviese con una humana. Así que mejor contarle todo.

—Así que en el fondo de esa mente perversa, hay un pequeño atisbo de conciencia. Aterrado me hallo.

—Pero muy en el fondo...

—Sigo sin crearme que te hayas librado de esta sólo con una noche fuera de casa...

—Ya te dijo que Olmaly me entiende.

—Y eso me aterra.

—¿Puedo pasar ya?

—¿Le vas a comentar lo del jacuzzi para el departamento?

—¡No creo que el ministro acceda a eso, y no creo que después de lo de hoy sea sabio pedirle cosas a Olmaly!

—Tú nunca eres sabio... Ya hablaremos sobre la lista de reivindicaciones cuando se le pasa el disgusto...

—¿Puedo pasar, coño?

—Pero amos a ver, alma de cántaro... ¿Tú no tienes dinero para pagarte la habitación de hotel?

—Anda ya... Yo no pienso pagar para una sola noche...  
—Será que eres pobre, so golfo...  
—Si no me dejas pasar le diré a la dirección que te masturbas en el rellano.  
—Em... ¿y cómo intentas probar eso?  
—Tú déjame aquí fuera y en unos minutos te dejo pruebas físicas por todas partes...  
—Pruebas con tu ADN, no el mío...  
—Jum... Me pregunto si podría sobornar a los del laboratorio para que cambien los resultados.  
—Me pregunto si podría pegarte un tiro ahora mismo. No sería la primera vez.  
—Aaaai, déjame pasar. ¿Qué más te da que pase la noche aquí? ¿Pensabas pasarte hasta el amanecer viendo videos de zoofilia o algo?  
—Dios, qué pesao... Pasa, coño.  
ElArtista entró en la suite y Lainier cerró la puerta.  
—Si en mitad de la noche notas algo que se desliza bajo tus sábanas, tú déjate llevar —dijo ElArtista mientras dejaba la maleta.  
—Te voy a encerrar en el salón... —afirmó Lainier.

A la mañana siguiente, los clones estaban reunidos en el despacho de VanderHall. El profesor Helio estaba de pie, vestido con un suéter de lana azul marino, unos pantalones vaqueros, zapatos negros y su bata blanca con el logo de Cyborg Inc. a la izquierda. Tenía pinta de no haber dormido en un par de días.

—El caza está a décadas de distancia de nuestra tecnología actual —explicó—. Creemos que fue modificado: si no te fijas, su forma se parece a la de los cazas de Eclipse, pero hay algunas diferencias. Simplemente lo pintaron adecuadamente y lo hicieron pasar como una nave personalizada para que fuese más fácil identificar a la capitana general durante las misiones. La aleación parece un material nanotecnológico superior al keridido. La computadora es sin duda cuántica, pero de una complejidad que despista hasta a Berllarak. La circuitería de toda la nave es chungu y nos dificulta saber cómo funciona todo. En mi opinión, esto fue robado del Xenoespacio. Pero los xenos no debieron enterarse, o se habría producido un incidente diplomático.

—El Xenoespacio es la región de la galaxia con más concentración de civilizaciones de aspecto chungo, ¿no? —preguntó ElArtista.

—Exacto, y muchas de ellas son más avanzadas que nosotros. Hay otra cosa que apunta al Xenoespacio: la interfaz de la nave está en un dialecto eneano desconocido. Podría tratarse de alguna escisión eneana que rechazase el Éxodo y lograrse integrarse en el Xenoespacio.

—Me he perdido.

—¿Es que no sabes historia?

—¿Sabes tú de torturas? ¡Cada uno tiene su rollo!

—Hace unos mil años la población de humanoides y xenos estaba más mezclada. Eso implicaba numerosos contactos intergalácticos. Pero los humanoides eran algo racistas. Al final estalló la primera guerra galáctica. Duró unos cincuenta años. La larga duración se debió al empate técnico: los humanoides eran más, mientras que los xenos tenían mejor tecnología. Cuando la destrucción mutua resultó ser el desenlace obvio, ambas partes decidieron firmar la paz, pero para evitar roces futuros, acordaron realizar el Éxodo: numerosos pueblos cambiaron de planeta, creando finalmente una zona habitada mayoritariamente por humanoides y otra habitada mayoritariamente por xenos. La Tierra está situada cerca del Xenoespacio. Por lo general, cuando se descubre un nuevo planeta xeno en zona humanoide o viceversa, ambas partes contactan para ver si es adecuado un nuevo éxodo de la población de dicho planeta, aunque no se suele producir.

—Acojonante.

—Cuando se delimitaron las zonas humanoide y xeno, a los eneanos les tocó migrar a la zona humanoide. Lo gracioso es que el desierto de su nuevo planeta Enea es obra de los propios eneanos, que arrasaron la zona con armas nucleares durante la guerra, y precisamente por usar tales armas tuvieron que comerse ese planeta con patatas. Pero algunos eneanos podrían haberse quedado e integrado en el Xenoespacio.

—Cosas en contra de la teoría —intervino VanderHall—. Los xenos deberían habernos informado de la existencia de esos eneanos. Y me parece extraño que la Hermandad lograrse robarles tal tecnología sin que se enterasen.

—Piratas espaciales o un piloto perdido —conjeturó Lainier—. Si se lo robaron a uno de esos, los gobiernos xenos no se enterarían.

—Pues si es posible trincar esa tecnología sin que se enteren, la queremos. Y si hay eneanos por ahí, queremos saberlo.

—Ay que le veo venir...

—En unos meses tendréis listos los visados para moveros por el Xenoespacio. Por supuesto, vuestro primer destino será el planeta de origen de los eneanos.

—Pero si la cosa va mal, podríamos estar meses fuera —objetó ElArtista.

—No sufras, que no me vas a perder de vista —dijo Olmaly entrando por la puerta. Vestía con elegante chaqueta y pantalones azul oscuro, portando su identificación de asesora de Interior.

—Olmaly... He dormido mu mal en la suite del Lai... El cabrón ronca...

—Pero qué dices... —murmuró Lainier.

—¿Y qué es eso de que no te voy a perder de vista? —preguntó ElArtista ignorando a su compañero.

—Pues que me voy con vosotros —explicó Olmaly—. Durante esta misión seré algo así como vuestra jefa, para asegurarnos de que no provocáis la segunda guerra intergaláctica.

—¡Yo nunca haría eso, Dios mío!

—¡Claro que no, porque te estaré vigilando!

—¡Ja! —rió Lainier—. Sucks to be you!

—Cagontó...

Dos meses después, los clones y Olmaly estaban en las zonas de aterrizaje del espaciopuerto militar. Helio les guió hasta su nave.

—Dama y caballeros, les presento el Lentz —dijo Helio.

La nave, alargada y estilizada, tenía capacidad para diez personas, y estaba armada con dos cañones láser y dos lanzamisiles. Era de color negro.

—Tecnología neo —reconoció Berllerak tras echar un vistazo a la parte trasera—. Así que la ocupación del planeta ya ha dado sus frutos, ¿eh?

—Pues sí.

—¿El caza está en el hangar?

—No —dijo VanderHall—. No queremos que os pillen con él. Registrarán el Lentz allá donde vayáis. El caza se queda aquí para su estudio.

—Solo tengo una duda peluda —dijo Lainier mientras Berllerak pulsaba un botón en su móvil, abriendo una compuerta lateral en el Lentz—. ¿Quién hará nuestro puto trabajo mientras estemos fuera?

—Vuestro puto trabajo precisamente está ahí fuera. Y lo mejor es que os larguéis hasta que se aclare un poco lo de la Hermandad Clon. Hay que evitar que atenten contra vosotros.

—Bien. Nos vemos... vete a saber cuando.

El Cuerpo de Asalto, Night Stalker y Olmaly subieron al Lentz. VanderHall y Helio abandonaron la zona de aterrizaje. Berllerak se puso a los mandos mientras sus compañeros tomaban asiento.

—¿Listos? —preguntó el piloto mientras comprobaba la integridad de los sistemas.

—Nadie está listo para esto —aseguró Lainier.

La nave emprendió el vuelo, salió fuera de la atmósfera, y a los pocos segundos saltó al hiperespacio, rumbo a una zona que pocos humanoides conocían. Al cabo de unos minutos, ElArtista habló:

—Tenemos que volver: me dejao el móvil en el hotel... —Olmaly propinó una colleja a su pareja—. Ay... que era broma...

Lainier esperó que todo siguieran siendo bromas cuando descubriesen la verdad.